SERIE CHICOS DE UNIFORME



¿VAS A ESCAPAR?

Él tiene una misión: protegerla
ella solo un deseo: escapar

KAYLA MUN

¿VAS A ESCAPAR?

KAYLA MUN

Título: ¿Vas a escapar?

© Kayla Mun

© Todos los derechos reservados

© Ms. Alvero (diseño de portada)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1º edición: enero de 2026 - Independently published

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por la confianza.

Gracias por seguir leyendo, por volver a mis historias y por acompañar a la serie *Chicos de uniforme* desde el principio.

Vas a escapar es una novela intensa. Contiene violencia, erotismo, lenguaje duro y escenas explícitas. Todo ello forma parte del mundo que quería contar y de los personajes que lo habitan. Si ya me conoces como autora, sabrás que nunca utilizo estos elementos de forma gratuita.

En esta historia también aparece la mafia, pero no quiero engañarte: este libro no es un *mafia romance*, por si estás buscando ese tipo de historia. Aquí no hay un mafioso irresistible ni una historia en la que el amor sirva para redimirlo. Aquí hay un chico de uniforme, alguien que vive para proteger.

No descarto escribir un *mafia romance* algún día; de hecho, tengo varias ideas en mente. Pero en esta historia, la mafia no es la protagonista.

Esta es, sobre todo, una historia de amor. En ella encontrarás proximidad forzada, una ligera diferencia de edad y de clases, tensión, deseo y un chico con uniforme que representa todo lo contrario a ese mundo oscuro.

Gracias por seguir aquí.

Espero que esta historia os haga sentir tanto como a mí al escribirla.

Con todo mi cariño,
Kayla Mun

Para ti, que aprendiste que escapar no siempre es huir...
Que a veces es salvarse.

PRÓLOGO

—No me lo puedo creer.

Dominic se pasea por la habitación con las manos entrelazadas detrás de la nuca, yendo y viniendo frente a la cama de su dormitorio, midiendo cada centímetro del suelo para entender lo que escucha. Tiene dibujada en la cara una expresión de incredulidad, como una máscara que no puede quitarse.

Charlie contiene la respiración; se nota la boca seca, la lengua pegada al paladar y traga saliva mientras trata de mantener la calma. Sabe que esta decisión tenía que tomarla. Alargarla solo habría sido aplazar lo inevitable y regalarle a él otra prórroga que no iba a conducir a nada.

—Siéntate, Dominic, por favor. Me pones nerviosa.

—Me importa una mierda cómo te pongas, ¿vale? —le espeta, enojado— ¿En serio estás rompiendo conmigo?

Ella se levanta despacio, apoya la mano en el respaldo de la silla y se coloca a su altura. No quiere que él consiga una ventaja más; en los últimos meses ya acumula demasiadas. Eleva el mentón y sostiene su mirada.

—Quiero una explicación —exige él, cruzándose de brazos—. Y no me vengas con que no soy yo y eres tú, que has cambiado y todas esas gilipolleces.

—No te preocupes: no es eso en absoluto. Ni soy yo, ni he cambiado. Rompo contigo porque eres tú el que ha cambiado.

—Oh, claro. Joder, Charlotte, ¿no se te ocurre nada mejor?

—Vaya, ahora me llamas como lo hace mi madre. Qué bien.

—Nunca me ha gustado presentar a mi novia como Charlie. No soy un puto maricón.

—Genial, Dominic. Añade homófobo a la lista de razones por las que esto no funcionará jamás.

—Ya basta.

Él la sujeta de los brazos y la sacude. Es un agarre débil y no le hace daño aunque la acción de por sí dice mucho. Pero Charlie no se achanta. Ha vivido lo suficiente entre hombres que confunden volumen con autoridad como para distinguir cuándo su integridad corre peligro y cuándo solo es testigo de una reacción descontrolada. Aun así, se zafa con un tirón brusco, planta los pies y pone distancia.

—No vuelvas a tocarme así en tu vida.

Él se aparta y da dos pasos atrás. El silencio se instala entre ellos, tenso y compacto, y la habitación parece contener el aire.

Se conocen desde niños. Han compartido veranos que empiezan con barbacoas a plena luz y terminan con vasos de whisky y partidas de póker al anochecer, en mansiones donde se apuestan auténticas fortunas. Sus padres, socios en negocios a veces demasiado turbios, los criaron como primos y hasta los quince se llamaron así.

—¿Por qué, Charlie? ¿Por qué ahora? No hemos tenido nada…— balbucea él, desconcertado—. Yo… no lo entiendo.

—¿Cuántas veces hemos hablado de esto? De no seguir los pasos de nuestros padres, de vivir de otra manera, de…

—Oh, vamos, no sigas. ¿Rompes conmigo porque he empezado a trabajar?

—No porque hayas empezado a trabajar —Charlie respira y mantiene el tono firme—, sino porque estás haciendo exactamente lo mismo que decías odiar. Lo que ambos odiábamos.

—Este trabajo paga nuestro nivel de vida, Charlie.

—Y siempre hablamos de vivir de otra manera, pero a las primeras de cambio te unes a… lo que sea que hagas —dice Charlie negando con la cabeza y cerrando los ojos con fuerza—. No quiero saberlo.

—Es muy fácil hablar así cuando solo eres la hija del contable. Yo tengo otras presiones, ¿sabes? Mi padre es…

—Sé exactamente quién es tu padre y el cargo que ostenta. No necesito que me lo expliques —lo interrumpe con firmeza—. Pero eso no cambia el hecho de que has terminado haciendo lo que siempre odiaste. Y yo… no quiero estar con alguien así. No pienso pasarme la vida intentando limpiar manchas de sangre de mi conciencia.

—A tu padre no le va a gustar que rompas conmigo.

Charlie se echa a reír. No es una risa bonita; es limpia y directa, la que irrumpe cuando lo evidente por fin se nombra. Dominic endurece la expresión y el ambiente se carga todavía más.

—¿De qué cojones te ríes?

—¿En serio me lo preguntas? Eso demuestra que me conoces bien poco. ¿Cuántas veces planeamos escaparnos juntos? ¿Dejar atrás esta mierda y empezar de cero en un sitio tranquilo? ¿Cuántas veces criticamos a nuestros padres, Dom? ¿De verdad crees que me importa lo que le guste o no al mío?

Él es consciente de que no tiene nada que hacer. La conoce: sabe dónde se cierra, dónde resiste, dónde ya no vuelve. Tal vez deba empezar a llamarla ex… o tal vez no. Aún no se da por vencido.

—Entonces, ¿qué quieres? —le pregunta con una sonrisa irónica — ¿Que trabajemos en un puto McDonald’s por seis dólares la hora y terminemos odiándonos por traer a casa el olor rancio a hamburguesas baratas? ¿O en la pizzería a la que tantas veces han

ido nuestros hombres a pedir el dinero de la protección? Dime: ¿dónde crees que podríamos trabajar en esta ciudad?

—Yo nunca quise quedarme en Los Ángeles. Podríamos haber…

—No lo digas, Charlie… Eso no habría funcionado. No estamos acostumbrados a vivir con lo justo.

—Parece que tú no. Yo lo habría intentado.

Charlie baja la vista un segundo, solo para tomar aire, y vuelve a mirarlo. Aunque tiene clarísimo que no quiere seguir con Dominic, le duele verlo así: derrotado, decepcionado y triste al mismo tiempo.

También desconcertado y perdido.

Lo quiere como al hermano que nunca tuvo, pero ya no está enamorada. Quizá en algún momento lo creyó; quizá pensó que él era su salida en un mundo que siempre le ha sido extraño y hostil. Un mundo al que Charlie no pertenece y que Dominic parece abrazar ahora.

Tampoco pertenece al de su propia familia, aunque sobre el papel parezca más amable. Tras dos años de confidencias y planes, los últimos seis meses —desde que él se involucró en los negocios de su familia, los Capieri— han sido una batalla constante: reproches, discusiones, intentos fallidos de volver al inicio. Ahora lo tiene claro: esto termina hoy y no hay marcha atrás.

En realidad, Charlie supo que debía romper con Dominic cuando vio el tatuaje en su antebrazo. La serpiente y la corona rota, retorciéndose sobre la piel, eran más que tinta: eran una confesión. El chico que soñaba con huir de ese mundo con ella ya no existe; en su lugar hay un hombre que ha elegido quedarse, hundirse y pertenecer a algo que ella detesta.

—Sabes que podría tener a quien quisiera, ¿verdad? —pregunta él, sacando pecho.

—Entonces esto no debería importarte. Seguro que tienes una fila de chicas esperando ocupar mi lugar. Y seguro que todas llevan nombres muy femeninos, de esos que no te avergüenzan al presentarlas.

Dominic aprieta los dientes. Tiene el veneno en la punta de la lengua y lo contiene. Sabe que Charlie es especial. Sí, podría tener a cien chicas en cuanto quisiera: una para cada día, dos para las noches en que se siente el amo del universo. El problema es que ninguna se compara con Charlie. Ella es fuego y azúcar en un cuerpo que atrae sin gritar. El calor y la dulzura en una personalidad que le fascina. Ella es música donde las demás solo son ruido.

De las otras chicas hay a cientos. Como Charlie… solo está ella. Lo único que le queda es suplicar. Pero un Capieri nunca suplica, nunca pide permiso para coger lo que quiere. Mucho menos algo que cree que le pertenece por derecho propio.

—A quien quiero tener es a ti.

Dominic la agarra con fuerza por los brazos. Esta vez, Charlie lo siente distinto. No es solo una reacción a la ruptura: hay algo nuevo en su mirada, una oscuridad que la descoloca. La presión en sus brazos duele; siente los dedos hundiéndose en la piel. La boca de Dominic no busca un beso, la invade. La muerde, la aplasta, la hiere. El sabor de la sangre le sube a la lengua antes incluso de apartarse. Intenta zafarse, como antes, pero él la inmoviliza y, por primera vez desde que lo conoce, siente miedo.

Deja de resistirse solo para engañarlo. Cuando él afloja el agarre, lo empuja con fuerza. Dominic tropieza hacia atrás hasta casi caer y ella se lleva una mano al labio. La sangre se abre camino entre los dedos, de un rojo que no presagia nada bueno.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le reprocha ella, escupiendo al suelo—. ¿Te has vuelto loco?

—No vas a romper conmigo.

Los ojos de Dominic la ponen en alerta. El que siempre ha sido su amigo, su primo, el chico al que quiso como a un hermano, ya no está ahí. En su lugar queda una sombra.

Dominic vuelve a la carga, y esta vez Charlie consigue soltarse, girando el cuerpo con la rapidez del instinto, y le da una bofetada que impacta contra su mejilla. Él apenas se inmuta, pero la furia le estalla en el rostro y el puñetazo que descarga le alcanza a ella en plena cara. Charlie cae al suelo como un saco inerte. No pierde la conciencia, aunque la vista se le nubla y todo gira en torno a un punto borroso.

Los gritos llegan, mezclados, desde la otra habitación. Dos hombres de Vittorio Capieri sujetan a Dominic por los hombros, que intenta zafarse sin éxito. Su padre lo increpa, furioso, mientras Raffaella Capieri, con la ayuda de María, la asistenta, levanta a Charlie del suelo y la sienta a los pies de la cama. La voz de Raffaella se quiebra entre órdenes y disculpas.

—¿Qué ha pasado? Niña, ¿estás bien? —pregunta, sin dejar de temblar.

Charlie apenas distingue rostros. Todo es confusión y ruido. El golpe ha sido fuerte y cada latido de su corazón palpita en su cara como un eco. Intenta tocarse la zona dolorida, pero le duele todo el lado izquierdo de la cabeza. La llevan al salón con cuidado, le aplican hielo, y siente el frío morderle la piel mientras las preguntas y las disculpas se repiten una y otra vez.

No sabe cuánto tiempo pasa, aunque sí tiene claro que demasiado para lo que está dispuesta a soportar. Solo quiere salir de esa casa. Raffaella se lo impide con amabilidad y cariño, manteniéndola en el sofá mientras María cambia el hielo. Después llega su madre.

La expresión que cruza el rostro de Katherine Rossetti al verla le da una idea precisa de su aspecto.

—Kat, lo siento —balbucea Raffaella, intentando sostener la mirada de su amiga.

Katherine lleva toda la vida intentando proteger a su hija de las amenazas que provenían de los enemigos que su marido se ha ganado. Lo que nunca imaginó fue tener que protegerla de las de sus propios amigos.

Hija de una actriz y de un productor de Hollywood de los años sesenta, Katherine, de soltera Lawson, se crio entre lujos y focos. Se enfrentó a los tiburones de la industria con la temeridad de quien cree que el amor puede con todo. Cuando conoció a Salvatore Rossetti, contable, hijo de emigrantes italianos, aburrido y razonable, pensó que con él hallaría la paz, una vida tranquila y… normal. Nunca imaginó que acabaría inmersa en un mundo más peligroso que el que dejó atrás.

—Mamá, estoy bien, ¿vale? —Charlie le aparta la mano con delicadeza.

Katherine contiene las lágrimas, pero no el temblor de los labios, y busca respuestas en los ojos de Raffaella.

—Entramos cuando oímos que la discusión subía de tono, pero yo… —Raffaella rompe a llorar—. Nunca pensé que Dominic… que mi hijo fuera capaz de esto.

«Esto» es el pómulo inflamado, el labio partido y la dignidad de Charlie arrastrada por el suelo. Como ella misma hace apenas una hora.

—No te preocupes, Raffaella —responde Charlie con una ironía que no disimula el dolor—. Lo que de verdad le fastidia a mi madre es que no podré ir a la fiesta benéfica del sábado, ¿verdad, mamá?

—No digas tonterías, Charlotte. Vamos a llevarte a urgencias. Podría curar mal y…

—No sufras, madre. Siempre podemos ir otra vez a la clínica Calloway y que arreglen uno más de vuestros errores.

—¿También vas a echarnos la culpa de esto?

—Yo siempre os echaré la culpa de la vida que me habéis dado. Que no se te olvide.

—No, hija —responde Katherine intentando mantener una calma que no tiene —. De eso ya te encargas tú.

La puerta principal de la mansión Capieri se abre despacio. Katherine Rossetti sale primero, el abrigo echado sobre los hombros y la serenidad tensa de quien no quiere dejar ver el temblor. Charlie la sigue, con la mejilla aún ardiendo y la toalla con hielo apretada contra la piel. No hablan. Avanzan por el camino de grava bajo los cipreses, testigos mudos del escándalo recién desatado dentro de la casa.

Hancock Park parece más silencioso que nunca. Fachadas de piedra, luces doradas en las farolas, setos impecables: todo igual, indiferente. Charlie piensa que en este barrio los secretos se entierran más rápido que las hojas de otoño. Y, aun así, siente el peso del suyo pisándole los talones.

El coche negro espera frente a la verja. Harry, el chófer de la familia, abre la puerta trasera con un gesto discreto.

—Gracias, Harry —dice Katherine en voz baja, casi en un susurro.

Charlie sube sin decir palabra. El interior, tapizado en cuero, cruje en medio del silencio. Se acomoda junto a la ventanilla y mira cómo la mansión Capieri se encoge entre las sombras. La respiración le arde por dentro y se obliga a no pensar en Dominic, ni en el golpe, ni en la cara de su madre conteniendo las lágrimas delante de los Capieri.

Katherine la observa de reojo durante el trayecto. Al principio calla; luego, más calmada, rompe el silencio.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado —dice al fin, secándose una lágrima que baja silenciosa por la mejilla—. Tu

padre… no sé cómo se lo va a tomar, pero…

—No hace falta darle detalles.

—Claro que hace falta, Charlie… esto no puede quedarse así. Papá hablará con Vittorio.

A Charlie no se le escapa que su madre la llama «Charlie» y no «Charlotte». Quiere abrazarla, creer que todo saldrá bien, pero no tiene fuerzas ni para eso.

Desde el retrovisor, Harry la mira un instante; vuelve la vista a la carretera y afianza las manos en el volante. Ese hombre la ha visto crecer y su gesto resume el final de la noche. Apenas puede contener la rabia que lo invade.

Salvatore Rossetti no tendrá una reacción amable. Katherine lo sabe, y Charlie también. Está en juego la amistad de dos familias unidas desde antes de que ella naciera.

—Lo hablaremos cuando llegue papá —acepta Charlie, resignada—. Ahora solo quiero meterme en la cama y descansar.

Se echa hacia atrás, agotada. No quiere discutir. Lo que duele no es solo el golpe, sino lo que arrastra: descubrir que Dominic también forma parte de ese mundo del que intenta escapar, el que lo absorbe todo: familia, amor y futuro.

El coche gira hacia Fremont Place y las calles se ensanchan. Quedan atrás las mansiones de Hancock Park; el paisaje se vuelve más sereno, más íntimo. Harry conduce sin buscar el retrovisor; sabe cuándo el silencio dice más que cualquier palabra.

La casa de los Rossetti aparece al final de la curva: blanca, moderna, perfectamente iluminada. Harry se detiene en la entrada circular. Katherine baja primero, con la mirada perdida en algún punto del jardín y Charlie la sigue despacio, sosteniendo la toalla con la mano izquierda.

El aire de la noche le enfría la piel y, por un instante, respira hondo. Piensa en Dominic, en su sonrisa, en el tatuaje que le advirtió lo que no quiso ver. Creía que era como ella, que soñaba con escapar. Pero no.

Nadie escapa de ese mundo.

Ni siquiera quienes creen que pueden hacerlo.

CAPÍTULO 1

CHARLIE

Conduzco por Olympic Boulevard con el motor del Ferrari que vibra debajo de mí, tragándose el silencio que cubre Los Ángeles a las cuatro de la madrugada. Paso frente a escaparates apagados y farolas que parpadean con cierto aire cansado. El asfalto parece una cinta infinita que atraviesa barrios dormidos, desde Hancock Park hasta los límites de Beverly Hills, donde las casas esconden secretos tras los setos perfectamente recortados.

No hay tráfico, ni ruido, ni nadie mirando. Solo la ciudad en pausa y yo soltando un poco el pie del acelerador, buscando una sensación que se parezca a respirar. No es la primera vez que escapo, aunque esta vez lo hago sin plan. Me basta con la curva que se abre delante, con la idea de dejar atrás mi casa, las miradas disimuladas de mi madre, los guardaespaldas y el miedo disfrazado de protección.

Las luces del tablero iluminan mis manos. Me aferro al volante, sintiendo el control, la rabia y una libertad prestada o robada de alguna manera. No sé si busco castigo o consuelo, pero cuando las sirenas se encienden detrás de mí, entiendo que quizá ambas cosas vengan en el mismo paquete.

Que me pare la policía no me sorprende. De algún modo, es casi lo que he estado buscando. Tampoco es que fuera demasiado deprisa, además de que a estas horas de la madrugada, apenas pasa nadie. Al menos nadie que merezca la pena proteger.

Así que, cuando escucho las sirenas y veo las luces parpadear por el retrovisor, no me sorprende pero me molesta.

Mucho.

Me fastidia sobre todo el hecho de que esta pequeña aventura se vea interrumpida y, con ello, tenga que volver de nuevo al encierro al que ahora estoy sometida.

Porque una cosa es zafarme de la vigilancia de esos dos perros de presa que mi madre ha contratado para, como ella dice, «protegerme» de los desvaríos de Dominic. Otra muy distinta es cogerle las llaves del Ferrari a mi padre sin su permiso y conducir por la ciudad a estas horas. Pero estoy cien por cien segura de que jamás me perdonarían que me detuvieran por huir de la policía.

A veces no puedo entender que mi padre tenga ese respeto incondicional por las fuerzas del orden y el Departamento de Policía de Los Ángeles y, al mismo tiempo, sea amigo de la mitad de la mafia italiana de la ciudad. Entre ellos, los Capieri, que, como todo el mundo sabe aquí en California, no son precisamente unos santos.

Según mi madre, hay que tener amigos hasta en el infierno. Lo irónico es que, para ella, los del infierno llevan placa y uniforme. Para mí son los amigos con los que salen a cenar cada fin de semana.

Acciono el intermitente derecho, aflojo la marcha y me detengo en la cuneta obedeciendo las órdenes del coche patrulla. Pongo el motor en punto muerto, freno de estacionamiento echado y la ventanilla bajada unos centímetros. Las manos bien visibles sujetando el volante y la música apagada. Me quedo quieta y espero instrucciones.

A través del retrovisor veo que el agente camina con calma, ligeramente escorado, con una mano en el cinturón sobre su arma reglamentaria y la otra en el micro del hombro; murmura algo y, desde la central, le responden con el chasquido seco y metálico de la radio.

—Buenas noches, agente. ¿Acaso iba muy deprisa? —pregunto, con las manos en el volante, bien visibles.

Soy una chica joven, blanca, y conduzco un Ferrari. No he intentado huir; eso me da un voto de confianza. Aun así, sé que podría terminar con la cara pegada al asfalto y las rodillas del policía en mi espalda, inmovilizándome sin compasión. He visto suficientes persecuciones en *Cops* como para saber cómo pueden acabar aquí las detenciones.

—Su permiso de conducir y los papeles del coche, por favor —me ordena.

Cuando alzo la mirada hacia la voz, se me abre un poco la boca de la sorpresa.

¿Dónde han quedado esos policías con un dónut perenne en la boca? ¿Esto es un agente de la ley o un puto modelo de Armani? ¿Va a ponerme una multa o hacerme un *striptease*?

—Claro, señor policía… —le digo—. ¿Desea algo más de mí?

Me ha salido una frase tan de película porno barata, tan cliché, que me echo a reír. No una sonrisa coqueta y estúpida, no. Una carcajada limpia, amplia, que estalla en mitad de la avenida y de la noche cerrada.

Y lo sé, no es especialmente gracioso ni original, pero joder… Llevo dos semanas sin salir de fiesta, acompañada por dos armarios empotrados que no me dejan ni ir al baño sola.

Desde lo que mi madre llama «el incidente» con Dominic, vivo en una especie de encierro domiciliario sin posibilidad de revisión. Atrapada, aburrida y tan desesperada como para coger el Ferrari a las cuatro de la madrugada solo para sentirme un poco viva otra vez.

Él no se inmuta y me hace una seña con los ojos hacia el salpicadero.

Yo revuelvo en el bolso, nerviosa, buscando mi cartera. La saco, le entrego el carné y voy a revisar la guantera.

Los papeles del coche. Bien, puedo hacerlo. Saco una carpeta y la abro. Aquí hay un montón de documentos y no sé a qué se refiere exactamente, así que hago ademán de entregársela entera.

—Saque el registro del vehículo y el comprobante del seguro. Eso es el manual del propietario.

—Lo siento, pero no sé qué papeles son esos.

El agente resopla. Le veo el gesto impaciente, la mandíbula encajada. No debe de ser muy buena señal, pero coge la carpeta a regañadientes.

—¿Sabe que iba usted a más de noventa millas por hora en una carretera limitada a cincuenta? —me pregunta, revisando mis papeles sin mirarme a la cara.

El chico es guapo, eso es indudable, y no tiene nada que ver con el hecho de que lleve más de dos semanas viendo solo las paredes de mi cuarto. Es alto pero no demasiado, brazos anchos y una barba de tres días que intenta parecer casual pero que noto perfectamente cuidada. Si mi radar no falla, debe de estar cerca de los treinta años. Lo suficiente para ser todo un hombre y no demasiado como para que mi madre se escandalice si lo llevara a casa.

Llevar a un policía después de haber estado con el hijo de un Don de la mafia de California sería un cambio interesante.

—Conteste, señorita —insiste, un poco borde.

—Sí, señor policía, soy consciente.

Mientras lo veo anotar algo en un cuaderno —o en lo que sea eso que usan para dejarte un recado en forma de multa—, mi mirada se detiene en la placa de su pecho: L. Ravenshart.

Un apellido extraño, como si mezclara orígenes distintos en una sola palabra.

—Señor policía… —empiezo.

—Señorita —me interrumpe—. Este coche está a nombre de Salvatore Rossetti.

—Es mi padre —me apresuro a aclarar—. El coche es suyo… evidentemente yo no podría…

—Entonces necesito que me proporcione una autorización por escrito o algún documento que acredite que tiene permiso para conducirlo. —Su tono es firme, profesional, sin levantar la voz—. De lo contrario, tendré que verificarlo con el registro y confirmar con el propietario antes de dejarla marchar.

Mierda. Eso sí que no lo tengo.

—No… —balbuceo—. No llevo nada de eso. Mi padre sabe que he salido, solo es que… —Paro porque hasta yo sé que suena más falso que la calma que intento fingir.

El agente suspira, y por primera vez me mira directamente. No es una mirada agresiva, es evaluadora, y está midiendo cuánto de verdad hay en mis palabras.

Al principio no distingo el color de sus ojos. Las luces del techo del coche patrulla lo distorsionan todo. Pero luego se mueve, y puedo confirmarlo; son de un verde oscuro. No de ese verde brillante, sino de esos que esconden secretos y quizás varias cicatrices. Reconozco esa mirada porque es la que suelo ver reflejada en mi espejo.

—Permanezca en el vehículo, señorita Rossetti —dice al fin—. No se mueva ni intente arrancar.

Asiento y obedezco, por supuesto. Las luces azules siguen girando, reflejándose en cada rincón del coche.

Lo observo alejarse, hablar por el micrófono del hombro y apuntar algo en su libreta.

Luego apoyo la cabeza en el reposacabezas y exhalo despacio. Esto tiene pinta de acabar mal. Seguramente con mi madre yendo a recogerme a comisaría y yo teniendo que soportar de nuevo la conversación que últimamente se ha puesto de moda en mi casa. Que mi seguridad es lo primero y que escapar de mis guardaespaldas es una temeridad.

Por el retrovisor veo cómo el agente se apoya en la puerta de su coche patrulla con la radio pegada al hombro. Habla unos segundos, asiente y mira hacia mí.

Seguro que está hablando con mi madre. A las cuatro de la mañana. Perfecto.

La idea me revuelve el estómago. Mi padre debe de estar durmiendo, o fingiendo hacerlo, y en cuestión de minutos sabrá que su Ferrari ha estado dando vueltas por la ciudad con su hija al volante.

El agente acaba la conversación, anota algo en su libreta y regresa despacio, con el mismo paso firme de antes. Golpea suavemente el marco de la ventanilla.

—El señor Rossetti ha confirmado que el vehículo está registrado a su nombre y que tiene permiso para conducirlo —dice sin emoción—. Aun así, excedió el límite de velocidad en más de cuarenta millas por hora.

Asiento, tragando saliva. No ha hablado con mamá. Sino con mi padre. De puta madre.

—Lo sé —admito bajando la vista.

—Voy a emitir una citación por conducción temeraria y luego la escoltaré con mi coche hasta su casa. ¿Entendido?

—Eso no es necesario, ¿no? —pregunto sorprendida y un poco indignada.

El policía me ignora, saca del bolsillo un dispositivo y teclea lo que seguramente será una multa por exceso de velocidad. La luz parpadeante del techo del coche patrulla ilumina su rostro en la penumbra. Al menos me está multando un policía joven y atractivo.

—Firme aquí —me dice—. Voy a adelantarla con mi coche. Conduzca con cuidado detrás de mí.

—Pero un momento —protesto de nuevo con más énfasis —. ¿Entra eso en sus obligaciones? ¿Es necesario? Porque no creo que…

—Señorita Rossetti —me interrumpe—, yo solo obedezco órdenes. Así que, le aconsejo que haga usted lo mismo.

Vuelve al coche patrulla sin darme opción a protestar ni a negarme a que me escolten a casa.

El patrulla me rebasa y Ravenshart me mira a través de la ventanilla ordenándome con los ojos que lo siga. Aprieto el volante hasta sentir los nudillos tensos. La sangre me golpea las sienes. Estoy humillada y furiosa. Reducida a una niña llevada de la mano al despacho del director.

Sigo su luz a distancia y emprendemos el regreso. Olympic Boulevard se alarga hacia el este, casi vacío. Los semáforos parpadean y, uno a uno, vuelven a su ciclo. Las palmeras dibujan espigas negras contra un cielo que se aclara por capas: primero violeta, luego un gris pálido que empuja la noche hasta los bordes.

Pasamos intersecciones, marquesinas con carteles despegados, un corredor solitario con la capucha subida que cruza sin mirar. A lo lejos, los rascacielos del centro parecen una maqueta cansada. En alguna ventana se enciende una luz: la ciudad empieza a desperezarse.

Mantengo la distancia reglamentaria. Él marca el ritmo y yo obedezco. A la derecha, los setos de Hancock Park vuelven a alinearse como una muralla privada. Quedan atrás Highland, La Brea, Fairfax con un destello ámbar. Ya casi amanece y el asfalto

cambia de tono; más claro, más real, como si hasta la carretera hubiera contenido el aliento conmigo.

Cuando el policía acciona el intermitente para tomar la salida hacia mi barrio, mantengo la vista fija en sus luces traseras. El azul y el ámbar se funden sobre el asfalto como un pulso que guía el camino de regreso.

La ciudad despierta despacio, los tejados se tiñen de gris, y por un momento el silencio pesa más que el motor.

Entonces él gira, desaparece tras una avenida lateral, y yo sigo recto, sola otra vez.

Cuando entro en casa, mis padres me esperan. En pijama, sentados en el sofá, con esa expresión de jurado que ya ha dictado sentencia.

Los guardaespaldas a un lado, firmes, con cara de pocos amigos.

Y yo, de pie frente a ellos, con el aire aún frío de la madrugada pegado a la piel y la sensación absurda de haber vuelto a los diecisiete.

Me siento pequeña e insignificante.

No digo nada. No porque no tenga qué decir, sino porque cualquier palabra sería otra chispa más que aviva el incendio.

Solo pienso en el policía borde con nombre imposible que acaba de arruinarme la noche y en lo que me espera ahora: el sermón y la bronca.

Bienvenida a casa, Charlie.

CAPÍTULO 2

LUKAS

Son casi las siete cuando llego a la comisaría, con la humedad pegada a la piel y el cansancio arrastrándose detrás.

Últimamente duermo tan mal que el turno de noche a veces me sirve de consuelo. Fue una de las razones para aceptar este horario. Total, tampoco dormía.

Cuando entro en la central, el sargento Méndez está en el mostrador. También parece cansado y sostiene su taza con una paciencia que ya no tiene. Seguramente lleva unas cuantas de ese brebaje que aquí llaman café. No me extraña que siempre esté de mal humor bebiendo eso.

A esta hora, la comisaría es un reguero continuo de gente que termina el nocturno mezclándose con el empieza el de mañana. Nos cruzamos y nos saludamos casi en silencio: algunos demasiado cansados para conversar; otros, todavía medio dormidos.

He dejado el coche patrulla, firmado el registro y me quito el cinturón de servicio mientras Méndez bebe con cara de asco de su taza.

—¿Noche tranquila? —pregunta sin levantar la vista.

—Demasiado —respondo, dejándole la *tablet* con el informe abierto—. Solo una citación. Exceso de velocidad en Hancock Park. Una tal Charlotte Rossetti.

Méndez alza una ceja, con la taza a medio camino. Ahora sí parece interesado.

—¿Rossetti? —pregunta dejando el café en la mesa—. Cuidado con esa familia, muchacho. No te conviene meterte donde no te llaman.

—No me he metido en nada, solo fue una multa —digo, mientras firmo el cierre de turno.

—Sí, claro. Pero mejor huye de ese nombre. Solo trae problemas.

Lo miro, extrañado, y la curiosidad se me enciende como las luces de Navidad que empiezan a invadir la ciudad.

También me ha parecido raro que el capitán me llamara expresamente para que escoltara a la chica. Llevo apenas un par de meses en esta ciudad de locos y aún no me acostumbro a ciertas peticiones.

En mi ciudad, Flagstaff, lo tenía todo controlado: el barrio, las familias conflictivas, los delincuentes comunes… Estaba a punto de ascender a detective. Conocía cada esquina y a casi todos por su nombre. Aquí, en Los Ángeles, vuelvo a ser otro uniforme más en medio del caos de esta enorme ciudad.

Volver a un piso vacío en Koreatown nunca ayuda. Es un barrio denso y bullicioso, con calles siempre encendidas por letreros de neón, restaurantes coreanos abiertos hasta la madrugada, supermercados 24 horas y un ruido constante de pasos, motores y conversaciones que suben por las fachadas. Los edificios de apartamentos son viejos pero llenos de vida; en cada ventana se adivina otra rutina, otra historia. Mi estudio, de apenas cuarenta metros, a veces me hace sentir enjaulado: una cama, una mesa, una cocina minúscula y ese silencio extraño que queda cuando cierras la puerta y te das cuenta de que nada allí te ata a largo plazo.

Nada ni nadie.

En Flagstaff, las montañas me protegían; el pinar impregnaba el aire y hasta las tiendas olían a resina fresca. Aquí solo huelo a gasolina y goma quemada en las carreteras y a marihuana, según quien pase por la acera. Dormir por la mañana es otra de esas pequeñas humillaciones urbanas a las que no creo que me acostumbre jamás. En Flagstaff me arrullaban los arrendajos entre los pinos; en Los Ángeles me despiertan las sirenas y los gritos de los vecinos en su enésima pelea.

A veces el piloto automático se conecta aunque no esté de servicio y me tienta la idea de cruzar el rellano y partirle la boca al energúmeno de mi vecino. Ese que no hace más que gritar a su mujer y a los niños. Quizá algún día haya que intervenir, pero por el bien de esos críos espero no tener que hacerlo yo. Mi paciencia con ese hombre ha rebasado el límite y no puedo asegurar que no vaya a sobrepasarme.

Abro la nevera buscando algo que llevarme al estómago antes de dormir y el panorama tampoco es alentador: apenas hay comida precocinada, un par de latas y cosas que requieren un tiempo que, a estas horas, no tengo ni ganas ni paciencia para invertir. Creo que la superficialidad de esta ciudad se me está contagiando; acabo cogiendo uno de esos batidos preparados y me lo bebo sin más. Ya prepararé algo más sano cuando me despierte.

El teléfono vibra con notificaciones viejas. Leighton y los del grupo del Lago Mary Crew están organizando la comida anual del club. Releo cada mensaje como si todavía formara parte de él. El chat se llena de fotos del muelle, los mismos chistes malos de todos los años, y el plan de siempre; quedada al amanecer para pillar a los peces durmiendo, termos llenos de café y algo de ron para calentarnos por dentro.

Debería salir del grupo, lo sé. Pero no lo hago. Supongo que todavía hay una parte de mí que necesita leerlos, aunque ya no pertenezca a ese mundo.

Luego están los mensajes de mi madre. Esos me queman el pecho y sé que no puedo alargar más la llamada que llevo días evitando. El reloj marca las 8:26 cuando marco su número. Me la imagino en la cocina, preparando tortitas o poniendo el desayuno para mi padre, con el delantal puesto y la radio encendida. No tengo ninguna duda de que estará despierta.

—Lukas… —Su voz expresa un alivio inmediato—. Cariño, ¿cómo estás?

—Hola, mamá —contesto, forzando una sonrisa que ella no puede ver—. Acabo de salir del turno. Cansado, pero bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Y papá?

Mi madre tarda unos segundos en hablar y, viniendo de ella, que es capaz de lanzar tres preguntas seguidas sin relación entre ellas y en apenas un segundo, eso quiere decir que algo la preocupa. Eso o que quiere darme una noticia que sabe que me afectará y no sabe cómo empezar.

No hace falta ser un genio para saber qué noticia es.

—Tu hermano… —Se interrumpe, buscando las palabras que ella cree que menos impacto tendrán en mí—. El niño ha nacido. ¡Somos abuelos, Lukas! Y tú eres tío.

Yo ya lo sabía; Leighton me había escrito la exclusiva en un mensaje que no contesté, pero mi madre quería decírmelo ella misma, así que no le quito la ilusión de darme la primicia.

—Enhorabuena —digo fingiendo una emoción que no siento—. Espero que… ya sabes, que todo haya ido bien.

—Sí —responde ella, exultante y orgullosa—. Pesó tres mil doscientos gramos y midió cincuenta centímetros. Es precioso, gordito y con las manos bien cerradas. Van a llamarlo Alexander. Voy a mandarte fotos, ¿vale?, pero tienes que venir, cariño, tienes que conocerlo.

Escuchar el nombre de mi sobrino recién nacido al que todavía no conozco, me provoca un pequeño escalofrío.

—Alexander, ¿eh? —repito—. Tendré que ir, mamá, pero ahora no puedo. De todas formas, felicita a mi hermano.

Otro silencio. Y otra pausa de esas que mi madre usa para escoger sus palabras sin provocar un terremoto entre mi hermano y yo.

—¿No vas a llamarlo? —me pregunta al cabo de unos segundos —. Se alegrará de escucharte y…

—Mamá, estoy muy cansado. He tenido un turno difícil —le miento—. ¿Te importa si hablamos en otro momento?

—No, cariño. Pero… —Se vuelve a pensar la frase y esta vez detecto esa preocupación genuina que mi madre siempre tiene por nosotros—. ¿Es que ha sido un turno peligroso? ¿Estás bien?

—Sí, tranquila. Solo vigilo el tráfico; pero he tenido varias intervenciones y no duermo bien —me excuso para no ofrecer más detalles y aliviar un poco su inquietud—. Hablamos otro día, ¿vale? Da recuerdos a todos.

Mi madre se despide con las mismas advertencias de siempre. Da igual que tenga veintinueve años y sea policía; para ella sigo siendo un adolescente en la escuela secundaria.

Como era de esperar, nada más tumbarme sobre el colchón, los ruidos de la ciudad me mantienen en alerta: escucho sirenas a lo lejos, pero no de la policía; estas claramente son del servicio de emergencias, las distingo a la perfección. Luego la maquinaria de una obra en el edificio de enfrente que no parece tener fin y los vecinos peleando en la escalera.

Mis compañeros del turno de noche siempre dicen que al final te acostumbras, que llega un momento en que no distingues un grito de una alarma y eres capaz de dormir hasta de pie.

Yo no lo creo. La única esperanza que tengo es que el ascenso a detective llegue pronto y que me saque de este uniforme y de estos horarios de locura.

En Flagstaff estaba a punto de convertirme en detective de distrito, hasta que… bueno, hasta que tuve que largarme de allí. Lo dejaremos así.

Mientras espero a que el sueño me venza, busco el apellido Rossetti en Google. Aparecen mil entradas sobre Salvatore Rossetti, y sobre su mujer, Katherine: noticias de primera página mezcladas con pequeñas piezas de sociedad —inauguraciones de centros culturales, donaciones con sonrisas ensayadas y vestidos de lujo— y luego las menos amables: demandas por contratos dudosos y algún que otro titular sobre sociedades pantalla vinculadas a empresas de importación. También circulan rumores locales sobre contactos discretos con familias vinculadas a negocios bastante más turbios: familias como los Capieri, que se dedican a mover alcohol de contrabando y a organizar apuestas clandestinas en locales discretos.

Lo que más me sorprende, es que no había oído hablar de la familia Rossetti hasta esta noche.

La curiosidad puede más que el sueño y sigo desplazándome por los diferentes titulares. Entre ellos, aparece una noticia vieja:

La hija del empresario Salvatore Rossetti, herida en un tiroteo en pleno centro de Los Ángeles.

La fecha me llama la atención porque de eso hace ya siete años. Mi sorpresa crece cuando veo que ella era solo una adolescente.

El artículo explica que la bala iba dirigida a su padre, pero fue ella quien acabó en el hospital con una herida en el hombro.

Acompaña la nota una foto tomada a la salida del centro médico: Charlotte aparece con una sudadera gris, el brazo en

cabestrillo, el pelo oscuro recogido en una trenza despeinada y una expresión que no encaja con su edad. No hay lágrimas, ni sonrisas, es una expresión demasiado neutra para alguien que acaba de recibir un balazo. Siendo tan joven, todavía me sorprende más.

Miro la imagen más tiempo del que quiero admitir.

En esa foto no hay rastro de los Rossetti ni de sus fortunas. Solo una adolescente que aprendió demasiado pronto lo que cuesta llevar un apellido que atrae el peligro.

No es, técnicamente, una familia de la mafia. Al menos no como uno lo podría imaginar. Pero su historial está lleno de grietas suficientes para que cualquier investigador se ponga en alerta. Para quien tiene instinto —y yo lo tengo por deformación profesional—, esos nombres son una advertencia clara: observar y no intervenir. Exactamente como me ha advertido Méndez en comisaría.

Aunque ya tengo datos suficientes sobre los Rossetti y los Capieri, sigo deslizando el dedo. En un momento dado, y sin saber muy bien por qué, escribo en la búsqueda el nombre de Charlotte Rossetti.

Los artículos y noticias se actualizan en el acto. En la mayoría de fotos aparece junto a sus padres en eventos benéficos, alfombras rojas, cócteles de gala. La niña del cabestrillo ya no existe. En su lugar hay una mujer que controla su alrededor.

Soy policía y reconozco esa mirada al instante, solo que ella aparece con vestidos de diseñador en vez de uniforme.

No sé cuánto tiempo paso mirando la pantalla.

Supongo que es el instinto de detective, me digo, aunque no estoy del todo seguro.

El sueño empieza a vencerme. Cuando miro la hora en el móvil son casi las diez y llevo más de veinte horas despierto.

Los ecos de la conversación con mi madre todavía resuenan en mi cabeza. Llevo fuera de Flagstaff más de dos meses. En todo ese tiempo he intentado mantener el menor contacto posible con mi antigua vida, con mi familia, y sé que mi madre lo está pasando mal.

Mi hermano… bueno, quizá debería llamarlo, pero no tengo fuerzas ni ganas para fingir una conversación normal con él.

Mientras pienso qué escribirle, la imagen de esa chica recibiendo una bala destinada a su padre no se me quita de la cabeza.

Yo, que he huido de mi ciudad y de todo lo que me ata a mi hermano, entiendo demasiado bien lo que debe de ser crecer en una familia que te abre más heridas de las que cierra.

Esa chica, conduciendo un Ferrari a las cuatro de la mañana, sola, me recuerda que a veces los apellidos pesan más que las decisiones.

Algunos nacemos con la mala suerte de que la sangre te una justo a lo que intentas dejar atrás y te ata a todo aquello de lo que quieres escapar.

CAPÍTULO 3

CHARLIE

Como era de esperar, mi pequeña escapada nocturna con el Ferrari de papá solo ha servido para apretar la correa: mis dos perros de presa ya ni siquiera parpadean.

Si antes tenía pocos amigos, ahora mi «vida social» se reduce a acompañar a mi madre cuando decide ir de compras e intervenir por videollamada en las clases *online*. Otra de las grandes ventajas de este apellido: ser la hija de Salvatore Rossetti y que todo el mundo lo recuerde antes de aprenderse siquiera mi nombre.

Dominic Capieri era de los pocos amigos que me quedaban, pero ya sabemos cómo terminó.

La única con la que todavía puedo hablar es Marissa, una chica italiana que conocí en mi primera semana en la universidad. Luego, al acabar el semestre, dejé de pisar el campus. Todo gracias a ese chico que decidió que mi costado podía ser un buen sitio para hundir un cuchillo.

Ese chico que fue ingresado en un centro penitenciario para enfermos mentales, y que a mí me jodió el resto del curso y mis ganas de seguir estudiando.

La cicatriz me recuerda los motivos por los que mi sueño es vivir lo más lejos que pueda de esta ciudad y escapar de la losa que es llevar aquí mi apellido.

También es un recordatorio, por si alguna vez lo olvidara, de todas esas ventajas de nuestra «forma de vida» que Dominic recitaba como si fueran un premio. No lo son. No las pedí y tampoco las quiero.

Y, aunque esté rodeada de guardaespaldas, listas y horarios, la idea no cambia: escapar de aquí.

Mi madre, de vez en cuando, vuelve a la carga.

—¿Cuándo vas a volver a la universidad? ¿Quieres estudiar otra cosa? Sabes que puedes elegir lo que quieras.

—¿Puedo irme a Nueva York? —respondo siempre.

Jugamos al mismo *ping-pong* cada vez. Yo contraataco con Nueva York; ella replica con lo de siempre: «no podemos protegerte allí*».* La misma historia, la misma canción. Estoy cansada de escucharla. Y de no tener más remedio que aceptarla.

—Aquí tampoco es que me hayáis protegido demasiado bien —se me escapa con una doble intención.

Mencionar los dos atentados de los que he sido objeto en mi vida por culpa de los negocios de mi padre y sus «contactos» les duele. La bala y el ataque con arma blanca en la universidad por un estudiante al que no conocía, es golpear donde más daño les hace.

Lo sé.

La adolescente rebelde y frustrada que llevo dentro lo usa a la mínima. Luego veo a mi madre quebrarse, bajar la mirada, disimular los ojos húmedos… y me arrepiento al instante. Sé que, en el fondo, no es culpa suya. Pero la rabia que llevo dentro a veces no me deja verlo.

Mi vida se resume en estudiar sola en casa, asistir a alguna clase *online* con la cámara siempre apagada y hablar, muy de vez en cuando, con Marissa. El resto del tiempo convivo con mis dos guardaespaldas. Joe y Pietro, dos hombres de más de cuarenta, serios como una escopeta, con los que no tengo nada de qué hablar.

Si al menos fueran como el policía del otro día…

De mi padre apenas sé nada desde el incidente con Dominic. Las cosas están tensas entre ambas familias y me consta que mi madre y Raffaella se llaman a todas horas.

El moratón de mi mejilla y el corte en el labio han desaparecido casi por completo. Nada que un poco de maquillaje no pueda disimular.

Otra cosa es la indignación de mi padre, que tuvo un enfrentamiento monumental con Vittorio, y sé que este, a su vez, con su hijo.

Dominic ha sido apartado temporalmente de las labores de la familia, una especie de castigo.

Es irónico: toda la vida diciendo que queríamos huir de ese mundo y ahora resulta que él lo vive como un castigo en lugar de un alivio.

La consecuencia es tan evidente como peligrosa: Dominic tiene demasiado tiempo libre y demasiadas compañías equivocadas.

Y tengo la sensación, una que se me clava en el estómago cada vez que escucho su nombre, de que ya no necesita contagiarse del peligro, porque hace tiempo que se convirtió en él.

Sus dos amigos, los que siempre lo escoltan y actúan como si fueran una mezcla de lacayos y guardaespaldas, tampoco son precisamente buena compañía. Harían cualquier cosa por él, no me cabe duda, pero su lealtad ciega pesa tanto como su falta de juicio.

Su influencia es casi tan corrosiva como los negocios de los Capieri, y Dominic lleva demasiado tiempo respirando ese mismo aire viciado.

Desde que su puño chocó contra mi mejilla no nos hemos visto ni hemos hablado.

Hasta ayer.

Dominic me envía mensajes de disculpa. No lo bloqueo por respeto a lo que fuimos; su insistencia, sin embargo, empieza a ponerme todavía más nerviosa de lo que estoy.

Sé que no debo contestarle. Mi madre me lo ha repetido hasta la extenuación y, por más que finja lo contrario, soy consciente de que lo nuestro no tiene arreglo: ni romance, ni amistad. He crecido entre tipos duros; sé que la primera bofetada suele ser un aviso, y que después vienen las excusas y luego… no quiero ni pensar en lo que vendría después.

Por aburrimiento, por un impulso estúpido o por algo que todavía me ata a él, respondo. No pasan diez segundos cuando el teléfono vibra con su llamada.

—Charlie, ufff, menos mal que me has contestado —dice, con una voz que suena aliviada—. ¿Cómo estás?

Su «¿cómo estás?» me desconcierta; esperaba algo más rotundo: una súplica, una humillación, cualquier cosa que justificara lo que hizo. En cambio suena a normalidad, a saludo casual y rutinario.

—Dom, no deberíamos hablar —le corto—. Dejemos que esto se enfríe, ¿vale?

Un segundo de silencio. Y entonces cambia: del alivio pasa a la frialdad. La voz se endurece y noto cómo la calma se convierte en amenaza.

—¿Enfriarse? ¿Qué? ¿Lo nuestro? —respira, intentando controlarse.

—Dominic… ya no hay nada nuestro, ¿recuerdas? Rompimos.

—No, Charlie. No rompimos, joder. Fuiste tú la que se volvió loca el otro día y decidiste que ya no querías seguir conmigo.

La desfachatez de echarme la culpa me enciende. Pienso en las drogas, en los dos gorilas que siempre rondan a su lado. Pienso en cómo el caos y la rabia juntos son una mala mezcla.

—Voy a colgar —digo—. Adiós.

Corto la llamada. Pero no se detiene ahí. El teléfono no para de sonar y los mensajes llegan como puñetazos en la cara.

Coge el teléfono, puta.

Te vas a enterar.

Nadie deja a Dominic Capieri así.

Si no contestas, vas a saber lo que es sangrar de verdad.

No te van a quedar ganas de reírte de mí cuando te raje la boca.

¡Puta de mierda, coge el teléfono!

Las palabras se despliegan en la pantalla con una crueldad que me descoloca. No son amenazas veladas; son frases disfrazadas de ira y resentimiento. Eso al menos quiero entender porque no puedo aceptar que Dominic, con quien me crie, mi mejor amigo y el chico con el que estuve saliendo dos años, sea capaz de decir esas cosas en serio. Pero la sangre se me congela en las venas cuando releo cada uno de esos mensajes y el teléfono me pesa en la mano.

Mis dedos tiemblan y las lágrimas salen de mis ojos a pesar de mis intentos de contenerlas. No quiero llorar porque todavía prefiero pensar que no habla en serio. Mi cabeza me expone todas las pruebas.

Están ahí, a la vista. Cuando me miro en el espejo y todavía quedan marcas del puñetazo en mi mejilla. Están ahí, en los mensajes, en los insultos y en las amenazas. El silencio se vuelve insoportable, porque ahora puedo escuchar los latidos de mi corazón

golpeando en mi pecho con fuerza. No es miedo, es algo todavía peor.

Es la incredulidad y el desconcierto.

Vuelvo a la cocina, donde mi madre y Candace, nuestra asistenta, ríen mientras preparan la cena. El móvil todavía me tiembla en la mano; por un segundo pienso en borrarlo todo, pero al final lo dejo en silencio y lo guardo en el bolsillo.

Mi madre me mira con esa mezcla de curiosidad y preocupación que se ha vuelto su gesto habitual nada más verme. Yo le regalo una sonrisa automática para tapar la ansiedad que me recorre por dentro. Ella no detecta el miedo y acepta la sonrisa como una tregua entre nosotras. No tengo ni la energía ni el ánimo para desactivar la felicidad que acabo de darle con ese simple gesto.

Entonces, entre risas, me lanza un puñado de harina a la cara. De golpe parece que protagonice una comedia familiar mal ensayada y no la escena de terror que acabo de vivir en mi habitación.

—Vamos, Charlotte, ayúdanos con estas galletas —dice, entusiasmada.

El teléfono ha dejado de vibrar y, por un rato, los mensajes se me olvidan. Candace obedece la petición de mi madre y saca una bandeja con bolas de masa. Empuja una hacia mí y me quedo mirándola con una ceja levantada.

—¡Vamos! —me anima—. Es divertido.

Me pongo a formar figuras y esa simple acción me baja un poco las pulsaciones.

Sé que debería contarle lo que ha pasado, pero eso solo reforzaría mi encierro. También sé, que si sigo así, me volveré loca antes de que salga una galleta decente del horno.

—Mamá, ¿podemos hablar?

Mi madre deja la masa al instante. Su sonrisa desaparece y Candance nos observa como si de repente hubiéramos empezado a hablar en un idioma extranjero.

—Claro —responde, desconcertada—. ¿Quieres que vayamos al salón o…?

—No, no hace falta. No es nada… importante —la interrumpo mientras sigo modelando la masa—. Bueno, sí es importante para mí.

—Entonces dime, cariño.

Que me llame «cariño» ya es un avance; al menos me señala que está receptiva.

—Necesito salir.

La miro de reojo y veo cómo amasa más fuerte. Lo está procesando.

—¿Salir? —repite—. ¿A qué te refieres con salir?

—Pues ya sabes, salir por ahí —le insisto calmada.

—Pues sal. Nunca te lo hemos impedido.

—Mamá, quiero salir sin esos dos gorilas vigilándome a menos de tres metros. —Bajo la voz señalando hacia donde se encuentran mis dos guardaespaldas—. Eso está matando mi ya escasa vida social. Necesito ir a una discoteca, bailar, emborracharme. ¿Puedes entenderlo?

Su gesto cambia. No solo lo está procesando: parece estar elaborando todo un plan.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Emborracharte?

—¡No! —replico—. Bueno, sí… no lo sé. Solo quiero tener esa opción. Conocer a alguien, divertirme como una chica de mi edad.

—Tu padre no va a consentirlo. Y menos después de lo de Dominic.

«Lo de Dominic». El recuerdo de los mensajes me provoca un escalofrío. Si se enteran de lo que me ha escrito, no volveré a ver la luz de una pista de baile sin escolta en la vida.

—¿Sabes lo que es tomar tan solo un café con un chico con esos dos mirando por encima del hombro? ¿También van a estar cuando me vaya a la cama con alguien?

—Charlotte, por favor.

—Joder, mamá, tengo veintitrés años. Sabes que no soy virgen, ¿verdad?

Dejo mi masa, que ha soportado la discusión mejor que la suya: ella la ha apretado tanto que apenas puede despegarla de la encimera. Luego me cruzo de brazos y la mira fijamente.

—Solo… no sé. —le insisto casi en un ruego—. ¿Podemos encontrar una solución? No tengo nada contra Joe y Pietro, pero, joder, es que no me dejan ni respirar.

Mi madre me sostiene la mirada.

—Eso no es cierto: el otro día te escapaste con el Ferrari.

—Ya, pero sabes que tengo razón. Si sigo así, voy a caer en una depresión.

Mi madre se muerde el interior del labio. Es un gesto que siempre hace cuando está nerviosa, pero sus ojos me dan un hilo de esperanza.

—De acuerdo, Charlotte —dice al fin bajando la cabeza de nuevo a la encimera—. Déjame pensarlo y te diré algo.

Yo respiro un poco más aliviada. Dejo mi intento de repostera descansando en la encimera y vuelvo a mi habitación tecleando a

Marissa.

¿A qué discoteca me dijiste que fuiste el otro día?

Creo que me van a dar la condicional pronto.

Tienes que sacarme por ahí.

La respuesta de Marissa no tarda ni dos minutos en llegar.

Sabes que cuando quieras. Lo estoy deseando.

CAPÍTULO 4

LUKAS

El reloj del vestíbulo marca las ocho treinta y el relevo de turno ya ha empezado. Los pasillos de la división están más llenos de lo habitual: uniformes que entran y salen, voces cruzadas y el sonido metálico de las taquillas cerrándose.

Ficho a la entrada, paso por el arsenal y recojo el equipo reglamentario: el chaleco, la radio, la cámara del uniforme y mi arma. Luego firmo en el registro del vehículo asignado y reviso el parte del día.

Me toca patrullar la zona norte, entre Melrose Avenue y Highland. Control de tráfico y exceso de velocidad. Lo de siempre. Órdenes simples, rutinarias. Nada que suba la adrenalina. Solo la ciudad respirando ahí fuera y yo intentando no pensar en lo que de verdad me quita el sueño.

Cruzo la sala de operaciones y veo al capitán Myers revisando unos informes en su despacho. Está a punto de marcharse, pero decido interceptarlo justo cuando cierra la carpeta.

—¿Tiene un minuto, capitán? —le pregunto desde la puerta.

Myers levanta la vista, asiente y me indica que pase.

—Tú dirás, Ravenshart —responde sin apartar del todo la vista de los papeles—. Tengo prisa; mi mujer me espera para cenar y ya llego tarde.

Genial. Siempre tengo un don para elegir el peor momento. Aunque, pensándolo bien, nunca hay uno bueno desde que estoy en esta jodida ciudad.

—Es sobre mi ascenso a detective, capitán —digo sin rodeos.

La conversación es breve. Él habla de procesos internos y plazas pendientes, el tipo de jerga que suena a excusa. Yo asiento, guardando la compostura, pero la frustración me acompaña cuando salgo al pasillo.

Tomo aire, enderezo la chaqueta y me dispongo a cumplir mi turno; otra noche más haciendo lo que se espera de mí, recordándome que en esta ciudad los ascensos se ganan despacio. Sin embargo, la paciencia se me acorta un poco más cada día.

En el aparcamiento, el aire ya es más fresco y las luces de la ciudad se reflejan en las lunas de los coches patrulla. Subo al mío, conecto la radio y dejo atrás la división.

Las dos primeras horas de turno pasan sin nada que valga la pena anotar: algún conductor distraído con el móvil, un par de frenazos bruscos, peatones con prisa y poco instinto de supervivencia. La misma calma en la zona norte, esa que parece eterna cuando no pasa nada.

Cuando el reloj del salpicadero roza las diez, la ciudad entra en ese desorden típico de un sábado por la noche: risas, bocinas y luces.

Entonces, el radar se enciende con un destello rojo. Noventa y dos millas por hora.

Aprieto el volante y suspiro. Lo que faltaba para estropearme más el humor: lidiar con algún idiota borracho o que utiliza la avenida Melrose como su pista de carreras particular.

El deportivo aparece segundos después: un Aston Martin DB11, pintura gris metalizada, motor rugiendo como si el conductor necesitara que todo Los Ángeles lo escuchara.

Activo las luces de emergencia y doy aviso por radio:

—Unidad 12-41 a central, exceso de velocidad en dirección oeste por Melrose, iniciando parada.

Acelero y le indico que pare a la derecha.

El coche obedece. Frena con elegancia, como si supiera que el espectáculo forma parte del personaje. Me detengo detrás, dejo el espacio reglamentario y salgo del patrulla con la mano cerca del cinturón.

Cuando me acerco al coche y la ventanilla baja, la reconozco al instante.

Es la chica del Ferrari de la semana pasada. Charlotte Rossetti. El mismo nombre del que Méndez me dijo que me mantuviera lejos. Esta vez va maquillada, lleva un peinado distinto y un brillo en los ojos que no tiene nada que ver con el de hace unos días ni con las fotos que vi en Internet.

—Señorita Rossetti, ¿sabe a qué velocidad iba? —pregunto, manteniendo el tono neutro.

—Vaya, recuerdas mi nombre, ¿eh? —Se apoya en el respaldo, de manera descarada—. No me estarías siguiendo, ¿verdad? Porque eso podría considerarse acoso policial.

El tuteo, el tono, todo me molesta ya desde la primera frase. Si a eso le sumo que mi turno acaba de empezar y que sigo mosqueado por la conversación con el capitán, esto no empieza bien. Y no tiene pinta de mejorar.

—Por favor, señorita. —Respiro hondo—. Su permiso de conducir, el registro del vehículo y el seguro.

—Vamos, anda. Si ya sabes quién soy —replica—. Acabas de llamarme por mi nombre y…

—La documentación, el registro y el seguro —repito, esta vez más seco y firme—. Por favor.

Suspira con dramatismo.

—No me lo puedo creer. ¿No tienes otra cosa mejor que hacer? —Suelta el volante pero no para coger su bolso—. ¿Acaso no hay ladrones y violadores a los que detener?

—Señorita —marco cada sílaba—, si no me entrega lo que le solicito, tendré que considerar que está obstruyendo la labor policial y proceder en consecuencia.

—Mira, paleto, tengo prisa y sabes que esto es hacerme perder el tiempo. Ponme la puta multa y déjame ir. Llego tarde a una fiesta.

La sangre me sube demasiado rápido a la cabeza. Sé que podría —y quizá debería— bajar la voz, escribir la multa y dejarla marchar. Pero hoy no.

Llevo la mano a mi hombro y activo la cámara de mi uniforme.

—Baje del coche, por favor.

—¿Qué? —exclama, como si no hubiera entendido—. No me lo puedo creer. ¿Por qué tengo que…?

—Señorita Rossetti —repito, sin levantar la voz—. Le he dicho que baje del coche.

Resopla, aprieta los puños sobre las piernas y se tensa. Cuando por fin abre la puerta, me anoto un pequeño tanto. No pienso permitir que una niña rica me insulte y se vaya de rositas faltándome al respeto de esa manera. Últimamente parece que soy un blanco demasiado fácil.

Cuando baja, tengo que esforzarme para mantener la mirada en su rostro y no donde se me va sola. El vestido es… no hay forma elegante de decirlo: está vestida para matar. Negro, ceñido a la cintura, marcando el pecho, con una abertura que sube demasiado alto por el muslo. Y los tacones. ¿Cómo cojones conduce con eso?

—Ey. Ojos arriba, campeón —me suelta, clavándome la mirada.

Perfecto. Justo lo que necesitaba: que, además, me pille mirando donde no debo. La sequía sentimental y sexual desde que llegué a Los Ángeles me está pasando factura, y lo hace en el momento más inoportuno.

Mientras la mantengo a mi izquierda, a una distancia prudente, veo por el rabillo del ojo que un segundo coche se detiene unos metros más atrás. Apaga las luces y el motor, quedándose en las sombras. Dos hombres jóvenes dentro observan la escena y, sin querer, se me activa la alerta interna. Llevan ropa de civil y parecen tener una postura relajada pero mi instinto de detective se conecta al instante. Están vigilando, y no sé si a mí o a ella.

No se mueven, no intervienen. Solo observan.

—¿Lleva usted algún arma encima, señorita? —La pregunta me sale automática, casi sin pensar, la clase de frase que pronuncio cien veces en una noche.

Ella se da media vuelta muy despacio, como si estuviera en una pasarela en lugar de en mitad de una avenida. El vestido es tan ajustado que parece pintado sobre su cuerpo; sube las manos, me ofrece una sonrisa descarada y me clava esos ojos que no piden permiso para desafiar.

—¿A ti qué te parece? —susurra, dejando que la tela marque cada curva mientras gira para volver a quedar frente a mí.

Levanto un poco la barbilla para no mirar exactamente donde mis ojos quieren caer. No le voy a dar ese gusto. Hoy no. Y menos con el día que llevo encima.

—Quédese donde está —digo, más brusco de lo necesario.

Me acerco a la puerta del Aston Martin y enciendo la linterna. El interior del coche es tan impecable que parece recién salido del

concesionario. En el asiento del copiloto hay un bolso pequeño, un brillo de labios, un juego de llaves. Nada más.

—¿No vas a cachearme por si llevo el arma escondida debajo del vestido? —pregunta, y la ironía se le pega a la voz—. ¿O prefieres imaginártelo?

Sabe perfectamente lo que está haciendo. Lo noto en el modo en que inclina la cabeza, en cómo deja caer la frase entre nosotros, midiendo mi reacción al milímetro.

Cierro la puerta del coche despacio porque, si la cierro fuerte, sabrá que es la rabia la que manda, y no pienso darle esa satisfacción.

—No es necesario —respondo, cortante.

Saco la *tablet*, introduzco la matrícula y espero. El sistema devuelve el registro.

—El vehículo no está a su nombre ni al de su padre —le informo, sin levantar la vista.

Ella pone los ojos en blanco.

—Es de un amigo. ¿Qué más te da?

—Necesito confirmación —insisto—. ¿De qué amigo se trata? ¿Suyo o…?

—¿Me estás preguntando si tengo novio?

La pregunta se queda flotando entre los dos. Si fuera otra noche, con otro historial y otra ciudad detrás, quizá me reiría. Hoy no.

A estas alturas, ya me está cabreando tanto la situación que decido que voy a ponerle la puta multa, perderla de vista y, con suerte, no volver a toparme con un caso así en el resto de mi turno.

—Dígame el nombre del dueño del coche, solo para confirmarlo, y la dejaré marchar.

—¿Sabes qué? —resopla, con manifiesta impertinencia—. Estoy harta. De verdad, ¿no tienes nada mejor que hacer que joderme la noche? Ya te he dicho que es de un amigo y punto. Vete a amargarle la vida a otra.

La frase me golpea más de lo que debería. Porque sí, tengo mil cosas mejores que hacer que lidiar con una niña rica que cree que la vida es un capricho continuo.

Pero llevo dos meses tragando mierda.

Dos meses en una ciudad estresante, superficial y contaminada, y no solo hablo del aire.

Dos meses lejos de Flagstaff, de mis amigos, de mi familia, de todo lo que alguna vez tuvo sentido. Estaba a punto de ascender a detective y ahora vigilo el tráfico en una ciudad que empiezo a detestar.

El remate es tener que aguantar a alguien que habla como si yo fuera el obstáculo y ella, el centro legítimo del universo.

La chica intenta abrir la puerta del Aston Martin, desoyendo mis advertencias.

—Señorita Rossetti. —La advertencia se vuelve amenaza cuando endurezco el tono—. No vuelva a entrar al vehículo.

—Me voy —dice—. Me estás haciendo perder el tiempo.

La sujeto del antebrazo. No de manera fuerte ni brusca, solo lo suficiente para detenerla. La piel bajo mis dedos está caliente. Tensa. Viva. Lo retiro al instante, porque solo ese leve contacto me quema.

Ella se gira demasiado rápido y la pulsera rígida que lleva en la muñeca me golpea directamente en el ojo.

El dolor es inmediato y agudo, una descarga limpia que me nubla la vista durante un segundo.

—Oh, joder… —la escucho exclamar—. No… no quería darte. Ha sido sin querer. ¿Estás bien?

Su voz suena diferente ahora, menos afilada pero con más nervio. Se acerca un paso, como si fuera a tocarme, a comprobar el daño, y yo retrocedo un par de pasos mientras abro los ojos con dificultad. Una mano en la cara, la otra, instintiva, en el cinturón, asegurando el arma reglamentaria.

—Aléjese —le ordeno al tiempo que hago ademán de sacar mi arma.

Ella se detiene en el acto, levanta las manos, el pecho subiendo y bajando con rapidez bajo el vestido negro.

—Oh, vamos, eso no es necesario —protesta.

—Señorita Rossetti —digo con la voz más contenida que he tenido en semanas—. Apóyese en el capó del vehículo. Ahora.

—¿Qué? —susurra, incrédula.

—Ha agredido a un agente de la ley —añado, sosteniéndole la mirada—. Y está obstaculizando mi labor al negarse a colaborar.

—Pero ha sido un accidente. Lo has visto… —Da un paso hacia mí, pequeña, molesta y con el orgullo herido.

—Al capó —repito—. Las manos sobre la carrocería y los pies separados.

Durante un segundo, creo que va a desafiarme. Veo cómo se le crispan los músculos de la mandíbula, cómo aprieta los labios, cómo el brillo de sus ojos se vuelve casi peligroso.

Pero obedece.

Se gira y apoya las manos en el metal frío. El vestido se pega aún más a su cuerpo con el movimiento; sus omóplatos quedan tensos bajo la piel, la espalda ligeramente arqueada. Su respiración sube y baja rápido, cortada, conteniendo cada músculo, controlando su orgullo… y algo más.

Saco las esposas del cinturón y me acerco. La distancia entre los dos se reduce a centímetros y hasta puedo oír cómo traga saliva.

—Queda detenida —anuncio con tono uniforme— por conducción temeraria, desobediencia a la autoridad y agresión a un agente.

—Eres un imbécil —susurra, sin mirarme.

La frase sale cargada de veneno, pero también de algo que no termino de identificar.

—Tal vez —respondo—. Pero, ahora mismo, soy el imbécil que, ahora sí, le está jodiendo la noche.

Las esposas cierran el clic justo antes de que ella eche el cuerpo hacia atrás en un estallido de orgullo herido. Noto la tensión en sus muñecas mientras ajusto el metal para que no le haga daño más de lo necesario.

Mientras la sujeto del antebrazo para llevarla hacia el patrulla, se tensa, y luego empieza lo inevitable: insultos, amenazas susurradas, ese tipo de rabia fina que solo tienen quienes han vivido demasiado tiempo rodeados de privilegios y han tenido la vida fácil. La voz le tiembla un poco, pero no pierde ni un gramo de soberbia.

La ignoro lo justo para mantener la cabeza fría.

De reojo, veo cómo se encienden las luces del coche aparcado a escasos metros.

Dos hombres jóvenes dentro, ropa civil, postura demasiado tensa como para ser casual. El conductor arranca mientras el del asiento del copiloto se lleva el móvil a la oreja. No oigo nada, pero el gesto es claro: alguien tiene que saber lo que está pasando aquí, y tiene que saberlo ya.

Abro la puerta trasera del coche patrulla y la hago inclinarse para entrar. El vestido se desliza sobre sus piernas; el brillo de sus muslos me da en la cara como un golpe adicional que no necesito. Ella me lanza una mirada que podría abrir grietas en el asfalto.

Cierro la puerta y llamo por radio.

—Unidad 12-41 —informo, intentando sonar neutro—. Solicito grúa para un Aston Martin gris metalizado. Vehículo inmovilizado. Envío ubicación. Procedo al traslado de una detenida a Wilshire Division.

Recibo la confirmación al instante. Todo controlado, limpio, profesional. Por fuera.

Arranco el coche y, por el retrovisor, veo cómo el vehículo que nos ha estado vigilando se incorpora al tráfico y nos sigue a una distancia prudencial, sin molestarse en disimular. Quieren que sepa que están ahí. Que esto no acaba aquí.

Y las palabras de Méndez de la semana anterior vuelven a sonar en mi cabeza como una sirena interna: *cuidado con esa familia, no te metas donde no te llaman*.

—Le recomiendo que deje de insultarme, señorita Rossetti —digo sin girar la cabeza—. No va a mejorar su situación.

Ella responde con un bufido y golpea el respaldo con las rodillas y las muñecas esposadas. La escucho respirar con rabia detrás de mí, cada aliento parece preparar un ataque.

Y mientras avanzo por la avenida, con el ojo palpitando y la adrenalina quemando los bordes de mi paciencia, tengo claro que

esta noche no se ha torcido.

Esta noche acaba de empezar.

Y no solo no he tenido cuidado con esa familia: me he metido de cabeza en algo que, tarde o temprano, va a explotar.

CAPÍTULO 5

CHARLIE

¿En qué momento se me ha jodido la única noche libre que tengo desde hace meses?

¿Soy idiota? ¿Una bocazas? Sí, está claro. Pero joder, ahora mismo Marissa debe estar esperándome en su casa, pensando que le he dado plantón porque a este policía paleto, idiota y amargado le toca trabajar un sábado por la noche y le ha dado por meterse conmigo.

De acuerdo, podría haberle dicho que el coche era de un amigo de mi padre, que lo hubiera llamado para confirmarlo y que luego me hubiera llevado la bronca de nuevo por haberle cogido el coche sin su permiso. Además, el Aston Martin de su socio, ni más ni menos.

Sé que tengo que aprender a callarme la boca, a aceptar las consecuencias de mis actos, pero… ¿qué se le va a hacer? He nacido en una familia donde todo el mundo se sacude la responsabilidad de los suyos. Debe ser un defecto de fábrica o algo así, como una característica adquirida.

—Eh, paleto. Te vas a cagar cuando lleguemos a la comisaría. No sabes con quién te has metido.

Buah. Sueno a matón de manual. A todo lo que odio. A Dominic y sus lacayos. A niña rica, malcriada y narcisista.

¿Soy eso?

El agente —¿Lewis? ¿Landon? Algo con L— me mira por el retrovisor. Sus manos siguen firmes en el volante.

—Señorita Rossetti, insultarme no va a mejorar su situación —dice con esa voz plana de funcionario que lleva doce horas seguidas sin sonreír.

No sé qué me fastidia más: que tenga razón o que hable como si acabara de salir de un libro del Renacimiento.

—Lo que tú digas —murmuro, clavando la rodilla en el asiento de delante. Me detengo cuando la cadena de las esposas me tira de las muñecas—. Espera y verás.

Él no reacciona. Ni un gesto. Ni una mirada más larga de la cuenta. Solo informa por radio que traslada a una detenida. Y yo me voy calentando más con cada calle que pasamos.

Diez minutos eternos después, llegamos a la Wilshire Division.

Apenas cruzamos la puerta, bajo la cabeza un poco. No porque me arrepienta, sino porque todo el mundo aquí lleva la cara de haber pasado cosas peores que una noche en el calabozo. Me siento fuera de lugar.

Me siento… pequeña.

Me toma del antebrazo para guiarme dentro. No con brusquedad, pero tampoco con suavidad. Profesional. Ni un ápice más.

Pasamos por delante de un par de policías y uno de ellos me reconoce. Lo veo en sus ojos. Se quedan tan abiertos que parecen dos platos, pero no dice nada. Mira al agente «L», que lo ignora por completo. Profesionalismo nivel robot.

Me sienta en una silla frente a un escritorio. Él escribe en un ordenador sin mirarme demasiado, solo lo justo para comprobar que no intento comerme las esposas o algo así. Oigo el tecleo, el sonido metálico de la radio, códigos que parecen inventados.

Luego me llevan a una sala pequeña con una mesa metálica y una agente mujer detrás de ella. Abre mi bolso delante de mí y hace inventario con una calma que me desespera: móvil, cartera, llaves, maquillaje, todo fuera, todo catalogado, todo en una bolsita transparente con mi nombre en una etiqueta.

Me quedo mirando mis cosas ahí dentro, ordenadas, como si pertenecieran a otra persona. Y, por un segundo, me siento como una delincuente de verdad.

¿Lo soy?

Finalmente me trasladan a una celda de detención temporal. Con dos mujeres más. Una de mi edad. Otra mayor, despeinada, con la mirada perdida. No sé si reír, llorar o vomitar.

Y cuando cierran la puerta, por primera vez en toda la noche, me quedo en silencio.

—Yo te conozco —dice una de las chicas.

No pretendo engañar a nadie: por muy chula que me ponga, estar encerrada en una celda con dos desconocidas me encoge el alma. La que habla es una chica despeinada, maquillaje corrido, ojos vidriosos; se acerca tambaleándose un poco y me señala con el dedo. La otra está tumbada en el banco, con una minifalda tan corta que parece más un cinturón que una prenda.

—¿Perdona? —consigo responder, modulando una calma que no siento para nada.

—Eres la hija de ese empresario italiano, ¿verdad? La que hirieron en la universidad hace un par de años.

Así, sin anestesia. Como si estuviera hablando del tiempo. La forma en la que revive uno de los peores días de mi vida, con ese tufo a alcohol que casi me tumba, me produce una mezcla incómoda de alivio y terror.

—¿Te conozco? —pregunto, dando un paso atrás.

—Tú a mí no, pero yo estudié allí. Tu caso fue muy sonado y…

—Sí, bueno… no es algo que me guste recordar —la corto enseguida. El olor a ginebra podría provocarme un coma etílico y me arden los ojos.

—¿Y por qué te han detenido? —pregunta, sentándose en el banco como si esto fuera una charla entre amigas—. A mí por conducir borracha… ya ves.

Ya veo, sí.

El chirrido de la puerta metálica corta la conversación de raíz y me salva de tener que dar explicaciones a extrañas. La agente de antes asoma la cabeza.

—Charlotte Rossetti.

Mi nombre completo suena demasiado nítido en ese zulo frío. Las dos chicas me miran, una con sorpresa y alivio de ver confirmada su sospecha, la otra con indiferencia sigue tumbada en el banco. Yo trago saliva.

—Te reclaman arriba —dice la agente, sin ofrecer ninguna explicación.

Me levanto despacio, las piernas ligeramente temblorosas, y salgo al pasillo. La agente me guía por el corredor iluminado con fluorescentes que parpadean como si también ellos quisieran irse a casa. Pasamos por puertas metálicas, escritorios vacíos, voces lejanas que se mezclan con el murmullo de las radios. Todo parece un sueño raro del que no puedo despertar.

Subimos un tramo de escaleras estrechas y, al llegar arriba, la agente golpea dos veces una puerta

—Aquí está.

Me hace un gesto para entrar.

El ambiente cambia en cuanto doy un paso dentro.

A la primera que veo es a mi madre. Elegante incluso a medianoche, con el gesto crispado de quien controla su enfado con clase, pero que yo conozco demasiado bien. Su bolso descansa sobre la mesa marcando un territorio que no es suyo, pero que ella toma como si lo fuera. Cuando me ve, sus ojos se suavizan… un poco.

A su lado está el abogado de mi familia, Malcolm, con su típico traje oscuro, la corbata torcida por la prisa y esa actitud de «esto lo arreglo yo aunque me deje diez años de vida».

Pero no son los únicos.

Sentado a la mesa, un oficial de uniforme escribe en una libreta con una concentración que parece exagerada para lo que está pasando. Al fondo, ligeramente apartado y apoyado contra la pared, otro policía —más serio, más pesado en presencia— vigila la sala con los brazos cruzados.

—Mamá… ¿cómo te has enterado si ni siquiera he hecho una llamada? No ha dado tiempo a…

—Calla, Charlotte, por favor.

—Sí, Charlie —interviene Malcolm, con ese tono tranquilizador que emplea siempre que nos metemos en problemas—. Vamos a intentar resolver esta situación lo antes posible.

En el otro extremo de la sala está el agente que me detuvo. Lukas.

Así he oído que lo llamaba el que está sentado. El otro policía, el que parece destilar autoridad por cada poro, debe de ser su capitán. Ninguno habla todavía, pero ambos cargan en la mirada suficiente tensión como para helar el ambiente.

—Bueno, Ray, esto parece un simple malentendido —dice Malcolm, avanzando en la conversación con ese aire de abogado acostumbrado a moverse en terrenos delicados.

Yo observo la escena. El sargento tomando notas; el capitán claramente molesto por haber tenido que presentarse aquí un sábado por la noche; Lukas, con el ojo hinchado por mi manotazo involuntario; y mi madre, brazos cruzados, dejando que Malcolm maneje la negociación porque sabe que, si habla ella, esto puede acabar ardiendo.

—¿Un malentendido? —replica Lukas, señalándose el ojo con incredulidad—. La señorita Rossetti se resistió a la detención y me agredió.

—Fue sin querer —protesto, demasiado rápido.

La mirada que me lanza mi madre podría fundir el acero, así que bajo la cabeza de inmediato.

—Ha sido un accidente —corrige Malcolm— y creo que podemos solucionarlo sin que esto derive en algo mayor, ¿verdad, Ray? No queremos que un incidente desafortunado figure para siempre en el expediente de mi clienta.

El capitán se incorpora lentamente, se ajusta la camisa y deja escapar un aire de fastidio tan palpable que podría empañar los cristales de la sala.

—El agente Lukas Ravenshart asegura que su clienta lo agredió y que conducía un vehículo que no era de su propiedad. Además, se negó repetidas veces a proporcionarle información para confirmar si tenía permiso para usarlo.

El silencio que sigue es bastante tenso. Todos pensando qué decir. Mi madre lo rompe sin titubear:

—Capitán Myers, mi hija tomó el coche sin permiso, sí, pero sin el nuestro. El vehículo es de nuestro socio. Nosotros lo tenemos en

casa y pueden comprobarlo cuando gusten.

—Ya lo hemos comprobado —responde él, bruscamente.

—Perfecto. Entonces no es delito que una hija coja el coche de sus padres sin permiso. Tendrá consecuencias en casa, por supuesto, pero no legales.

El capitán frunce el ceño.

—El exceso de velocidad no es motivo de detención, pero la agresión a un agente sí lo es —mira a Lukas—. En este punto, es el agente Ravenshart quien debe determinar si la agresión fue tal o un accidente, como afirma la señorita Rossetti.

Inspiro hondo, a punto de explicarme, incluso de disculparme si eso sirve para sacarme de aquí cuanto antes.

Pero es el agente Lukas quien habla primero.

—Los hechos son los que son. Tal vez el cargo de agresión pueda retirarse si aceptamos que fue accidental, pero el exceso de velocidad y la obstrucción a la justicia no. Ella no colaboró en ningún momento.

El capitán resopla. Mi madre cierra los ojos un instante, como conteniendo una explosión.

Antes de que pueda decir nada más, mi madre hace un gesto sutil con la mano hacia Malcolm. La señal es clara: es hora de que salgamos. Sin dudarlo, nos ponemos en movimiento: yo, Malcolm y a petición de su capitán, el sargento que estaba tomando notas, también.

Salimos los tres. La puerta se cierra a mi espalda.

¿Perdón? ¿Por qué mi madre acaba de pedir quedarse a solas con el capitán y con Lukas? ¿Qué va a hacer? ¿A quién va a matar?

Le lanzo la pregunta a Malcolm, pero él solo me indica con la mano que me calle. La agente que me ha recogido antes aparece para devolverme mis cosas en una bolsita. Yo empiezo a desesperarme, sintiendo cómo la adrenalina baja y deja paso al agotamiento.

—¿Quién os avisó de que me habían detenido? —le pregunto a Malcolm en cuanto estamos solos.

Malcolm y yo tenemos una relación… especial. Es abogado, sí, pero también familia. Lleva con nosotros desde antes de que yo naciera; cuando yo vine al mundo, él ya estaba metido en casa como si fuera un tío de sangre. Solo me falta llamarlo así.

Suspira.

—Charlie, cariño… tu madre te había puesto una escolta. No los dos guardaespaldas habituales, pero sí un coche que te seguía.

—¿Qué? —casi grito—. ¡Mamá me dijo que estaba libre! ¡Mierda…! —exclamo cayendo en la cuenta—. No he avisado a Marissa, me estará esperando y…

—No te preocupes por eso. Ya está arreglado.

—¿La habéis llamado? Y entonces… ¿Me seguían dos tíos?

—Dos chicos jóvenes, sí —me confirma—. Iban a entrar en la discoteca y vigilarte desde lejos. Tu madre se preocupa por ti.

—Lo sé, Malcolm. Pero no puedo vivir eternamente así. Ninguno de vosotros me entendéis.

—Te entendemos más de lo que crees —responde con suavidad —. Pero no puedes escaparte siempre de tu seguridad. Hay gente que…

Se detiene. Y sé perfectamente por qué.

—Termina la frase, Malcolm. Hay gente que ¿qué? ¿Que intenta matarme? ¿Que me usaría para presionar a mi padre? —acabo yo por él—. Lo sé. Créeme que lo sé. Pero no tengo por qué pagar eternamente los errores de mi familia.

CAPÍTULO 6

LUKAS

Debería haberle hecho caso a mi sargento.

Debería haberme largado en cuanto vi a esa cría al volante del Aston Martin.

Ahora estoy aquí, con el ojo morado, hinchado y palpitando, mi capitán mirándome como si yo fuera el único responsable de haberle arruinado la cena con su mujer, y la madre de esa chica observándome como si pudiera matarme solo con los ojos.

—De acuerdo —dice, sentándose con una elegancia que solo tienen los ricos. Luego se dirige a mi capitán como si yo no existiera —. Vamos a hablar en serio y de una manera un poco más privada, Ray. ¿Qué necesita el departamento? ¿Radios nuevas, mejores cámaras, máquinas de café…? Dime cuánto me va a costar que retiréis la acusación contra mi hija.

Vaya. Ni rodeos ni sutilezas. Directos al soborno.

La indignación me sube a la garganta y estoy a punto de abrir la boca, pero mi capitán se adelanta.

—Vivian, no puedo hablar por el agente Lukas. Es él quien ha puesto la denuncia. Es él quien debe retirarla.

De pronto, dos pares de ojos se clavan en mí.

Esto no pasa en mi ciudad. Nadie con mucho dinero y amigos influyentes entra en una comisaría y se sienta delante del capitán para ofrecernos algo a cambio de que miremos hacia otro lado. Eso solo pasa en las putas películas. Pero claro, estamos a pocos

kilómetros de Hollywood; últimamente tengo la sensación de que la realidad tiene demasiadas ganas de parecerse a la ficción.

—De acuerdo, agente Ravenshart —dice ella, volviéndose directamente hacia mí—. Dígame, ¿cuánto me va a costar esto?

—Señora Rossetti, me va a disculpar, pero eso no va a funcionar conmigo.

—Es usted un hombre de principios, y eso lo respeto. —Sonríe a malas penas, ladeando la cabeza—. Pero, como decía Groucho Marx: «Estos son mis principios. Si no le gustan… tengo otros». Y créame, los suyos le honran, pero todos tenemos un precio. Y no me refiero solo al económico.

¿Eso ha sido una amenaza velada? ¿Una advertencia?

No lo sé. Lo único que sé es que sigo firme.

Insisten. Primero ella, luego mi capitán, luego los dos a la vez. Me repiten lo mismo con palabras distintas, apelan a mi futuro en el departamento, al escándalo, a lo mucho que debemos a la familia Rossetti. Media hora larga de presión, de silencios tensos, de miradas que pesan más que los golpes.

Y, aun así, no cedo.

Al final, salimos de la sala. La señora Rossetti se marcha escoltada por su abogado y, unos pasos detrás, su hija. Antes de cruzar la puerta, me lanza una última mirada. No soy capaz de descifrarla. No es la misma arrogancia que tenía cuando la estaba esposando en plena calle. Es otra cosa. Algo parecido a una disculpa. Al menos es lo que quiero ver.

No lo sé.

Las dos se suben a un coche negro brillante y, en cuanto se aleja y se incorpora a la carretera, veo arrancar detrás al mismo

vehículo en el que iban los dos tipos que nos vigilaban en Melrose Avenue.

Mi capitán se vuelve hacia mí con cara de muy pocos amigos.

—Ravenshart, me has jodido la noche, has cabreado a una de las familias más poderosas de esta ciudad y a uno de los benefactores más generosos del departamento. Y todo eso en solo unos meses aquí —escupe, sin casi respirar—. Eres un puto genio haciendo amigos, muchacho.

Aguanto la bronca estoicamente mientras el resto de compañeros me lanzan alguna que otra mirada de apoyo.

Cuando ya se ha ido, el sargento Méndez me corta el paso antes de que pueda coger mis cosas para volver a patrullar.

—Lukas, joder. Te dije que huyeras de ese nombre. ¿Qué coño te pasa?

—Lo sé —murmuro, apartando la mirada—. Me voy, Méndez.

Mi sargento no insiste, al menos por ahora, y me da una palmada en el hombro cuando lo rebaso.

Salgo de nuevo a la carretera, en dirección norte. Son casi las cuatro de la mañana y me quedan apenas un par de horas para terminar el turno. Lo bueno —o lo malo— es que ya no pasa nada. Ni importante ni irrelevante. La ciudad se queda en silencio, como si alguien hubiera bajado el volumen y ahora fuera capaz de escuchar hasta mis pensamientos.

Estas dos últimas horas se convierten en un ejercicio forzado de introspección. Solo estoy yo, el motor ronroneando y las luces de la autopista pasando a intervalos, obligándome a repasar, una y otra vez, cada detalle de la noche. Cada decisión. Cada error. Cada vez que podría haber dado un paso atrás… y aun así no lo hice.

Cuando por fin estaciono el coche patrulla y entrego el informe de turno, la ciudad empieza a desdibujarse en una especie de niebla gris. No sé si es el cansancio, el golpe en el ojo o la mezcla absurda de rabia y frustración que todavía me late en el pecho, pero todo parece irreal.

Me da la sensación de que la noche se ha estirado hasta el borde y yo sigo atrapado dentro.

Camino hasta la boca del metro sin mirar a nadie. Méndez me mira de lejos, como si quisiera decirme algo más, pero al final se limita a levantar una mano a modo de despedida. Yo hago lo mismo porque ya no me quedan fuerzas para nada más.

Llego a mi barrio cuando este apenas ha empezado a despertar.

Las calles están vacías, las luces tiemblan en los semáforos, y mi mente sigue repitiendo las mismas escenas: el Aston Martin, la arrogancia en los ojos de Charlotte Rossetti, la amenaza suave de su madre, la mirada que me lanzó la chica al marcharse.

No entiendo por qué me afecta y sé que no debería.

Solo es otro caso de mierda.

Otra familia rica que cree que el mundo se inclina cuando ellos pestañean.

Pero la noche me ha dejado tocado y, cuando llego a mi edificio, siento esa mezcla incómoda de adrenalina, rabia y algo que no quiero nombrar.

Subo las escaleras hasta mi apartamento, o lo que sea que el casero insiste en llamar apartamento porque no es más que una caja de zapatos con una cama, un baño y un ventanal que da a un callejón donde siempre huele a ramen barato y gasolina. También a marihuana.

Cierro la puerta, me quito el cinturón y me apoyo un segundo contra la pared.

El silencio me golpea más fuerte que la comisaría, más fuerte que el discurso de Myers, más fuerte que la mirada de Katherine Rossetti y el pecho de su hija en ese ceñido vestido.

Para variar, mi cuerpo se rinde antes que mi cabeza y ni siquiera enciendo la luz. Me dejo caer en la cama como un peso muerto y, por primera vez en dos meses, duermo de un tirón. Sin interrupciones. Sin pesadillas.

Como un maldito bebé.

Lo mejor viene cuando me despierto horas después, con la luz de la tarde filtrándose por las cortinas y el cuerpo tan descansado que casi me siento otra persona.

Lo peor… es el sueño que he tenido. Esta vez, y contra todo pronóstico, las pesadillas han cambiado de bando.

No sé cuánto tiempo hace que no tengo uno así. Años. Desde la adolescencia, seguramente, cuando despertaba empapado y avergonzado por haber manchado las sábanas, sin saber qué hacer con el cuerpo que tenía.

Hoy no ha llegado a tanto porque he despertado justo antes. Pero la erección sigue ahí, firme, provocadora, recordándome exactamente quién la ha provocado.

Y ese pensamiento me enciende la sangre de una forma que no quiero admitir.

Me levanto de un salto y voy directo a la ducha, esperando que el agua fría haga su trabajo. Pero el recuerdo es demasiado nítido, demasiado real. Tiene nombre y apellido y se me ha quedado pegado a la piel.

Charlotte Rossetti.

Su pelo cayendo en ondas por la espalda, oscuro, brillante, resbalando como seda entre mis dedos.

El vestido negro ajustándose a sus caderas, marcando la curva de su cintura, resaltando sus pechos y marcando sus pezones a través de la tela.

La abertura lateral dejando al descubierto la línea suave de su muslo, rematada por unos tacones que parecían diseñados para hacerme perder el juicio.

En el sueño, ella tenía las manos apoyadas en el capó del Aston Martin plateado, respirando hondo, con el cuerpo tenso y las piernas ligeramente separadas…

Y yo detrás de ella, recorriéndola con las manos con la excusa de un cacheo.

Mis dedos subiendo por el interior de sus muslos, el tejido del vestido arrugándose entre mis nudillos mientras ella se arqueaba, ofreciéndome sin palabras su cuello.

El agua golpea mi espalda, caliente y envolvente, pero no apaga nada.

Joder, parece que me encienda más todavía.

Cierro los ojos, intento sacármela de la cabeza, pero lo único que consigo es que la escena vuelva con más fuerza todavía.

Es tan ridículo que me río porque es una fantasía de manual. Una escena de porno barato, exagerada, tópica, estúpida.

Y aun así… mi excitación no disminuye.

Mi respiración se vuelve pesada y mi cuerpo no entiende de orgullo ni de principios. Solo responde al deseo. Y lo que está claro es que no consigo sacármela de la cabeza.

Me apoyo contra la pared de la ducha, con los dientes apretados, odiando lo fácil que me atrapa la imagen de su cuerpo que adiviné anoche tras ese vestido. Me pregunté mientras hacía el informe cómo serían sus pechos. Pensé más de lo debido en el color de sus pezones, y en cómo sería tenerlos en mi boca. Y parece ser que durmiendo transformé esos pensamientos en un sueño húmedo. Odio que sea ella. La niña rica, insolente, desafiante… con esos ojos avellana que parecían analizarme mientras me mandaban a la mierda.

La odio. Y la deseo.

Las dos cosas a la vez, como una cuerda tensándose en mi interior.

Masturbarme con esta lucha interna me hace sentir culpable, pero no puedo evitarlo. Quizás si me desahogo, deje de pensar en ella. Así que ya no lucho más contra el deseo.

Mi sueño se detenía ahí. Tocándola mientras buscaba un arma que era imposible de esconder. En mi fantasía en esta puta ducha, la imagino mejor.

Le preguntaría a quién llama paleto mientras la hago suplicar por mi lengua, por mis dedos y por mi polla. La inclinaría hacia el coche, le bajaría las bragas de encaje… Porque sí, ese jodido vestido debe acompañarse de unas bragas de encaje negro, o no. ¡Espera! Mejor un tanga minúsculo que solo tenga que apartar a un lado. Y la follaría desde atrás, bajándome apenas el pantalón. Y me da igual que suene a cliché barato de película porno, porque esa imagen me lleva casi al borde.

Sí, la imagen del policía, con uniforme, follándose a una detenida después de cachearla.

Sigo masturbándome pensando en la escena y en tenerla así, contra un deportivo plateado, en plena avenida Melrose, iluminados solo por las farolas y con sus jadeos como música de fondo.

Me excita demasiado pensar en lo jodidamente insoportable que es, en cómo me encantaría follarla así, con su cuerpo doblándose sobre ese maldito coche, ella pidiéndome que se la meta más fuerte, más profundo.

Y yo haciéndola rogar por más, hacer que se corra diciendo mi nombre.

Pero es una estúpida fantasía, lo sé. Una chica como ella nunca estaría con un simple policía de tráfico, y al final soy yo quien me corro con su nombre saliendo de mis labios en un suspiro.

Apoyo la frente en los azulejos, la mano aún temblando mientras el agua cae sobre mi cuerpo intentando arrastrar y limpiar la culpa, la tensión y todo lo que no quiero admitir. Pero no lo logra. Ni siquiera roza la superficie.

Solo he visto a esa chica dos veces y, aun así, ha conseguido desquiciarme como nadie: ha desafiado mi autoridad, me ha llamado paleto, me ha puesto en contra de mi capitán y, de propina, me ha dejado un ojo morado.

Encaja a la perfección con todo lo que detesto. Viene de una familia rica con conexiones turbias, negocios que huelen a humo y privilegios que le han enseñado a creer que todo puede comprarse. Incluso mi honor.

La detesto.

Y me odio a mí mismo porque me atrae incluso cuando duermo, cuando debería haber olvidado su nombre, su mirada y su maldito vestido.

Y mientras el agua sigue cayendo, entiendo que ella es justamente el tipo de problema del que he huido toda mi vida… y, pese a todo, es el único del que creo que no voy a poder escapar.

CAPÍTULO 7

CHARLIE

La bronca por haberle cogido el Ferrari a mi padre sin su permiso se queda en pañales en comparación con la de esta ocasión.

Salvatore Rossetti no es de los que chilla ni amenaza. No necesita subir la voz para dejar claro que está enfadado. Es de esos que son capaces de hacerte cada vez más pequeña con solo dos palabras. Es la manera en que me mira, la forma en la que pronuncia «qué decepción».

Mi madre suele hacer de poli bueno cuando ambos me echan la bronca, pero en esta ocasión no hay poli bueno. Los dos se empeñan en dejarme claro lo decepcionados que están. El Aston Martin de su socio —ese que no debería haber cogido— está intacto en el garaje, pero mi expediente, ese en el que ahora figura una detención, quizá no logre salir ileso de esta.

Mientras mi madre y Malcolm le explican a mi padre todo lo acontecido, yo escucho en silencio, hasta que no aguanto más e intervengo para reprocharles que, a pesar de haberme dicho que me darían la noche libre, me pusieron dos escoltas sin que yo lo supiera. Malcolm intenta poner paz, pero la discusión sube de tono hasta que mi padre, como siempre, con su voz suave y firme, pone fin a todo con una simple frase:

—Charlotte, deja de intentar escapar de tu destino. A pesar de todo de lo que te quejas, muchos matarían por tener lo que te hemos dado.

Respiro hondo y salgo del salón sin decir nada más. No pienso darles el gusto de verme llorar, así que pongo mi mejor cara y me

voy a desahogarme a mi habitación, con el orgullo hecho pedazos.

El incidente con el policía tiene sus consecuencias. Sé que Malcolm ha hecho su trabajo y ha conseguido rebajarlo todo a una falta leve. Tendré que hacer algunos trabajos comunitarios y retirarán todos los cargos.

En realidad no me importa demasiado; al menos así podré relacionarme con alguien más, además de los dos guardaespaldas que me siguen a todas partes.

Empiezo a servir raciones en un comedor social, llenando bandejas de plástico y repartiendo café aguado a gente que, a diferencia de mí, de verdad no tiene elección. Allí conozco a un chico, Christopher, con el que empiezo a hacer amistad. Es de mi edad y, como yo, de los que disfrutan rebelándose contra lo que se espera de ellos. Cada día, después de cumplir nuestra «condena», salimos a tomar algo. Mis dos escoltas, Joe y Pietro, se sientan un par de mesas más allá, vigilándome sin pestañear, pero al menos durante esos ratos vuelvo a sentirme alguien de mi edad, haciendo amigos y, por qué no… coqueteando con chicos.

Cris es mono y simpático y, lo mejor de todo, me hace reír.

El viernes, después de despedirme de él en la puerta del comedor, Joe toma el volante como siempre, pero enseguida noto que algo no encaja. En lugar de seguir la ruta habitual hacia Hancock Park, gira en una calle lateral y se mete en una zona cada vez más vacía, con naves industriales cerradas y solares vallados. El coche avanza hasta un descampado junto al cauce del río, un lugar mal iluminado, con contenedores oxidados y grafitis en las paredes, donde no pasa nadie a estas horas. Allí, un sedán oscuro nos espera con el motor apagado.

—Señorita Rossetti, baje del coche.

—¿Qué? ¿Qué mierda pasa aquí? —pregunto, mirando de uno a otro, con el estómago encogiéndose.

Ellos no se giran. Permanecen impasibles, como siempre. Pietro baja del coche, abre la puerta trasera, me agarra del brazo y me obliga a salir.

El miedo me atenaza los músculos y me cierra la garganta. Ni siquiera me sale chillar o protestar. Joe y Pietro se alejan sin mirar atrás y, del sedán oscuro, bajan dos tipos que reconozco al instante. Son los inseparables perros de presa de Dominic.

Me agarran por los brazos, uno a cada lado, y me arrastran hacia el coche. Abren la puerta trasera y ahí está él. Sentado, con las piernas abiertas y la espalda ligeramente echada hacia atrás, sin mirarme a la cara. Al menos al principio.

Lo primero que noto es el cambio de peinado y algunos tatuajes nuevos. En los nudillos, bien visibles, aparece su nombre deletreado en italiano. *DOMENICO*, en mayúsculas.

—¿Qué coño quieres, Dom? —pregunto, fingiendo una calma que no tengo, con la voz un poco más aguda de lo normal.

—Me has bloqueado de todos sitios —responde sin rodeos—. No contestas a mis llamadas, ni a mis mensajes. Me has obligado a esto.

—¿Vas a añadir el secuestro a tu lista de actividades? —disparo, clavando la mirada en él—. Ya veo que te estás integrando de puta madre en tu nueva vida.

Sus ojos, oscuros y fríos, se entornan hasta casi cerrarse por completo.

—¿Quién es el capullo con el que te estás viendo?

—¿Qué? No me estoy viendo con nadie y, aunque así fuera, no es asunto tuyo.

—Claro que lo es —dice, inclinándose hacia delante—. Necesito saber quién está intentando levantarme a mi chica.

—No soy tu chica, Dominic.

—Ahora me llamo *Domenico*.

—Me importa una mierda cómo quieras que te llame, ¿de acuerdo?

Hago ademán de salir del coche, pero él me atrapa la muñeca con una rapidez que no le conocía. Sus dedos se cierran como un grillete y me tira hacia dentro de nuevo. Intento zafarme, pero aprieta más y me clava las uñas en la piel.

La violencia con la que me agarra duele, y ese dolor me sube por el brazo.

—Ya basta, Dom, me estás asustando.

—Es que deberías estarlo —responde con una calma que me hiela la sangre—. Te lo dije la última vez que hablamos: no pienso consentir que me dejes. Y menos así. Dime quién coño es ese tío o mandaré a Tony y a Carlo a averiguarlo —añade, clavándome los ojos sin aflojar la presión—. Te aseguro que ellos no van a ser tan educados como lo estoy siendo yo.

Un escalofrío me recorre la espalda. Sé perfectamente lo que son capaces de hacer Tony y Carlo cuando alguien se interpone en el camino de Dominic.

—No es nadie, ¿vale? —respondo, tragando saliva—. Solo alguien que cumple servicios a la comunidad como yo. Nada más.

Doy un tirón más fuerte a mi brazo y, esta vez, me suelta. Me llevo la muñeca al pecho, me la froto con cuidado; ya se marcan en la piel roja las huellas de sus uñas.

—¿Te lo has follado? —pregunta de pronto, y la tensión en sus ojos se vuelve casi enfermiza—. Dime la verdad, porque si se la saco a él, lo haré a golpes.

—Dominic, llévame a casa, ¿vale? —susurro, intentando mantener la voz firme—. Y deja de decir tonterías.

—Quiero que me lo digas —insiste, pronunciando cada palabra un poco más baja, más peligrosa—. ¿Te lo has tirado o no?

—¡No! —respondo, con un hilo de rabia mezclado con miedo.

—De acuerdo —dice por fin, con una sonrisa diferente, una que no reconozco—, porque no sé si podría perdonártelo.

¿En qué momento mi amigo de la infancia se ha convertido en lo que tengo delante? No tengo ni idea. Solo sé que las lágrimas, esas que siempre intento contener, empiezan a desbordarse sin control. Ya no es solo miedo ni sorpresa; es algo más profundo, más denso. Me siento traicionada de una manera que nunca pensé que podría venir de él.

Dominic mantiene la mirada fija en mí, sus ojos tienen un brillo distinto y me hacen sentir tan incómoda que soy incapaz de sostenérsela. Su respiración se vuelve más pesada y, cuando intento apartar la mano para secarme las lágrimas, la detiene con un movimiento firme, casi automático, como si hubiera estado esperando exactamente ese gesto. La forma en que me sujeta transmite una determinación que nunca antes había mostrado conmigo, una mezcla de frustración, orgullo herido y algo más oscuro que empieza a recorrerme la espalda.

Se inclina hacia delante con un control inquietante, no de forma brusca, sino con esa seguridad de quien sabe que la otra persona está atrapada en un espacio demasiado pequeño para escapar. Su brazo se apoya a un lado de mi cabeza y el interior del coche se vuelve una cárcel, cargado de una tensión que me hace consciente de cada centímetro de mi cuerpo. El tono que usa al hablar ya no suena a reproche ni a celos; es un tono peligroso, decidido, pronunciado con la lentitud de quien ha tomado una decisión equivocada y está dispuesto a llevarla hasta el final.

—No voy a permitir que te alejes de mí —murmura, acercándose lo suficiente para que sienta el calor de su aliento en mi mejilla—. No después de todo lo que hemos sido.

Intento moverme, apartarlo, recuperar un poco de espacio, pero su mano se desliza desde mi muñeca hasta mi brazo, ejerciendo una presión que me deja paralizada. No es un gesto impulsivo, es algo mucho más inquietante, como si llevara calculando ese movimiento desde que he subido al coche.

Esa misma fuerza que antes marcaba mi muñeca es la que ahora sé que dejará huella en mi antebrazo. Otra marca más que añadir.

Luego baja la mano hasta mis piernas y las separa a la fuerza. En ese instante entiendo que esto no puede terminar bien de ninguna manera. Me resisto, le empujo, pero su cuerpo me atrapa contra el respaldo. Pega la boca a mi cuello y me muerde, demasiado fuerte, demasiado tiempo.

Chillo, pero sé que es inútil: nadie, aparte de sus dos hombres, puede escucharme. Siento su aliento en mi oído mientras susurra palabras que antes me encendían y que ahora solo consiguen romperme por dentro.

—Te deseo tanto, Charlie… No sabes cómo me pones. Te quiero más que a nada en este mundo.

Guía mi mano hacia su entrepierna, obligándome a notar su excitación, y eso me desconcierta todavía más, me revuelve el estómago.

¿Cómo puede decirme que me quiere mientras disfruta viéndome llorar y resistirme?

—Dom, por favor… me haces daño —le ruego entre sollozos, intentando apartar la mano.

Le da exactamente igual. Sigue apretando mi muñeca, sigue pegado a mi cuello, a mis labios, intentando imponer esa versión nuestra que solo existe en su cabeza.

—Antes esto te gustaba. Yo te gustaba. Volvamos a estar como antes, ¿de acuerdo?

Sé que físicamente no puedo con él, que no tengo la mínima posibilidad de liberarme si insiste, así que, por un momento, dejo de luchar abiertamente y me quedo rígida, obligando a mi cuerpo a aparentar una rendición que no siento. Él sigue besándome mientras dirige mi mano a su antojo, como si tuviera derecho a hacerlo.

Solo cuando nota que dejo de forcejear, afloja un poco el agarre y empieza a desabrocharse el pantalón.

—Ahora me la vas a chupar, ¿vale?

Las náuseas me suben a la garganta. Lo veo acomodarse, ajustar la ropa, mirarme con una expresión que no reconozco; los tatuajes en sus nudillos parecen recordarme quién cree que tiene el mando aquí.

Y es justo entonces, cuando él se relaja creyendo que ya me tiene, cuando reúno todo lo que me queda de fuerza. Lo empujo con violencia y salgo a trompicones del vehículo. Afuera, Carlo y Tony me detienen el avance agarrándome de los brazos, y detrás de mí Dominic, abrochándose el pantalón, se acerca con los ojos inyectados en rabia.

—Si quieres portarte como una puta, te voy a enseñar cómo las trato —me dice con violencia.

El primer puñetazo me alcanza de lleno en la mandíbula y el dolor es tan seco que ni siquiera lo proceso hasta que noto el sabor de mi propia sangre llenándome la boca. Las piernas me fallan, pero no llego a caer; sigo casi suspendida en el aire, sujeta por los brazos de los dos matones de Dominic.

El segundo golpe me da en el estómago y me obliga a doblarme, arrancándome el aire de los pulmones.

Todo se vuelve borroso a mi alrededor. Escucho voces entrecortadas, como si llegaran desde muy lejos: sus hombres diciéndole que pare, que se tranquilice, que no hace falta seguir, que ya ha sido suficiente… y la voz de Dominic por encima de todas, cargada de insultos que se mezclan con mi propia respiración entrecortada.

Me retuerzo en el suelo, abrazándome el abdomen, sintiendo cómo el dolor se expande en oleadas que me nublan la vista. Y, entonces, sin aviso, su bota me alcanza en la cara con una patada rápida, brutal, liberando toda la rabia que no ha podido descargar con las manos.

El golpe se lleva la poca conciencia que me queda. De pronto se hace el silencio y la luz se apaga.

CAPÍTULO 8

LUKAS

Las consecuencias de haber detenido a la hija de los Rossetti y de negarme, al principio, a retirar los cargos, se han traducido en una semana de «vacaciones». Al final, a través de sus abogados y, por lo que parece, gracias a la presión directa de sus padres, mi capitán consiguió que cediera: acepté rebajar la denuncia a una falta leve y retirar lo de agresión a un agente.

Desde entonces, las cosas entre Myers y yo fueron un desfile de silencios tensos. Apenas me hablaba, y cuando lo hacía era para encasquetarme las tareas más absurdas y mecánicas del turno. Por eso, que hoy me cite por la mañana para una «reunión» me pilla completamente fuera de juego.

He asumido que mi ascenso a detective está más lejos que nunca y que, tarde o temprano, tendré que pedir un traslado de división o incluso de distrito. Pero, por mucho que lo piense, sigo sin arrepentirme del todo: no me hice policía para terminar siendo yo quien quebrara la ley aceptando sobornos.

A las diez en punto de la mañana cruzo la puerta de la División. No conozco a casi nadie de este turno más allá de algún cruce de pasillo y de la cena de jubilación de García, así que no me detengo a hablar con nadie. Un par de saludos breves, alguna mirada curiosa, y poco más. Hoy, más que nunca, prefiero pasar desapercibido.

Cuando el reloj marca la hora exacta, Myers asoma la cabeza por la puerta de una de las salas de reuniones y me indica que entre con ese gesto seco que ya me conozco.

Dentro me espera una escena que no esperaba: Katherine Rossetti, sentada con esa elegancia milimetrada que parece de otro

mundo, ocupa un lado de la mesa; a su derecha, su abogado, con el maletín apoyado junto a la silla. No hay nadie más.

A pesar del peinado impecable y del maquillaje discreto, las ojeras de la señora Rossetti son marcadas y profundas, y hay en su postura una tensión cansada, casi vencida, que no encaja con la imagen de mujer intocable que tenía de ella. Su abogado tampoco tiene mejor cara; los dos parecen arrastrar varias noches sin dormir. Yo, en cambio, lo que arrastro es una sensación creciente de que esto no va a acabar bien para mí.

Ya venía en guardia desde que recibí la llamada de Myers, pero después de una semana de vacaciones forzadas, la paranoia tiene más material del que necesita. Repaso a toda velocidad la detención: el coche, el tono de ella, las esposas, el informe. Me pregunto si la cámara del uniforme habrá captado algún fallo en el procedimiento, algún gesto que puedan interpretar como abuso de autoridad o fuerza excesiva. Maldigo, como he hecho cada día, el momento exacto en que me crucé con esa chica. Desde entonces, todo han sido problemas para mí.

—Siéntate, Ravenshart —dice el capitán, sin adornos.

Obedezco. Noto la mirada de Katherine Rossetti y de su abogado, pesada, evaluadora, como si estuvieran midiendo al milímetro qué pueden esperar de este agente de tráfico que se les ha cruzado en el camino. Sin embargo, no es una mirada dura; en el fondo de sus ojos distingo una señal que se parece demasiado a un rastro de esperanza.

Y entonces ocurre algo que me descoloca por completo: Katherine Rossetti, la misma mujer que hace unas semanas habría pagado lo que fuera por quitarme de en medio, me dedica una sonrisa.

Serena. Cansada. Pero clara.

Y eso, para mí, lo cambia todo.

El abogado lleva una carpeta gruesa bajo el brazo. Los tres se sientan frente a mí, al otro lado de la mesa, y Myers me coloca una taza de café delante, antes de hacer un gesto con la barbilla para que la tome.

Solo acierto a murmurar un «buenos días» y un «gracias», y, de nuevo, es mi capitán quien rompe el silencio.

—Lukas, tenemos una propuesta que hacerte.

Me preparo para un nuevo intento de soborno, el enésimo que imagino que la señora Rossetti y su abogado van a poner sobre la mesa y que yo volveré a rechazar, pero no empiezan por ahí.

—No sé si lo sabes, porque has estado de… permiso —explica mi capitán.

Bonito eufemismo para decir que me ha retirado del servicio a la fuerza.

—La señorita Rossetti sufrió una agresión a principios de semana —continúa.

Abro los ojos, pero intento mantenerme impasible. Un latigazo de miedo me cruza la espalda. ¿Van a acusarme de haberla agredido? Sería el colmo.

—Señor, yo no he tenido nada que ver —me apresuro a decir—. Señora Rossetti, le aseguro que nunca haría algo así y…

—Tranquilo, Lukas —me corta mi capitán—. Lo sabemos, y no te estamos acusando de nada. Sabemos quién fue.

—De acuerdo, señor —respondo, soltando el aire poco a poco—. ¿Su hija está bien?

La pregunta se me escapa antes de poder filtrarla. No se la hago al capitán, se la hago a ella. A la madre. Katherine Rossetti tiene los ojos enrojecidos, el rímel perfectamente limpio pero la mirada

apagada, como si llevara días llorando sin descanso. Noto cómo la preocupación se instala en mi pecho, y no tiene nada que ver con el uniforme ni con el deber. Es algo incómodamente personal, y eso me desconcierta.

—Se recuperará —responde con la voz quebrada.

No queda ni rastro de la mujer que intentó sobornarme, que me lanzó amenazas veladas la semana anterior. No hay poder ni arrogancia cuando ves a alguien que amas destrozado.

—Nuestra propuesta tiene que ver con esa agresión —añade el abogado, tomando la palabra—, y la señora Rossetti pensó inmediatamente en usted.

—¿En mí? —Frunzo el ceño—. No lo entiendo. ¿Qué quieren que haga? ¿Que investigue el caso? No soy detective —añado, mirando a Myers—. Al menos, todavía no.

—Escucha la propuesta primero, por favor, agente Ravenshart — dice el capitán.

El abogado asiente y continúa:

—Sabemos quién fue el agresor y sabemos que volverá a intentarlo. En estos momentos está huido y escondido, pero esperamos que sea detenido pronto. Mientras tanto, la vida de la señorita Rossetti sigue en peligro. Queremos que usted la custodie.

—Un momento —los interrumpo, incapaz de callarme—. ¿Quieren que haga de guardaespaldas? Ustedes ya tienen gente preparada para eso.

La señora Rossetti interviene entonces, y su fuerza reaparece, afilada, por encima del cansancio.

—Mis guardaespaldas la vendieron, agente. Estaban con ella cuando la agredieron. Su agresor… Dominic Capieri… tiene contactos, poder y mucho dinero.

El apellido Capieri no necesita presentación. Negocios turbios, extorsiones, clubes de juego, trapicheos menores con drogas y un historial interminable de delitos. No son la familia más peligrosa de la ciudad, pero sí una de las más antiguas y mejor conectadas de Los Ángeles. Dominic Capieri es el hijo del capo de la familia, Vittorio.

—¿Él fue quien la agredió? —pregunto, buscando una confirmación que ya conozco, pero necesito oír—. Según lo que he leído, la familia Rossetti es cercana a los Capieri.

Su madre agacha la cabeza. No hace falta más respuesta.

—Lukas —vuelve a intervenir Myers, al ver que la señora Rossetti apenas puede seguir hablando—, esto no tiene que ver con la familia Capieri y sus negocios. Es un caso de violencia de género. Dominic Capieri era la pareja de Charlie Rossetti.

Los detalles que el capitán empieza a enumerar me encogen el estómago. Contusiones, golpes, intento de agresión sexual. Cada palabra cae sobre la mesa como un peso más. La madre escucha con los ojos secos, pero su expresión dice que ya no le quedan lágrimas. El abogado mantiene una expresión tensa mientras sostiene los papeles entre los dedos.

—Entonces… ¿qué quieren de mí, exactamente? —pregunto—. ¿Que haga de guardaespaldas?

—Lo que vamos a pedirle es más que eso —responde el abogado, inclinándose ligeramente hacia delante—. La investigación sigue su curso y, como le hemos dicho, la policía tiene acorralado a Dominic. Su familia no va a protegerlo ni a esconderlo. Siguen siendo amigos íntimos de los Rossetti y han repudiado los actos de su hijo. Pero él aún cuenta con hombres que le son fieles. Tenemos la certeza de que intentará atacar de nuevo a Charlie.

—Y ahí entra usted —retoma la señora Rossetti—. Queremos que se lleve a mi hija a un lugar seguro… y la proteja hasta que la

policía lo detenga.

—¿Por qué yo? —pregunto, sin suavizar mi incredulidad—. Usted no me soporta, y su hija menos todavía.

—En esta ciudad, la lealtad se compra, agente. Pero también se vende. Lo hemos comprobado de primera mano —contesta ella, sin apartar la mirada—. Yo he intentado comprar la suya estas semanas. Y usted, agente Ravenshart… no la ha vendido.

La frase se queda suspendida en el aire. Los tres pares de ojos se clavan en mí, evaluando cada gesto, cada mínima reacción.

—Lukas, eres el candidato ideal para esta misión —dice ahora mi capitán—. No tienes familia aquí, ni pareja. Vives solo. Y, además, podemos ofrecerte incentivos.

Hace una pausa, como si midiera el peso de cada palabra.

—Primero, el sueldo: acumularás todas las horas que realices. Las veinticuatro horas del día, por supuesto. Y las cobrarás como horas extra, con un plus de peligrosidad, dietas y desplazamiento.

—Eso no es…

—Déjame terminar, por favor —me corta, levantando una mano —. A tu vuelta, tramitaremos tu ascenso a detective de inmediato. Dejarás el turno de noche, el tráfico y el uniforme. Entrarás de lleno en el programa de detectives de esta división y, desde ahí, podrás elegir el destino que desees. Solo tendrás que pedir dónde quieres trabajar.

Mi ascenso a detective. Suena demasiado bien. Tanto, que por un momento no sé si lo que están poniendo delante de mí es una oportunidad o un soborno envuelto en celofán. Myers parece leer la duda en mi cara y aprieta un poco más.

—En cuanto surgieron nombres para esta… misión —dice, eligiendo la palabra con cuidado—, el tuyo fue el primero que vino a

mi cabeza, Ravenshart. La señora Rossetti y su abogado estuvieron de acuerdo. Pero antes de darte los detalles, tienes que aceptar que esto no es un encargo oficial. No habrá informes, no habrá registros. Y tienes que conocer los riesgos.

Me aclaro la garganta. Lo del ascenso ha eclipsado todo durante unos segundos, pero la palabra riesgos me hace aterrizar de nuevo.

—Hablemos de esos riesgos —consigo decir.

El abogado entrelaza las manos sobre la carpeta.

—Dominic Capieri está… —busca el término— descontrolado.

—¿A qué se refiere exactamente? —pregunto.

Katherine Rossetti toma aire antes de responder, con la voz más frágil que la primera vez.

—Esta no es la primera vez que agrede a mi hija. Por eso sabemos que lo volverá a intentar. No atendió a razones cuando pasó antes y… nadie entiende del todo los motivos de sus actos. Es… peligroso.

—Es un delincuente —respondo, casi por inercia—. Todos lo son, en mayor o menor medida.

—Dominic se ha… radicalizado —insiste ella—. Él no era así. Se crio con nosotros, con mi familia y con mi hija. Esto es algo más profundo, y creemos que puede tener algún problema de salud mental.

Asiento despacio, dejando que la información se asiente.

—De acuerdo. Lo que quieren decirme es que no parará hasta… ¿matarla? ¿Es eso?

El silencio que sigue es más elocuente que cualquier palabra. Al final, es el abogado quien responde:

—Probablemente.

Miro a mi capitán, luego a la señora Rossetti. Siento el peso de la decisión cayendo sobre la mesa entre nosotros. Podría pensarlo más, pedir tiempo, calcular pros y contras, pero la verdad es que no lo necesito.

—Señora Rossetti —digo al fin—, me hice policía para esto. No tengo ninguna duda. Acepto.

La mujer respira hondo, como si por primera vez en días le entrara un poco más de aire en los pulmones, y el abogado abre la carpeta para sacar una pila de documentos y fotografías.

Primero, un documento de confidencialidad. Después, formularios, autorizaciones, cláusulas de responsabilidad. Me los va deslizando uno a uno, explicando lo justo, y yo firmo casi sin mirar, sabiendo que, en realidad, lo que estoy aceptando no es un papel sino una línea que me aparta del servicio ordinario y me lanza a algo mucho más personal y más sucio.

Después vienen las advertencias. No iremos muy lejos, pero no podremos alojarnos en ningún piso oficial ni en ninguna propiedad registrada a nombre de la policía o de la familia Rossetti. Dominic puede acceder a esa información. Necesitamos desaparecer del mapa.

—Por eso —concluye el abogado—, irán a la casa que tengo en Calabasas. Es una comunidad cerrada al noroeste de Los Ángeles, conocida por sus mansiones discretas y su seguridad estricta. Está a nombre de una sociedad limitada, sin vínculo legal con los Rossetti ni con los Capieri. En ningún registro aparecerá asociado a la familia. Para cualquiera que los busque, usted y la señorita Rossetti simplemente… se habrán ido de la ciudad por una temporada.

CAPÍTULO 9

CHARLIE

Desde que salimos de Los Ángeles, todo se va volviendo más abierto, más ancho… y también más ajeno.

Apoyo la frente en la ventanilla mientras el coche avanza por la 101 y veo cómo los edificios altos se desdibujan detrás de nosotros, sustituidos poco a poco por colinas secas, doradas, que siempre me han parecido sacadas de una postal en la que nunca termino de encajar. El asfalto se estira hacia el noroeste entre palmeras dispersas, gasolineras solitarias y vallas publicitarias que anuncian estudios de cine, abogados de divorcio y hamburguesas gigantes que ahora mismo no sabría si detestar o devorar.

A medida que nos alejamos del centro, el paisaje cambia: los rascacielos dan paso a barrios residenciales, luego a carreteras bordeadas de árboles viejos y, por momentos, el cielo parece más grande de lo que debería.

Yo sigo en silencio. El mismo silencio que me acompaña desde que he subido —contra mi voluntad— a este coche. Con este tipo.

Aunque me lo hayan explicado mil veces, este arreglo no me consuela. Yo me habría quedado, me habría enfrentado a Dominic con mis propias manos si hubiera sido necesario. O con la Glock que sé que mi padre guarda en el cajón de su despacho.

En cambio, no han tenido mejor idea que mandarme «unos días» a esconderme con este hombre en una casa perdida, lejos de todo.

Es decir: cambio de cárcel, cambio de guardianes, pero sigo encerrada.

¿Y todo por qué? No quiero decirlo, no pienso ponerle voz, pero siento que reviento si ni siquiera me permito pensarlo: todo es por culpa de las «amistades» de mi padre.

—¿Repasamos una vez más nuestras identidades? —pregunta Lukas, lanzándome una mirada condescendiente antes de volver la vista a la carretera.

Es la misma forma en que me ha mirado desde el instante en que apareció en casa: como si fuera un juguete roto, débil, frágil, incapaz de valerse por sí mismo. Me hace sentir pequeña y vulnerable, y odio sentirme así delante de cualquiera. Delante de este paleto, aún más.

—Claro, agente Lukas, repasemos este estúpido plan.

—Pues para empezar, deberías dejar de llamarme así, porque se te va a escapar —responde, sin alterarse—. Llámame solo Lukas, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —contesto, con mi sonrisa más falsa bien colocada.

—Vale, pues dime. ¿Quiénes somos y qué vamos a hacer en Calabasas?

—Somos dos hermanos que vamos a aburrirnos como ostras porque no me vas a dejar ni asomarme a la puerta de la calle.

—Más o menos —me corrige, con ese tono paciente y condescendiente que está usando desde que he montado en el coche—. Somos Lukas y *Charlice* Miller, así puedo llamarte Charlie sin levantar sospechas. Somos hermanos y esta es la casa de unos parientes. Estamos allí de paso porque nuestra casa de Santa Mónica tiene problemas estructurales y han tenido que desalojar el edificio mientras lo arreglan. Yo trabajo como consultor *freelance* de seguridad desde casa y tú acabas de terminar la carrera de diseño gráfico. Ambos trabajamos desde el salón, felices y hogareños.

—Nadie se va a creer que somos hermanos.

—Claro que sí. Solo hay que ver la cara que pones cuando me miras: típica de hermana pequeña que odia a su hermano mayor. Funcionará.

—Si tú lo dices…

Cierro los ojos un momento.

Las marcas en mi piel ya casi no existen; el labio está deshinchado, el moratón del pómulo apenas se nota si no te fijas. El cuerpo se cura rápido cuando eres joven, cuando la piel todavía recuerda cómo volver a su sitio.

Pero lo de dentro…

Lo de dentro sigue roto, torcido de una manera que no sé si tiene arreglo.

Vuelvo a abrir los ojos justo cuando entramos en Calabasas y todo aquí es distinto.

Calles limpias, amplias, silenciosas; casas enormes escondidas tras muros blancos y jardines perfectamente recortados; coches que brillan como si acabaran de salir del concesionario.

Un lugar en el que cualquiera parecería sentirse seguro.

Menos yo.

La casa de Malcolm está dentro de una urbanización con piscina, jardines y salones comunitarios, todo impecable y silencioso. Demasiado perfecto. Demasiado lejos de todo lo que entiendo como hogar.

Lukas mantiene los ojos en la carretera cuando empieza a hablar, con ese tono neutro que usa cuando está en modo policía.

—Te adelanto los datos de los vecinos. Están en el informe, pero es mejor que los tengas claros antes de llegar.

No espero que me importe, pero escucho igual.

—Primera casa: Mark y Helen Davenport. Cincuenta y pocos. Profesionales liberales. Tienen un hijo, Sebastian Davenport, veintidós años. Estudiante universitario. Sin antecedentes, sin incidentes registrados.

Al oír «veintidós» levanto una ceja.

—Bueno, al menos habrá alguien con quien hablar —murmuro.

Lukas me lanza una mirada de apenas medio segundo. Seca. Incómoda. Dejándome claro que el simple hecho de que yo hable con alguien ya fuera un problema.

—No estamos aquí para socializar —corrige sin desviarse de la carretera.

Me callo, pero sonrío por dentro solo para fastidiarlo.

—Segunda vivienda: Debbie Klein y Lorraine Brooks. Amigas, ambas divorciadas. Cuarenta y tantos. Trabajan desde casa. Vecinas colaborativas, sin conflictos registrados.

Traducción: cotillas con WiFi. Ya las veo venir con galletas y un interrogatorio.

—Tercera: Richard y Melissa Coleman. Cuarenta y pocos. Hay antecedentes de discusiones domésticas, pero sin cargos formales. Servicios Sociales intervino dos veces, sin seguimiento posterior.

La mención me crispa, aunque Lukas lo dice con la frialdad profesional de quien ha visto mil casos.

—Cuarta: Philip Morgan y Daniel Reyes-Morgan. Cuarenta años. Pareja estable. Dos perros: Duke y Lola. Sin incidencias. Perfil muy tranquilo.

Asiento despacio, procesando mientras Lukas recita el informe que se sabe de memoria.

—Quinta casa: Harold y Evelyn Whitmore. Setenta y pocos. Jubilados. Salud estable. Hijos adultos que visitan de vez en cuando. Vecinos discretos, nada reseñable.

Cierro los ojos un instante.

Todo parece normal. Casas normales con gente normal.

Excepto nosotros.

Estamos a punto de entrar en una vida que no es nuestra, fingiendo una relación que no existe, instalándonos en una casa que no conocemos… y todo porque alguien a quien creí conocer quiso matarme.

La casa es acogedora, demasiado incluso, y está perfectamente amueblada y decorada, lo que me hace preguntarme si estaba vacía o si han echado a los inquilinos para que la ocupemos ahora nosotros. Malcolm mandó a una cuadrilla de limpieza hace unos días y se nota en cada rincón: el aire huele a madera encerada y a detergente caro, y las superficies brillan tanto que casi devuelven mi reflejo. La nevera está llena —otra muestra de eficiencia y dinero mezclados— y entramos arrastrando las maletas hasta el recibidor como si fuéramos turistas y no dos personas obligadas a esconderse.

Hacemos un pequeño recorrido aunque ya vimos las fotos, pero estar aquí… lo cambia todo. Lo hace mucho más real.

En la planta baja está la cocina: amplia, luminosa, con electrodomésticos que parecen recién desembalados y una isla central perfecta para desayunos tranquilos que no vamos a tener. El espacio se abre hacia un salón enorme con techos altos, ventanales que dejan entrar demasiada luz y, al fondo, un piano de cola negro

que parece esperar a alguien que lo toque. Me pregunto si Malcolm lo usa o si solo está ahí para impresionar.

Desde ahí se baja al sótano: garaje para dos coches, estanterías perfectamente ordenadas, un pequeño cuarto de herramientas. Todo silencioso. Todo demasiado preparado.

Subimos las escaleras hacia el primer piso. Tres dormitorios. Dos comparten un baño en el pasillo. El tercero —más grande, más luminoso— tiene su propio baño integrado con una ducha enorme revestida de mármol claro.

No hace falta que Lukas diga nada. Lo elijo sin pedir permiso.

Luego vienen las normas, porque evidentemente no hay encierro sin un listado de reglas estrictas que debo cumplir.

No puedo salir sola y tampoco puedo llamar a ninguna de mis amigas ni a mi familia.

No es que sean dos normas que me vayan a destrozar la vida. Además, van a ser muy fáciles de cumplir. ¿Mis amigas? Solo tengo a Marissa, a la que no veo desde hace semanas, y la ironía es que todo esto empezó, en parte, por su culpa, aquella noche del Aston Martin. A mi familia no tengo ninguna intención de llamarla. Y lo más importante: no me han dejado un puto teléfono. Así que, en resumen, mi vida social estos días —o semanas, o lo que dure este arresto «voluntario» — se va a reducir a convivir con un tipo al que no soporto y que, claramente, tampoco me soporta a mí.

Desembalo la maleta en mi nueva habitación, dejando claro que esto no es una visita de fin de semana. He traído ropa para, al menos, un mes. Quizá más. Nunca había hecho una maleta tan triste.

Cuando terminamos, bajamos a la cocina. Nos sentamos frente a frente, con la mesa entre los dos como una línea de fuego improvisada, y justo entonces suena el timbre.

Lukas se tensa entero. No es solo que se ponga en alerta: es que reacciona como si, en lugar del timbre de la puerta, hubiera escuchado el disparo de un arma. Se incorpora de golpe y casi se lanza hacia mí, como si quisiera cubrirme.

Lo aparto de un manotazo.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —suelto, fulminándolo con la mirada—. Si quieres algo de contacto físico, pídelo, ¿de acuerdo? No te voy a dar permiso de todas formas, pero no vuelvas a echarte encima de mí así.

—No me he echado encima —replica, apretando la mandíbula—. Solo estaba…

—¿Solo estabas qué? —lo interrumpo—. ¿Quién te crees que eres, el guardaespaldas de Beyoncé? Por Dios.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta de entrada. Antes de llegar, siento su mano cerrarse alrededor de mi brazo.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Mirar a ver quién es —respondo, girándome hacia él—. Creo que es bastante evidente, agen… Lukas —me corrijo rápido, metiéndome en el papel—. No querrás que seamos los maleducados del barrio, ¿no? Habrán venido a conocernos.

—Espera —dice, adelantándose para ponerse delante de mí—. Abriré yo.

Me coloco detrás de Lukas, asomándome de puntillas por su hombro, y la escena no podría ser más sacada de una película de sobremesa.

Una mujer mayor sostiene una bandeja cubierta con un paño blanco, y en su rostro lleva la sonrisa más grande —y más sincera— que he visto en mi vida. A su lado, un hombre de su misma edad la

acompaña con las manos entrelazadas a la espalda, observándonos con una educación antigua, casi de otro siglo.

Hago un repaso mental de los vecinos y deduzco que son Harold y Evelyn Whitmore, la pareja jubilada.

Lukas abre del todo y da un paso hacia delante, como si quisiera interponerse entre ellos y yo. No sé si lo hace por instinto profesional, por defecto o por pura manía. A estas alturas, todo es posible.

—Buenas tardes —dice la mujer, con una voz cálida que contrasta con el silencio pulcro de la urbanización—. Esperamos que no sea mal momento. Soy Evelyn, y este de aquí es mi marido, Harold.

El hombre asiente con una leve inclinación, impecable.

—Nos hemos enterado de que teníamos vecinos nuevos y… bueno, nos pareció correcto darles la bienvenida —añade Evelyn, levantando un poco la bandeja—. Preparamos un asado esta mañana. Es tradición en la comunidad que, cuando llega alguien nuevo, compartamos comida.

Lukas adopta su sonrisa de servicio, la que dura exactamente dos segundos y medio.

—Muchas gracias, señores —responde con formalidad—. Yo soy Lukas, y ella es mi… —Me mira un instante— mi hermana, Charlie.

Evelyn fija la vista en mí como si acabara de encontrar un gatito asustado a la puerta de su casa.

—Qué alegría tener gente joven por aquí —dice extendiendo la bandeja hacia mí—. Esto es para ustedes. Hay de sobra.

Me adelanto un paso, rodeando el cuerpo de Lukas, cojo la bandeja con ambas manos y les devuelvo la sonrisa.

—Madre mía, esto huele que alimenta. Muchas gracias.

—No hay por qué darlas… ¿Van a quedarse mucho tiempo o…?

Parece que me equivoqué: los verdaderos cotillas no son Debbie y Lorraine, sino los Whitmore.

Lukas interviene enseguida con su tono educado, firme y completamente anticlimático.

—Gracias por el asado, les devolveremos la bandeja limpia. Ahora, si nos disculpan, tenemos que terminar de deshacer las maletas.

Los Whitmore asienten, aún sonriendo, y se alejan por el camino mientras Lukas cierra la puerta con suavidad.

No llevamos ni una hora en la comunidad y ya tengo claro que sobrevivir aquí… va a ser otro tipo de prueba.

CAPÍTULO 10

LUKAS

La primera noche en Calabasas transcurre sin incidentes. Entre la tensión del viaje, los dardos envenenados que me lanza la chica y el asado que nos comemos para cenar, apenas nos queda energía para algo más. Recogemos en silencio, marcando distancias sin decirlo, y cada uno se retira temprano a su habitación con un «buenas noches» seco, más cercano a un alto el fuego temporal que a un gesto de cortesía.

La mañana siguiente es otra historia.

Ahí es donde las diferencias entre su mundo y el mío empiezan a tomar forma real.

Lo que no tengo previsto —ni en el informe ni en mis esquemas mentales— es encontrarme a Charlie paseándose por la casa en bragas y camiseta de tirantes.

La veo entrar en la cocina por el rabillo del ojo y mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Me giro hacia la encimera como si estuviera revisando algo importante, fijando la mirada en una taza vacía, en el reloj de la pared, en cualquier cosa que no sea ella. Aun así, noto su presencia acercándose, ligera, insolente. Y luego llega la risa, suave, burlona, justo detrás de mí.

—¿Qué pasa, hermanito? —pregunta, con ese tono que ya me conozco—. ¿Es que nunca has visto a una mujer en ropa interior?

El primer dardo del día. Va rápido, empieza fuerte.

Respiro hondo. Vamos, Lukas, contrólalo.

—No deberías pasearte así por la casa, ¿de acuerdo? —respondo sin girarme todavía—. Es una falta de respeto.

—¿Qué pasa, que en *Paletolandia* no tenéis chicas? —insiste—. ¿O es que sois tan trogloditas que no podéis ver a una mujer en ropa interior sin lanzaros encima?

Ahí sí me vuelvo.

La miro directamente a los ojos y el recuerdo me golpea sin aviso: el sueño de hace unos días, sus piernas bajo aquel vestido negro imaginado, la sensación de no poder apartar las manos de ella. Ahora no hay imaginación de por medio. Sus piernas están ahí, desnudas, largas, brillando con la luz que entra por la ventana; la camiseta de tirantes insinúa más de lo que tapa, y todo mi cuerpo registra el dato con una precisión que preferiría no tener.

Si quiere jugar, jugamos.

Dejo que mi mirada descienda despacio, recorriendo su silueta sin prisas, sin disimulo, como si la estuviera evaluando en un control rutinario. No me recreo, pero tampoco finjo que no veo lo que estoy viendo. Su postura cambia solo un poco, casi imperceptible; un hombro se tensa, la barbilla se alza.

—No tienes nada que no haya visto antes —digo al final, con toda la calma que soy capaz de reunir—. En esta ciudad, la mitad de las chicas salen así a la calle. En tres meses he visto de todo, Charlie, así que no vas a incomodarme tan fácilmente.

Dejo que la frase repose un segundo antes de rematar:

—Pero, te lo repito: muestra un poco de respeto y no vayas en ropa interior por la casa. No estás sola.

Las palabras salen firmes, más de lo que esperaba. Veo cómo traga saliva, cómo toma aire despacio, cómo aprieta los dientes buscando una respuesta que esta vez no le llega tan rápido como de costumbre.

No dice nada. Y su silencio, viniendo de ella, vale más que cualquier insulto.

Primer punto ganado.

Este me lo apunto yo.

El resto del día nos evitamos. Ella se encierra en su habitación la mayor parte del tiempo, mientras yo me dedico a lo que se me ha encomendado. Reviso historiales, repaso de nuevo el informe de Dominic y de su entorno, cruzo datos de los propietarios de la urbanización y mantengo siempre un ojo puesto en las ventanas, en los accesos, en cualquier detalle que pueda dar problemas.

Pero, inevitablemente, la casa no es tan grande. Por mucho que intentemos hacer vidas separadas, la cocina es territorio neutral y tarde o temprano coincidimos allí.

—Tengo hambre —dice cuando la pillo abriendo cajones al azar y mirando la nevera como si fuera a morderla—. Aquí no hay nada que comer.

—¿Cómo que no? —respondo, acercándome a la despensa—. Está completamente equipada.

Se lo voy enseñando casi como si estuviera en una inspección.

—Hay legumbres, pasta, arroz, conservas de todo tipo y aquí… —continúo mientras abro la nevera—, tenemos verduras, fruta, quesos, huevos, embutidos. También hay carne y pescado.

—Me refería a algo que no conlleve, ya sabes… cocinar —replica, cruzándose de brazos.

—¿Qué tienes, ocho años? —Niego con la cabeza—. Si quieres comer, tendrás que cocinar.

—¿Qué? Yo no. Yo… no cocino. No sé y no pienso empezar ahora. Y si te crees que voy a ponerme a cocinar para ti, la llevas

clara, paleto. Eso se lo pedirás a las chicas de tu… de donde coño quiera que seas. Pero yo no pienso jugar a las casitas. Y menos contigo.

Se da la vuelta y se marcha pisando fuerte. Fingiendo una dignidad, que en estos momentos, parece haber perdido.

Le dura poco. Vuelve dos minutos después, abre la nevera, coge una manzana y un trozo de queso, y desaparece otra vez sin mirarme siquiera.

Ese primer día no la vuelvo a ver.

Las noches aquí me recuerdan un poco a Flagstaff, mi ciudad natal. A diferencia del ruido constante de Los Ángeles, en esta pequeña comunidad se respira una calma extraña cuando cae el sol. En realidad, en nuestra primera noche aquí duermo mejor que en meses. Si no fuera por las circunstancias que me han traído, casi podría decir que esto se parece peligrosamente a unas vacaciones pagadas.

Aun así, mi misión está clara. No estoy aquí para descansar. Hay tareas rutinarias que tengo que cumplir si quiero tener la conciencia tranquila: inspeccionar el exterior, localizar puntos ciegos, posibles vulnerabilidades y rutas de escape por si las necesitamos.

—Señorita Rossetti, voy a inspeccionar el terreno —le informo en una de las pocas ocasiones en las que nos cruzamos ese día—. Volveré en un par de horas como mucho. No puedes salir de la casa, ¿de acuerdo?

—¿Qué? ¿Por qué? Yo también voy —responde al instante.

—No, no puedes hasta que confirme el perímetro.

—No me vengas con jerga militar, joder. Y deja de llamarme «señorita Rossetti». ¿No habíamos quedado en que nos llamaríamos por nuestros nombres de pila?

—Tienes razón, Charlie —concedo—, pero no puedes salir. Podrían reconocerte y…

—No lo harán. Me he teñido el pelo, ¿recuerdas? Y puedo salir con gafas de sol y un sombrero si vas a estar más tranquilo. Pero no me dejes aquí sola. Me aburro.

—Tienes una tele con todos los servicios de *streaming* a tu disposición, libros y una cinta de correr en el sótano. Puedes hacer ejercicio y…

—Quiero salir —me corta—. Si no me dejas acompañarte, me escaparé.

La miro fijamente.

—No puedes estar hablando en serio.

—Pruébalo.

Y el problema es que sí me la imagino haciéndolo. Muy bien, además.

Acepto a regañadientes.

—Está bien —cedo al final—, pero nada de sombreros. No queremos llamar la atención.

Los alrededores de la urbanización son exactamente lo que esperaba de una comunidad de gente adinerada con aspiraciones de discreción: calles amplias, casas impecables, jardines cuidados al milímetro y ese tipo de silencio caro que solo puede permitirse quien ha pagado por no tener vecinos ruidosos.

Todo está pensado para que no haga falta salir de aquí: una pequeña zona comercial, algún restaurante, un par de locales de servicios básicos. Una burbuja autosuficiente. Es como una pequeña población aislada a propósito para alimentar la sensación de

exclusividad. Nosotros somos el elemento extraño dentro de ese decorado perfecto.

Pasamos junto a una tienda de alimentación y Charlie se empeña en entrar. Según ella, para comprar «comida de verdad». Traduzco: cosas que no haya que cocinar.

El problema es que no tiene dinero ni tarjetas que pueda usar. Eso forma parte del protocolo: nada a su nombre, nada que pueda rastrearse.

—¿Me pagas esto, por favor? —me pregunta, como si me pidiera algo irrelevante.

Dirijo la vista hacia el carrito y me encuentro con un festival de basura procesada: patatas fritas, chocolatinas, bollería industrial y bandejas de comida precocinada que probablemente caducan dentro de cinco años.

—¿Quieres llevarte… eso? —pregunto, sin intentar disimular el tono—. Te van a reventar las arterias.

—¿Qué tienes, cincuenta años? —me contesta al instante—. Yo solo tengo veintitrés, puedo permitirme comer estas cosas, ¿te enteras?

Resopla, enfadada, y añade en voz baja:

—Parece que vaya con mi abuela, joder.

—Te he oído, ¿sabes? —respondo, sin apartar la mirada del carrito—. No intentes disimular porque…

—¡Hola!

La interrupción llega a nuestra espalda, con un tono alegre de anuncio de detergente. Los reconozco al instante como una de las parejas de la urbanización.

—Vosotros sois los hermanos que acaban de mudarse a la casa naranja, ¿verdad? —dice la mujer—. Somos los Davenport. De la casa azul.

Perfecto. Dos días aquí y ya hemos entrado en el boletín interno del vecindario.

—Sí —contesto, serio.

Charlie me clava un codazo en las costillas antes de adelantarse con una sonrisa que sé perfectamente que es puro teatro.

—Perdonen a mi hermano, no tiene demasiadas habilidades… sociales —dice, y siento cómo se adelanta ligeramente, asumiendo el control de la situación—. Somos Lukas y Charlice Miller. Estamos de paso, mientras arreglan nuestra casa en Santa Mónica. Tenéis una comunidad preciosa, ¿verdad, Luke? Lo estábamos comentando ahora mismo.

Noto cómo alarga mi nombre a propósito, dejándome claro que va a explotar el papel de hermanita encantadora todo lo que pueda.

—Sí. Es una urbanización… impresionante —respondo, lo justo para no parecer un sociópata.

La mujer asiente, encantada con su propia amabilidad.

—Así que de Santa Mónica, ¿eh? Tenemos un hijo de vuestra edad —explica—. Estudia en la UCLA. Bueno, quizá sea más de tu edad —añade, mirando a Charlie—. Tú debes ser la pequeña; él parece algo mayor, ¿no?

Está claro que no solo han notado que hay gente nueva en la comunidad: quieren saber quiénes somos, cuánto tiempo estaremos aquí y si vamos a encajar en el decorado. Cada frase es una pregunta camuflada. Está claro que ya han hablado de nosotros con la adorable pareja que vino a recibirnos ayer, y probablemente con media calle.

—Sí, lo soy —respondo, asumiendo el rol—. Ayer conocimos a los Whitmore, ¿verdad, Charlie? Nos trajeron un asado.

—Sí, Evelyn es una excelente cocinera, y ella y su marido Harold son un encanto —confirma la mujer—. Nuestro hijo Sebastian viene los fines de semana, podréis conocerlo el sábado en la piscina.

—Me encantaría —salta Charlie, demasiado entusiasmada para mi gusto—. Todavía no la hemos probado y estoy deseando estrenar mi nuevo bikini.

La sonrisa de la señora Davenport se ensancha un poco más. La mía se mantiene en su sitio, controlada.

Y mientras los escucho hablar de piscinas y bikinis, no puedo evitar pensar que lo más peligroso de esta misión quizás no sea Dominic Capieri.

Va a ser ella.

Cuando se alejan, me vuelvo a Charlie, que parece encantada de interpretar el papel de la vecina nueva.

—Intentamos pasar desapercibidos, ¿recuerdas? —le recrimino nada más cerrar la puerta del que será nuestro hogar las próximas semanas—. No es necesario que vayas… exhibiéndote. Tenemos que mantener un perfil bajo.

Charlie abre una bolsa de patatas, convencida de haber ganado una pequeña batalla.

—Lo que tú digas, paleto —responde, metiéndose un puñado en la boca sin dignarse a mirarme.

Parece que las sonrisas y la amabilidad se las va a reservar únicamente para los vecinos. Los malos modos, en cambio, vienen todos directos a mí.

—Charlie… por favor —suspiro, cansado—. Solo intento mantenerte a salvo, ¿de acuerdo?

—Sí, Lukas. Está perfectamente claro —responde sin inmutarse —, pero si sigues comportándote como un psicópata que huye de todos, lo único que vas a conseguir es que llamemos más la atención.

Tengo que admitirlo: en eso, vuelve a tener razón.

—De acuerdo —cedo al fin—, pero no interactúes más de lo necesario con estas personas.

Charlie me mira con esa mezcla de desafío y diversión que lleva usando desde que llegamos. Desde que nos conocimos, mejor dicho.

—Vale. ¿Puedo marcharme ya o necesitas supervisar cómo me ducho?

—¿Qué? —parpadeo, sin creer lo que acaba de decir.

—Ya me has oído —repite, dando un paso hacia atrás, midiendo mi reacción—. Voy a entrar al baño a ducharme. ¿Tengo que dejar la puerta abierta o también te preocupa que interactúe más de lo necesario con el agua?

Sé que está intentando provocarme.

Sé que debería ser el profesional que lleva años entrenado para ignorar este tipo de comentarios.

Pero con ella… no funciona. Y lo peor es que me afecta más de lo que debería, porque tiene un don para sacarme de mis casillas con una facilidad insultante.

—Hermanito… —insiste, ladeando la cabeza—. ¿Contestas o qué? ¿Puedo marcharme?

—Haz lo que quieras —respondo al fin con los puños apretados.

Ella sonríe orgullosa de haber ganado este asalto. Se gira despacio y empieza a caminar hacia el pasillo con ese aire suyo, altivo y seguro, como si la casa le perteneciera, como si nada pudiera tocarla. Exagera el balanceo de las caderas solo para irritarme más, y joder, funciona. Me irrita. Me desconcierta. Me rompe el orden mental que necesito mantener.

Cuando la puerta del baño se cierra, me quedo allí plantado, con los nervios recorriéndome el pecho y con la sensación de que esta misión va a costarme más la paciencia que la vida.

CAPÍTULO 11

CHARLIE

Me despierta un silencio tan perfecto que casi me molesta.

Los rayos de sol se filtran por las persianas y, aunque no soy precisamente una experta en astronomía, están lo bastante altos como para hacerme pensar que es bien entrada la mañana. Eso, y el vacío en mi estómago, con las tripas rugiendo a todo volumen.

Todavía medio dormida, me encamino al baño. El espejo me devuelve un reflejo desastroso.

Mi pelo —ahora completamente rubio— está encrespado en todas direcciones y, aunque las ojeras casi han desaparecido, ahora tengo los ojos hinchados de tanto dormir.

Me desperezo, me enjuago la cara y, cuando salgo del baño, me golpea un olor tan claro que casi podría dibujarlo: huevos y *bacon* recién hecho. Hay algo dulce también, como si alguien hubiera estado preparando tortitas o gofres. Mis pies cambian de rumbo sin preguntarme y me llevan directa a la cocina.

Allí solo encuentro una pila de platos recién lavados, colocados en el escurreplatos con una precisión casi maniática. Ni rastro de la comida que me ha traído hasta aquí.

Frunzo el ceño y, al cruzar el salón, me asomo hacia el exterior.

Entonces lo veo.

Lukas está en la parte trasera de la casa, en ese trozo de jardín privado que corresponde a cada vivienda, separado de las zonas comunes por un seto espeso y una valla baja. Es un rectángulo de

césped recortado, con un par de tumbonas plegadas y una mesa pequeña; suficiente para poner una mesita y dos sillas y tomar un café al aire libre… o, como ahora, ofrecer un jodido espectáculo gratuito.

El agente *Mister Paleto* está en mitad del césped, haciendo flexiones y abdominales como si protagonizara un anuncio de entrenamiento militar. La camiseta a un lado, hecha una bola, olvidada. Los músculos de la espalda y los brazos se marcan bajo la piel, brillantes por el sudor y por los rayos de sol que le resbalan encima, arrancándole pequeños reflejos.

De puta madre, Charlie. Lo único que te faltaba: que te altere un jodido policía de pueblo.

Se coloca en una de esas posturas de plancha en las que cada fibra de sus bíceps y del torso se tensa al máximo. Entonces levanta la cabeza… y se gira justo hacia el ventanal. Me pilla mirándolo. De lleno.

Yo sigo ahí, con el pelo de recién levantada, en bragas y camiseta, y la cara propia de alguien a quien le ha pasado por encima una apisonadora.

Salgo de allí a toda prisa, pegando un pequeño salto cuando me aparto del ventanal, pero sé que el daño ya está hecho: me ha pillado mirándolo. Y con estas pintas, para rematar.

Intento ignorar los rugidos de mi estómago y vuelvo casi corriendo a mi habitación. No puedo permitir que en esta especie de enfrentamiento constante sea él quien lleve la ventaja. Rebusco en la maleta, saco el bikini, un vestido de playa ligero y una toalla. Me recojo el pelo como buenamente puedo, me doy un poco de vida en la cara y, cuando al menos parezco un ser humano funcional, me cuelgo la toalla del hombro y vuelvo al salón.

Lukas aparece entonces desde el jardín, con la camiseta ya puesta, el pelo húmedo de sudor y una expresión entre tranquila y

sobrada que me enciende los nervios. Conozco demasiado bien ese tipo de mirada.

—Voy a tomar el sol —le informo, intentando que mis ojos no se deslicen hacia sus brazos.

—Buenos días también para ti —responde, apoyándose en el marco de la puerta.

—Lo que tú digas… —murmuro—. Y hablando de desayunos…

Me interrumpe su risa.

Si no lo detestara tanto, admitiría que tiene una risa bonita, de esas que se te quedan pegadas y te invitan a querer escucharla otra vez. Pero no pienso concederle ese lujo ni en mi propia cabeza.

—Nadie ha mencionado el desayuno —dice, recuperándose todavía de la carcajada—, pero deduzco que debes tener hambre.

—Pues sí, la verdad —Resoplo—. ¿Has hecho algo?

—Por supuesto. El desayuno es la comida más importante del día…

—Sabes que eso ya no es cierto, ¿verdad? —lo corto—. Es puro *marketing* que se inventaron los fabricantes de cereales.

—Puede ser —concede—, pero yo soy más de huevos con *bacon*. Aunque tampoco le hago ascos a un poco de azúcar en forma de tortitas.

Odio que solo con escucharlo se me haga la boca agua. Mis tripas rugen aún más fuerte y traicionan cualquier intento de hacerme la indiferente.

—De acuerdo, me has convencido —coincido—. ¿Y… dónde están?

—¿Dónde está el qué? —pregunta, haciéndose el inocente.

Mientras disimula no comprenderme, coge una toalla y se limpia el sudor de la nuca. Los músculos de los brazos se le marcan y se tensan, y los míos, los de la mandíbula, también. Ahora mismo sería capaz de morderle, y no por hambre precisamente.

—Los huevos, el *bacon*. Las tortitas —preciso, tratando de no perder la compostura.

—Me los he comido —responde, como si fuera lo más lógico del mundo.

—¿Y no podías haberme guardado algo a mí? ¿En serio?

Lukas levanta una ceja y se acerca despacio.

—Perdona, pero yo no he venido aquí a jugar a las casitas. Y mucho menos a cocinar para ti.

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír.

Joder. El paleto es bueno y me acaba de devolver mi propia frase en menos de un día.

Esto puede ser muy interesante.

Salgo de la cocina con un «genial, pues muchas gracias» que suena más a amenaza que a despedida y camino directa hacia la puerta.

—Voy a la piscina a nadar.

—¿Qué? Espera, primero tengo que…

—¿Vas a decirme otra vez lo de *asegurar el perímetro*? —lo interrumpo, sin mirarlo—. ¿Te preocupa que los adorables ancianos intenten envenenarme con otro exquisito asado? ¿O que la pareja de ayer quiera ofrecerme como sacrificio religioso a su hijo?

—No tiene gracia, Charlie —responde, con su mejor voz de policía—. Y te lo he dicho mil veces: no puedes salir sola. Si quieres

ir a la piscina, me esperas. Voy contigo.

Y ahí está otra vez: esa sensación de jaula. Ese tono de autoridad que me recuerda, de la peor manera, que la libertad es un lujo que parece reservado para otros.

—No, déjalo —le corto—. Se me han quitado las putas ganas.

Me giro sin contestarle y vuelvo a la cocina, buscando algo que engañe al estómago antes de que empiece a rugir otra vez. Cojo lo primero que encuentro, cierro la puerta del armario con más fuerza de la necesaria y regreso a mi habitación. Paso el resto del día allí, escuchando su presencia a través de las paredes: sus pasos firmes, el murmullo del agua en la ducha, puertas que se abren y se cierran con esa típica disciplina de soldado, la televisión a volumen bajo. Incluso sin verlo, consigue ponerme de los nervios.

A las ocho llama suavemente con los nudillos.

—Charlie, voy a mi habitación a descansar. Puedes salir si quieres; así no tendrás que cruzarte conmigo.

No sé si es un gesto amable o simplemente otra de sus maniobras para mantener el control, pero en cualquier caso me alivia. Espero a que el silencio se haga más profundo, a que la casa pierda esa tensión que ha acumulado con nuestros enfrentamientos. Pasan diez, quince, veinte minutos, y finalmente salgo al pasillo, me acerco a su puerta que está entreabierta y escucho su respiración. No es un ronquido, pero sí una confirmación clara de que está dormido.

Esto no lo esperaba. Debe haberse quedado KO del aburrimiento, y yo… veo los cielos abiertos.

Regreso a mi habitación a cambiarme. No quiero salir hecha un desastre, ni tampoco quiero llamar demasiado la atención. Me pongo unos vaqueros, un top negro sencillo y una chaqueta ligera. Me recojo el pelo en un moño improvisado, descuidado pero *sexy*,

dejando un par de mechones sueltos que me suavizan el rostro y me dan un aspecto desenfadado. Luego me pongo un toque de brillo en los labios. Basta con parecer una versión normal de mí misma, sin extravagancias que puedan señalarme de ninguna manera. Como diría el agente paleto: manteniendo un perfil bajo.

Salgo al pasillo conteniendo la respiración. Paso de nuevo por delante de su habitación. La respiración sigue ahí, firme, constante. No se mueve. No se incorpora. No pregunta.

Perfecto.

Bajo las escaleras casi de puntillas, esquivo los peldaños, que crujen, y voy a la cocina. Allí, en un cajón al lado de la nevera le vi guardar un sobre con efectivo. Cojo un par de billetes de veinte, abro la puerta principal lo justo y la cierro con la misma delicadeza que un ladrón de guante blanco.

El aire de la noche me recibe en la cara, templado, con olor a césped recién regado y a los restos de alguna barbacoa lejana que hacen de nuevo rugir mi estómago. Camino sin prisa por las calles de la urbanización, fingiendo que no es una fuga, sino un paseo cualquiera. Mis pasos, sin embargo, saben perfectamente adónde van: al bar de la esquina.

Las luces del local rompen la penumbra, cálidas, amarillas. Dentro hay risas, ruido de vasos, conversaciones que no tienen nada que ver conmigo. Y, por encima de todo, un olor que me golpea directo al estómago: hamburguesas recién hechas, pan tostado, queso fundiéndose, patatas fritas dorándose en aceite caliente. Mi estómago responde antes que mi cabeza.

Empujo la puerta y entro.

Me siento en la barra sin pensarlo demasiado.

—La hamburguesa más grande que tengas —le pido al hombre que me sonríe detrás de la barra—, con una buena ración de

patatas. Y una cerveza enorme.

El camarero asiente y se aleja. Noto algunos ojos posarse en mí, pero no me afecta lo más mínimo. No soy de esas chicas que temen entrar solas a un bar; no es la primera vez que lo hago, y probablemente no será la última.

Cuando me ponen delante la hamburguesa, dejo de pensar en todo lo demás. La saboreo como si llevara tres días sin probar bocado. El local sigue a lo suyo: gente hablando, risas, el camarero sirviendo copas. Él mismo me pone otra cerveza al lado, esta vez «cortesía de la casa para las clientas nuevas» con un guiño de ojos. Me limito a agradecer con un gesto y sigo centrada en lo mío.

Entonces, aparece.

Lo veo antes de que llegue a la barra. Entra con unos simples pantalones de chándal y una camiseta blanca, pero la ropa es lo de menos. Tiene los ojos llenos de rabia y algo más que no termino de identificar, algo que se parece demasiado al miedo. Avanza hacia mí con pasos largos, tensos, y en cualquier otra circunstancia podría hasta hacerme gracia esa intensidad suya. En estos momentos, no. Su cara no invita precisamente a la risa.

—¿Qué coño haces aquí? —suelta sin ni siquiera saludar—. Levántate, nos vamos.

Yo alzo la vista, pongo cara de aburrimiento y apoyo el codo en la barra. La verdad es que no me importa tanto irme; ya he comido, que era el objetivo principal, y de pronto el cuerpo me pide cama más que guerra.

—Ey, amigo —interviene el camarero, acercándose un poco—. ¿Qué pasa? La chica está cenando. Esas no son formas, ¿vale?

—Métete en tus asuntos —responde Lukas, sin apartar la mirada de mí.

Genial. Drama de bar.

Faltan las palomitas.

Tres tipos que estaban sentados a una mesa cercana se acercan despacio y se colocan detrás del camarero. No muestran hostilidad, pero su postura deja claro que están listos para intervenir. Amigos suyos, por si hace falta «razonar» con mi querido agente.

La situación tiene un aire tan de película mala de bar de carretera que estoy a punto de intervenir y mandar a todos a la mierda, pero al final decido quedarme callada y ver cómo lo resuelve él.

—¿Qué pasa aquí, Joe? —pregunta uno de los tipos al camarero.

Lukas respira hondo, se recoloca la camiseta y modula la voz, cambiando de registro en un segundo. De repente vuelve a sonar como el policía profesional que es y no como un controlador tóxico y pasivo-agresivo.

—Miren, no quiero armar ningún escándalo —dice con calma—, pero mi hermana pequeña no debería estar aquí a estas horas. Y veo que le han servido dos cervezas —señala mi bandeja— cuando no tiene la edad. Así que mejor me la llevo a casa y lo dejamos aquí.

—Ey, un momento —se disculpa el camarero de inmediato, elevando las manos—. No sabía que era menor.

A mí se me desinfla la diversión como un globo pinchado.

—Quizá debería haberle pedido el carné —añade Lukas, mirándolo fijamente—. Vámonos, Charlie.

No grita, no me empuja, ni monta un espectáculo. Pero ese tono no admite réplica. Me levanto despacio, dejo el billete sobre la barra sin mirar a nadie, con la cabeza alta y salgo con él del bar.

Hacemos el camino de regreso a la casa sin dirigirnos ni una sola palabra, pero cuando cruzamos la puerta, el silencio estalla.

—¿En qué coño estabas pensando? —pregunta por fin, cerrando detrás de nosotros—. ¿Eh?

—En que tenía hambre —respondo, clavándole la mirada sin arrugarme—. Y…

—¿Piensas volver a escaparte?

No hay duda en su pregunta. No le interesa saber el por qué. Solo quieres saber si lo volveré a repetir.

—Siempre que pueda —contesto, levantando la barbilla más que antes incluso.

Algo en su expresión se endurece todavía más.

—Entonces no me dejas más remedio.

Me agarra del brazo, no con violencia, pero sí con la firmeza de alguien acostumbrado a detener a personas que no quieren cooperar. Me lleva directa a mi habitación y, antes de que pueda reaccionar, saca unas esposas del bolsillo trasero del pantalón. Me sujeta una muñeca al cabecero de la cama y el cierre resuena en la habitación, más fuerte de lo que debería.

—Estás de coña, ¿no? —exclamo, tirando del brazo—. No puedes esposarme a la cama. ¿Y si tengo que ir a mear?

En cuanto lo digo, me arrepiento. Le acabo de dar munición.

Lukas no duda. Abre el armario, mira dentro y saca un cubo de plástico y lo deja a los pies de la cama.

—Ahí tienes —responde, serio.

Lo miro con odio, con cansancio, con algo que me pesa más de lo que quiero admitir.

Y mientras la fría sensación del metal me rodea la muñeca, entiendo que la guerra entre nosotros no ha hecho más que

empezar.

CAPÍTULO 12

LUKAS

El insomnio es una jodida putada.

Dar vueltas en la cama, repasar cada gesto, cada palabra del día, mezclar recuerdos con arrepentimientos… no llega en oleadas, no. Llega todo a la vez, como si alguien hubiera abierto una compuerta dentro de mi cabeza.

Recuerdos de mi hermano.

De Flagstaff.

De todo lo que me hizo huir de mi ciudad y de los míos.

Y, por si fuera poco, ahora se suma ella.

La actitud de esta chica me saca de quicio. Pero lo peor llega cuando cierro los ojos e intento dormir y no veo mi pasado, veo sus piernas. No quiero repetir el número del sueño de la ducha, así que me obligo a concentrarme en todo lo malo que sé de ella.

Es arrogante, rebelde y carece completamente de disciplina. Una niña rica malcriada, acostumbrada a que le frían los huevos del desayuno sin preguntar. Es engreída e hiriente. Representa todo lo que siempre he querido evitar.

Nunca me han atraído este tipo de chicas. Y, sin embargo, cada vez que me la cruzo en el pasillo tengo que luchar contra el impulso irracional de agarrarla de los muslos y pegarla contra la pared hasta olvidarme de quién soy.

Bien, ahí está. Otro pensamiento que no debería tener.

Ahora hay algo más que me quita el sueño: el remordimiento por haberla esposado a la cama como a una criminal. Necesito recordarme que ella es la víctima, aunque su carácter me diga lo contrario la mitad del tiempo. Es fuerte, decidida, segura de sí misma, con una personalidad arrolladora, atractiva y desafiante. Si no hubiera visto los informes médicos, las fotos de las lesiones, las marcas del ataque… me costaría creer que alguien haya podido herirla.

Me levanto cuando el sol apenas empieza a asomarse por las colinas de Calabasas. Me visto, hago mis ejercicios, salgo a correr un rato por el circuito de la urbanización y vuelvo a la casa para ducharme. A las ocho en punto, toco a la puerta de su habitación.

—¡Me estoy meando, joder! —exclama desde dentro—. Anoche me tomé dos cervezas enormes y no me diste tiempo de ir al baño. ¡Quítame las putas esposas ya!

Entro sin mirarla directamente, me acerco a la cama y libero su muñeca del cabecero. El clic del metal al abrirse suena más fuerte de lo que debería. En cuanto nota la libertad, sale disparada hacia el baño sin dirigirme ni una mirada.

Cuando nos encontramos en la cocina, lleva el pelo húmedo y huele a uno de esos geles caros que solo usan los que nunca han tenido que mirar el precio en la etiqueta. Y yo, que anoche decidí tratarla como a una fugitiva, ahora tengo que seguir conviviendo con ella como si nada.

—He pensado que podríamos hacer el desayuno… juntos —propongo, consciente de que suena a tregua más que a iniciativa culinaria.

Ella me mira como si pudiera atravesarme el esternón con los ojos. Después desliza la mirada por la encimera, donde he dejado todo listo: huevos, *bacon*, harina, azúcar, leche. El mapa exacto de mis intenciones.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta, interesada pero sin suavizar el tono.

—Lo mismo de ayer. Y además había pensado preparar tortitas.

—¿Con caramelo o chocolate?

—Yo suelo tomarlas con azúcar. Pero si prefieres otra cosa, podemos comprarla cuando salgamos.

—De acuerdo —dice, y se sienta en el taburete, apoyando las manos en la encimera—. ¿Cómo empezamos?

—Con las tortitas. Las dejamos hechas y calientes, y luego hacemos los huevos con *bacon*.

—Me parece bien.

Lo dice sin ironía, sin pullas, sin esa actitud desafiante que suele usar como escudo. Solo se incorpora un poco más y me observa. Y, de pronto, la dinámica cambia. Charlie sigue mis indicaciones sin rechistar, sin intentar provocarme, sin jugar. Presta atención a cada palabra, poniendo un cuidado ceremonial a cada indicación que le voy dando.

Mezcla la masa con una precisión casi científica, concentrada, recogiendo la harina del borde del bol con la espátula. Cuando acerco la sartén y vierto la primera cucharada de masa, se inclina un poco, curiosa.

—Déjame probar —pide, y su voz suena menos afilada que de costumbre.

La escena me golpea con un *déjà vu* tan dulce como doloroso. Primero la imagen de mi madre enseñándonos a mi hermano y a mí cómo girar la tortita sin romperla. Luego el reverso oscuro: los domingos en Flagstaff, los silencios, las discusiones detrás de las paredes finas, la vida que dejé atrás.

Vuelvo al presente justo a tiempo para verla girar su primera tortita con un movimiento torpe pero eficaz. Sale sorprendentemente bien. Charlie, la chica que «no cocina», resulta tener más talento del que quiere admitir.

Cuando nos sentamos a desayunar, con el olor del *bacon* aún flotando y el plato lleno de tortitas doradas entre los dos, sé que no puedo esquivar lo que me toca decir. Más tarde, mientras comemos en silencio, me veo obligado a disculparme.

—Charlie, siento mucho lo de anoche. No debí… —Dudo, carraspeo, porque decirlo en voz alta me cuesta más de lo que debería—. No debí esposarte a la cama. No fue profesional.

—No, no debiste —responde sin un segundo de vacilación—. No he pegado ojo en toda la noche. Me estaba meando y me negaba a hacerlo en un recipiente de plástico en el suelo. Es… joder, es antihigiénico.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco he dormido y…

—Pues no, no me sirve de nada —me corta—. Y, además, me importa una mierda que no hayas dormido.

La amabilidad le dura lo mismo que un relámpago. Con el estómago lleno, vuelve a ser un huracán, pero hago el esfuerzo de respirar hondo y no responder al golpe.

—Si me prometes que no vas a volver a escaparte mientras duermo…

—Lo siento, paleto —dispara, inclinándose hacia mí desafiante —. Siento que tu conciencia no te haya dejado dormir… pero no te prometo que no vaya a escaparme, así que tendrás que volver a esposarme.

—De acuerdo. Pues es lo que haré.

—Sí, hazlo. Ya te llegará la demanda cuando salgamos de este puto agujero —me suelta con rabia, antes de darse la vuelta y largarse.

El resto del día no sé nada de ella. Ni un cruce en el pasillo, ni un portazo, ni un comentario fuera de lugar. Nada. Y, sinceramente, me sorprende menos de lo que debería. Después del desayuno que se ha metido entre pecho y espalda, dudo que tenga hambre para aparecer en la cocina.

Por la tarde, cuando el sol empieza a caer y las sombras se estiran por la casa como si quisieran reclamar territorio, alguien llama a la puerta.

Una vez.

Dos.

Tres.

A la tercera, escucho el crujido del suelo del pasillo y la veo asomar. Charlie aparece desde el límite del marco, curiosa, alerta, con esa expresión que mezcla desinterés fingido y una atención absoluta que jamás admitiría. Le hago una seña para que guarde silencio pero ella va directa a la puerta y, antes de que tenga tiempo para detenerla, abre.

—Buenas tardes.

En la entrada, dos parejas nos observan con una sonrisa tan amplia que casi deslumbra. Las reconozco enseguida por las fotos del informe: Debbie y Lorraine, las divorciadas que trabajan desde casa, y Philip y Daniel, el matrimonio con dos perros.

—¡Hola! —responde Charlie con ese entusiasmo brillante que reserva para todo el mundo excepto para mí—. ¿Qué deseáis?

Ahí está. Su cara amable. Su tono adorable. Su modo de caer bien sin esfuerzo. Una versión de ella que nunca recibo.

Ellos se presentan uno por uno mientras yo permanezco un paso detrás, ligeramente ladeado, evaluando el entorno con la espalda en tensión. No es desconfianza hacia ellos: ya sé por el informe que son inofensivos. Es la costumbre. Y, aun así, no puedo evitar la sensación de que los cuatro nos están analizando. Claramente somos la nueva atracción del barrio.

—Bienvenidos a la urbanización —dice Debbie con calidez—. Es un gusto tener caras nuevas y jóvenes por aquí.

—Desde que se fueron Peter y Allison, la media de edad ha subido muchísimo —añade Philip, dándole un suave codazo a Daniel —. ¿Verdad, cariño?

Los cuatro miran a Charlie… y luego a mí. De arriba abajo. Descaradamente. Y por un segundo me siento expuesto, casi incómodo, con la impresión de que todos pueden leerme como un libro abierto.

—En realidad —interviene Lorraine—, veníamos a conoceros y a invitaros a la barbacoa semanal del sábado.

—No sé si podremos ir —respondo demasiado rápido, demasiado brusco.

Charlie gira la cabeza con los ojos muy abiertos y los clava en mí, desafiándome.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Ya sabes, Charlie. Tenemos eso de…

Pero no me deja terminar.

—No, hermanito —dice con una sonrisa dulce que es puro veneno dirigido exclusivamente a mí—. «Eso» lo tienes tú. Yo no tengo nada, así que no te preocupes, puedo ir yo sola si tú necesitas quedarte.

Ahí está otra vez, poniéndome a prueba. Empujando los límites de mi paciencia y también los de la seguridad que intento construir alrededor de ella. A veces me da la sensación de que no le importa el peligro real que la rodea, ni la amenaza que sigue respirándole en la nuca. Y lo peor es que yo sí he visto de cerca las fotos del informe médico, sus heridas, los moretones, las marcas en su piel… todas las consecuencias del ataque de Dominic. No entiendo cómo puede seguir caminando por la vida con esa mezcla de valentía inconsciente y desafío puro.

Y, joder, aunque no quiera admitirlo, esa determinación me atrae tanto como me desconcierta.

—Bueno… está bien —cedo al fin, porque ya no tengo escapatoria—. Si nos decís la hora y los detalles, lo arreglaremos para ir.

—Es aquí al lado —explica Lorraine, encantada con nuestra respuesta—. La barbacoa semanal incluye piscina, comida, bebida y muchas risas. Eso después del baño, claro. No queremos accidentes antes de tiempo.

Charlie sonríe, con la satisfacción de quien acaba de ganar una partida que solo ella estaba jugando. Yo, en cambio, sólo puedo pensar en el terreno, en las salidas, en los puntos ciegos, en todo lo que debo estudiar antes del sábado.

—¿A qué hora empieza? —pregunto, anotando mentalmente cada dato.

—Sobre las doce empezamos a llegar todos —dice Debbie—. Pero la piscina abre a las diez, por si queréis daros un baño tranquilos antes de que lleguen los nietos de Harold y Evelyn.

—Allí estaremos —exclama Charlie, dando un par de palmadas —. ¿Verdad, Luke?

Odio que me llame así delante de cualquiera. Lo hace porque sabe que me molesta, y disfruta usándolo como si fuera una cuerda que puede tirar cuando le dé la gana. Pero casi prefiero eso a que me suelte otro «paleto» en plena cara.

—Por supuesto —respondo sin darle más margen.

—Entonces nos vemos el sábado —confirma Phillip, con una sonrisa que dura un segundo más de lo normal cuando me mira.

Cuando ya están a punto de irse, Charlie decide que aún no ha terminado conmigo.

—Esperad un momento, ¿nos enseñáis las instalaciones? Apenas hemos tenido tiempo de ver dónde está la piscina o la zona de la barbacoa.

La veo sonreír y sé que no hay forma de detenerla sin parecer un loco posesivo delante de toda la comunidad, así que termino guardándome la protesta entre los dientes. Cojo las llaves y los sigo.

Las dos mujeres se colocan de inmediato a cada lado de Charlie, hablando con ella como viejas amigas. Van señalando cosas, riendo, comentando detalles del vecindario. Charlie, por fin, parece relajada. Incluso feliz.

Y entonces lo noto.

A mi lado, Philip se engancha a mi brazo con una familiaridad sorprendente, mientras Daniel se coloca al otro lado, casi imitándolo. Entre los dos me escoltan, tratándome como la nueva atracción del parque, con sonrisas insinuantes y miradas evaluadoras que recorren mi torso con muy poca discreción.

No me incomoda. Sólo me resulta… inesperado.

—Es raro ver hombres en tan buena forma por aquí —bromea Philip, deslizando la mirada por mi camiseta—. La mayoría se limitan a hablar de ponerse en forma… pero nunca lo hacen.

Daniel asiente, con una divertida complicidad en la mirada.

—Qué refrescante encontrar a alguien que sí va en serio con lo de cuidarse —añade, sin molestarse en disimular.

Y mientras me arrastran con su entusiasmo perfectamente calculado, miro hacia delante.

Charlie ríe con Debbie y Lorraine, relajada, despreocupada, encantada de estar justo donde está.

Y no se da cuenta de que, sin proponérselo, hace mi trabajo mil veces más difícil.

CAPÍTULO 13

CHARLIE

Si alguien quisiera rodar una serie sobre familias felices y barbacoas de domingo, o sábado en este caso, este sería el escenario ideal. Todo luce demasiado bonito, demasiado pensado. Aunque, obviamente, la nota discordante somos nosotros.

Las instalaciones son una maravilla. Se nota que mis padres pagan muy bien a Malcolm si puede permitirse tener esta propiedad casi sin usarla.

La piscina ocupa el centro de la zona común, rectangular, rodeada de tumbonas de madera clara con cojines color crema y varias sombrillas enormes que proyectan sombras perfectas. A un lado hay una zona de césped cuidado al milímetro, con un pequeño parque infantil y una valla baja que separa todo del camino interior de la urbanización. Más al fondo, la joya de la corona: la zona de barbacoas, con varias mesas grandes, bancos corridos, dos parrillas de acero impecables y una encimera de obra donde no falta detalle: desde el fregadero hasta una nevera empotrada. Todo parece sacado de un catálogo caro de vida suburbana feliz.

Miro hacia atrás y tengo que contener una risa. Philip y Daniel prácticamente escoltan a Lukas, uno a cada lado, hablándole con naturalidad mientras le hacen un escaneo visual que no es precisamente discreto. Y lo curioso es que él no parece incómodo; solo concentrado, gestionando la situación con la misma calma con la que gestionaría un atestado.

Lorraine y Debbie, en cambio, me toman de un brazo cada una y me arrastran hacia una esquina algo más apartada, cerca de unas

tumbonas que quedan fuera del alcance directo de la mirada de Lukas y sus dos nuevos admiradores.

—Vale, chica, ahora en serio —empieza Lorraine, que ya tengo claro que es la más lanzada—. Dinos si tu hermano tiene novia. Y, si la tiene, dinos si es algo serio.

—Asumimos que es heterosexual —añade Debbie, llevándose una mano al pecho—. Dinos que le gustan las mujeres, por favor. Y, ya que estamos, si le gustan las mujeres… digamos que experimentadas o con cierto recorrido vital.

Las dos se echan a reír sin ningún pudor, y a mí me da la sensación de que están repartiéndose una tarta a pedazos. O que directamente no les importaría comer del mismo plato a cucharadas.

—Bueno, pues… sí, es hetero —respondo, dudando un segundo —. Creo.

—¿Cómo que «crees»? —Lorraine abre los ojos como si acabara de decirle que el sol sale por el norte—. Claro que lo es. ¡Debe serlo! ¿A qué se dedica?

—¿Y eso qué más da, Lor? —protesta Debbie, dándole un codazo—. ¿Piensas llevarlo a conocer a tus padres o qué?

Más risas, más codazos cómplices. Yo me limito a observar, entre divertida e incómoda, con la sensación de estar viendo una serie de comedia.

—No lo descarto, amiga —replica Lorraine—. Tiene pinta de destrozarme la vida, el cuerpo y el alma y te juro que le dejaría hacerlo si a cambio puedo saborear esos bíceps.

—¿Te imaginas a tu ex si te viera con un semental como ese? — se burla Debbie—. Te retiraba la manutención en cero coma.

—Ay, por mí como si se la queda entera —responde Lorraine—. Si ese muchacho me empotra contra la piscina, no me voy a acordar

del dinero de Matthew, ni falta que me iba a hacer.

—Chicas, chicas… —Las corto, aclarando la garganta—. En serio, cortaos un poco, porque ese imbécil… es mi hermano.

Me sorprende darme cuenta de que empiezan a molestarme sus comentarios. No sé por qué me descoloca tanto o por qué me preocupa que fantaseen con él. En teoría debería darme exactamente igual, como si quieren montarse un trío con él en mitad de la barbacoa.

—Ay, no me digas que es un creído de esos idiotas —se lamenta Debbie, llevándose una mano a la frente—. No nos rompas la ilusión.

¿Qué puedo decir? ¿Es idiota? No exactamente. Es un paleto, sí. Estricto, cuadriculado, adicto a las normas. Pero idiota no. Me cae mal, lo detesto la mayor parte del tiempo, aunque mis motivos no tienen nada que ver con que sea estúpido. En realidad, apenas lo conozco.

—Bueno, pues ya sabéis… —respondo al final—. Es mi hermano y…

—Está claro, Debbie —interviene Lorraine, dándome un leve apretón en el brazo—. Para una hermana pequeña, todos los hermanos mayores son idiotas. Aunque… —me mira con una ceja alzada— es un poco protector contigo, ¿verdad?

Un poco, dicen. Está claro que el marcaje al que me somete Lukas no ha pasado desapercibido para estas mujeres, y eso que acaban de conocernos.

La charla acerca de lo bueno que está «mi hermano», y sobre todas las superficies en las que lo montarían o se dejarían empotrar por él, se corta de repente cuando Lukas aparece junto a Philipp y Daniel, que no lo han soltado ni un instante.

—Charlie, ¿no? ¿De dónde viene ese nombre, cariño? —me pregunta Philipp con la naturalidad de quien habla del tiempo—.

¿Eres de género fluido, no binario… o estás pensando en transicionar?

—¿Qué? —pregunto sin entender nada—. ¡No! No es nada de eso. Charlie viene de…

—De Charlice —Lukas me interrumpe y termina la frase por mí.

Y menos mal, porque distraída como estoy, he estado a punto de decir *Charlotte*.

—Eso es —confirmo enseguida—. Mi nombre es Charlice Miller, pero nuestra asistenta era extranjera, lo pronunciaba mal y sonaba como Charlie. Me gustó y me lo quedé, ya sabéis.

—Ay, qué mona ella, adoptando el nombre que le ponía la asistenta —dice Philipp, llevándose una mano al pecho—. Y te diré algo: eres una chica espectacular, ¿verdad, Daniel? Lo comentamos cuando la señora Davenport nos habló de vosotros. Dijo que eras preciosa, y la verdad… no exageró.

—Y también dijo que tú eras un chico muy atractivo —añade su marido mirando a Lukas con descaro—. Nuestro espíritu cotilla se activó al instante y teníamos que comprobarlo con nuestros propios ojos.

Me sorprende que, a pesar de conocerlos desde hace literalmente diez minutos, estas personas me resulten extrañamente cercanas. A pesar de la diferencia de edad, respiran una normalidad luminosa, sin pretensión, sin máscaras.

Y eso, viniendo del mundo del que yo vengo… ya es un enorme plus.

Terminamos el pequeño *tour* por las instalaciones con la promesa de vernos el sábado a mediodía. Antes de irnos, nos explican el protocolo: como somos los nuevos, esta vez seremos los invitados de honor; más adelante, en futuras quedadas, hablaremos de lo que tendremos que aportar.

—Eso sí, si queréis podéis hacer algún postre —añade Daniel cuando ya nos estamos despidiendo—. Evelyn es una cocinera excelente, pero su famosa *carrot cake* está un poco sobrevalorada en esta comunidad. Nadie se atreve a decirle nada pero, como sois nuevos, podríais traer algo y así tenemos variedad y ella no se ofende.

Lukas no tarda ni un segundo en asentir.

—Perfecto, traeremos algo —responde con seguridad, sin haberlo consultado antes conmigo.

Lo miro alzando una ceja, muy despacio. Si depende de mí, lo más casero que van a probar en esa barbacoa son las tortitas con azúcar que he aprendido a hacer esta mañana. Y, siendo honesta, ya no recuerdo ni la mitad de las cantidades.

A la vuelta, el sol ya se ha puesto. Nos despedimos con la mejor de las sonrisas mientras los cuatro vecinos le hacen a Lukas un último repaso visual, sin disimular demasiado.

—Parece que le has gustado mucho a los vecinos. A los cuatro —comento, conteniendo la risa.

—Sí, ya me he dado cuenta —responde él. Hace una pausa, toma aire, y sé perfectamente lo que viene—. ¿Puedes no volver a hacer esto, por favor?

—¿El qué? ¿Hablar con la gente? ¿Comportarme de manera civilizada? ¿Ser educada con los vecinos?

—Charlie, no estamos aquí para hacer amigos —replica con tono cansado—. Te lo dije: tenemos que pasar desapercibidos. Solo serán unas semanas, hasta que detengan a Capieri.

Que nombre a Dominic me cae como una jarra de agua fría. Me recorre un escalofrío desde el estómago hasta la nuca. Pero, además, hay otro detalle que no se me escapa.

—¿Semanas? —repito, clavándole la mirada—. Me dijeron que su detención era inminente. Que solo serían unos días. ¿Y ahora me sales con que pueden ser semanas?

Mi indignación crece a cada palabra.

—No sé exactamente cuánto tiempo llevará —recula, nervioso—, pero estas cosas no son una ciencia exacta. Dominic está sobre aviso, tiene contactos y mucha infraestructura… puede alargarse.

—¡Me cago en la puta! —El insulto me sale solo—. Me habéis engañado.

Le doy un portazo en la cara. Sé que no es directamente culpa suya, pero ahora mismo es la única persona a la que puedo responsabilizar de mi situación.

Al cabo de unos segundos, asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

—Charlie —dice más suave—, tengo órdenes de comunicarme los domingos con mi capitán. Preguntaré cómo va el procedimiento pero, mientras tanto… ¿podemos intentar ser más cuidadosos?

Me levanto de la cama, avanzo hasta la puerta y la cierro casi en su propia cara mientras respondo:

—Claro, agente paleto. Lo que tú, mi madre, mi abogado y el resto del mundo digáis. Como siempre.

En cuanto resuena el clic de la puerta al cerrarse, apoyo mi espalda en la madera y mis piernas pierden fuerza. Me dejo caer despacio.

No llores. No llores. No llores.

Me lo repito como un mantra, por si las palabras pudieran sostenerme cuando todo lo demás falla. Pero la garganta arde, el

pecho se me cierra y, cuanto más intento contenerlo, menos obedecen mis pulmones.

¿Desde cuándo las víctimas deben esconderse mientras los agresores caminan libres?

¿Desde cuándo el mundo se ha vuelto tan del revés que quien recibe los golpes también recibe el castigo?

¿Por qué tengo yo que estar encerrada y él seguir libre?

Es decir, mis padres se dedican a hacer negocios que jamás elegiría, pero soy yo quien termina recibiendo un disparo que tenía otro objetivo.

Si intento estudiar, mi apellido levanta sospechas y odio entre mis compañeros antes incluso de que abra la boca o haga algo para merecerlo.

Si confío en quienes deberían protegerme, soy yo quien acaba en una camilla, temblando, llena de moretones por los golpes que ni siquiera recuerdo haber recibido.

Cuando repaso mi vida, todo se resume en lo mismo: estar encerrada, vigilada, reduciendo al máximo mi círculo de amistades y escoltada por una seguridad que, al final, también ha terminado traicionándome.

Lo único que he deseado desde que tengo memoria es una vida normal. Estudiar una carrera, encontrar un trabajo decente, marcharme de California y simplemente… vivir.

Solo eso. Vivir sin tener que pedir permiso. Quizás conocer a una persona que no tenga miedo de relacionarse con alguien con todo mi expediente de mala suerte.

No soy consciente del tiempo que pasa, pero me quedo dormida y despierto de nuevo con los toques de Lukas a mi puerta.

—He dejado un poco de cena, será mejor que salgas y comas algo antes de dormir—me informa en voz baja.

Estoy a punto de decirle que se la meta donde le quepa, que no tengo hambre ni ganas de verle la cara. Y puede que lo segundo sea verdad, pero mi estómago siempre parece tener vida propia y tomar sus propias decisiones. Ruge en cuanto escucha la palabra cena y no tengo más remedio que salir.

Paso por su lado sin mirarle a la cara, descalza y con un pantalón tan corto que casi podría confundirse con unas bragas.

Mientras paso junto a él, lo veo mirar a otro lado. Bajo a la cocina, como algo deprisa para volver al baño y prepararme para ir a dormir cuanto antes.

Lukas se detiene en mi puerta camino de su propia habitación.

—Me voy a la cama y… —balbucea agachando la cabeza—, bueno, tengo que…

—¿Qué? —lo apremio a que hable.

—¿Vas a escapar mientras duermo?

La pregunta se queda ahí, entre los dos, y mi respuesta sale clara y segura.

—Por supuesto. A la menor oportunidad.

Le tiendo las manos porque sé lo que conlleva y no merece la pena oponerme a ello.

Lukas saca las esposas del bolsillo trasero de su pantalón. Yo me dirijo a la cama y me esposa a uno de los barrotes.

El clic del metal esta vez no me sorprende.

CAPÍTULO 14

LUKAS

La rutina en esta casa empieza a ser peligrosamente repetitiva. Si a eso le sumo que Charlie y yo apenas nos miramos la mayor parte del tiempo, el cóctel es perfecto para que cualquiera baje la guardia. Yo no puedo permitírmelo.

Lo bueno —si puede llamarse así— es que prácticamente no convivimos. Ella sale de la habitación solo cuando comprueba que el pasillo está despejado. Espera a que yo termine en la cocina para entrar ella. Ha aprendido un par de recetas básicas y, por ahora, se apaña con eso. Otra historia es cómo deja la cocina después, pero de momento he decidido no morir en esa colina. Al menos por ahora.

Podría decirse que nuestra convivencia es nula. Coordinada, pero nula.

Como un ritual, estas tres últimas noches me acerco a su dormitorio antes de dormir y le hago siempre la misma pregunta.

—¿Vas a escapar?

Ella, sin una sola palabra, se tumba en la cama, alza la mano y me ofrece la muñeca. Yo la esposo a uno de los barrotes del cabecero. Es mecánico, funcional y no debería removerme nada… pero, aun así, cada noche me deja con los nervios de punta y me cuesta horrores dormir.

El resto del tiempo sigo con mi propio ritual: ejercicios, vigilancia, comprobación de accesos, repaso de informes, control de horarios. Me repito cada día que esto no son unas vacaciones, aunque a veces el silencio de Calabasas intente convencerme de lo contrario.

No puedo comunicarme con mi familia y, aunque suene terrible, para mí es un alivio. Desde que me enteré del nacimiento del hijo de mi hermano —mi sobrino, al que todavía no he visto— no he encontrado ni las ganas ni el ánimo para llamarlo. Antes de venir aquí hablé con mi madre, le conté por encima que me habían asignado una misión importante, una que podría abrirme por fin la puerta al ascenso a detective, y que durante un tiempo no podría ponerme en contacto con nadie.

Ella fingió tranquilidad, pero la conozco demasiado bien. Sé que estará preocupada. Y esa preocupación suya, silenciosa, es otra de las cosas que me mantiene despierto en mitad de la noche.

Tampoco puedo comunicarme con nadie de la división. Solo tengo un número de teléfono asociado a un móvil prepago de esos antiguos, sin internet, prácticamente ilocalizables, reservado para contactar con mi capitán en su número personal. Y solo si es estrictamente necesario. Si no, debo limitarme a la llamada programada del domingo.

Pero antes de eso, tenemos la famosa barbacoa de mañana sábado, y mi sensación es extraña: una mezcla incómoda de desconfianza profesional y… algo parecido a la curiosidad.

Me acerco a la habitación de Charlie, como cada mañana, para quitarle las esposas. En cuanto la libero, se incorpora de golpe y sale disparada hacia el baño.

—Mierda, mierda, que no llego —murmura mientras corre camino del aseo.

Ni siquiera me da tiempo a desearle buenos días. Desde el pasillo la escucho resoplar y maldecir al mismo tiempo al universo y a su vejiga. No puedo evitar sonreír, y sé que no debería, pero la escena tiene algo absurdamente cotidiano y, joder, casi adorable, que pese a todo me relaja.

Bajo a la cocina, preparo café y vuelvo a revisar los accesos desde las ventanas, más por costumbre que por necesidad inmediata. De esa forma dejo el espacio libre para que ella pueda desayunar sin encontrarse conmigo.

Después subo a ducharme.

El agua caliente siempre me ordena la cabeza: dejo que me limpie un día más sin novedades, un día más sobreviviendo en esta especie de limbo con una chica que me desquicia. Empiezo a afeitarme, todavía con la toalla anudada a la cintura y el vaho de la ducha empañando el espejo, mientras repaso mentalmente la lista de tareas que debo completar antes de la llamada del domingo al capitán. Tengo un montón de informes que darle y demasiadas preguntas. La que más me preocupa es la que concierne a Dominic Capieri y al estado real de la investigación. Tengo que darle respuestas a Charlie. Y pronto.

—Lukas… oye, lo del postre para mañana…

La voz me sobresalta. Me giro demasiado rápido y, en consecuencia, el nudo de la toalla se afloja y resbala por mi cadera.

Cae al suelo y me deja completamente desnudo frente a ella.

Durante un segundo, los dos nos quedamos congelados.

Charlie está plantada en el marco de la puerta, con una expresión que se mueve de la súplica al horror, luego a la indignación, y termina en algo que no sé interpretar. Tiene una mano en el pomo y la otra levantada, intentando tapar demasiado campo de visión a la vez y sin saber por dónde empezar.

Yo tardo un par de segundos en procesar lo que acaba de ocurrir. Cuando lo hago, me cubro de la manera menos digna posible, agachándome para atrapar la toalla del suelo y sujetarla torpemente contra mi cintura.

—Joder, Charlie —murmuro, apartando la vista un instante para recuperar la compostura—. ¿No podías haber llamado a la puerta?

—¡He llamado! —me replica, roja hasta las orejas—. He esperado a que se dejara de escuchar el agua. ¡Y he tocado con los nudillos! ¡Dos veces!

—Pues no ha sido suficiente. ¿Me has oído contestar acaso?

—¡No es mi problema si estás sordo! —contraataca, sin saber dónde mirar—. ¿Y qué hay de aquello de no pasearse por la casa medio desnudo que me echaste en cara? ¡No estás solo!

Trago saliva despacio.

Demasiado consciente de mi respiración, de la suya, del metro escaso que nos separa y del hecho de que nunca en mi vida me había sentido tan expuesto de una forma tan incómoda.

—No me estoy paseando por el pasillo, estoy en el baño —contesto, intentando sonar más molesto que avergonzado—. ¿Qué demonios querías?

—El… —Se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja, gesto que jamás le había visto hacer—. El postre. Lo de mañana en la barbacoa. Como dijiste que lo haríamos juntos, quería saber si… en fin… qué vamos a preparar.

Parpadeo una vez, ella dos.

Nos quedamos en silencio, mirando a cualquier parte menos al otro, pero sin movernos, con los pies pegados al suelo.

—Charlie —digo finalmente, sosteniendo la toalla frente a mí como un escudo—, por favor, vete del baño antes de que esto sea todavía más incómodo.

—Sí, claro… —balbucea, nerviosa—. Emm… me voy.

Retrocede un paso, luego otro y, antes de cerrar la puerta —porque no puede irse sin soltar la última—, lo deja caer:

—Pero la próxima vez… ponte el pestillo, ¿vale? No sería tan raro en alguien obsesionado con la seguridad.

La puerta se cierra y yo me quedo allí, sosteniendo la toalla y preguntándome cómo coño se supone que vamos a cocinar un postre juntos después de esto.

Tardo más de lo normal en afeitarme. Primero porque no quiero verle la cara después de que ella me haya visto hasta… el alma. Después, porque la cuchilla resbaló en el peor momento, justo cuando me giré sobresaltado, y ahora tengo un corte en la garganta que no hay manera de controlar.

Me pongo un papel tras otro hasta que uno de ellos parece resistir el sangrado.

Cuando bajo a la cocina, ya vestido y presentable, Charlie está sentada en uno de los taburetes, inclinada sobre un libro de recetas que debe de haber encontrado en algún cajón. Tiene el ceño fruncido y la lengua apoyada en la comisura del labio mientras pasa las páginas como si estuviera eligiendo el tipo de bomba con el que planea volar la casa.

—¿Qué te parece este? —pregunta sin mirarme, señalando la foto de un postre.

Es increíble, pero parece que lo de hace tan solo unos minutos no haya pasado. O disocia de maravilla, o tiene más compartimentos estancos en la cabeza de los que quisiera admitir.

Yo todavía siento la incomodidad atravesándome el pecho, y ella… ella está concentrada en elegir un postre perfecto para unos vecinos que ni conoce y que probablemente no volverá a ver dentro de unas semanas.

Me acerco despacio.

—¿Qué se supone que es? —pregunto.

Charlie gira el libro hacia mí con entusiasmo.

—Tarta de cerezas. Mira qué pinta tiene.

—No puede ser —respondo sin pensarlo—. No es época de cerezas. Tendríamos que usar en conserva y no sabría igual.

Charlie chasquea la lengua, molesta.

—Joder, vale. Pues otra. A ver… —Pasa páginas a velocidad de vértigo—. Mira esta. Pavlova de frutos rojos.

—Imposible —replico—. Los frutos rojos frescos suben un montón de precio en verano si no son de temporada. Y, para tanta gente, necesitaríamos medio sueldo.

—¿Sabes qué, Lukas? —Me mira con una mezcla de ironía y cansancio—. ¿Puedes, por una puñetera vez, no ser el adulto amargado del supermercado?

—Solo pido algo realista —respondo, cruzándome de brazos—. No voy a presentarme con un postre que parezca una foto de catálogo pero sepa a aire.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué quieres hacer? Fuiste tú quien se comprometió a llevar algo, te recuerdo. ¿Fue un farol o estabas tan impresionado por las dos amigas divorciadas y el matrimonio gay que te viniste arriba?

De golpe, la incomodidad del desnudo accidental se diluye un poco.

Nuestras peleas verbales tienen ese efecto: ocupan tanto espacio que, por un momento, me hacen olvidar el resto. Y soy demasiado consciente de lo peligroso que es eso.

—Me comprometí a hacer un postre y lo haremos —digo alargando la mano hacia el libro—. Pero no necesito un recetario

de… —lo levanto y leo la portada, con un tipo perfecto sonriendo junto a una tarta imposible—, de un *influencer* de internet que probablemente no ha cogido una cuchara en su vida. Vamos a preparar el postre especial Ravenshart.

—¿En serio? —Alza una ceja, negando despacio—. ¿En tu casa le ponéis vuestro apellido a los postres?

—Esto que vamos a preparar va a desbancar a la pobre Evelyn Whitmore como la mejor repostera de la urbanización.

—Vaya, Lukas, parece que quieres impresionar a Philip y Daniel, ¿no?

No se me escapa el tono, ni la alusión velada a mi hombría. Pero, por primera vez, no me molesta. Incluso me sorprende que lo que más resuena en mi cabeza no sea la pulla, sino el detalle.

Me ha llamado *Lukas*.

Ni Luke.

Ni hermanito.

Ni agente paleto.

Y, de esta manera, nos ponemos manos a la obra. O, mejor dicho, a la masa.

Al igual que aquella mañana en la que le enseñé a preparar tortitas, Charlie pone una atención en cada paso que doy que me descoloca. Da la impresión de que todo esto —aprender algo tan simple, tan mundano— es nuevo para ella. Y siento tristeza al darme cuenta de que nunca nadie le ha enseñado algo tan básico y familiar.

También me hace gracia que parezca que acaba de descubrir en la cocina una pasión secreta. Me pregunta, vuelve a preguntame, mira mis manos, mide los ingredientes con un cuidado casi obsesivo, y yo no puedo evitar que la situación me caliente algo más que las

manos. Me ablanda el humor. Me afloja defensas que no debería bajar.

Preparamos el pastel frío de limón Ravenshart: base de galleta, mantequilla derretida y una crema suave de limón con queso. La receta de mi madre y famosa en todo Flagstaff.

Pero cuando abrimos la nevera me doy cuenta de que falta uno de los ingredientes principales: el queso crema. Solo sería bajar a la tienda de la esquina cinco, diez minutos como mucho. Pero la desconfianza y el miedo a dejarla sola me pesan más que el maldito postre y me hacen dudar.

—Necesitamos queso crema —digo, cerrando la puerta de la nevera con un suspiro.

—Pues ve a comprarlo, ¿no? —responde sin levantar la vista del bol—. Yo puedo quedarme mezclando la base. Me has dicho que debo triturar bien las galletas y mezclarlas con la mantequilla y que no quedaran grumos, ¿no?

—Ya, pero… —Me detengo, porque lo que quiero decir es «no quiero dejarte sola ni cinco minutos».

Ella deja la espátula en el borde del bol y me mira sabiendo exactamente lo que pienso.

—Lukas, puedes ir tranquilo. No me voy a escapar, ¿vale? Tenemos que terminar la tarta a tiempo.

Lo dice así, tan tranquila.

La misma chica que me ha repetido cada noche que es justo lo que hará a la mínima oportunidad, la que me ofrece su muñeca para que la espose a la cama porque amenaza con escaparse mientras duermo. Ahora parece que esa tarta sea la razón más poderosa para quedarse.

Y ese «no voy a escapar» me resulta, de repente, mucho más peligroso que la posibilidad de que lo haga.

CAPÍTULO 15

CHARLIE

Hacía siglos que no me ilusionaba tanto por acudir a un acto social.

Y eso que no quiero presumir. He estado en galas benéficas rodeada de las últimas estrellas de moda en Hollywood, en subastas privadas donde el lote estrella era una cena con el actor del momento o el vestido que llevó cierta actriz en una alfombra roja. También he asistido a eventos donde se remataban desde yates hasta trajes de rodaje. He compartido mesa y mantel con celebridades, cantantes, *influencers* y toda esa fauna que vive de ser mirada.

Los negocios de mi padre son muy influyentes; lleva la contabilidad de la mitad de la alta sociedad de Los Ángeles. Si a eso le sumas que mi madre es hija de una vieja estrella de Hollywood, de esas que aún salen en documentales, el resultado es evidente: *glamour* por obligación. Y, sin embargo, nada de eso me ha hecho nunca tanta ilusión como la barbacoa de hoy.

¿Es extraño? Sí. Lo sé.

Pero he pasado la noche entera, con la muñeca esposada al cabecero, pensando en este día. En la piscina, en los vecinos, en la sensación de estar, por una vez, en un lugar donde nadie sabe quién soy. Incluso en él. En cómo va a manejarse Lukas en un entorno en el que no puede esconderse detrás de una placa ni de un uniforme.

Y por fin ha llegado.

Me pongo el bikini, luego un vestido fluido de playa que deja entrever más de lo que tapa, cojo un bolso enorme y lo lleno con lo

básico: toalla, crema solar, gafas y algo de maquillaje «por si acaso». Rebuscando en los armarios encuentro un sombrero de paja precioso, grande, de ala ancha, y me lo planto en la cabeza sin pensarlo demasiado.

A las diez en punto estoy sentada en el sofá del salón, lista, con las piernas cruzadas y el corazón un poco más acelerado de lo que debería, esperando a que Lukas termine de prepararse.

—¿Quieres que vayamos ya? —me pregunta, mirándome de arriba abajo con una mezcla de sorpresa y evaluación profesional—. No son ni las once.

—Las vecinas dijeron que la piscina la abrían a las diez —respondo, acomodando el sombrero con calma y compostura—. Podemos ir antes y nadar un rato.

—¿Quieres nadar? —insiste, todavía dudando de que hablo en serio.

—Pues sí, me apetece —remato, sin apartarle la mirada.

—De acuerdo. —Asiente despacio—. Vamos.

—¿Cogemos la tarta? —pregunto ya de pie, con el bolso colgado del hombro.

—Mejor la dejamos enfriándose —decide—. La llevamos luego, cuando empiece la barbacoa.

La piscina está desierta cuando llegamos. Llevo el bikini bajo el vestido de playa, pero al sentarme en una tumbona me doy cuenta de que he sido demasiado optimista: todavía no hace suficiente calor ni para meter un pie en el agua. Ajusto el sombrero, cierro los ojos un instante y respiro ese silencio limpio que parece no pertenecer a ningún lugar real.

Lukas se queda a mi lado, en otra tumbona, con un bañador de palmeras hasta la rodilla y la camiseta blanca ceñida marcando cada

músculo de su torso. Parece un soldado camuflado que no sabe —o no quiere— relajarse ni siquiera aquí.

Vigila el entorno con esa atención constante que lo define, preparado para cualquier amenaza, incluso en el rincón más soleado de esta urbanización tranquila.

Ninguno de los dos nos bañamos. Ni él ni yo. Nos limitamos a compartir el mismo espacio en un silencio extraño, demasiado temprano para el calor, demasiado pronto para aflojar la guardia.

Cuando el reloj marca casi las doce menos veinte, el lugar empieza a llenarse.

Los primeros en llegar son Philip y Daniel, con una nevera rígida a cada lado y bañadores a juego que parecen sacados de un catálogo. Nos saludan con la mano incluso antes de acercarse, dando por hecho que ya formamos parte del paisaje.

Un poco más tarde aparecen Lorraine y Debbie, cargadas con varias bolsas térmicas que supongo van llenas de carne y salsas. Detrás, Evelyn y Harold intentan mantener a raya a sus dos nietos, que no se paran a saludar a nadie y se lanzan a la piscina con un par de gritos que rompen definitivamente la calma de la mañana.

El matrimonio que nos faltaba, los Coleman, se presenta después.

Richard, el marido, parece ir arrastrado, dejando claro que le han obligado a ponerse el bañador, mientras que Melissa, su esposa, nos sonríe con una amabilidad tímida, de esas que piden disculpas sin palabras por todo lo que no dicen.

Y, por último, los Davenport, acompañados por un chico de unos veinte años.

—Charlie, este es mi hijo, Sebastian —dice Helen, empujándolo hacia mí con orgullo maternal—. Lo hemos convencido para que venga este fin de semana.

Sebastian me tiende la mano con la seguridad de quien ha crecido sabiendo que el mundo le pertenece. Sonríe con gesto de ir de sobrado.

—Encantado —dice, y tarda exactamente un segundo más de lo normal en soltar mi mano.

Otro universitario de la UCLA, me digo. Y abogado, para colmo. El paquete completo. De esos que creen que el Código Penal es un juego porque han hojeado un par de capítulos en voz alta.

—¿Estudias? —pregunta, ladeando la cabeza—. Tu cara me suena de algo. ¿Eres de la UCLA también?

El corazón me da un vuelco, pero sonrío con naturalidad.

—No. Yo estudié en la USC —respondo demasiado rápido, y en realidad la sinceridad parece servirme de escudo.

Sebastian me observa con mayor interés, intentando encajarme en un recuerdo que no acaba de encontrar.

Yo intento aplacar mis nervios. No puede ser que me haya reconocido, ¿verdad? Aquel incidente en la universidad fue hace casi cuatro años, yo he cambiado mucho y, además, ahora llevo el pelo rubio.

—La USC… —dice, con ese tono que mezcla admiración y prejuicios a partes iguales—. Esa es la universidad de los ricos, ¿no? Suelen ir estudiantes muy competitivos, con familia influyente y metas altas. Es impresionante.

—No creas que tanto —respondo, evitando que mi voz tiemble.

Entonces, sin necesidad de anunciarse, Lukas aparece a mi lado, con su bañador de palmeras, la camiseta blanca ceñida y la mirada alerta.

Parece un soldado fuera de servicio… pero sin quitarse nunca el uniforme mental.

Da un paso hacia adelante, extendiendo la mano hacia Sebastian.

—Lukas Miller, el hermano mayor. —Se presenta con una sonrisa tranquila—. Y sí, Charlice fue a la USC porque… bueno, ya sabes —dice dándole un ligero codazo cómplice— ella era la nieta favorita. Nuestro abuelo prácticamente la adoptó cuando murieron nuestros padres, así que imagínate: beca eterna, caprichos, todos los profesores pendientes de ella…

Lukas adorna la mentira con una risa que parece real, aunque sé que no lo es. Su risa auténtica, la que escuché el otro día, es espectacular: cálida y perfecta.

La coartada está tan bien trazada que parece tener álbumes familiares detrás, fotos antiguas, navidades inventadas y un drama que sirve como tapadera perfecta: los hermanos huérfanos acogidos por un abuelo rico.

Sebastian se la traga entera y pone cara de circunstancias. De esa manera, conseguimos que no pregunte más de la cuenta. Solo entonces es cuando Lukas se relaja. Yo también, aunque el susto todavía me acelera el pulso.

No puedo evitar mirar sus manos unidas. Lukas tarda bastante más de lo normal en soltar la del chico. Es una muestra silenciosa de dominio, de aviso y de dejar clara su presencia a mi lado.

Entonces escuchamos voces detrás y Lukas lo suelta.

Lorraine y Debbie llegan como una ráfaga dando voces.

—Bueno, bueno… ¡Hora del baño! —anuncia Lorraine—. ¡Todos al agua!

Reconozco la intención en cuanto las veo: están que se mueren por verlo sin camiseta, y, sinceramente… puedo entenderlo.

Los nietos de Evelyn y Harold están dentro de la piscina desde que llegaron y Philip y Daniel saltan justo detrás de ellos en bomba, entre gritos y risas, levantando una ola que casi se lleva por delante la barbacoa.

Sebastian entra despacio, elegante, tanteando la temperatura del agua… y me hace un gesto, invitándome a seguirlo.

Lukas vigila desde la orilla con esa postura suya de perro de presa, de guardia jurado, de hombre que jamás baja se relaja.

Lorraine y Debbie lo animan para que se meta con ellas.

Y yo… Yo me quito por fin el vestido.

Los ojos de Lukas se abren de par en par en un gesto que es de todo menos profesional. La sonrisa de Sebastian se ensancha como la de un niño en una tienda de golosinas.

Mi bikini no es nada discreto y lo compré precisamente para eso: para sentirme vista y recordarme que sigo viva.

Desde el agua, muevo los dedos para provocarlo.

—Vamos, hermanito. No seas soso. Métete en la piscina, el agua está genial.

El coro de los vecinos me apoya entre risas y aplausos, sobre todo Philip, Daniel y las dos amigas. Entonces él cede.

Se quita la camiseta por la cabeza con un gesto lento… casi torpe de lo consciente que es de todas las miradas.

Y ahí está.

Hombros amplios, abdominales marcados, piel dorada tensándose bajo el sol.

Lorraine y Debbie suspiran como si acabaran de presenciar una aparición divina, mientras que Philip y Daniel comentan en voz baja sin dejar de mirarlo.

Yo intento mantener la expresión neutra, como si no me afectara, como si no hubiera visto ese cuerpo desnudo hace apenas unas horas.

Después de unos minutos dentro del agua, decido que ya he tenido bastante piscina por hoy. Para ser el primer baño, es más que suficiente… y no ayuda lo mucho que empiezan a irritarme las risas coquetas de Lorraine y Debbie alrededor de Lukas.

No debería molestarme.

Pero él parece… encantado con la atención que recibe, tanto de ellas como de Philip y Daniel.

Demasiado encantador y receptivo.

Y mientras tanto, Sebastian a mi lado sigue sonriendo con esa simpatía de universitario encantado de escucharse a sí mismo. No me molesta; de hecho, su presencia resulta hasta amable. Solo que mi cabeza está en otra parte.

Salgo de la piscina y camino hacia las tumbonas.

Melissa Coleman está sentada en una de ellas, con las piernas cruzadas, los hombros recogidos y una expresión tímida, observando la escena sin participar.

—Melissa, ¿verdad? —le pregunto mientras me siento a su lado —. ¿No te bañas?

Ella se sobresalta un poco y me da la sensación de que no está acostumbrada a que le presten atención.

—¿Yo? No… nunca. El agua está demasiado fría para mí. Me quedo helada enseguida.

—Está fresca, sí —admito—, pero con este calor se agradece.

Le sonrío intentando que se sienta a gusto. Melissa baja los ojos un instante, pero pronto los alza de nuevo hacia la piscina, inquieta, observando a su marido, que habla con los vecinos ignorando su presencia.

Luego, vuelve a mí. Y lo hace con una pregunta tan suave… como inesperada.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¿Perdona?

Melissa vuelve a bajar la mirada un instante, incómoda por haber dicho más de lo que quería.

—Ay… espero no ser indiscreta. Es que… —Sus ojos se desvían a Lukas, quien mira hacia nosotras con disimulo—, hacéis una pareja muy bonita.

Trago saliva mientras mi cerebro empieza a correr más rápido que mis pulsaciones.

¿PAREJA?

¿De dónde demonios ha sacado eso?

—No, no… —Me aclaro la garganta— Nosotros no somos eso. Somos hermanos.

—¿Hermanos? —pregunta, incrédula, llevándose una mano al pecho—. Ay, lo siento. Pensé que… no sé. Pensé…

—Es normal —respondo, improvisando con una soltura que ni yo sabía que tenía—. No nos parecemos demasiado. Él se parecía más a mi madre y yo, en cambio, era clavada a mi padre.

—Oh… no lo decía por el físico en realidad, —susurra ella, bajando la voz—. Lo decía por… bueno, por la manera en que te

mira.

Hace una pausa y parece arrepentirse en el acto del comentario.

—Perdona, solo os conozco desde hace una hora y ya estoy sacando conclusiones precipitadas. Richard siempre me critica por eso.

Mi corazón da un vuelco, pero de nuevo saco mis dotes interpretativas, que parece ser que heredé de mi abuela.

—No te preocupes, de verdad —le digo, secándome el cabello con la toalla—. Lukas siempre ha sido… demasiado protector. Desde que murieron nuestros padres en el accidente… Bueno, ya te lo puedes imaginar. Puede dar lugar a malentendidos.

—¿Hace mucho que murieron? —pregunta con cuidado, dejando caer cada palabra despacio.

Piensa, piensa rápido, Charlie.

—Sí, ya hace unos años —respondo, bajando la mirada un instante.

La frase me sale con una naturalidad que me incomoda. Hablar de mis padres como si estuvieran muertos me deja un nudo raro en el estómago. Es una mentira útil, necesaria… pero cada vez que la repito siento que estoy tentando algo que no debería.

Melissa asiente, comprensiva, pero su mirada baja directamente a mi costado.

A la cicatriz que ni intento tapar, ni disimular. La que me recuerda siempre la vida de la que quiero escapar.

—Perdona otra vez… —murmura—, pero esa marca… ¿es del accidente?

Durante un segundo dudo.

Y luego… continúo.

Porque una vez dices una mentira, el resto de palabras salen solas. Una empuja a la otra, todas formando parte del mismo relato que he empezado a sostener sin pensarlo.

—Sí —respondo, apoyando suavemente la mano sobre la piel marcada—. Se me clavó una pieza del coche. Una barra metálica. La arranqué yo misma para poder salir.

El ruido del agua, las voces y las risas llenan el espacio que queda entre nosotras, mientras intento sostener esta versión de mí que acabo de inventar.

Las mentiras empiezan a rodar solas, sin que tenga que empujarlas. Me sorprende lo fácil que resulta seguir alimentando una historia que nunca ocurrió, quizá porque la verdad pesa demasiado para sacarla a la luz.

Me levanto, acomodo el vestido húmedo sobre la piel tibia y vuelvo a las tumbonas. Lorraine llama a gritos a los hombres para que empiecen con la barbacoa y todos se ponen en marcha.

Lukas ya está de pie, con la camiseta en la mano. Me mira un instante, midiendo algo que no alcanzo a identificar.

No digo nada. Él tampoco.

Después se aleja con los demás hacia la zona de las parrillas, siguiendo un orden tácito que nadie osa interrumpir.

Y entiendo que aquí todo funciona así: cada uno mantiene el papel que le toca, aunque por dentro esté pensando en otra cosa.

CAPÍTULO 16

LUKAS

En esta comunidad, los roles están perfectamente establecidos.

Los hombres nos dirigimos a la zona de barbacoa ataviados con guantes, delantales y unos gorros de cocinero que Harold coloca sobre nuestras cabezas, uno por uno, como si fuera un ritual semanal obligatorio.

Las chicas se quedan en la piscina y en las tumbonas, hablando sin parar.

Aquí las cosas funcionan así. Y no voy a ser yo quien discuta las tradiciones de un vecindario que no es el mío.

Philip se asegura de que ninguno se quede sin cerveza fría, mientras Richard —que habla menos que yo— y Mark, el padre de Sebastian, avivan las brasas que ya han empezado a tomar fuerza.

Daniel me hace señas para que saque las bandejas de la nevera, y a la vez todos estiran el cuello buscando a Sebastian.

—¿Ya se ha escaqueado mi hijo? —pregunta Mark.

—Otro día te diría que está con mis nietos en el agua —dice Harold—, pero hoy me da la impresión de que ha cambiado los juegos acuáticos por las chicas.

Sigo la dirección de sus miradas y giro la cabeza tan rápido que casi noto el tirón en el cuello.

Y sí, ahí está el cabrón. Pegado a Charlie. Demasiado cerca.

Ella ríe por algo que él le enseña en el móvil, completamente ajena a que el chico está comiéndosela con los ojos.

Y ahí es cuando me doy cuenta de algo que no me esperaba: el temblor que me sube por las sienes no es solo irritación. Es otra cosa. Una que no quiero reconocer.

—¿Tu hermana tiene novio, Luke? —pregunta Mark, divertido—. Porque veo a mi hijo bastante interesado en ella. Normalmente se larga después del baño y no vuelve hasta que huele las costillas.

Los demás sueltan una carcajada general.

A mí no me hace gracia en absoluto. Noto la mandíbula más tensa de lo normal y termino la cerveza demasiado rápido, intentando que el gesto pase por algo casual.

—Hablando de comida —digo entonces, aprovechando la primera excusa que se me ocurre—, he olvidado traer la tarta. Voy a por ella.

No espero ninguna respuesta, pero escucho a Philip aplaudir a mi espalda, encantado con la mención del postre.

Camino hacia la piscina y la zona de tumbonas, y a cada paso tengo más clara la idea de que, si dejo que ese chico se pegue un centímetro más a ella, voy a decir algo que no debería. O hacer, lo que sería mucho peor.

Charlie está recostada en la tumbona con la piel todavía húmeda, con ese bikini que se empeña en llamar prenda de baño cuando, en realidad, deja a la vista mucho más de lo que a mí me parece prudente. Sebastian está sentado justo al lado, demasiado cómodo para mi gusto.

—Charlie, ¿puedes ayudarme con la tarta? —pregunto, clavando la vista en ella y haciendo un esfuerzo por no mirar al chico más de lo estrictamente necesario.

Ella levanta una ceja y parece encantada de tener tanto público pendiente de su persona.

—Eres muy fuerte, hermanito. Cuesta creer que necesites ayuda para llevar una simple tarta.

Le encanta ponerme a prueba delante de los demás y, por desgracia, le sale demasiado bien.

—Era por si querías darle el último toque de flambeado. Dijiste que querías hacerlo tú, ¿recuerdas? —le respondo, dejando caer el anzuelo con toda la calma que puedo fingir.

—Ay, es verdad —dice llevándose una mano al pecho, dramatizándolo todo.

Tiene una facilidad brutal para entrar en el personaje.

Sé que todo lo que acabamos de decir es una puesta en escena, que la tarta no necesita flambeado ni dos personas para moverla, pero actúa con tanta naturalidad que cualquiera de los presentes podría creerse cada palabra.

Se incorpora y se pone en pie.

Y ahí vuelve a golpearme la parte menos profesional de todo esto: ese maldito bikini mínimo que deja al descubierto más piel de la que necesito ver para mantener la cabeza fría.

Mientras se aleja a mi lado hacia la casa, noto que la tensión entre el deber y lo que empiezo a sentir se hace un poco más evidente.

Y, eso, para mí, es el verdadero problema.

Al chico se le van los ojos detrás y juro que, si lo vuelvo a ver mirarla de esa forma, soy capaz de hacer una estupidez.

—Luke, ¿nos vamos? —pregunta ella, volviendo la cabeza hacia mí.

—Claro. Disculpen, señoritas —sonrío al resto, intentando aparentar calma.

El trayecto hasta la casa lo hacemos en silencio. Charlie se coloca el vestido, que apenas cubre nada y que, con el tejido pegado a la piel húmeda, deja ver más de lo que tapa. Cuando me giro un segundo antes de entrar, vuelvo a encontrarme con la mirada de Sebastian fija en ella, enganchada a la curva de su cuerpo como un imán.

En la cocina, abro la nevera, saco la tarta y la dejo sobre la encimera. No digo nada durante unos segundos. Solo la miro.

—¿Qué parte de «no llamar la atención» y «pasar desapercibidos» es la que no entiendes? —pregunto al fin.

Ella pone cara de inocencia. Es otra de sus interpretaciones, tan bien trabajada que cualquiera se la creería, excepto yo.

—¿Estoy llamando la atención? —pregunta, muy tranquila—. No sé cómo, si apenas he salido de la piscina.

—Ese… —Dudo, porque sé que lo que voy a decir va a sonar antiguo y cuadriculado, pero si no lo saco, me lo trago—. ¿Se puede saber qué coño estabas pensando cuando decidiste ponerte ese bikini? Ese chico va a terminar con una contractura de tanto girar el cuello. Menudo pervertido.

Charlie se ríe, pero no es una risa limpia. Es hueca, forzada, el tipo de risa que usa cuando quiere que parezca que nada le afecta.

—De verdad que no quiero llamarte paleto, Lukas, pero cada vez que abres la boca me lo pones más fácil.

—Perfecto. Haz lo que te dé la gana —respondo, notando la presión en la mandíbula.

—Es exactamente lo que pienso hacer. Podéis encerrarme, tenerme aquí metida y llamarlo «seguridad». Pero estoy harta de que cada paso que doy tenga que encajar en lo que otros consideran correcto. Así que no, no pienso hacerte caso con esto. Me vestiré como me dé la gana. Y, si ese chico quiere mirar, que

mire. Al menos me hace sentir deseada y no un expediente en una carpeta.

Se gira para salir y el movimiento del vestido deja al descubierto el lateral de su cuerpo. Ahí la veo.

La cicatriz.

Una marca clara en el costado, justo por encima de la línea del bikini.

No es del disparo en el hombro. No es de la agresión de Dominic. Es algo viejo, asentado, una marca que cicatrizó hace años. Repaso mentalmente lo que sé de ella. Informes, fotos, partes médicos. Esa herida no aparece en ninguna parte.

¿Cirugía? ¿Un accidente anterior?

¿O algo más?

La pregunta me pasa por la cabeza, directa, y tengo el impulso de abrir la boca y pedir explicaciones. Pero no lo hago. No aquí, ni ahora, con la tarta sobre la encimera y medio vecindario esperándonos ahí fuera.

Charlie se da media vuelta y sale por la puerta del salón sin esperar respuesta. Voy detrás de ella, intentando mantener la vista en su nuca, en el borde del sombrero, en cualquier sitio que no sea el mismo punto exacto donde el chico ha tenido la mirada clavada toda la mañana. Y lo entiendo. Es imposible no mirar.

El problema es que yo tampoco soy mejor.

Tengo claro que Sebastian debe estar teniendo los mismos pensamientos que yo intento enterrar. La diferencia es que él es un vecino más. Yo estoy aquí trabajando. Esa chica es mi responsabilidad, no mi tentación. No tiene ningún sentido que la desee de esta forma.

Cuando regresamos a la zona de la piscina y la veo quitarse el vestido de nuevo, reír con Sebastian y meterse con él en el agua, la sensación se me clava en el pecho.

No es solo preocupación profesional.

Son celos. Claros. Directos. Innecesarios.

Y sé perfectamente lo que significan, aunque me niegue a admitirlo.

Vuelvo a la barbacoa con el resto de los hombres, donde la carne ya empieza a cocinarse sobre las brasas, fingiendo que mi único trabajo hoy es vigilar el perímetro.

Y no la forma en la que Charlie Rossetti empieza a desordenarme por dentro.

La comida transcurre sin sobresaltos. Tan cotidiana, tan llena de conversaciones banales y risas suaves, que por un momento casi olvido por qué estamos aquí realmente. Olvido que Charlie es una víctima escondida entre paredes ajenas, amenazada por el hijo imprudente de uno de los clanes más influyentes de Los Ángeles. Que solo es una chica más de un vecindario acomodado.

Suena a guion barato de una película de acción, pero es nuestra realidad.

Una que debo sostener a diario sin permitir que se note.

Los Davenport, los Coleman, Philip y Daniel, Lorraine y Debbie, los jubilados con sus dos nietos… todos forman ese cuadro perfecto de normalidad en un barrio donde el césped siempre está recién cortado y las barbacoas parecen parte del paisaje. Gente corriente, viviendo sus vidas sin imaginar que, en una de las casas, alguien se esconde a la espera de una detención que nunca llega a tiempo.

Mientras damos buena cuenta de la carne y las bandejas de aperitivos que ha traído cada uno, hablamos un poco de todo. La

clase de conversación ligera que uno memoriza cuando debe sostener una identidad prestada.

—Yo trabajo desde casa —explico sin titubear, recitando el discurso que llevo días repasando—. Me encargo de consultorías técnicas para pequeñas empresas: optimización de sistemas, resolución de incidencias y mejoras de seguridad digital. Nada emocionante, pero da para vivir.

Charlie sonríe y me mira de reojo. Parece haber estado esperando durante toda la comida el momento justo para volver a sabotearme.

—Mi hermano Luke parece una wikipedia —interviene—. En realidad no es tan aburrido como suena. Y es un excelente cocinero, por cierto.

Lorraine se acerca más de la cuenta y apoya una mano en mi hombro, inclinándose con deliberada lentitud. Tanto ella como Debbie llevan coqueteando conmigo desde antes de que termináramos de poner la carne en los platos y parece que Charlie se dedica a animarlas. No me hacen sentir incómodo, pero tampoco lo disfruto. Es una atención que no necesito y que preferiría evitar.

Para colmo, ambas han bebido más de la cuenta y sus insinuaciones se han vuelto cada vez más descaradas.

Charlie, en cambio, parece disfrutar con cada guiño, con cada comentario sugerente. Su mirada brilla con esa chispa que no termino de descifrar: no sé si se divierte a mi costa o si necesita reírse de algo para no pensar en todo lo demás.

Philip y Daniel son los primeros en despedirse cuando terminamos de comer. Alegan que tienen que sacar a Duke y a Lola y se marchan con un táper lleno de sobras de carne. Nos dan las gracias por el postre con un guiño que Evelyn no percibe, y dejan en el aire una promesa —que a mí me suena a amenaza— de repetir la jugada el siguiente sábado.

Los Coleman son otro asunto. Melissa recoge en silencio, con movimientos discretos, medidos, siempre pendiente de la posición de su marido. Richard apenas habla, pero no necesita hacerlo: su presencia ya marca el ritmo de los gestos de ella.

Reconozco esa dinámica. Es la misma que veo en mi vecina en Koreatown, aquella a la que su marido no deja de gritar a toda hora.

Me repito que no debo intervenir. Todavía no, al menos. No mientras esté aquí por otro motivo y no tenga todos los datos.

Los nietos de Harold han vuelto a la piscina a pesar de las advertencias de su abuela para que descansen un poco, y el ruido del agua y las risas inundan de nuevo la zona común.

Y luego está Sebastian.

El chico no se separa de Charlie.

Mientras ayudamos a recoger, él se la lleva a un lado con la excusa de enseñarle otra zona de la piscina, apoyado en la barandilla, inclinándose demasiado para hablarle al oído. Charlie ríe, responde, juega a seguirle el ritmo, y yo no aparto la vista ni un segundo.

No quiero parecer paranoico, pero cada vez que ese muchacho se le acerca demasiado, algo dentro de mí se pone en alerta. No solo el instinto profesional. También otra cosa que me empeño en dejar a un lado a pesar de que ya le he puesto nombre.

Me obligo a quedarme junto a la barbacoa, con las manos ocupadas, la mirada atenta y la mente recordándome por qué estoy aquí. Este vecindario puede parecer el lugar más tranquilo del mundo, pero Dominic Capieri sigue suelto.

Y mientras él siga respirando, no puedo permitirme olvidar quién soy ni qué estoy haciendo con ella en esta urbanización.

CAPÍTULO 17

CHARLIE

Cuando volvemos a la casa ya es bien entrada la tarde. Lo primero que hago es ir directa a la ducha: me quito el bikini que siento todavía húmedo y dejo que el agua caliente arrastre el cloro de la piscina, el sudor pegado a la piel y el olor a barbacoa que se me ha quedado enredado en el pelo. Siento los músculos relajarse poco a poco, el cuerpo pesado, ligeramente entumecido por el vino.

Cuando salgo al salón, con la toalla envuelta a medias en el pelo y la piel aún tibia, Lukas parece haber hecho lo mismo. Lleva un pantalón de pijama gris y una camiseta blanca sencilla.

Durante un segundo echo de menos el bañador de palmeras. No tanto la prenda, sino la sensación de haberlo tenido tan a la vista, pegado a su cuerpo, mojado, imposible de ignorar.

Me seco el pelo con la toalla mientras lo observo guardar los restos de la tarta en la nevera y ordenar la cocina. Hay algo en la forma en que se mueve por la casa que me descoloca: abre cajones, friega, seca, coloca cosas en su sitio. Lo hace todo con una naturalidad tranquila, casi automática.

No estoy acostumbrada a ver a hombres jóvenes haciendo ese tipo de tareas. En mi mundo, los hombres dan órdenes y otros recogen los platos. Aquí no. Aquí él friega, cocina, limpia… y eso, por absurdo que parezca, me resulta extrañamente atractivo.

Sé lo raro que suena desear una vida así cuando he nacido rodeada de asistentes, servicio y lujos. Nunca había frito un huevo, ni hecho tortitas, mucho menos preparado una tarta casera. Todo lo que estoy viviendo en esta casa es nuevo. Incluso el eco de mis propios movimientos. Incluso él.

Sobre todo él.

Los efectos del vino y del azúcar todavía recorren mi sistema, pero lo que más noto es la tensión callada que flota entre nosotros. Lukas parece molesto; va y viene recogiendo sin decir nada, tratando de esquivar mi presencia, manteniéndose siempre a un paso de distancia.

Le echo una mano sin decir nada, respetando ese silencio, y empiezo a secar platos a su lado. Nuestras manos se rozan un par de veces en el borde del fregadero. Siento su mirada clavarse en mí unos segundos más de lo normal. No es la típica mirada rápida para asegurarse de que sigo ahí. Es más… directa. Más consciente.

Sé que he sido una borde, que me he comportado como una niña rica malcriada que disfruta provocando. Lo he hecho a propósito desde el primer día. Por eso, cuando me ve ayudando sin protestar, parece que algo no le encaja y noto su desconcierto a distancia.

—Ha estado bien, ¿verdad? —rompo el silencio mientras coloco un plato en el armario—. Ha sido divertido.

Lukas se detiene a mitad de movimiento y me mira con los ojos entornados, intentando detectar dónde está el truco esta vez.

—No estamos aquí por ese motivo —responde despacio, marcando cada palabra—. Pero sí… —añade al final, bajando un poco la guardia—, ha estado bien. Solo que deberíamos mantener un perfil bajo.

—Pues tú no lo haces demasiado bien —replico, apoyando la cadera en la encimera.

El mármol está frío bajo la piel desnuda de mi brazo.

—¿Perdona? ¿Yo? ¿Precisamente yo? —Deja el paño sobre la mesa y me señala, frustrado—. Eres tú la que… —La frase se le muere antes de salir del todo y termina soltando el aire, vencido—.

Haz el favor, Charlie. Intentemos pasar un poco más desapercibidos a partir de ahora.

—Es que tú tampoco estás siendo precisamente un ejemplo —le contesto sin apartar la mirada.

—¿Ah, no? —Arquea una ceja—. Según tú, ¿qué he hecho yo para llamar la atención?

—Por ejemplo, coquetear con las dos divorciadas.

—¿Qué? —Frunce el ceño, genuinamente molesto—. Si eres tú quien las anima para que se acerquen a mí…

—Porque me estoy comportando como lo haría una hermana de verdad —lo corto, clavándole las palabras—. Tú, en cambio…

Dejo el final en el aire a propósito. Lukas me sostiene la mirada, tenso, con los hombros rígidos y la mandíbula apretada.

—¿Yo qué? —pregunta, dando un paso hacia mí. Acorta la distancia lo justo para que lo note.

—Tú no te comportas precisamente como un hermano. Melissa Coleman se ha dado cuenta enseguida, sin conocernos de nada.

Su expresión cambia al instante, endureciéndose como una puerta cerrada.

—¿De qué se ha dado cuenta? ¿Qué te ha dicho? —pregunta de nuevo con un tono más bajo, más serio de lo habitual.

—Que cuánto tiempo llevábamos juntos —respondo, sin apartarme—. Como pareja.

—¿Qué? ¿Pareja? —repite, incrédulo.

Resopla, niega con la cabeza, abre un armario y lo cierra sin necesidad. Solo necesita moverse, descargar tensión en cualquier

gesto. Está incómodo, y esa incomodidad me provoca una pequeña y retorcida satisfacción que me calienta por dentro.

—Sí. Y cuando le he dicho que éramos hermanos, no se lo ha creído —continúo, hablando con pausa—. Según ella, es por la forma en que me miras.

Lukas se queda inmóvil, con una mano apoyada en la encimera. Los tendones del antebrazo se marcan bajo la piel. No dice nada, pero sé que está repasando cada conversación, cada gesto, cada vez que se le ha escapado algo en mi dirección.

—Menuda tontería —espeta al final—. Te miro porque es mi trabajo. Estoy aquí para vigilarte y protegerte. Nada más.

—Claro —asiento, dejando que una sombra de sonrisa se quede instalada en mi boca—. Eso mismo le he dicho. No lo de vigilar porque seas mi… ya sabes, mi guardaespaldas ni nada. Le he dicho que eres demasiado protector conmigo desde que «murieron nuestros padres».

Marco las comillas en el aire, despacio, disfrutando cada milímetro de su reacción.

La mentira, dicha en voz alta, pesa de otra manera.

Lukas se queda callado. Inmóvil.

Esa quietud suya… es casi una confesión silenciosa.

—Bien —dice por fin, con un tono que intenta sonar firme, pero que solo consigue tensarse—. Mientras funcione, está bien.

—Pero no la he visto muy convencida. He tenido que improvisar y adornar un poco nuestra historia. Así que tendremos que actualizar las versiones, no vaya a ser que metamos la pata.

Me acerco al armario para guardar unos vasos y, al levantar el brazo, noto cómo sus ojos bajan. No es una mirada perdida: es

precisa. Calculada. Se detiene un segundo en mi costado, justo donde el bikini deja ver la cicatriz cuando no llevo camiseta.

Ahora voy con un *short* y una camiseta holgada, pero el gesto es el mismo. Localiza el punto exacto. Ya no necesita verla; la tiene memorizada.

—Me ha preguntado por la cicatriz —añado, apoyando la mano sobre el lateral de mi cuerpo, en ese lugar donde la piel nunca ha vuelto a ser la misma—. Y le he dicho que fue por el accidente. Del coche. Que tuve que sacarme yo misma una barra metálica para poder salir.

Levanto la vista. Sus ojos vuelven a los míos, cargados de preguntas que no formula. Preguntas que pesan más que la mentira que acabamos de construir.

—Mi abuela habría estado orgullosa de mi interpretación —remato, intentando restarle gravedad a todo.

—Ya veo —responde Lukas, con la voz grave, casi ronca.

—En realidad, creo que deberíamos echar un polvo —le suelto de golpe.

Lukas se atraganta con su propia saliva. Tose. Abre los ojos como si hubiera escuchado una detonación en mitad de la cocina. De todas las frases que podían salir de mi boca, está claro que no esperaba esa.

Ni yo misma sé por qué lo he dicho. Quizás porque me aburro, quizá porque el día ha sido divertido, o quizá porque verlo con ese bañador en la piscina me ha descolocado más de lo que debería. O porque me divierte ponerlo nervioso. Probablemente sea eso.

—¿Qué coño has dicho? —escupe, todavía recuperándose.

—Ya me has oído. Quizá Melissa Coleman ha captado la tensión sexual que hay entre nosotros. Si echáramos un polvo, podríamos

resolverla y dejarlo atrás.

—No me jodas. ¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto que sí.

—No pienso hacer eso. ¿Es que estás loca?

—Pues no —contesto, tranquila—. Creo que sería una solución bastante lógica. Nos ayudaría a relajarnos, aliviaríamos tensiones. Es evidente que yo te atraigo y tú… bueno, no estás nada mal para ser un policía paleto.

—Charlie, escúchame bien —dice, mirándome directamente a los ojos, con determinación—. Olvídalo. No pienso hacer eso. Jamás.

—¿Se puede saber por qué? —insisto—. Es solo sexo.

—¿Solo sexo? Puede que tú frivolices con eso, pero para mí es algo que… —Traga saliva, buscando palabras—. Requiere de intimidad, ¿vale?

—¿Intimidad? —repito, dándole un poco más de cuerda—. Para mí es un acto mucho más íntimo hacer un desayuno juntos, por ejemplo. Hornear una tarta. Compartir un día de piscina y barbacoa con los vecinos.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no? Se trata de satisfacer una necesidad. Como cuando tienes hambre.

—Para mí, el sexo… requiere sentimientos —responde, incómodo.

—¿Me estás hablando en serio tú? —Lo miro con expresión de sorpresa—. Porque yo no estoy hablando de hacer el amor ni nada parecido. Solo hablo de follar. Ya sabes: cuando tengo hambre, como, y cuando estoy cachonda… follo. No me enamoro de la pizza

después de acabármela, como tampoco me enamoraría de ti después de follar. Te lo aseguro.

—No creo que tenga nada que ver —murmura casi más para sí mismo—. Me parece increíble.

En realidad, ni siquiera lo pienso del todo así, pero meterme con él se ha convertido en una de las pocas diversiones de este encierro, y no pienso renunciar a ella. Verlo tan incómodo me está entreteniendo más de lo que debería.

—¿Me estás diciendo que nunca lo has hecho con una chica simplemente por… no sé, diversión? —Apoyo las manos en la encimera, inclinándome un poco hacia él.

—No pienso responder a eso.

—Espera… —Finjo un gesto de revelación—. No serás gay, ¿verdad? Porque les he dicho a Lorraine y a Debbie que no lo eras y… —Lo estudio un segundo, de arriba abajo—. No, gay no eres. Yo también te he pillado mirándome. De hecho, lo hiciste desde que me detuviste con el Aston Martin.

La cara de Lukas es un completo poema, y a pesar de las ganas que tengo de reírme en su cara, me muerdo los labios y continúo fingiendo seriedad con una proposición que ni yo misma me creo del todo.

Me acerco un poco, disfrutando de su incomodidad.

—¿Y sexo oral? No sé… tú me lo comes y luego yo te devuelvo el favor. ¿Qué me dices?

Lukas vuelve a atragantarse. Esta vez incluso parece quedarse sin aire, y decido apiadarme de él.

—Estoy de broma, paleto —aclaro al fin, enderezándome—. Si quisiera echar un polvo sin remordimientos ni expectativas, me iría

con Sebastian. Él lo estaba deseando y, al menos, no tendría que verle la cara al día siguiente.

Veo su expresión cambiar, noto cómo el color le sube hasta las orejas, y es el broche perfecto para este día. Un día en el que, por un rato, me he sentido medio normal.

Terminamos de recoger la cocina y me giro hacia él.

—En realidad, estoy bastante cansada. Ha sido un día emocionante y creo que me voy a dormir —anuncio.

—Sí, será lo mejor —responde, sin mirarme—. Mañana hablaré con mi capitán. Me informará de cómo va la investigación y podré tener datos más concretos de cómo va la investigación.

Lukas me sigue, cumpliendo el ritual que llevamos repitiendo desde la segunda noche en esta casa. Camina detrás de mí en silencio, paciente, con esa contención que parece formar parte de su ADN. Espera fuera mientras hago mi última visita al baño y se queda en el marco de la puerta, sin atreverse a preguntar nada, como siempre.

—Si no quieres, no hace falta que me esposes esta noche —digo al salir, apoyándome un momento en la pared. Su mirada se alza hacia la mía—. Sé que no te fías de mí, pero si algo bueno tiene ser una Rossetti es que cumplimos con nuestra palabra. Y te prometo que esta noche no pienso tratar de escapar. Estoy demasiado cansada.

Acompaño la frase con una risa suave, tímida, que refleja exactamente cómo me siento: agotada, ligera y también un poco vulnerable.

Lukas mira las esposas. Luego me mira a mí y, después, otra vez a las esposas. Puedo ver el debate interno tensarle los hombros, esa lucha silenciosa entre sus obligaciones y sus remordimientos, entre lo que debería hacer y lo que quiere hacer.

—De acuerdo, Charlie —acepta al fin—. Confiaré en ti. Buenas noches.

—Buenas noches —repito, caminando hacia mi cama.

Por primera vez desde que estamos aquí, no escucho nada. No pienso en nada. Solo caigo rendida sin miedos, sin alarma en el pecho, sin esa tensión constante que me ha acompañado desde la noche del hospital.

Justo cuando empiezo a hundirme en el sueño, oigo un leve suspiro en la otra habitación. Un ruido casi imperceptible, pero distinto a todos los demás. Me da la sensación de que Lukas también está soltando algo. Como si, por un instante, él también tuviera un descanso y, por una noche, dejara de vigilar.

Por mi parte, es la primera vez desde que llegué a esta casa en que no calculo rutas de salida ni excusas para huir.

La primera en la que, sin quererlo, dejo de pensar en escapar.

CAPÍTULO 18

LUKAS

Charlie sigue dormida. Al menos eso creo mientras camino por el pasillo sin hacer ruido. Todo está en calma dentro de la casa, pero yo no. No lo he estado en ningún momento desde que llegamos aquí.

Salgo al porche trasero con el móvil prepago en la mano. El aire frío de la mañana me envuelve en cuanto cierro la puerta, un golpe brusco que me aclara las ideas mejor que cualquier ducha. Camino unos pasos, lo justo para asegurarme de que no me oye nadie, y marco el número del capitán. La llamada tiene que entrar hoy, sin excusas.

No podemos permitirnos más desfases.

—Ravenshart —escucho al segundo tono.

Myers responde como siempre, directo, rápido y contundente. Su voz nunca deja espacio para interpretar nada.

—Capitán —digo, manteniendo la vista en la valla del jardín—. La situación está estable y ella está tranquila. Más de lo que esperaba después del día de ayer.

—Bien. —Hace una pausa que nunca trae nada bueno—. Porque tengo una actualización que no te va a gustar.

Siento cómo se me cierra el estómago, temiendo la respuesta.

—¿Es Capieri?

—Sí. Se mueve rápido. Más de lo que desearíamos.

Espero, conteniendo la respiración. No sé lo que esperaba. Evidentemente, no pensaba que me fuera a decir que ya podíamos volver a casa, pero ahora me temo algo mucho peor.

—Y no lo hace solo —continúa—. Está tirando de gente que tiene intereses propios en todo esto.

Lo dice sin matices, pero hay mucho detrás. No tengo que preguntarle a qué se refiere; la respuesta es evidente.

—Pensé que su familia había roto con él —comento, aunque en cuanto lo digo me doy cuenta de lo ingenua que suena la frase.

—Y lo han hecho —contesta el capitán sin vacilar—. Pero tú no llevas tanto tiempo en Los Ángeles, Ravenshart. Aquí nadie quiere cargar con un Capieri descontrolado. Tampoco quieren ser quienes lo entreguen. Es un equilibrio… complicado.

Asiento aunque él no pueda verlo. Dominic puede haber sido repudiado, pero su apellido sigue valiendo favores, silencios y deudas que no conozco. Aunque su propia gente lo haya apartado, siempre habrá quien lo proteja por miedo, por conveniencia o por ese código extraño que mueve a los clanes de la mafia.

—¿Tenemos fugas de información, entonces?

—No. Tenemos… señales. —Elige la palabra con cuidado—. Hay personas que «casualmente» le dicen cosas al señor Capieri. Y el señor Capieri, «casualmente», nos las hace llegar. Muy a su manera.

La traducción es clara: nadie quiere proteger a Dominic, pero tampoco quieren las consecuencias de dejarlo a la deriva. No van a entregarlo abiertamente, pero tampoco lo están tapando del todo.

—Entiendo.

—Lo que sabemos es preocupante —añade Myers—. El chico está perdiendo la cabeza más rápido de lo que nadie había previsto, ni su propia familia. Está obsesionado, completamente absorbido por

su propia narrativa, y eso lo hace imprevisible. Con la ayuda que sigue recibiendo en las sombras, se ha vuelto mucho más complicado rastrear su paradero de lo que anticipábamos.

—Capitán… ¿tenemos algún plazo estimado? —pregunto mientras me paso la mano por la barbilla en un claro gesto de preocupación.

Escucho el suspiro al otro lado.

—Dos semanas más. Quizá tres.

—¿Tres semanas? —exclamo—. Señor, no fue eso lo que…

—Lo sé, Ravenshart. Y sé que te pido demasiado. Pero esto… se está complicando más de lo que pensábamos, ¿entiendes? Y tu situación allí, con ella, no puede filtrarse. Debes llevar cuidado. Yo también me juego el puesto con esto, ¿sabes?

—Sí, capitán, lo sé.

—Toda la operación encubierta depende de no precipitar nada. Si Dominic sospecha que estamos cerca, desaparecerá de nuevo y todo este esfuerzo habrá sido inútil.

Cierro los ojos y respiro hondo, notando cómo se me cargan los hombros.

—Entendido, señor.

—Y, Ravenshart…

Su voz baja con intención. Siempre que hace eso, viene la parte personal.

—No olvides que ella —la voz se le endurece— es la víctima aquí. Y que la familia Rossetti tiene más peso del que imaginas. Nadie quiere enfadar a la gente que está de su lado. Ni siquiera los Capieri.

—Sí, señor.

—Pero debes ser cuidadoso. Tres semanas más significará más contacto con los vecinos, y eso puede ser peligroso. Nadie debe conocer vuestras identidades reales.

—Por supuesto. Lo tengo claro, pero no es fácil, capitán. Ella no lo pone fácil precisamente. Complica la convivencia, lo complica todo.

Las palabras me salen demasiado rápidas, desahogando más de lo que debería.

—Conozco a los Rossetti desde hace mucho, y conozco a esa chica. No esperaba que fuera simple —responde Myers—. Vivir con ella tiene que ser… intenso.

—Sí, señor… a veces es insufrible.

Me muerdo la lengua al instante. No añado que lo peor no es su carácter, sino lo que despierta en mí.

—Pues tendrás que aguantarte, no queda otra. Cuando esto acabe te espera un ascenso a detective. No lo olvides.

La llamada termina pero aún me quedo quieto, con el teléfono en la oreja. Luego guardo el móvil en el bolsillo, me giro hacia la puerta… y allí está ella.

Charlie.

Descalza, con una camiseta larga, la boca entreabierta y los ojos entornados, clavados en mí con una mezcla de sorpresa y rabia contenida.

—¿Tres semanas…? —pregunta, demasiado alto.

Mierda.

Entro de inmediato en la casa y cierro la puerta que da al porche, alejándome de cualquier oído indiscreto de la urbanización.

—Charlie…

Ella da un paso atrás sin apartar la mirada.

— «No lo pone sencillo»? ¿«Insufrible» ? —escupe con desprecio—. ¿En serio? ¿Te referías a mí?

Repite mis palabras y de pronto suenan mucho peor de lo que creía.

—No, espera, no me refería a que tú seas insufrible. Quería decir…

—Vete a la mierda, ¿vale? —me corta—. ¿Yo soy la que lo complica todo cuando me habéis traído a la fuerza y contra mi voluntad a este puto encierro? ¿Yo soy la difícil, cuando no me dejas salir ni a la puta piscina sin sentir tu aliento de perro de presa en la nuca?

—Charlie, todo lo que hacemos es por tu seguridad. Intentamos mantenerte a salvo mientras tratan de arrestar a Dominic, ¿entiendes? No es…

—Soy mayor de edad. —Su voz tiembla de rabia—. Me dijisteis que eran solo unos días y ahora descubro que van a ser casi tres semanas. ¿Voy a perder otro año de mi carrera porque sois unos putos incompetentes y no dais con un chico de veintitrés años?

—Es complicado, tu novio… —corrijo al vuelo—, Capieri está escondido, tiene…

—¿Mi novio? ¿De qué coño estás hablando? —replica, enfadada —. Él no es mi novio. Rompí con él, y por eso estoy aquí.

—Sí, perdona —Trago saliva—. Quería decir que Capieri está escondido, tiene recursos, contactos. Tiene…

Me detengo. No es mi papel darle detalles de la investigación. Se supone que solo tengo que cumplir órdenes. Pero algo en el pecho me empuja a justificarme, a explicarle que todo esto no es un castigo gratuito.

—¿Qué es lo que tiene? —exige—. ¡Habla!

—No puedo darte detalles —respondo, conteniendo el impulso de soltar más—. Pero el capitán me ha dicho que debes aguantar.

—¿Aguantar? —Su risa resuena por toda la casa y no tiene nada de divertida—. ¿Tu capitán sabe que me esposas a la cama cada noche?

De repente, siento cómo la sangre se me va a los pies; sé que acabo de quedarme blanco.

—No puedo permitir que te escapes. Eso pondría en riesgo todo esto.

—¿Y a ti qué más te da, eh? —lanza, con la voz rota—. Soy un puto trabajo. Uno insufrible, por lo que veo. Pero ¿sabes qué? Que te jodan. A ti y a todos.

Charlie se desvanece. No se esconde, no desaparece: se apaga. Esa es la palabra que mejor describe lo que ocurre durante el resto del día y los siguientes.

Y algo dentro de ella parece haber echado el cerrojo.

Apenas sale de su cuarto y, cuando lo hace, es para comer en silencio o para pedirme permiso antes de bajar a la piscina. Lo pide sin mirarme, como quien repite un trámite obligatorio. La acompaño, por supuesto, pero me mantengo a cierta distancia, vigilándola desde la sombra del porche o desde una de las tumbonas vacías. No me dirige la palabra. Tampoco me reprocha nada.

Es… peor.

La urbanización, entre semana, parece un mundo en pausa. Casi todos están en sus trabajos o metidos en sus casas, y las calles se sienten demasiado limpias, demasiado perfectas. Tan solo veo a uno de los Morgan de vez en cuando paseando a sus perros: dos *Golden retriever*, enormes, tranquilos, tan fieles que cualquier movimiento suyo parece medido para proteger lo que los rodea.

Philip suele sacarlos por la mañana mientras que Daniel lo hace por las noches. Los perros caminan a su lado custodiando el perímetro, igual que yo intento custodiar el de Charlie.

La observo hablar un par de veces con Evelyn. La mujer siempre nos saluda con una sonrisa, es el epítome de la amabilidad vecinal, pero aunque Charlie mantiene la conversación con educación, no tiene nada de brillo. Da igual lo que Evelyn diga: la sonrisa no le llega nunca a los ojos.

Mi trabajo se vuelve una rutina gris y aburrida. Vigilarla en cada movimiento, acompañarla por las zonas comunes, revisar puertas y ventanas, dar vueltas por el vecindario y el jardín para asegurar que nadie extraño se acerque. Y lo peor no es el aburrimiento: es el silencio que ella me ha impuesto. Es un puto castigo.

No hablar con nadie durante horas, días, mientras la única persona con la que tengo que convivir no quiere ni mirarme… me está empezando a volver loco.

Pero lo que más me descoloca no es el silencio, sino el modo en que Charlie se comporta conmigo. Me mira como si yo fuera el culpable de que esté aquí, en vez de señalar a su exnovio o a su propia familia. Joder, yo solo cumplo órdenes. ¿Y lo de esposarla a la cama? ¿De verdad me reprocha eso cuando, si no lo hiciera, seguramente tendría que ir a buscarla cada noche a saber dónde y con quién?

Casi echo de menos cuando me hablaba en plan borde, cuando me llamaba paleto o «hermanito» con ese deje rebelde que me sacaba de quicio. Al menos entonces había algo. Fuego. Choque.

Vida. Ahora, en cambio, lo único que me regala es su silencio y esos interminables paseos alrededor de la piscina con ese bikini minúsculo que me enciende más de lo que es sano para cualquiera que pretenda seguir pensando con la cabeza.

Camina por el borde, el agua resbalándole por la piel, el sol marcando cada curva, y finge que no sabe que la estoy vigilando desde la sombra. Finge que le da igual. Yo sé que no es verdad. Y, aun así, no se gira. No me busca. No me lanza ni una pulla, ni una sonrisa borde, nada que me permita saber en qué parte del infierno emocional estamos hoy.

La observo, día tras día, moviéndome en esa línea fina entre hacer mi trabajo y desear cosas que no debería desear de alguien a quien tengo que proteger. Y lo sé. No necesito repetirme que me atrae; eso ya lo admití hace tiempo. Lo que no sé es cuánto más voy a aguantar conviviendo con esa mezcla de castigo y tentación envuelta en un vestido transparente y un bikini imposible.

Pero lo peor es esto: verla moverse por la casa como si yo no existiera me tiene atrapado en un estado que no sé si llamar frustración, deseo o locura. Cada vez que pasa cerca de mí, cada vez que se recoge el pelo con esa indiferencia ensayada o se inclina sobre la tumbona sin mirarme, algo dentro de mi control se tensa hasta casi romperse.

Y no es solo físico; es esa distancia helada que me lanza como un castigo, ese muro que ha levantado entre los dos después de la conversación que escuchó. Un muro que me obliga a quedarme quieto cuando lo único que quiero es cruzar la habitación, agarrarla por la muñeca y obligarla a hablarme, aunque sea a base de insultos. Ella cree que el silencio la protege. Lo que no sabe es que cada día que no me habla me arrastra un paso más hacia el límite en el que ya no voy a poder fingir que todo esto es simplemente un trabajo.

CAPÍTULO 19

CHARLIE

Yo no sé en qué momento mi vida se convirtió en esto. En levantarme cada día encerrada en una casa ajena, vigilada por un policía que parece sacado de un manual de disciplina militar.

Al menos cuando Joe y Pietro estaban conmigo —antes de traicionarme, claro— no hablaban. No interactuaban. Solo existían en la misma habitación que yo, callados, inmóviles y simplemente, ocupando espacio.

Pero estar jugando a las casitas con Lukas me saca de quicio.

No soporto verlo entrenar cada mañana con esa precisión milimétrica, movimiento tras movimiento, ejecutando cada gesto con una disciplina que no parece humana. Tampoco aguanto la manera en que pesa la comida. Todo en él parece diseñado para controlar hasta las calorías que tiene el aire que respira.

Y esa superioridad moral que arrastra por la casa… la detesto.

Tiene esa actitud de *yo me ocupo de todo*, ese orden casi insultante con el que limpia, cocina o arregla lo que considera fuera de sitio. No me creo que sea así siempre. Seguramente es un desastre con el resto del mundo y todo esto es puro teatro: una madurez fingida, una responsabilidad de escaparate.

Desde el domingo apenas hemos cruzado palabras. Las justas para lo esencial: la comida, la casa, lo mínimo. Y, aun así, mi rutina ha cambiado. Ahora me deja ir a la piscina a nadar sola, aunque él se quede cerca, por supuesto, vigilándome desde la distancia. Impasible, como un halcón con placa.

Entre semana, las zonas comunes de la urbanización están prácticamente vacías. Evelyn es la única que aparece de vez en cuando. Se sienta en una tumbona con un libro, siempre el mismo gesto tranquilo, serena frente a todo lo que la rodea. Hablamos un rato; conversaciones ligeras que terminan siendo el punto más humano de mi día.

He descubierto que era una mujer muy activa antes de jubilarse. Vivían en Riverside, un pueblo tranquilo del interior de California, hasta que a su marido, Harold, le dieron una indemnización por una jubilación anticipada. No me cuenta los motivos, pero tuvo que ser algo serio, porque les permitió dejarlo todo y mudarse aquí. Tienen dos hijos: uno trabaja en Burbank, en una productora, y casi todos los fines de semana les trae a los nietos para que huyan del caos de la ciudad. La otra vive en Canadá y solo la ven en Navidad… y por videollamada.

Me cae muy bien Evelyn. Su presencia suaviza mis días y, después de la discusión del domingo, eso es mucho decir.

Vivir en esa casa sin hablar con nadie me está volviendo loca. Pero nos encontramos en junio, final de curso, y eso significa que Sebastian, el hijo de los Davenport, aparece por la urbanización el jueves. Las clases han terminado y, con solo verlo cruzar la calle con esa despreocupación tan suya, recuerdo de golpe que yo he perdido otro año académico. Entre el ataque, mi semana en el hospital y ahora este encierro, no he podido presentarme a los exámenes. Ni siquiera pude hacerlos online.

Encerrada aquí, incomunicada, para que mi exnovio, exmejor amigo… y hermano, Dominic, no pueda encontrarme.

Con Sebastian dándome conversación, contándome historias de UCLA, de sus exámenes, de las fiestas que se ha pegado, la semana se me pasa más rápido. También me divierte ver que a Lukas no le hace ninguna gracia. Así que sí, paso aún más tiempo con él. Porque

puedo. Porque quiero. Porque sé que mi «guardaespaldas» lo nota y sospecho que le jode.

A la hora de comer, él va directo a la cocina, como todos estos días. Es una de las pocas cosas que sí disfruto de mi encierro. He descubierto que cocinar me relaja, y estar aquí con él —aunque sea en silencio— me ha enseñado más de lo que jamás admitiría delante de su cara cuadriculada de policía.

—Me ha preguntado Sebastian si este sábado iremos a la barbacoa —comento mientras cortamos verduras.

—¿Qué pasa? ¿Que no tiene otra cosa mejor que hacer? ¿Estudiar o algo así? —refunfuña sin mirarme.

—Es una comunidad bien avenida. Evelyn también me lo dijo el otro día, no solo Sebastian.

Le veo cortar un poco más fuerte, apretar el cuchillo contra la tabla.

—Supongo que podríamos ir —admite al fin.

—Entonces tendremos que poner dinero esta vez. Ya sabes, para la carne, la bebida y…

—Por supuesto —responde, cortando enseguida la conversación.

Y esa es nuestra dinámica desde el domingo: frases cortas, tensas, medidas al milímetro para no iniciar guerras.

—Perfecto —murmuro.

Comemos en silencio. Casi sin levantar la vista del plato. Hasta que él decide estropear esa calma con algo que me pilla completamente fuera de guardia.

—Estás viendo demasiado a ese chico.

Me da un ataque de risa. Y no de esas risas calculadas y elegantes. No. Una carcajada limpia y ruidosa, que me sale de lo más profundo del alma.

—Pero, papá —le contesto con sorna—. ¿No me dejas salir a jugar con mi nuevo amigo?

Lukas cierra los ojos un segundo, respira hondo, y tengo la sensación de que cuenta hasta diez antes de hablar.

—Muy graciosa. Pero recuerda mantener un perfil bajo. Y no llamar demasiado la atención.

—Tranquilo, no pienso follar con él en una tumbona delante de todos los vecinos.

La reacción es inmediata: Lukas deja los cubiertos, se levanta bruscamente y empieza a recoger la cocina a una velocidad que casi parece entrenamiento militar. Me apunto otro tanto… aunque este no me sabe igual que los demás.

En cuanto lo digo, me siento mal. Todo me afecta demasiado esta semana. Esta tensión con él. Verlo cada mañana. Evitarlo el resto del día. Pensar demasiado en él por las noches.

—Pues iré a la piscina esta tarde —digo, rompiendo el silencio—. He quedado con él para charlar. Me había invitado a cenar en el centro, pero he tenido que rechazarlo, claro.

—Bien —contesta sin girarse—. Ya sabes que no es aconsejable que salgamos.

—Lo que tú digas… —respondo, cortante—. Me voy a descansar. Luego bajaré.

Me encierro un rato en el dormitorio, lo justo para que se me pase la sensación de haber discutido con el mundo entero. Me tumbo boca abajo, respiro hondo varias veces y dejo que el ventilador me acaricie la espalda. No me duermo, pero me estabilizo.

Lo suficiente como para no bajar a la piscina con la rabia todavía en la superficie.

Cuando el reloj marca casi las cinco, me levanto, me pongo el bikini y salgo al pasillo. Lukas está en el salón, fingiendo ver las noticias en la televisión. No me mira, pero sé que sabe exactamente en qué dirección voy. Lo percibo en cómo se tensa la línea de sus hombros, en la forma en la que cambia de canal de manera compulsiva. No dice nada. No hace falta.

Camino hacia la piscina, y ahí está él: Sebastian, tirado en la tumbona con ese bañador ridículo de ositos con gafas de sol y una sonrisa de «sé que soy guapo y lo aprovecho».

—Pensé que te habías dormido —me dice, incorporándose un poco.

—Ojalá —respondo, dejando mis cosas en la tumbona de al lado —. Hace demasiado calor.

Nos ponemos a charlar enseguida. Él habla rápido, con ese entusiasmo despreocupado que siempre me ha dado un poco de envidia. Me cuenta algo sobre un profesor que suspendió a medio curso, sobre UCLA, sobre una fiesta en la que casi acaban en la piscina con ropa. Lo escucho y asiento, jugando con el borde de mis gafas de sol.

—¿Tienes planes para el verano? —pregunta al cabo de un rato —. No sé, os rodea un halo de misterio a los dos.

—Ya te dije que están arreglando nuestra casa en Santa Mónica. No podemos volver hasta que… ya sabes, hasta que la terminen.

—Ya, pero todos comentamos que es extraño que nunca os hubiéramos visto por aquí.

—¿Todos? —repito, con un pequeño nudo en el estómago.

—Bueno, todos no —rectifica, sonriendo—. En realidad el que me lo pregunto soy yo. Si hubieras estado antes por aquí, me habría ahorrado muchas discusiones con mis padres. Ellos siempre me insisten para que venga, pero prefería quedarme en el piso de Los Ángeles.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—No tenía ningún aliciente para venir aquí.

Me sostiene la mirada un segundo de más, dejando el comentario flotando entre los dos.

—Además —añade, encogiéndose de hombros—, aquí todo es demasiado tranquilo. Muy de suburbio perfecto. Ya sabes. Barbacoas, familias… perros demasiado felices. Me aburría a muerte.

—Y ahora ya no —digo, tocando mi pelo de manera distraída.

Él sonríe, dándome a entender exactamente lo que entiende y lo que pretende.

—Bueno, ahora hay… cosas nuevas. Gente interesante. Conversaciones que valen la pena —me confirma con ese tonito de quien se cree que está siendo encantador.

Hago un sonido entre la risa y un suspiro porque, aunque me divierta, me resulta bastante pretencioso.

—¿Y tú qué sueles hacer? —pregunta, acomodándose mejor en la tumbona—. Cuando no estás estudiando, quiero decir. ¿Surfeas? ¿Corres? ¿Cantas? Tienes pinta de tener un *hobby* secreto. Algo *cool*, ya sabes.

—Tengo pinta de muchas cosas —respondo, sin querer darle ninguna pista.

—De inteligente, seguro. Y de borde también, un poco —bromea haciendo un gesto con los dedos—. Lo cual, sinceramente, me

parece bastante *sexy*.

Arqueo una ceja.

—¿*Sexy*?

—Sí, bueno… —Se pasa una mano por el pelo, intentando parecer casual pero dejando claras sus intenciones—. Me gustan las chicas que no son obvias. Las que no se deshacen por cualquier cosa. Las que… te obligan a esforzarte un poco.

Me río con un gesto apenas perceptible, porque sé exactamente qué está haciendo: tanteando el terreno, buscando huecos, evaluando cada reacción mía como un jugador que mueve sus piezas. Y lo más curioso es que conozco el juego, pero no me está gustando tanto como solía hacerlo, aunque se supone que debería.

En otras circunstancias, su coqueteo me halagaría, quizás hasta se lo devolvería menos sutilmente, pero mientras me habla, mientras sonríe como si cada gesto estuviera calculado para impresionar, empiezo a notar ese cosquilleo conocido detrás de la nuca.

Una presencia silenciosa que conozco demasiado bien.

Lukas.

No lo veo. No oigo pasos. No escucho el crujido de la grava ni el roce de sus botas. Pero sé que está ahí. En algún punto del jardín, en algún lugar donde nadie podría señalarlo, haciendo exactamente lo que mejor se le da: vigilarme.

Es ridículo, pero siento sus ojos en mi espalda, en mis manos, en la manera en que ladeo la cabeza cuando Sebastian dice algo que me hace reír. Lo noto en la piel, en la respiración, en esa tensión eléctrica que me recorre cada vez que él está cerca aunque no se muestre.

Y aunque no lo busco… sé que está mirándome.

Lo sé como sé que el sol calienta, que el agua moja, o que una herida vieja nunca termina de dejar de doler: lo noto.

Sebastian sigue hablando, moviendo las manos mientras me cuenta alguna tontería más de UCLA, pero una parte de mí —una que no controlo y que desearía ignorar— está pendiente de un punto invisible detrás de mí, preguntándose qué estará pensando Lukas, cuánto estará apretando la mandíbula esta vez y si está tan inquieto como imagino.

Porque aunque esté lejos, aunque se esconda mejor que nadie…

Siento su presencia como si estuviera a un paso.

CAPÍTULO 20

LUKAS

Desde el domingo, desde que Charlie escuchó mi conversación con el capitán, lo que teníamos —si es que puede llamarse «tener» a esta dinámica extraña que arrastrábamos— se ha esfumado. Se ha diluido, estropeado… En definitiva, se ha jodido.

Y, a decir verdad, prefería las pullas constantes, los apodos estúpidos y su manera de ponerme en guardia a esta indiferencia fría con la que me obsequia ahora. Lleva toda la semana evitándome, salvo a la hora de cocinar. Esos momentos, esos pequeños espacios de rutina compartida, casi parecen otra cosa… hasta que abro la boca y recuerdo que, ahora mismo, todo en mí le molesta.

Como si no fuera suficiente, tengo que tragarme la presencia del idiota del vecino: ese universitario engreído que piensa que el mundo es un escenario montado para él. Ha vuelto y parece que no tenga intención de marcharse.

Charlie baja todos los días a la piscina; yo la sigo a una distancia prudente. Me siento bajo un árbol, a la sombra, fuera del foco visual de cualquiera… excepto del suyo. No necesito verla de frente para saber que tiene perfectamente localizada mi posición.

Se pasa las tardes hablando con Evelyn, aunque apenas sonríe, y eso ya es bastante jodido de ver. Pero lo que termina de rematarme es comprobar que, de repente, todas las sonrisas que no me ha dirigido en días parece que las estuviera reservando para ese niñato.

Habla con él y coquetea sin disimulo, y sé que sabe que me doy cuenta.

Con cualquier otra podría resultarme casi gracioso. Es evidente que está intentando darme celos, y solo intentas darle celos a alguien que te importa. Pero no tiene ni puta gracia ver cómo él se queda mirando su… joder, su trasero, completamente expuesto con ese ridículo bikini. Si es que puede llamarse bikini a ese trozo mínimo de tela.

Hoy hemos vuelto a discutir. Suena raro, teniendo en cuenta que apenas nos dirigimos la palabra, pero es así. Y, cómo no, ha sido por ese capullo. No me gusta, y lo peor es que no tiene nada que ver con mi instinto de policía; es otra cosa. Es personal. Me revienta que esté cerca de ella.

Aun así, me contengo. Es un crío y yo estoy rozando los treinta. Puedo aguantar. Puedo comportarme como un adulto y no como un animal.

Los observo desde mi árbol. Ellos no me ven; al menos Sebastian no. Ella sí. Ella siempre sabe dónde estoy. En un momento dado, él se levanta, coge el móvil y se lo lleva a la oreja. Le entra una llamada. Se acerca demasiado a mi árbol y me obliga a esconderme mejor, detrás del cuarto de vestuarios. Desde donde estoy escucho perfectamente como parece hablarle a algún amigo.

Tío, tío, no pienso ir. Ya te lo he dicho…

Se coloca a apenas unos metros de donde estoy, lo bastante cerca para que escuche cada palabra.

No, tío, que no. Tú no la has visto. Está buenísima. Sí, Fabio, buenísima. Estoy con ella ahora mismo. ¿Qué? No, no la tengo delante, ¿eres gilipollas? Me aparté para hablar. Está ahí tirada al sol… ufff.

Noto cómo la sangre me zumba en las orejas. Me quedo inmóvil, pegado al muro, conteniendo el impulso de salir ahora mismo y partirle la cara.

Te lo digo en serio: a esta me la follo esta semana. ¿Que no? Ya verás, ¿te apuestas algo? Igual hasta lo grabo para que cierres la puta boca. Sí, coño, un vídeo. O le hago fotos desnuda, qué sé yo.

Respiro hondo. Una vez. Dos. No sirve de nada. Cada palabra que suelta añade una vuelta más a la cuerda que tengo apretándome el cuello.

No sabes el culito que tiene, hermano. Pero no lo sabes. Estoy todo el puto día cachondo solo de verla. Y cuando me habla… uff.
¿Qué? No, todavía no me la he tirado. Pero cae, ¿eh? Cae este finde.

Así que no esperéis verme. La tengo a punto.
Sí, sí, sé que te molaría. Pues te jodes. Primero voy yo y luego, si eso, le pregunto si te deja unirte, jajaja. Y nos la follamos entre los dos. O nos la vamos turnando, lo que prefieras.

Bueno, te corto. Me está esperando. Y lleva un bikini… madre mía. Voy a ver si le saco una foto para que te mueras de envidia.
Luego te cuento, crack*. Adiós.*

Mis manos tiemblan. No sé si de rabia, de asco, o de algo mucho más peligroso que empieza a empujarme hacia delante. Ahora es mi momento. Antes de que se largue, salgo de donde estoy. Me obligo a respirar hondo, a contener la rabia que me palpita en las sienes, y lo llamo.

—Sebastian.

En cuanto se gira y me ve, pierde el color de la cara. Literalmente. Pasa de bronceado universitario a blanco quirúrgico en dos segundos. Por un instante creo que va a desplomarse del susto.

—Hey… hola… Lukas. ¿De dónde sales?

—Estaba ahí —respondo, señalando el árbol. Y luego la esquina de los vestuarios donde me he metido para escucharlo—. Justo ahí.

Intento que mi voz suene calmada. Normal, fingiendo que por dentro no estoy luchando contra la imagen vívida de estamparlo contra la pared hasta que deje de hablar de ella así.

—Ah… bueno… yo… —balbucea, señalando hacia la piscina—. Tu hermana me espera en… voy a volver con Charlie, ¿vale?

Qué adorable. Parece que realmente cree que no he oído nada, que estaba demasiado lejos, o directamente que soy idiota.

Le saco de dudas enseguida.

—Un momento. Por lo que he escuchado, tienes grandes planes con ella, ¿no? Me refiero a mi hermana. Era de Charlie de quien hablabas con tu amigo, ¿verdad?

Se congela. Literalmente.

—¿Qué? No, tío, no… ya sabes cómo es… solo eran bravuconadas, yo… no…

—¿Tú no qué? —Doy un paso hacia él—. ¿No piensas follarte a Charlie? Porque me ha dado la impresión de que eso es exactamente de lo que estabas presumiendo. Y mira que no me importaría tanto si hubieras hablado con un mínimo de respeto.

En eso miento descaradamente, porque por supuesto que me importaría, pero me coloco en el papel de hermano mayor y no de… otra cosa que no tengo tiempo de pensar ahora.

Me acerco lentamente pero con seguridad. Él retrocede paso a paso hasta que su espalda choca contra la pared de los vestuarios.

—Oye, tío, en serio. Yo no quería… solo era una forma de hablar.

—¿Así os enseñan a hablar en la universidad? —le corto—. ¿No estás estudiando para abogado? Pobres las mujeres que acaben poniendo su defensa en tus manos. Eres escoria.

—Lo siento, ¿vale? —dice alzando la voz, intentando reunir algo de orgullo—. Tampoco es para que me insultes.

Da un paso hacia mí, mínimo y claramente insuficiente.

Lo sujeto por la camiseta con una firmeza que no deja espacio para dudas y acerco mi rostro al suyo, lo suficiente para que perciba cada palabra sin necesidad de elevar la voz. No busco asustarlo a gritos; busco que entienda que lo que estoy a punto de decirle es muy real.

—Escúchame bien, Sebastian, porque tengo muy poca paciencia para idioteces —empiezo, manteniendo la mandíbula tensa pero la voz controlada—. Si vuelves a tocarla, vas a tener que buscar tus manos en el fondo de la piscina. Si vuelves a mirarla con esa intención repugnante con la que acabas de describirla, te juro que soy capaz de sacarte los ojos y dárselos de comer a los perros de Philip y Daniel sin perder el sueño. Y si vuelves siquiera a insinuar algo parecido a lo que acabo de escucharte decir… entonces sí, tendrás motivos reales para temer que te arranque la lengua con mis propias manos.

No rompo el contacto visual ni un instante; dejo que el silencio se asiente entre nosotros, que entienda el alcance de cada frase.

—Y esto también te lo voy a dejar claro ahora —continúo, pegándolo un poco más contra la pared, no por violencia gratuita, sino por la necesidad de que entienda que no estoy negociando—. No quiero que te acerques a ella, ni que le hables, ni que intentes buscar su atención. No la toques, no la mires, no la nombres. A partir de este momento, Charlie no existe para ti ni tú para ella, y te garantizo que, si vuelvo a verte rondarla, no voy a ser tan educado como lo estoy siendo ahora. ¿Ha quedado claro?

El chico asiente sin decir una palabra. Parece tan cerca de romperse que estoy convencido de que, si abre la boca, será para echarse a llorar.

¿Mi reacción ha sido desproporcionada? No. Pero profesional tampoco ha sido, y lo sé.

Intento convencerme de que no hablará. Primero porque la vergüenza de lo que ha dicho debería bastar para mantenerlo callado; segundo, porque sería su palabra contra la mía. Aun así, no deja de ser un estudiante de derecho al que acabo de amenazar sin rodeos. Solo espero que decida conformarse con irse humillado, con el rabo entre las piernas, y que desaparezca de esta urbanización sin meterse en más problemas… ni meternos a nosotros en ellos. Mantener la tapadera intacta depende también de que él se calle.

Sebastian se arregla la camiseta a trompicones, intentando recomponer algo más que la tela, su orgullo herido. Endereza la espalda, aprieta los labios y se gira para marcharse sin mirarme, sin protestar, sin atreverse siquiera a respirar demasiado fuerte.

Solo entonces me doy cuenta de que yo también he estado conteniendo el aire. Exhalo despacio, intentando liberar la tensión que aún me late en las sienes. La mandíbula me duele por la fuerza con la que la he mantenido apretada.

Respiro hondo de nuevo, inhalo y exhalo con calma antes de abandonar el refugio del árbol. Camino hacia la piscina con el cuerpo todavía en alerta. Veo a Sebastian alejarse, pasar junto a Charlie sin abrir la boca, sin mirarla siquiera, reduciendo su mundo al suelo bajo sus pies.

Lo sigo a unos metros, también con la cabeza baja, pero por motivos completamente distintos.

Sé a ciencia cierta que esto va a desatar otro enfrentamiento con ella.

Y también sé que no estoy preparado para lo que venga.

CAPÍTULO 21

CHARLIE

El sol empieza a esconderse detrás de una de las casas de la urbanización y, de golpe, la temperatura baja un par de grados. La luz se vuelve más suave, más dorada, de esas que alargan las sombras sobre el agua.

Charlar con Sebastian, aunque sea un poco creído y el típico universitario convencido de que va a comerse el mundo en cuanto termine la carrera, me hace rozar una realidad que nunca he tenido. Una vida normal. Fiestas, exámenes, quejarse de profesores injustos, planes de verano que solo implican playa y resacas.

Como si esa certeza me invadiera de golpe, llevo la mano a mi costado y rozo la cicatriz con la punta de los dedos. Recordar el ataque de ese chico todavía me quita el sueño muchas noches. Si en la primera semana de lo que se supone que va a ser «tu nueva vida» alguien a quien no conoces te clava un cuchillo de quince centímetros sin decir una sola palabra… es imposible que todo siga igual. No es que cambie un poco las cosas. Es que lo cambia todo.

Estuve casi dos semanas en el hospital. Más tiempo del que pasé cuando me hirieron de bala. Esta vez el cuchillo entró demasiado profundo, perforó donde no debía, tuvieron que abrirme, coser por dentro, vigilar que no hubiera infección, drenar líquidos que no deberían estar ahí. Mi cuerpo tardó más de lo normal en comprender que había sobrevivido.

A partir de entonces ya no volví a clase de forma presencial. Ni ese año, por supuesto, ni los siguientes. La carrera de Diseño y Comunicación Digital quedó a medias, aparcada, reconducida a una versión online que, sinceramente, no tiene nada que ver con la experiencia universitaria real. Estudiar desde casa no te da pasillos

llenos de gente, ni cafeterías ruidosas, ni fiestas cutres en pisos pequeños. Te da silencio, pantallas y mucho tiempo para pensar en todo lo que te estás perdiendo.

Sebastian regresa de atender su llamada. Lo veo aparecer caminando deprisa pero con la cabeza gacha. Pasa por mi lado sin decirme nada, sin mirarme siquiera.

—¿Sebastián? —lo llamo, incorporándome un poco en la tumbona—. ¿Ha pasado algo?

Le pregunto, me intereso, alargo la mano… pero mis palabras se quedan flotando en el aire. No se detiene. No frena. Ni siquiera reduce el paso. En lo que tardo en levantarme y reaccionar, ya ha cruzado la zona de tumbonas y desaparece detrás del seto que separa la piscina del resto de la urbanización.

Me quedo quieta, con el ceño fruncido y el estómago encogido por una inquietud que no sé explicar. ¿Serán malas noticias? ¿Habré dicho algo que no debía?

Un minuto después, desde el mismo punto por donde él ha salido, aparece Lukas.

Tiene los hombros tensos, la mandíbula apretada y una expresión extraña en la mirada. Y, al igual que Sebastián, también evita mirarme.

—Se está haciendo tarde —dice, mirando al suelo—. ¿Entramos en la casa?

Su voz suena extrañamente contenida, como si tuviera que pensarse cada palabra antes de dejarla salir. Y de pronto, la sucesión de los hechos se ordena sola en mi cabeza: las risas de Sebastian, su llamada absurda, su silencio repentino, su huida. Y él, Lukas, apareciendo justo después con esa expresión de piedra.

—¿Qué coño ha pasado? —le suelto sin filtros—. ¿Le has dicho algo a Sebastian?

—¿Podemos entrar en la casa, por favor?

Da un paso hacia mí y me toca el brazo. No me aprieta, no me empuja, no me fuerza… pero no necesito más que ese toque para apartarme con un movimiento brusco, casi instintivo. Siento ese contacto como una descarga eléctrica, que invade mi espacio.

No pienso consentir que me guíe de la mano como a una niña pequeña.

Así que recojo mis cosas de la tumbona de manera rápida, pero también tensa. Luego camino hacia la puerta con él detrás, siguiéndome como si fuera un puto guardaespaldas. Y aunque me irrite solo pensarlo, en realidad, lo es.

Cuando entro en el salón, arrojo el bolso al suelo sin miramientos y me giro hacia él, cruzándome de brazos.

—Tú dirás —lo apremio—. ¿Vas a explicarme por qué Sebastian se ha ido sin despedirse y sin mirarme a la cara? ¿O también esperas que adivine eso sola?

Lukas traga saliva. Lo veo, lo siento. La nuez le asciende y desciende de manera lenta por la garganta. Su expresión ya no es la misma que traía al salir del seto: ha dejado atrás la rabia, la dureza, la tensión que lo ha traicionado antes. Ahora hay otra cosa en su mirada, algo que no termino de descifrar del todo.

Son nervios, sí, pero también algo que parece… culpabilidad.

—Ese chico… —empieza, vacilando—. Estaba hablando por teléfono. Con un amigo. De ti.

—Muy bien… —respondo, animándolo con un gesto de la mano para que continúe—. No será ni la primera ni la última vez que alguien diga algo de mí, seguro.

—Ya. Pero estaba diciendo… cosas.

—Eres el rey de la elocuencia, ¿verdad? —Mi tono se vuelve una mezcla incómoda entre ironía y agotamiento—. «Cosas» sobre mí ¡Guau! Qué misterio.

—Cosas malas, Charlie —aclara, bajando la voz—. Desagradables. Y he tenido una pequeña conversación con él.

Me aprieto el puente de la nariz con dos dedos y cierro los ojos con fuerza. No necesito que me detalle el contenido; tengo más que suficiente imaginación para saber por dónde van los tiros. Sebastian es un universitario con poco más de veinte años: inmaduro, rico, pagado de sí mismo y con cero filtro cuando se siente confiado. Eso al menos deduzco de nuestras pocas charlas desde que le conozco.

—¿Y entonces? ¿No te gustaba lo que estabas oyendo y decidiste… qué? ¿Reñirle? ¿Amenazarlo?

Lukas baja la cabeza. Se mira los pies. Junta y separa las manos. Todo él es un cuadro completo de nerviosismo y culpa.

Está claro. Eso es exactamente lo que ha hecho.

—En serio. No me jodas —suspiro, aunque ya conozco la respuesta—. ¿Qué le has dicho?

—No estaba hablando bien de ti, ¿vale? Estaba siendo grosero, te estaba faltando al respeto y… no…

—Por Dios, Lukas. ¿Nunca has tenido esa edad? —lo interrumpo —. La mayoría de los tíos hablan así entre ellos. Es lo que hacen. ¿Qué decía exactamente? —pregunto, más por morbo que por interés real.

—No voy a repetirlo delante de ti —responde, frunciendo el ceño —. Solo te diré que no estaba alabando el color de tus ojos, ni tu… ya sabes.

—Ay, Dios mío… —murmuro, y me cubro la cara con ambas manos, intentando contenerme.

Pero no aguanto ni dos segundos y la carcajada me sale entera, limpia y excesivamente ruidosa. Y cuando explota del todo, me doblo sobre mí misma, incapaz de frenar la risa.

—¿De qué te ríes? —Su voz suena entre ofendida y perdida—. He tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no detenerlo o peor… para no pegarle en toda la boca. ¿Sabes lo fácil que habría sido tirar por la borda nuestra tapadera?

—¿Crees que no sé lidiar con ese tipo de chicos? —le digo, aún intentando recuperarme de la risa—. Seguramente ha dicho cosas obscenas de mí pero, ¡noticia!: eso es lo que hacen entre amigos. Te puedo asegurar que puedo defender mi honor yo sola.

—Él… hablaba… —balbucea, buscando las palabras mientras sigue mirando al suelo como un niño al que acaban de pillar en una trastada—. Estaba siendo muy desagradable.

—Eso ya lo has dicho, ¿vale? —lo corto—. Pero no tienes ningún derecho a actuar de ese modo.

Entonces levanta la vista hacia mí. Me clava la mirada con esa determinación de policía al que le han dado una misión y no piensa echarse atrás por nada del mundo hasta cumplirla.

—Charlie, no voy a permitir que nadie te falte así al respeto, ¿entiendes?

—Vaya —respondo, entrecerrando los ojos —, lo dice el que me esposa todas las noches a la cama como si fuera una puta delincuente.

—Eso… eso lo hago por… Estoy aquí para protegerte —replica sin parpadear—. Y haré lo que sea necesario para que nadie te haga daño.

—¿Daño? ¿Pero de qué estás hablando? Sebastian es incapaz de…

La frase se me queda atascada en la garganta. Nunca pensé que Dominic fuera a hacerme daño y era alguien con quien me crié, alguien a quien quise, alguien de quien estaba convencida de que me quería también y me hizo mucho daño. A Sebastian solo lo conozco unos días.

Lukas parece adivinar por dónde va mi cabeza.

—Ese chico es basura —dice, con firmeza—. No podía permitir que hablara así de ti. Me da igual que…

—¿Por qué? —lo interrumpo.

—¿Cómo que «por qué»? Estoy aquí para protegerte. Te lo acabo de decir.

—¿Protegerme de qué? —pregunto, sintiendo cómo me sube la rabia—. ¿De que un bravucón presuma con sus amigos? ¿De que se apunte tantos inventados o diga guarradas sobre mí? No creo que eso entre dentro de tus obligaciones. Así que dime… ¿por qué te molesta tanto?

—Soy policía —replica, tenso—. No puedo dejar pasar ciertas cosas.

—Lukas —doy un paso hacia él—. Dime qué ha dicho tan grave como para que pongas en riesgo nuestra tapadera amenazando a un puto crío.

—No es ningún crío —responde, con los ojos brillando de una rabia que no sé si va dirigida a Sebastian o a mí—. Y debería tratar con más respeto a las mujeres. Debería tratarte con respeto… a ti.

No me da tiempo a volver a protestar, ni a exigirle más explicaciones, ni a ordenar una frase coherente.

Lo siguiente que escucho son los latidos de mi propio corazón golpeando en mis sienes, el bombeo fuerte y preciso de la sangre recorriéndome las venas.

Y a continuación lo que siento son sus labios sobre los míos.

Sus manos se cierran alrededor de mi nuca y me acercan hacia él. Es un agarre firme, seguro, que no tiene nada que ver con los nervios torpes de hace un momento. Es decisión. Es impulso. Es algo que parece que llevaba demasiado tiempo contenido.

El beso estalla al principio de manera brusca, como un choque de bocas que no saben muy bien quién ha dado el primer paso. Pero en cuestión de segundos se vuelve algo distinto: la presión se suaviza, la tensión se disuelve un poco y lo que queda son caricias lentas, húmedas, una exploración torpe y desesperada que no se parece a nada de lo que debería estar pasando… y, sin embargo, está pasando.

No dura más de unos segundos. Es tan corto que casi no me da tiempo a procesarlo. Ni a reaccionar. Ni a… disfrutarlo como me gustaría.

¿Dos, tres, cuatro segundos?

Eso es lo máximo que nuestros labios han estado en contacto y, a pesar de todo, me dejan sin aire, sin capacidad de pensar.

¿Cómo se supone que se describe un beso tan breve?

¿Cómo puedo poner en palabras lo que hacen sus labios en mi boca si ni siquiera yo entiendo lo que despiertan?

Son solo cuatro segundos. Cuatro, joder.

Y, sin embargo, siento más cosas en ese tiempo que en años.

Cuatro segundos que, de repente, se han convertido en el principio de algo nuevo. Algo que no acierto a comprender, pero que sé, con una certeza extraña y absoluta, que va a cambiarme la vida.

Lukas rompe el beso tan de golpe como lo ha iniciado. Me suelta, se aparta apenas unos centímetros y, aun así, lo siento lejos.

Ha sido brusco y, al mismo tiempo, la cosa más sensual y excitante que me ha pasado en mucho tiempo.

Sus pupilas están completamente dilatadas. No dejan espacio para la duda. Me mira con una mezcla imposible de deseo y culpa que no debería coexistir en los mismos ojos. Pero lo hace. Lo consigue. Y ahí está: esa dualidad que lo define, que me desconcierta y que, para mi desgracia, me atrae.

Se separa de mí un poco más, como si necesitara aire, espacio, y se da media vuelta, agachando la cabeza para no tener que sostener mi mirada.

—Lo siento —murmura, arrepentido—. No he debido hacer eso. Perdóname, por favor. No volverá a pasar.

No me da tiempo a responder.

Lo dice todo del tirón y sale casi huyendo hacia el pasillo, directo a encerrarse en su habitación como si el fuego estuviera aquí fuera, y no dentro de él.

Me quedo sola en el salón, con los labios todavía palpitando y el corazón intentando encontrar su ritmo.

Vale, entiendo que me pida disculpas por haberme robado un beso. Entiendo que, en lo más profundo de su cuadriculada cabeza de policía paleto, crea que ha traspasado un límite, que ha cruzado la línea de lo profesional y se ha dejado arrastrar por… lo que sea que esté sintiendo ahora mismo y que parece negar.

Comprendo que, en su fuero interno piense que ha quebrantado lo que él llama honor, obligación o instinto protector.

Eso lo entiendo.

Lo que no termino de digerir es lo último que ha dicho.

No volverá a pasar.

¿En serio?

¿En serio me abre la puerta del puto paraíso para decirme justo después que no voy a poder entrar de nuevo?

En eso, me temo, vamos a discrepar bastante.

Y, si algo tengo claro ahora mismo, es que yo, todavía, no he dicho la última palabra.

CAPÍTULO 22

LUKAS

Las paredes de mi cuarto parecen encogerse. Los remordimientos, la culpa y el arrepentimiento ocupan demasiado espacio.

Tumbarme en la cama y mirar al techo no hace que desaparezca nada de lo que he hecho hoy. Cerrar los ojos con fuerza, intentando borrar los últimos minutos, tampoco funciona. Cuanto más intento apartar la imagen, más nítida vuelve: sus labios, mi mano en su nuca, el temblor en mi pecho cuando la he besado.

Si al menos tuviera alguien con quien desahogarme. Alguien a quien pedir consejo, o, simplemente, alguien con quien salir a tomar copas hasta caer borracho e inconsciente…

Eso podría funcionar.

En Flagstaff es exactamente lo que habría hecho: llamaría a Leighton, saldríamos a tomar unas cañas, nos sentaríamos en el mismo bar de siempre y nos quejaríamos de nuestra suerte hasta que amaneciera.

Pero aquí estoy solo.

La verdad es que llevo mucho tiempo así, desde que salí de mi ciudad y escapé de una situación que ni busqué ni creo que mereciera. Lo dejé todo atrás para empezar de cero y, de alguna manera, nunca llegué a empezar nada.

Me repito que lo de antes, ese beso, es solo la consecuencia lógica de mi situación: de estar lejos de casa, de vivir en una ciudad donde no conozco a nadie, en un bloque de apartamentos que me empuja a no pasar allí más tiempo del imprescindible; de vivir en un

barrio, Koreatown, del que estoy deseando huir cada vez que termina el turno y voy a ese minúsculo apartamento.

Ni siquiera en la División he hecho amigos. A excepción de Méndez, mi sargento, apenas hablo con nadie. El turno de noche no ayuda. Las personas que ves llegaron ya rotas o te rompen a ti. Es un turno que solo aceptan los que no tienen nada que perder, a los que la noche solo les trae pesadillas.

Así que sí, me digo que vamos a echarle la culpa a mis circunstancias. A mi situación de mierda. A la mala suerte que llevo arrastrando desde que todo empezó a torcerse.

Echemos la culpa a todo eso y no a la realidad.

A la realidad que me persigue últimamente y me despierta cada mañana con la misma idea fija.

La realidad que tiene nombre, ojos desafiantes y una cicatriz en el costado.

Y esa realidad es que paso el día pensando en ella.

En esta chica rebelde, borde y desquiciante a la que no consigo arrancar de mi cabeza desde que la conocí.

Quizás aceptar esta misión no haya sido lo más inteligente que he hecho en mi vida, pero ahora ya no tiene remedio. Estoy aquí, encerrado con ella, y ella… lo descoloca todo a mi alrededor.

Y lo peor es que, si me lo pidiera, le daría todas mis piezas bien ordenadas solo para verla descolocarlas una por una. Volver a empezar desde cero, pero con sus manos en el tablero.

Después de lo de hoy, de mi enfrentamiento con Sebastian y ese maldito beso robado, tengo claro que no puedo quedarme encerrado en mi cuarto dándole vueltas. Si me quedo aquí, voy a acabar volviéndome loco. Y si me duermo, lo más probable es que Charlie aproveche la oportunidad para intentar escapar.

Otra vez.

El estómago se me ha cerrado; el de ella, por lo visto, no.

Cuando bajo a la cocina la encuentro allí.

Está tan campante, como si no hubiera pasado nada, delante de la encimera, rodeada de bolsas, envases y restos de lo que solo podría describirse como un pequeño atentado nutricional. Me sigue fascinando la cantidad de comida basura que es capaz de engullir y, aun así, conservar ese cuerpo.

¿Conservar? No. Mejorar. Cada día parece más definida, más suave y al mismo tiempo más… tentadora. Y no la he visto hacer ejercicio ni una sola vez en las dos semanas que llevamos aquí.

Es ese jodido bikini.

Verla pasearse alrededor de la piscina con tan poca tela, sabiendo que nunca va a ser para mí, es lo que me ha desquiciado. Si soy sincero, no puedo culpar del todo a ese crío por los pensamientos que tiene; yo mismo he fantaseado con ella más de una vez. La diferencia es que jamás verbalizaría la mierda que le he escuchado decir. No lo hice de adolescente, y no voy a empezar ahora. No trataría con ese desprecio a ninguna mujer.

Pero deseo, atracción, pensamientos impuros… esos los tengo todas las noches.

En la cocina, ella tararea una canción que no conozco. Lleva los cascos puestos y se mueve al ritmo de una música que solo ella oye. Entre los muchos dones que la naturaleza le ha concedido, el canto no parece estar en la lista. Sin embargo, su manera de desafinar tiene algo… jodidamente adorable. Me sorprendo sonriendo como un idiota enamorado mientras la observo.

Espera.

Joder.

Enamorado, no.

Céntrate, Lukas.

Estás aquí por una misión que, con suerte, te conseguirá un ascenso a detective y, milagrosamente, te permitirá esquivar una posible denuncia por acoso y abuso de autoridad si alguien decide revisar demasiado de cerca tus decisiones de los últimos días.

Ella se gira justo en ese momento y deja de cantar. Se quita los cascos, me mira con esos ojos que parecen mirarlo todo a la vez, y se echa otro cacahuete a la boca sin ser plenamente consciente del caos que lleva semanas provocando en mi cabeza. O quizás sí lo es y disfruta como una niña en una juguetería.

—¿Qué hacemos para cenar? Me muero de hambre —dice como si nada hubiera pasado.

Podría recitarle todas las disculpas que he ido acumulando mentalmente mientras estaba encerrado en mi habitación mirando al techo, pero parece que me concede una tregua.

Eso, o tiene algún tipo de trastorno bipolar muy bien disimulado. No parece la misma persona que hace apenas unas horas me gritaba como si quisiera arrancarme la cabeza.

—¿Te apetece algo en particular? —pregunto, sin atreverme a mirarla demasiado tiempo.

—¿Qué tal esa pasta que hiciste el primer día? —levanta un paquete de macarrones con una sonrisa de anuncio, la clase de sonrisa que debería venir con advertencia sanitaria: peligro, una exposición prolongada puede causar arritmias y un preinfarto romántico.

Asiento y me pongo manos a la obra.

Mientras pico, remuevo, sofrío y mido ingredientes, ella me observa como si fuera la primera vez en su vida que ve a un hombre

cocinar. Me pregunta de todo: cantidades, tiempos, trucos.

Por supuesto, nunca me va a reconocer que la primera vez que probó este plato, se quedó con ganas de repetir, pero lo sé. Lo vi en su cara. Y ahora parece empeñada en memorizar cada paso, grabando la receta al completo en su cabeza.

Sus ojos —esos ojos entre marrones, verdes y ámbar, que cambian con la luz como si tuvieran vida propia— siguen cada movimiento de mis manos. Y yo, idiota de mí, me pierdo en ellos más de una vez sin quererlo.

Echo de menos su pelo negro suelto, aunque este rubio teñido también le siente de maravilla. Pero todavía sueño con su melena ondulada cayendo por la espalda, con aquel vestido que dejaba ver su muslo casi hasta la cadera, ese que me dejó sin aliento cuando bajó del Aston Martin.

Echo de menos… demasiadas cosas que no debería.

Cocinamos casi en silencio, roto solo por mis indicaciones y por algún comentario suyo.

La cena transcurre igual de callada, solo que esta vez ella no disimula su agrado. Es más: juraría que lo exagera a propósito, disfrutando cada bocado gimiendo de placer, solo para torturarme.

Y lo consigue.

Porque es una tortura tan dulce como el postre con el que terminamos esta especie de tregua.

Al acabar, me ayuda a recoger. En silencio. Sin rozarnos. Con una distancia que ella se encarga de dejar bien clara.

Pero llega la hora de retirarnos a nuestras habitaciones, y con ello, nuestro ritual.

—Yo misma lo haré esta noche —me comunica, extendiendo la mano para que le dé las esposas.

Se las paso. Ella las toma con la punta de los dedos, dejando claro que no quiere ni que la roce, y el caso es que la entiendo. Demasiado bien.

Encaja un extremo en el mismo barrote de siempre y, cuando va a ajustar el otro en su muñeca, se queda quieta pensando.

—¿Sabes lo que te digo? —me pregunta ladeando la cabeza, con una expresión desafiante y altiva—. No pienso esposarme a mí misma. No voy a darte esa satisfacción. Si quieres que duerma así, tendrás que hacerlo tú.

Por supuesto.

La paz y las buenas palabras terminan justo cuando su estómago está lleno.

Me acerco despacio mientras ella me tiende el extremo de la esposa. Me mira. No sé qué expresión tiene exactamente, pero su mirada me atrapa por completo, dejándome en ese punto intermedio entre la duda, la flaqueza y algo que no debería sentir.

Y en ese instante, mientras me inclino para tomar la esposa, ella me atrapa del brazo.

No me da tiempo a reaccionar.

Hace un giro rápido, certero, lleno de mala idea y completamente premeditado.

Oigo el clic metálico antes de darme cuenta de lo que ha sucedido porque la esposa no está cerrándose en su muñeca, no. Se está cerrando en la mía, y antes de que pueda procesarlo del todo, me veo esposado al cabecero de su cama.

—Charlie, ¿qué coño estás haciendo? —exclamo, sorprendido—. No tiene nada de gracioso. Suéltame.

Ella retrocede un par de pasos, levantando las manos como si no tuviera nada que ver, con una sonrisa que me dice que lleva

planeando esto más tiempo del que quiero admitir.

Y mientras tiro de la muñeca sin éxito, ella me observa: triunfante, provocadora, peligrosamente satisfecha.

Intento otra vez liberarme, un tirón inútil, más reflejo que intención real mientras ella niega con una sonrisa maliciosa.

—No hagas eso, te harás daño, créeme —dice cruzándose de brazos, perfectamente divertida—. Y será mejor que te pongas cómodo.

Me siento al borde de la cama, el brazo esposado en alto, apoyado en los barrotes, mientras con la mano libre me froto la cara en un gesto desesperado que no consigo ocultar.

Charlie sigue de pie frente a mí. La sonrisa que llevaba desde que me ha atrapado se va borrando. La expresión de «te gané, y ¿ahora qué?» desaparece por completo. Se queda mirándome en silencio, seria, con un brillo nuevo en los ojos.

—Siéntate bien, Lukas. Tenemos que hablar.

Su tono no deja margen ni a la duda ni a la discusión. No hay un universo en el que yo pueda negarme.

Me enderezo contra el cabecero, quedando sentado con la espalda apoyada en los barrotes, las piernas semiabiertas sobre la cama y el brazo esposado en alto.

—Por favor, Charlie… —Mi voz suena más tensa de lo que quisiera—. Quítame las esposas. Estoy aquí para protegerte, y así no voy a poder hacerlo. Dime dónde quieres ir y lo respetaré, te lo juro, pero suéltame. Las llaves están en mi…

—¿Quién ha dicho que quiera ir a algún lado?

No tengo tiempo de reaccionar, porque Charlie da un paso decidido y luego otro.

Me toma del pelo con suavidad, pero con una intención que me deja sin aire, y me obliga a levantar la cabeza con un tirón firme. Su boca cae sobre la mía antes de que pueda procesarlo.

Me está besando, joder.

Y me sorprende tanto que mi cuerpo se queda suspendido, atrapado entre la orden de no moverme y el impulso de acercarla más. Mis labios, sin embargo, reaccionan solos. Siguen el ritmo que ella marca, obedientes, entregados, y esa es la única orden que mi cuerpo parece recordar cómo ejecutar.

Se aparta de golpe.

Ella se lame los labios mientras me mira desde arriba con una intensidad que me perfora el pecho.

—Creo que te debía esto, ¿no? —susurra—. O más bien… me lo debías tú a mí.

Si ya estaba fuera de juego, lo que hace después me remata.

Charlie da un paso hacia la cama. Otro más y finalmente, se instala entre mis piernas, moviéndose lenta y deliberadamente sobre mí.

Encaja su cuerpo entre mis muslos, como si ese hubiera sido siempre su sitio.

Yo sigo apoyado contra el cabecero, con las piernas extendidas en la cama, atrapado entre la firmeza del metal de las esposas y la calidez de su cuerpo rodeando el mío.

Apoya las manos en mis hombros, inclinándose lo justo como para que su respiración choque contra la mía.

Es en ese momento, justo ahí, es cuando mi corazón decide dejar de obedecerme.

CAPÍTULO 23

CHARLIE

Sé que Lukas cree que todo esto ha sido premeditado. Que mientras a él le ahogaba la culpa en su habitación por haberme besado sin permiso, por haber traicionado sus normas, sus códigos, sus juramentos y toda esa ética profesional que lleva tatuada en la piel, yo estaba tramando algo.

Pero no.

Nada de esto nace de un plan ni viene de la cabeza; surge de mucho más abajo, de un lugar que no sabría señalar ni aunque me dieran un mapa de mí misma.

No he planeado esposarlo a mi cama, ni aprovecharme de que ha bajado la guardia. Tampoco me he aprovechado de esa vulnerabilidad que le tiembla en los ojos cada vez que cree haber cometido un crimen moral, o no haber actuado exactamente como se espera de él.

Esto ha sido puro instinto, un reflejo. Una reacción al verlo desplomarse en la culpa mientras yo todavía tenía el sabor de su boca en la mía. Porque por mucho que haya repetido «lo siento», por mucho que me haya jurado que no volverá a pasar, mis labios siguen recordando los suyos. Y la idea de jamás… Dios, «jamás» es una palabra muy pesada. Muy dramática y también muy inútil.

En este caso, su «jamás» ha durado exactamente un par de horas.

Besar a Lukas puede que se convierta en una droga para mí y, sinceramente, no estoy segura de querer desengancharme.

—Charlie… —suspira contra mi boca, sin alejarse del todo—. Esto… esto no creo que sea buena idea.

En cuanto termina de decirlo, su boca vuelve a buscar la mía como si su cuerpo no hubiera recibido la orden de lo que acaba de pronunciar. Está ansioso, nervioso… y definitivamente excitado; lo siento entre mis piernas, firme, duro y sin posibilidad de esconderlo.

—Has empezado tú —le recuerdo, ajustando mi cadera sobre él —. ¿Lo recuerdas?

Y el sonido que suelta, contenido y profundo, me recorre toda la maldita columna.

Tenerlo así, esposado, me da un poder que nunca he tenido, y maldita sea… es tan nuevo como adictivo.

—Sí —admite—, y yo…

—Antes de que digas nada —lo interrumpo rozando su boca con mi dedo índice—. Si vuelves a decir que lo sientes o que no volverás a besarme jamás, me levanto, te suelto y te prometo que cumpliré tu «jamás» mejor que tú.

—Charlie… no es tan sencillo.

—¿Eso crees? —le desafío inclinándome más—. Dime, Lukas, ¿qué es tan complicado? Pero piensa bien lo que vas a decir.

Sé reconocer un farol cuando lo tengo delante. He visto a suficientes hombres jugarse su fortuna, incluso la vida, con ese gesto de seguridad falsa como para saber cuándo alguien miente… y cuándo está a punto de rendirse. Y él no podría engañar ni a un niño. Sus pupilas dilatadas, su respiración desordenada, la mano que aprieta mi culo con una necesidad que lo traiciona… su cuerpo lo confiesa todo. Noto cada detalle, cada músculo, cada intento fallido de autocontrol.

—Yo… —exhala, rendido—. Bésame, joder.

—¿Eso es una orden, agente? —sonrío con descaro.

Me muevo sobre él, despacio, acomodándome mejor entre sus piernas, frotando la humedad de mis bragas con su erección. Sus dedos se hunden en mi piel mientras aprieta los ojos, tratando de aferrarse a un control que ya no posee.

—Mírame, Lukas —susurro.

Le tomo la cara entre mis manos y él abre los ojos lentamente, como si cada párpado pesara una tonelada.

—¿Me estás ordenando que te bese… o me lo estás suplicando?

Acerco mi boca a la suya hasta que solo un mínimo gesto bastaría para unirnos. Son centímetros, apenas un suspiro de distancia. Compartimos el aire, el calor, el ritmo irregular de la respiración del otro.

Él podría inclinarse. Podría rendirse. Pero sigue peleando contra ese maldito código ético que se le mete entre los huesos y le envenena cada impulso.

—Lukas… por favor —le insisto—. Háblame.

No sé qué espero que diga, pero lo que escucho no es la respuesta que había imaginado. Me desarma y, al mismo tiempo, me enciende.

—Dímelo tú —susurra con voz baja, grave y *sexy*—. ¿Quieres que te suplique… o prefieres que te lo ordene?

Una pregunta así podría tener mil respuestas. Podría decirle que depende del día, del humor, de si he discutido con mi madre, de si me siento sola, cabreada o rota. Dependería de muchas cosas… pero ahora mismo, en este instante, con su voz grave, sus labios húmedos y su polla firme y dura entre mis piernas, la pregunta me calienta más de lo que me gustaría admitir en voz alta.

Me da igual cómo lo quiera. Si me suplica o me ordena. Si me esposa a la cama o me inmoviliza contra la pared. Me da igual todo excepto su boca.

No respondo.

No pienso responder.

Me lanzo a sus labios, directa, hambrienta, sin espacio para dudas. Ya habrá tiempo en este encierro para decidir si lo prefiero rogando… o dándome órdenes mientras me vuelve a esposar a la cama.

Me separo apenas unos centímetros de su boca, lo justo para verlo respirar hondo, para sentir cómo su pecho sube y desciende bajo mis manos. Sus ojos siguen a los míos con esa mezcla imposible de control y rendición, y tengo la certeza de que está a punto de romper todas sus reglas a la vez.

Me incorporo lentamente, deslizándome sobre él, notando cómo todo su cuerpo se tensa bajo el mío. Mis dedos recorren la línea de su abdomen, ese que he apreciado cada mañana cuando hacía ejercicio, ese que he visto tensarse en la piscina. Lo hago despacio, descendiendo con una intención que no necesita palabras, sin dejar de mirarlo a los ojos. Lukas contiene el aire, como si cada movimiento mío fuera una orden silenciosa.

—Charlie… —murmura.

Pero su voz ya no suena a protesta. Suena a deseo contenido, a un hombre atrapado entre lo que cree que debe hacer y lo que ya no puede evitar hacer.

Sonrío, lenta, segura, porque sé exactamente qué parte de él acabo de desarmar.

Mis manos llegan a la cintura de sus pantalones cortos y sus caderas responden al instante. Entonces paro justo en ese lugar que

no acepta marcha atrás ni arrepentimientos. Es un punto sin retorno y lo sé desde el mismo instante que me senté encima de él.

—¿Sigo? —pregunto.

Lo veo debatirse en una especie de lucha consigo mismo. Una en la que el deseo tiene las armas más fuertes y el honor a su lado es un simple juguete roto.

Mira hacia abajo, justo donde mi mano descansa en su abdomen y mis dedos juegan con el elástico del pantalón. Es solo un paso. Uno más.

—Lukas, dime qué quieres que haga —insisto.

Su respuesta llega en forma de rendición cuando junta nuestros labios de nuevo cogiéndome con su mano libre de la nuca.

—No pares ahora.

No necesito más palabras.

Deslizo los dedos bajo la tela, despacio, acariciando cada centímetro de su polla, dura y caliente. Lukas aprieta los dientes y cierra los ojos, sus manos buscan mi cuerpo con un instinto que él mismo no puede reprimir.

—Mírame —le digo.

Y lo hace.

Como si no pudiera mirar otra cosa.

Tiro suavemente de la tela, liberándolo y sintiendo cómo su respiración se desordena al ritmo de mis movimientos. Me acomodo de nuevo sobre él, despacio, alineando mi cuerpo con el suyo.

Todo es lento, tan lento que cada roce es una tortura y cada beso, el anticipo perfecto a lo que más deseamos.

Su mano baja de mi nuca hasta la cintura para apretarla, guiándome sin atreverse a mandar del todo, y esa duda, esa forma de tocarme, me excita todavía más.

Me inclino y rozo sus labios con mi lengua en una caricia húmeda, cargada de intenciones. Una muy *sexy*.

—Quiero sentirte —susurro contra su boca—. Quiero tenerte dentro de mí.

Él exhala como si la única respuesta posible fuera rendirse.

Y entonces dejo que mi cuerpo hable por mí.

Lento y sensual.

Su gemido llena la habitación cuando por fin me hundo hasta el fondo. Noto cada centímetro llenándome lentamente.

Él está duro, yo mojada, y ambos estamos todavía casi vestidos.

Arqueo la espalda, me acomodo, busco la mejor postura, el ángulo perfecto. En esta cama ahora mando yo, marco el ritmo y él solo puede aferrarse al barrote con una mano y a mi muslo con la otra.

—Charlie… —susurra en mi cuello—, quítate el vestido.

Tomo aire, intento concentrarme, agarrarme a algo que pueda sostenerme, porque tenerlo así, dentro de mí, estirándome, parece que me haya paralizado.

Me muevo despacio para ajustar la postura y él suspira al notarlo. Estoy tan excitada que sé que podría correrme en solo segundos. Pero me detengo un instante, respirando hondo, con él dentro de mí.

Llevo las manos al bajo del vestido y lo levanto, despacio, hasta sacarlo por encima de mi cabeza. Lo dejo caer a un lado, sin mirarlo siquiera, sin apartar la vista de él porque sus ojos están fijos en mí,

siguiéndome cada gesto, cada movimiento, como si fuera la primera vez que me ve. Se lame los labios, y no necesito preguntarle qué desea; lo supe mucho antes de que todo esto empezara a suceder.

Lo sé desde el día en que me detuvo conduciendo el Aston Martin y sus ojos recorrieron mi cuerpo con cero profesionalidad y nada de contención.

Y ahora está aquí, esposado a mi cama, con asiento de primera clase y entrada VIP.

Me desabrocho el sujetador y lo dejo caer junto al vestido. No llego a apartarlo del todo cuando siento sus labios buscarme desesperados por rozar mi piel, por encontrar mis pechos. Su boca se cierra sobre mí suave y húmeda. Su lengua traza círculos lentos, pacientes, y yo me muevo al compás que él marca con cada caricia, dejando que nuestros ritmos se unan. Es como un baile perfectamente sincronizado.

Si es capaz de provocarme todo esto con una sola mano y con el cuerpo limitado por las esposas, no quiero imaginar todavía lo que podría hacer con las dos y tomando el control él.

Pero eso será en otro momento.

Porque ahora, quien tiene el control soy yo.

Por esta vez no pienso dejar que nadie me diga qué hacer, cuándo entrar o cuándo salir de ningún sitio. Esta vez soy yo quien marca el paso.

Me muevo sobre él, subo y bajo con un ritmo que se vuelve más firme, más seguro, más nuestro. Cada vez que cambio el ángulo, él suelta un suspiro más profundo, y no sé si los gemidos que llenan la habitación son suyos o míos. Todo se mezcla cuando me inclino hacia adelante, le tomo del pelo y acerco mi boca a la suya sin detener mis movimientos.

Desahogo en él todo el estrés, la rabia, la tensión que he arrastrado durante demasiado tiempo… pero sé que no es solo eso.

Porque no es solo sexo cuando lo miro a los ojos.

No es solo sexo cuando escucho cómo pronuncia mi nombre como si fuera algo que le duele y le salva al mismo tiempo.

Y tampoco es solo sexo cuando me descubro queriendo que esto dure, que no acabe todavía.

—Eres demasiado *sexy*… —murmura cuando libero un instante sus labios.

No necesito que nadie me halague. Nunca lo he necesitado. Nunca me ha importado. Pero escucharlo de él, de su voz grave, de su boca aún húmeda por mis besos, me enciende más que cualquier otra cosa.

¿Por qué? ¿Por qué él?

—Joder, Lukas… —gimo contra su cuello, sintiendo cómo me deshago por dentro—. Creo que voy a…

Su respiración se acelera a juego con la mía. Siento cada tensión de su cuerpo bajo el mío, cada temblor contenido. El calor sube, se vuelve insoportable, delicioso, inevitable. Me muevo más rápido, siguiendo un ritmo que ya no controlo del todo, que simplemente sucede.

—Y yo… —responde él, aferrándose a mí como si me necesitara para respirar.

Su cuerpo se tensa al mismo tiempo que el mío tiembla sobre el suyo. No hace falta que diga nada más; lo siento en su respiración, en la forma en que me aprieta la cintura, en cómo me busca incluso sin poder mover la muñeca esposada.

Me dejo caer sobre su pecho, respirando contra su clavícula mientras su corazón golpea tan fuerte que lo siento en mi propia

piel. Él baja la mano por mi espalda, lenta, temblorosa, sin creerse todavía lo que acaba de pasar.

Nos quedamos así, pegados, sin movernos, sin hablar.

Por un momento, no sé si estoy tratando de recuperar el aliento o de no perderlo nunca más.

—Charlie… —susurra, en un sonido casi inaudible.

Levanto la cabeza y lo miro. Sus pupilas siguen dilatadas, su boca entreabierta… y hay algo nuevo en su expresión, algo que no sé nombrar, pero que me rompe por dentro de la forma más absurda y maravillosa.

Le aparto un mechón de la frente y apoyo mi mano en su pecho, justo sobre ese corazón que sigue latiendo como si corriera una carrera solo por mí.

—No digas nada —murmuro.

Y, por primera vez, desde que vinimos a esta casa, no siento la necesidad de escapar.

CAPÍTULO 24

LUKAS

Me despierta el canto de los pájaros, el rumor suave de la mañana, los rayos de sol colándose por la ventana y calentándome la piel de forma deliciosa. Me despierta el corazón tan ancho que no me cabe en el pecho, el aroma a lavanda y coco que flota entre las sábanas.

Me despierta la sensación embriagadora de… felicidad.

Pero la realidad es menos poética: lo que me ha despertado es el hormigueo de la mano que aún tengo esposada y unas ganas terribles de ir al baño.

Y, aun así, no me muevo.

Porque el cuerpo desnudo de Charlie está enredado con el mío, abrazándome con un abandono tan completo que me deja sin aire. Ella es el calor sobre mi pecho, el aroma que respiro, la razón exacta por la que todo me parece distinto esta mañana.

Verla dormir así, con sus piernas entrelazadas con las mías, la mejilla apoyada en mi clavícula, podría convertirse en mi nuevo pasatiempo favorito. Uno de esos que te hacen perder la noción del tiempo y te vuelven cursi sin remedio.

Así que, aunque mi mano esté medio dormida y mi vejiga rogando por aliviarse desesperadamente, me quedo quieto. Hipnotizado.

Mientras respira profundamente, mi mirada se desliza hacia la cicatriz de su costado. No queda rastro del balazo en su hombro… pero esta herida sí permanece. Paso los dedos por ella, suave, casi

sin tocar. Charlie se estira contra mí con una sensualidad que me apaga cualquier pensamiento coherente. Antes incluso de abrir los ojos, sonríe.

Y quiero creer con todo el alma que es porque se ha despertado con el recuerdo de todo lo sucedido anoche y sabe quién la está abrazando.

—Buenos días —murmura, dejando un beso cálido en mi pecho.

—Buenos días, preciosa —respondo sin pensar.

El apelativo me sale solo. Ni lo filtro ni lo proceso. Simplemente… sucede.

—Preciosa no creo —protesta escondiéndose bajo la sábana—. Debo estar horrible.

—Eso es imposible.

Asoma un solo ojo para mirarme y, aun así, puedo ver su sonrisa completa. Sus ojos —tan expresivos que no hace falta ver más que uno— dicen más que cualquier frase.

Su mano baja por mi pecho, acaricia mi abdomen y yo me tenso por completo. Doy un pequeño bote involuntario cuando su mano sigue descendiendo bajo la sábana.

—Vaya… —dice con una media sonrisa—. Veo que te has despertado preparado para el combate, vaquero, ¿verdad?

—Bueno… verás… yo siempre estaré preparado para eso, pero ahora mismo…

—¿Qué? —pregunta besándome el cuello y acariciando más abajo, sin piedad.

—Charlie… para. En serio. Necesito… —Levanto la mano esposada—. Es urgente que vaya al baño.

—¡Ay, por favor! —exclama apartándose de golpe—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

Sale de la cama completamente desnuda y se planta frente a mí sin un ápice de vergüenza.

—¿Dónde está la llave?

Mi capacidad para formar frases coherentes desaparece por completo. No sé si es por el apuro… o porque verla así, en medio de la habitación, me deja sin habla.

—Lukas. La llave —insiste.

—Sí… en la mesita, segundo cajón… debajo de una… —gesticulo torpemente— de una libreta azul.

Ni siquiera sé si he respirado mientras lo decía.

Ella sale corriendo hacia la otra habitación, completamente desnuda y, durante un segundo, me olvido incluso de respirar. No sé qué me desconcierta más: la urgencia… o verla así, cruzando el espacio con esa naturalidad, con esa perfección, con la luz de la mañana proyectándose sobre su cuerpo. Es una imagen que sé, con absoluta certeza, que no voy a olvidar jamás.

Vuelve con las llaves y me libera. En cuanto recupero la movilidad, ella se incorpora. Me quedo mirándola un instante, todavía aturdido por todo lo que ha pasado.

Llevo una mano a su rostro, la acaricio con el pulgar y rozo sus labios con un beso breve, suave, inevitable… antes de salir disparado hacia el baño.

Cuando por fin alivio la vejiga, saco la cabeza por la puerta y le aviso de que voy a ducharme.

A los pocos minutos, entra sin tocar, sin avisar, como si esta fuera su casa y ella estuviera al mando de todo.

Y la verdad, ¿para qué voy a negarlo? Lo está y yo no pienso quejarme.

Se mete en la ducha conmigo sin pedir permiso y solo puedo quedarme mirándola, con la boca entreabierta y una sonrisa que no puedo contener.

—Uy… perdona —dice fingiendo una inocencia que no tiene en absoluto—. ¿Te importa si me ducho contigo? Es por ahorrar agua.

Si no la conociera, si no supiera cómo es el noventa por ciento del tiempo, quizá me creería su actuación. Porque Charlie actúa demasiado bien cuando quiere, y nunca sabes cuando está hablando en serio o haciendo la representación de su vida.

En cuanto el agua nos empapa a los dos, la beso contra el cristal. Nuestros besos bajo el agua no se parecen en nada a los de anoche. No hay tensión contenida. No hay esa urgencia rabiosa No hay miedo a estropear nada.

Estos besos son otra cosa: no exploran, no tantean, no dudan.

Fluyen perfectos y parece que nuestras bocas se conozcan de toda la vida.

Reímos cuando el agua nos cae en los ojos, cuando la espalda entra en contacto con los azulejos helados. Reímos cuando la excitación se mezcla con el juego y el deseo se vuelve complicidad pura.

Hasta que cambia.

Hasta que la situación deja de ser ligera… y se vuelve más seria, más profunda y pasa lo inevitable.

La tomo de los muslos y la alzo contra mí, su espalda apoyada en la pared. Mi sexo contra el suyo, rozándonos desesperados. El control es mío por un instante, el mando es mío, hasta que la

realidad me atraviesa de golpe y me detengo, con los ojos muy abiertos ante lo que acabo de recordar.

—Mierda, no…

La bajo con cuidado y la dejo de nuevo en el suelo. El agua cae entre nosotros como un telón. Ella me mira, desconcertada.

—¿Qué pasa?

—Charlie… anoche…

—¿Qué?

—Anoche no usamos protección y yo… no tengo condones.

—¿Cómo vienes sin condones?

—¿Qué? ¡Pues porque no pensaba que esto iba a suceder! Además, no… no sé, ¿por qué tendría que traer…?

Ella se ríe, se alza sobre las puntas de los pies y me deja un beso suave en los labios. Luego me muerde el inferior con suavidad, haciendo que la escena tenga un remate perfecto.

—Tomo la píldora, Lukas. Ese perímetro está cubierto, agente.

Su lengua lame justo el lugar donde me ha mordido, sensual e hipnótica.

Su sonrisa me enciende y, al mismo tiempo, me ancla al suelo, me eleva al cielo y me desarma.

Pero es que hay algo más.

Algo que no esperaba sentir, que me golpea en el pecho de lleno. Porque todo lo que dice, todo lo que hace, enciende no solo mi deseo, sino un lugar de mi corazón que creía apagado para siempre.

Me agacho dejando besos en sus hombros, en sus pechos hasta llegar a su vientre. Es perfecto y lo acaricio con mi boca desde el centro hasta el costado, allí donde la cicatriz descansa.

Entonces, sin avisar, sus tripas suenan rugiendo de hambre.

—¿En serio? —le pregunto desde abajo alzando una ceja— ¿Se puede saber qué tipo de metabolismo tienes que hace que suenen así tus tripas?

Ella se encoge de hombros divertida.

Me levanto y cierro el grifo.

—Anda, vamos a desayunar algo.

Ella me coge de la mano y me detiene.

—Ni se te ocurra salir de esta ducha sin follarme, agente Ravenshart —dice entornando los ojos—. Es una orden.

No replico, no discuto. La giro con firmeza, sus manos apoyadas en la pared, el agua resbalando por su piel. Me acerco a su oído con la respiración entrecortada.

—Crees que lo tienes todo bajo control… ¿verdad?

Mis dedos se deslizan por sus costados, su espalda, sus caderas. Me acomodo detrás de ella, sujetándola con suavidad pero con firmeza.

—Voy a borrarte la sonrisa —susurro en su oído—. Y no vas a pensar en comer.

Bueno, eso solo es cierto a medias. No se acuerda del hambre que tiene hasta que se corre, deshecha en la ducha, conmigo detrás tomando un mando que ella me cede sin pelear demasiado. Y yo soy muy obediente. Sus deseos son órdenes. O sus órdenes son puro deseo. Las dos cosas me sirven.

Un rato después, estoy apoyado en la encimera viendo cómo devora la tercera tortita.

—El desayuno es la comida más importante del día —dice casi con solemnidad, antes de darle otro bocado.

—Cuando lo dije yo, me lo discutiste —le reprocho—. Me acuerdo perfectamente.

—Eso era porque me gustaba hacerte rabiar.

Me acerco a ella. Está sentada en uno de los taburetes altos, recostada contra la encimera, las piernas cruzadas, y trago saliva al darme cuenta de que todo en ella me provoca. Hasta los dedos de sus pies, pequeños y perfectos.

Le giro el taburete con suavidad, de manera que queda atrapada entre la encimera y mi cuerpo.

—No deberías hacerme rabiar —murmuro, intentando sonar lo más seductor posible.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué, agente? —Alza una ceja—. ¿Vas a detenerme? ¿A esposarme, quizá?

—Eres… eres…

Lo que quiero decirle es que es maravillosa, impresionante, fascinante y unas cuantas cosas más que ni sé cómo ordenar en una frase coherente. Pero todo eso se queda atascado en mi garganta justo en el momento en que llaman al timbre.

Los dos miramos hacia la puerta como si nos hubieran disparado una alarma interna.

El chip se me activa solo. Me enderezo, le hago un gesto de silencio llevándome un dedo a los labios y camino hacia la entrada para mirar por la mirilla.

Luego me giro hacia ella y le informo en voz baja:

—Son las vecinas.

Cuando abro, Lorraine y Debbie me recorren de arriba abajo sin el menor disimulo. No han pasado ni sesenta segundos cuando noto a Charlie a mi espalda, pegada a mí, ejerciendo de repente de mi guardaespaldas personal.

—Chicos, ¿no venís a daros un baño? —pregunta Lorraine, sonriendo.

—Sí, Philip y Daniel no paran de preguntar por vosotros —añade Debbie.

—Pues… no —me giro hacia Charlie, buscando apoyo, aprobación o lo que sea—. No pensábamos ir hoy, ¿verdad, Charlie?

—Sí, tenemos eso de… —empieza, y de pronto se le ilumina la cara con algo que a mí se me escapa—. Ah, sí, la barbacoa. Lukas, dije que iríamos y creo que tenemos que pagarle cincuenta dólares a… ¿Evelyn?

Las excusas empiezan a encadenarse. Ellas hablan de los planes del día, de los juegos, de la carne y la bebida que han comprado, y mientras tanto tengo la sensación de que Charlie y yo estamos en una burbuja aparte, donde solo existimos nosotros dos y todo lo que ha cambiado desde anoche.

Me habría gustado pasar este sábado solos, cocinando y haciendo el amor entre plato y plato.

¿He dicho *hacer el amor*?

Mierda.

Sí. Lo he dicho. Porque es exactamente lo que siento.

—Lukas —exclama Debbie, sacándome de mi fantasía—. ¿Entonces contamos contigo para el equipo?

—Por supuesto —responde Charlie antes de que pueda abrir la boca—. Es el mejor fichaje que vais a hacer.

Las dos se despiden entre risas, mientras yo miro a Charlie intentando descubrir qué demonios acabo de aceptar. Ella solo me dedica una sonrisa satisfecha, absolutamente consciente del poder que tiene sobre mí desde que abrí los ojos esta mañana.

El mini bikini que lleva hoy adquiere otra dimensión cuando sé exactamente lo que hay debajo.

Cuando lo he tocado.

Cuando la he tenido desnuda entre mis manos.

Y cuando, por primera vez, no está el baboso de Sebastian rondándola.

Sus padres comentan que el chico tenía un compromiso y que se ha ido a la ciudad con unos amigos. Charlie me mira levantando una ceja, con esa boca que se frunce cuando está juzgándome, y yo solo me encojo de hombros.

—Tendrás que decirme qué le dijiste exactamente para que desaparezca así —me susurra al oído mientras pasa a mi lado.

Quizá la miro un segundo más del necesario.

Quizá la deseo demasiado como para fingir que sigo interpretando el papel del hermano responsable.

Quizá me cuesta horrores no inclinarme y besarla allí mismo, delante de todos.

Así que hago lo único que se me ocurre para disimular.

La cojo en brazos en medio de sus quejas, la levanto con facilidad y, antes de que pueda reaccionar, la lanzo a la piscina. Ella

grita, chapotea, emerge indignada… y yo finjo una sonrisa de hermano mayor que quiere molestar a su hermana pequeña.

El problema es que, ni aun así, logro ocultar lo que mis ojos delatan sin permiso… y me doy cuenta de que va a ser condenadamente difícil, delante de todos esos vecinos, fingir que no quiero devorarla cada vez que la miro.

CAPÍTULO 25

CHARLIE

Mientras Harold y Evelyn vigilan las brasas, los demás nos metemos en la piscina para un improvisado —y sorprendentemente bien organizado— partido de waterpolo. Lorraine y Debbie han montado los equipos con una precisión milimétrica: ellas dos contra Melissa y yo. Ellas tienen a Philip; nosotras, a Daniel. Luego repartimos a los nietos de Evelyn y a los Davenport como si fueran pequeñas fichas estratégicas.

El marido de Melissa, en un alarde de «cortesía», decide borrarse del partido ahora que contamos con Lukas. Según él, así quedamos equilibrados.

Según nosotras… mucho mejor.

Porque, por primera vez desde que la conozco, Melissa parece divertirse sin tener a su marido pegado a la nuca, vigilándola, negándole cada comentario y apagándole la risa antes incluso de que salga.

Lukas hace de portero y es prácticamente inexpugnable. Su espalda ancha, sus brazos fuertes y ese pecho perfecto hacen las delicias de las dos vecinas, que se lo comen con los ojos y aprovechan cualquier mínimo triunfo para lanzarse sobre él, rodearlo con los brazos y celebrar el gol pegándose más de lo necesario.

Son tan descaradas que, en más de una ocasión, lo veo mirarme de reojo, incómodo, buscando mi reacción, mi aprobación o mi permiso. Philip y Daniel tampoco se quedan atrás: bromean con él, le manosean el bíceps, le sueltan comentarios sobre «lo bien que le quedan las horas de gimnasio».

Al caer la tarde, después de acabar con la carne y casi con las existencias de la nevera portátil, el grupo se divide en dos.

Por un lado, los Davenport —ajenos por completo a que Lukas es el responsable de que su hijo Sebastian haya decidido no dar señales de vida— se lo llevan junto a Philip y el marido de Melissa para que les ayude a cargar unas mesas plegables y una nevera que, según dicen, necesitan bajar de su casa.

Nosotras nos quedamos con Evelyn, recogiendo platos y vasos de plástico, intentando dejar el jardín lo más decente posible. Daniel se queda también, ayudando a limpiar, con ese aire suyo entre atento y cotilla profesional.

—Parece que tu hermano y tú habéis hecho las paces esta semana, ¿no? —comenta Debbie, como quien no quiere la cosa, mientras apila platos—. Se os ha visto más… unidos. Y a Lukas mucho más relajado.

La frase me pilla completamente a contrapié. Siento cómo se me encoge el estómago. Hay algo en su tono que no suena a comentario inocente, sino a prueba. A globo sonda.

Melissa deja de secar un vaso y levanta un poco la cabeza, disimulando pero claramente a la espera también de mi respuesta. Daniel, por su parte, se limita a observar en silencio, con una media sonrisa curiosa que no sé si me tranquiliza o me pone más nerviosa.

Tengo la sensación de que han hablado de nosotros, de que las dudas que Melissa tuvo la semana pasada no se han evaporado, solo han encontrado terreno fértil para crecer a base de miradas, gestos y silencios compartidos.

El problema es que yo siempre he sido buena actriz cuando algo no me importa demasiado. Pero hablar de Lukas… duele un poco más. Y se me nota.

—Pues sí que lo está, ¿verdad? —respondo esforzando una sonrisa y haciendo un gesto vago con la mano—. Ya sabéis cómo son los hermanos mayores. Es un poco protector, pero ahora que ha visto que no hay peligro… pues se ha relajado, como has dicho.

—¿Peligro? —pregunta Melissa, frunciendo el ceño—. ¿Por qué iba a haber peligro aquí?

—No me refiero a «peligro» en el sentido literal —improviso, sintiendo el calor subir por mi cuello—. Quiero decir que… desde que murieron nuestros padres, Lukas casi ha sido más eso que un hermano mayor. Padre, madre y guardaespaldas, todo en uno. Le cuesta soltar el control.

—Claro… —murmura Daniel, dejando un vaso sobre la mesa con cuidado—. Cuando pierdes a tus padres tan joven, a veces te agarras demasiado fuerte a lo que te queda.

Lo dice de forma amable, pero sus ojos me examinan con un matiz que me hace tragar saliva.

Debbie asiente, pensativa.

—Aun así, hay algo distinto en él —añade, como si hablara consigo misma—. Se le ve menos tenso. Más… contento.

—Estaréis bien aquí —puntualiza Evelyn con cariño—. Este sitio es bueno para eso. Para respirar un poco.

Yo asiento, pero apenas escucho el final de la frase.

El silencio que sigue no es incómodo para ellos, pero a mí se me pega a la piel. Tengo la sensación de que todos están procesando algo que no me dicen en voz alta, mientras yo solo puedo mirar, una y otra vez, hacia la casa de los Davenport, esperando ver aparecer a Lukas cuanto antes.

Porque, por primera vez desde que llegamos a la urbanización, no quiero estar con más gente.

Quiero esconderme de ellos, y quiero hacerlo con él.

Cuando lo veo aparecer, sonriendo del brazo de Philip, siento que se me abre el cielo. Nos despedimos con la promesa de repetirlo la semana siguiente, aunque yo solo espero que, para entonces, ya no sigamos atrapados aquí.

En cuanto cruzamos la puerta de casa, me giro hacia él:

—He tenido una charla interesante con las vecinas.

Lukas ni siquiera intenta responder. Solo deja escapar un «mmm» ahogado, con la boca pegada a mi cuello y su lengua rozando el punto exacto donde late mi pulso.

Me arrincona contra la pared, sus manos ascendiendo por mis muslos mientras no deja de besarme, de dibujarme la piel con la boca, de hacerme olvidar todo lo que quería decirle.

—Lukas… —suspiro—, creo que…

—Dime, preciosa —murmura de nuevo contra mi garganta, su voz tan *sexy* que hace que me tiemblen las piernas.

Podría hablar, claro que podría… si no fuera porque su mano se desliza ahora por el interior de mis muslos y ese simple gesto me incendia la piel. Me corta la respiración. Me borra las ideas.

Tengo que decirlo ya, antes de que se me olvide hasta mi nombre:

—Las vecinas sospechan.

Lukas se aparta de golpe, como si acabaran de echarle un cubo de agua helada. Y es una maldita tragedia, porque llevo toda la tarde imaginando sus manos sobre mí, esperando este momento… y ahora lo arruino por abrir la boca.

—¿Qué te han dicho? —pregunta, ya en modo policía.

Le explico lo justo de la conversación, pero su expresión cambia de inmediato.

Desaparece *Lukas-el-hombre*, y emerge *Lukas-el-agente*, con ese porte rígido, esos hombros tensos y la mandíbula apretada.

Empieza a caminar de un lado a otro, murmurando para sí mismo, castigándose por haber bajado la guardia, por haber descuidado la misión, repitiendo esa mierda de reglas que él idolatra y que yo detesto.

Y lo peor es que ese detalle estúpido, ese comentario de Debbie, parece ocupar ahora todo su cerebro.

Las manos que hace un minuto subían por mis piernas, los besos que me derretían el cuello, las miradas que me dejaban sin aire… Todo eso pasa a un segundo plano.

Y me duele más de lo que quiero admitir.

El resto de la tarde avanza envuelto en una calma extraña, una mezcla incómoda entre la tensión que ha despertado la sospecha de las vecinas y todo lo que había entre nosotros justo antes de que yo lo mencionara. Lukas sigue moviéndose por la casa pensando demasiado, y aunque intento no prestarle atención, mi cuerpo recuerda sus manos en mi piel mucho mejor que mi cabeza recuerda sus paranoias de policía. Preparar la cena juntos es un ejercicio de autocontrol: sus dedos rozan los míos, nuestras miradas se cruzan más tiempo del que deberían, pero ninguno dice nada.

Cuando dejamos la cocina en orden y nos encaminamos al baño, todo se vuelve extraño. Familiar… pero nuevo.

Cada uno sigue su pequeño ritual nocturno.

Él se lava los dientes con esa meticulosidad de policía que nunca abandona; yo me cepillo el pelo, todavía un poco húmedo de la piscina y, aun así, no dejamos de buscarnos en el espejo.

No hablamos. No preguntamos. Pero nuestras miradas se cruzan una y otra vez en ese cristal, esperando que el otro diga algo primero.

Hay una tensión distinta. Un «¿y ahora qué?» que ninguno se atreve a formular en voz alta.

En el pasillo, se detiene frente a la puerta de mi habitación. Parece a punto de decir algo, pero se queda ahí, con la mano en el marco, como si no supiera si entrar, si despedirse o si huir a su cuarto y fingir que todo esto no está pasando.

—¿No me vas a preguntar si voy a escapar? —digo, apoyándome en el quicio de la puerta.

Él me mira intentando descifrar si hablo en serio, si es otra de mis actuaciones o si sigo molesta por lo de antes.

—He supuesto que no —responde al fin.

—Sé que no nos conocemos desde hace tanto, Lukas, pero pensaba que te había quedado claro que conmigo no deberías suponer nada.

El silencio cae entre nosotros y solo se escucha su respiración y la mía, chocando en mitad del pasillo.

—Entonces… —traga saliva—. ¿Vas a escapar?

Me acerco hasta quedar muy cerca de su boca, tengo que ponerme ligeramente de puntillas. Le cojo la mano, entrelazo nuestros dedos y le susurro:

—Será mejor que no te arriesgues… y me esposes a la cama.

Parece que mis palabras desactiven su modo policía en el acto.

Lukas coge las esposas, que todavía están sobre la mesita, justo donde las dejamos anoche. Me las coloca con una precisión que

debería asustarme, pero el *clic* que las cierra suena distinto esta vez. No hay dureza. No hay obligación. No hay órdenes.

Si antes me hacía sentir atrapada, encerrada y presa, ahora me hace sentir libre. Tumbada en la cama, Lukas parece dispuesto a ofrecerme un espectáculo privado. Se quita la camiseta sin apartar los ojos de mí. Lo he visto en bañador todo el día, pero este gesto tiene otro idioma. Uno íntimo. Uno que conozco en la piel, no en la imaginación.

Sube a la cama entrando por los pies, acercándose con esa lentitud que no es torpeza: es intención. Avanza como un depredador que elige cómo, cuándo y dónde tocar… y yo, tumbada, soy su objetivo voluntario. Su presa feliz. No tengo ninguna intención de huir ni fingir resistencia.

Lentamente, me quita el pantalón corto, sus manos recorriendo mis piernas con una mezcla imposible de devoción y ternura. Es una caricia que promete mucho más, una advertencia suave de la tortura deliciosa que está por venir.

Luego desliza el tanga, ese trozo mínimo de tela, con una delicadeza que me desarma. Quedo expuesta a su mirada, completamente suya, y él me observa como si se estuviera aprendiendo mi cuerpo de memoria. Centímetro a centímetro. Curva a curva.

Se inclina. Comienza a besar mis piernas, desde los talones hasta las rodillas, lento, calculado, reverente. Cada beso sube un poco más. Cada roce promete un destino. Me estremezco, ya sabiendo lo que me espera. Y, por instinto, tiro de las esposas, buscando tocarle, necesitándolo cerca, deseando cerrar mis manos en su piel aunque no pueda.

Sus labios suben por mis piernas con lentitud memorizando cada pedazo de piel a base de humedad y calor. Siento su aliento rozarme la piel y me arqueo con un gesto involuntario, buscando

más de él, queriendo hundir mis dedos en su cabello, guiarlo, pedirle sin palabras que no se detenga.

Pero él no acelera. Lo hace a su ritmo. Con extrema lentitud.

Y sabe exactamente lo que está provocando. Lo percibo en la manera en la que su mano se desliza por la parte interior de mi muslo, firme, segura, tomando como suyo cada centímetro de mi piel. Su boca avanza despacio, dibujando un camino que me enciende desde dentro y que es una tortura perfecta.

Mi respiración se vuelve irregular. Mi pecho sube y baja como si hubiera corrido una maratón, aunque lo único que he hecho es dejar que él me toque. Que él me descubra.

Y joder, lo hace demasiado bien.

Cuando llega al punto donde mi cuerpo empieza a temblar sin permiso, no hace lo que espero. Todavía no. Se detiene. Apoya la frente en mi vientre, cierra los ojos… y su exhalación profunda eriza toda mi piel.

—Dios, Charlie… —murmura, casi más para sí mismo.

Su voz es tan grave, tan cargada de deseo, que siento una corriente eléctrica atravesarme de arriba a abajo.

Levanta la cabeza y me mira. Sus ojos parecen estar pidiendo permiso pero, al mismo tiempo, me reclaman, y su mirada me desnuda más que sus manos, más que sus labios. Es una mezcla peligrosa de adoración y dominio.

Y cuando vuelve a bajar—muy despacio, torturándome un poco más— mi cuerpo se tensa anticipándose a lo inevitable, al momento exacto en que va a dejar de ser suave… y va a convertirse en todo lo que llevo horas deseando.

Notar su boca allí, centrada en mí, es demasiado. Mis caderas se elevan buscándolo, pidiendo más. Las muñecas tiran contra el metal

de las esposas, porque mi cuerpo entero quiere tocarlo, aferrarse a él.

Empieza jugando, probando mi paciencia, mi resistencia, mi cordura. Y cuando por fin decide apiadarse de mí, deja de torturarme y se entrega de lleno. Mis gemidos llenan la habitación y se mezclan con los sonidos húmedos de su boca, lamiendo, chupando y empujando cada centímetro de mí, una y otra vez, hasta que el orgasmo me alcanza y me dejo caer, rendida, con todo el cuerpo temblando.

Apenas tengo tiempo de recuperar el aliento cuando lo siento incorporarse y colocarse de nuevo entre mis piernas. No se mueve todavía; espera. Yo respiro hondo, con los ojos cerrados, intentando que mi corazón vuelva a un ritmo razonable.

—Abre los ojos —me pide con la voz cargada de deseo y la boca húmeda y brillante—. Mírame.

Aunque su frase suena a orden, su mirada vuelve a buscar mi permiso. Con un brazo sostiene mi muslo, con la otra mano se aferra al cabecero, y entonces entra en mí despacio, hundiéndose con una lentitud deliberada. Cada movimiento es profundo, medido, una embestida lenta que me vuelve a arquear la espalda y me recuerda, sin palabras, que esta vez el que tiene el control es él.

CAPÍTULO 26

LUKAS

Cuando despierto, no es por la luz, ni por un sonido agradable, ni por el peso cálido de su cuerpo en el mío.

Despierto porque la cama está fría.

Mi mano busca en automático su piel, su cadera, su muslo… cualquier rastro de ella. Pero solo encuentro sábanas frías y arrugadas. Abro los ojos de golpe. La habitación sigue en penumbra, el reloj marca las 6:04 y el sol aún no ha salido.

Ella no está.

Me incorporo tan rápido que la sangre me golpea las sienes. Las esposas descansan sobre la mesita, abiertas, inofensivas, brillando como una burla.

Una punzada de realidad me golpea cuando alcanzo a comprender lo que ha pasado. Ella ha jugado conmigo, ha aprovechado el momento, mi guardia baja, mis estúpidos sentimientos y la debilidad que ha notado para aprovecharse de ello y por fin… escapar.

Me visto sin pensar, tropezando con la cómoda, maldiciendo mi propia ingenuidad. Bajo las escaleras de dos en dos, con la adrenalina encendida y un pánico frío que no me pertenece.

Cuando llego al último escalón… la escucho.

Tararea.

Su voz es suave, distraída, como si estuviera en su mundo, completamente ajena a la batalla que acabo de librar conmigo

mismo.

Está en la cocina, de espaldas, con el pelo aún alborotado, moviéndose descalza, y desde aquí puedo oler la mantequilla derritiéndose. Está preparando tortitas.

En paz. Tranquila. Y aquí. Conmigo.

Enciendo la luz del pasillo para anunciar mi entrada y no sobresaltarla. Ella se vuelve, y su sonrisa hace que, de pronto, salga el sol dentro de esta casa. La forma en que me mira… ilumina algo que creía muerto en mí.

—Hey —susurra, dejando un beso en mis labios—. Te has despertado antes de que terminara. Estaba preparando el desayuno.

Me estaba preparando el desayuno.

Quería sorprenderme.

No puede ser real. No puede ser tan fácil… ni tan devastador. El corazón me late tan fuerte que estoy convencido de que es cuestión de segundos que atraviese el pecho. Y todo por esta chica. Por el simple hecho de que exista y de que, por algún capricho cósmico o crueldad del destino, nuestros caminos se cruzaran justo cuando yo ya no creía en segundas oportunidades.

—La cama estaba fría —admito—, y… te echaba de menos.

Es lo mínimo que puedo decir.

Porque lo que pienso de verdad, lo que se me queda atascado en la garganta es:

Me he asustado pensando que habías escapado… y verte aquí, así, acaba de confirmarme que estoy profunda, jodida, perdida y locamente enamorado de ti.

Pero, como todo lo bueno, a veces resulta demasiado efímero. Es domingo por la mañana, y eso significa que me toca hacer la

llamada programada al capitán Myers.

El recuerdo de lo que pasó la semana pasada, cuando Charlie escuchó parte de la conversación, me golpea de lleno. No puedo arriesgarme a repetir el mismo error. No quiero tener secretos con ella, ni hablar de su vida a sus espaldas, ni… joder, no quiero hacer nada que pueda dañarla. Y, sobre todo, no puedo permitirme perderla. Eso, ahora mismo, pesa mucho más que esta misión, que este trabajo y que todas las reglas, normas y leyes que he seguido toda mi vida.

—Charlie… —digo mientras recogemos los platos—, tengo que llamar a mi capitán.

—Ah, claro —responde pensativa—. Es domingo.

—Quiero que estés conmigo —añado, dejando el plato en el fregadero y girándome hacia ella—. No quiero malentendidos ni que pienses que te…

—No pasa nada, lo entiendo —me corta, apoyando una mano en mi brazo—. Es tu trabajo y tienes que hablar del caso.

—No, no es solo mi… —Dudo, pero las palabras se me quedan pequeñas para lo que siento—. No es solo mi trabajo. O al menos ya no es solo eso. Es tu vida, Charlie. Y quiero que estés al corriente de todo.

Nos movemos juntos por la cocina en un silencio cómodo, uno que no existía hace una semana. Ella recoge una taza, yo cierro el grifo; ella se apoya en la encimera, yo me acerco para colocar el móvil junto a nosotros. Y, en ese gesto, en esa cercanía que no busca seducirme pero lo consigue igual, me doy cuenta de que necesito que esté a mi lado cuando descuelgue.

Respira hondo, como si también se estuviera preparando.

Yo hago lo mismo.

Marco el número del capitán mientras Charlie se acomoda a mi lado en el sofá. Está tan cerca que puedo sentir la calidez de su pierna junto a la mía. Sin embargo, hay un espacio invisible entre nosotros: ese en el que conviven la misión, la mentira… y lo que sea que estamos empezando a construir.

Cuando Myers descuelga, su voz suena firme, sin dudas. La mía, en cambio, teme cada palabra que está por venir.

—Ravenshart. Informe.

Trago saliva.

Charlie juega nerviosa con un hilo suelto de su jersey. No aparta la vista de mí ni un segundo.

—Situación estable por aquí, capitán —informo, intentando que la voz no me delate—. Ella está bien. Más tranquila.

—Bien —responde Myers. Hace esa pausa que ya conozco demasiado bien—. Porque tengo novedades.

La espalda se me tensa antes de que lo diga.

—¿Dominic?

—Exacto, Lukas. Sigue moviéndose. Más de lo que nos gustaría. Y esta vez… no está solo.

Frente a mí, los dedos de Charlie dejan de jugar con el hilo. Su mano se queda inmóvil sobre el muslo.

—Entendido —respondo, fingiendo una calma que no siento.

—No, Ravenshart. Me temo que no lo entiendes del todo —Su tono baja un grado—. Los Capieri quizá no sean la familia más poderosa de California, pero sus redes son profundas. Se mueven en demasiados frentes, tienen gente en negocios, en puertos, en despachos, en sitios a los que nosotros llegamos tarde. Aunque la familia haya dejado de cubrirlo, eso no significa que vayan a

entregarlo. Sigue habiendo más gente de la que nos gustaría dispuesta a darle cobijo.

Aprieto la mandíbula.

—Sí, señor. Lo sé.

—Solo quiero que mantengas los ojos bien abiertos —añade—. Lo tenemos cada vez más acorralado y un tipo como él, cuando se ve así, hace cosas desesperadas. Se ha vuelto muy peligroso. No esperes al domingo para volver a llamarme si notas cualquier cambio, ¿entendido?

—Entendido, capitán.

Mientras escucho, Charlie se encoge un poco en el sofá. Recoge las piernas bajo el cuerpo, la mirada perdida en un punto del suelo, los dedos aún enganchados al mismo hilo. El miedo es visible en su rostro, y esa expresión me parte el alma.

El resto de la conversación es una retahíla de informes sobre procedimientos, seguimientos, órdenes, todo lo que implica una investigación como esta. Detalles técnicos que, en cualquier otro momento, me parecerían rutina. Hoy solo los oigo de fondo, mientras pienso en ella y en una única idea que me atraviesa con una claridad insoportable: tengo que cuidarla. Cueste lo que cueste.

Cuando cuelgo, la habitación queda demasiado quieta. El silencio pesa como si la llamada hubiera dejado un eco que ninguno de los dos sabe cómo romper. Charlie sigue sentada en el borde del sofá, con los dedos entrelazados, la mirada fija en un punto que no alcanzo a ver. La luz de la mañana cae sobre su rostro y realza un miedo que intenta disimular, pero que conozco demasiado bien.

Me acerco despacio, sin tocarla y respetando su momento.

Ella levanta los ojos hacia mí, y lo que veo en ellos… no es solo preocupación. Es algo más profundo, más antiguo, más doloroso.

Y es justamente esa mezcla la que me empuja a sentarme frente a ella, sin apartar la mirada, sin esconder esta vez las preguntas que llevo días tragándome.

—¿Estás bien?

Le cojo las manos y dibujo círculos suaves con los pulgares en sus palmas. No llora, pero en sus ojos veo claramente que podría romperse en cualquier momento.

—Lukas, él no era así, ¿sabes? —dice al fin.

Es como si hubiera leído mis dudas, todas las preguntas que arrastro desde que me asignaron esta misión.

—Bueno, Charlie, no quiero que te enfades, de verdad. No te estoy juzgando ni quiero que pienses que…

—Suéltalo ya, Lukas —me corta, sin rodeos.

Trago saliva y respiro hondo antes de seguir. No quiero estropear lo que hemos construido —sea lo que sea—, pero tampoco puedo dejar que estas preguntas se queden pudriéndose dentro de mí.

—De acuerdo. Quiero saber…

—¿Por qué estaba con alguien como Dominic? —vuelve a adelantarse, poniéndole palabras exactas a mis pensamientos.

—Sí —admito—. No parece que pertenezcas a ese mundo.

—Y no pertenezco —responde enseguida—. Es precisamente de lo que siempre he querido huir. Pero no es tan fácil como crees.

—Yo no doy nada por hecho —susurro—. ¿Quieres contarme lo de esa cicatriz?

Señalo su costado. Ella se levanta, se planta justo delante de mí, levanta la camiseta y pasa la yema de los dedos por la marca. Es

una cicatriz irregular, gruesa, de un tono más pálido y rugoso que el resto de su piel. No es una línea limpia: parece un mapa torcido de varias puñaladas mal cerradas a toda prisa.

—Esto fue hace tan solo dos años —explica—. ¿No sabes cómo fue?

—No aparece en los informes —niego—. Sé que fuiste objetivo de varios ataques, incluida la herida de bala en el hombro que iba dirigida a tu padre. De eso ya no queda rastro, pero de esto… —mi mirada vuelve a ese punto—, no sé nada.

Ella inspira hondo y suelta un suspiro largo y cansado.

—Fue en la universidad —empieza, con la mirada perdida en algún punto de su memoria—. Era un estudiante, un compañero de carrera. Su padre se arruinó por culpa de uno de los negocios de mi familia… y él no estaba bien. Nada bien.

Hace una pausa, baja la camiseta con un gesto lento, casi resignado, y continúa:

—Quizás me la quite. Igual que hice con la del hombro. —Suspira de nuevo—. En realidad, esta la mantenía para fastidiar a mi madre. Sé que suena estúpido, pero… eran los restos de mi adolescencia rebelde.

—¿Los restos? —le pregunto con una sonrisa suave, intentando deshacer la tensión que se ha instalado en el ambiente.

—Eres idiota. —Me da un manotazo sin fuerza y sigue—. Ya no quiero tenerla. Antes… antes necesitaba verla para recordarme quién no quería ser, el mundo del que no quería formar parte. Pero da igual, ¿sabes? Por mucho que corra, por mucho que me aleje, parece que no haya manera de escapar de esto.

Lo dice sin dramatismo exagerado, sin victimismo. Lo dice como quien por fin reconoce algo que lleva demasiado tiempo arrastrando.

—Y en cuanto a Dominic… —continúa, apretando los labios antes de soltar la frase—, en mi mundo, rodeada de guardaespaldas y con una familia como la mía, no puedes relacionarte con cualquiera. Crecí con él. Éramos amigos, prácticamente nos criamos juntos, y durante años creí que planeábamos la misma vida. —Me mira, y hay algo roto, pero también decidido—. Pero no todos mantenemos nuestros planes.

Me quedo callado porque hablar sería romper algo importante. Cada palabra suya cae en mí como una pieza que encuentra por fin su sitio. Cosas que no entendía. Cosas que no quería preguntar. Cosas que ahora… por fin tienen sentido.

—Puedes hacer lo que quieras, Charlie —le digo despacio, asegurándome de que lo oiga bien, de que sienta ella misma lo que yo descubrí desde el primer día que la conocí—. Eres la persona más fuerte que conozco.

Y lo es. Fuerte, brillante, feroz. Hecha de una mezcla imposible de vulnerabilidad y coraje que a cualquiera lo derrumbaría. A ella, la sostiene.

Charlie sonríe y me mira ladeando la cabeza.

—Nos estamos poniendo muy dramáticos —dice, recuperando su ironía—. Te toca. ¿Por qué un chico como tú no tiene pareja?

—¿Quién te ha dicho que no la tengo? —respondo con fingida solemnidad.

—Eres un capullo.

—Tienes razón… —admito, encogiéndome de hombros—. Y no. No tengo pareja. Pero la tuve, hasta hace… casi un año.

—¿Quieres contármelo? —pregunta, sin apartar los ojos de los míos.

Es entonces cuando caigo en la cuenta de que sí, solo llevo tres meses fuera de Flagstaff, pero en realidad me fui de allí mucho antes.

—Se llama Margaret —empiezo—. Nos conocimos en el instituto. Estuvimos juntos casi diez años.

—Vaya. Diez años —repite, como si estuviera sopesando cada uno.

—Sí. Íbamos a casarnos.

—¿Te plantó en el altar? —pregunta arqueando una ceja.

—No. —Me río, y me sorprende descubrir que la risa me sale fácil—. No llegó a tanto.

Es la primera vez que hablo de Margaret con alguien que no sea mi madre o Leighton. Y lo más extraño —lo más revelador— es que, al nombrarla hoy, no siento ese nudo en el estómago.

Sonrío y sé que tiene todo que ver con la chica que tengo delante.

CAPÍTULO 27

CHARLIE

—Entonces… —le pregunto, apoyando el codo en el respaldo y girándome hacia él—, ¿qué pasó con Margaret?

Nos hemos quedado uno frente al otro en el sofá, las piernas casi rozándose. Siento que la conversación ha cruzado una línea invisible, una de esas que separan lo superficial de lo que importa de verdad. Lukas juguetea con el borde de la taza, buscando algo que hacer con las manos e intentando disimular sus nervios.

—Se lio con mi hermano —responde, al fin.

Yo parpadeo unas cuantas veces tratando de asimilarlo.

—¿Tu hermano? —repito, abriendo mucho los ojos—. No sería gemelo, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver? —dice mirándome confundido.

—Hombre, con un gemelo tiene que ser una putada y, además, muy raro —respondo encogiéndome de hombros.

Él resopla y suelta una risa breve.

—No, no es gemelo. Es mi hermano mayor.

—Uf, eso es peor.

—¿Por qué va a ser peor? —Frunce el ceño—. Es un hermano igual, mayor o pequeño.

—No, lo siento, pero no es lo mismo —insisto—. Un hermano mayor debería protegerte, no levantarte a la novia. Y antes de que

lo preguntes… sí, la estoy juzgando. Si hay que odiarla, se la odia y ya está.

Lukas sonríe por primera vez desde que ha empezado a hablar de ella.

—Yo no odio a Margaret.

Lo observo, ladeando la cabeza; no hace falta ser psicóloga para unir las piezas.

—Pero por eso te fuiste de tu pueblo, ¿no?

—Flagstaff no es un pueblo, pero sí, obviamente. Me fui cuando se casaron.

Enderezo la espalda, sorprendida.

—¿No me jodas? ¿Se casaron?

—Exacto. —Lukas asiente con un gesto corto—. Y se quedó embarazada. Todavía no conozco a mi sobrino.

Suelto una carcajada incrédula.

—La hostia puta. Eso es un culebrón.

—Bueno… —Se pasa una mano por la nuca, incómodo—. La cuestión es que no les odio, pero no podía quedarme allí. Así que renuncié al ascenso a detective, me largué a California y me puse a controlar el tráfico en Los Ángeles. El destino me la jugó bien.

Sonrío, tratando de suavizarle el golpe.

—Bueno, así me conociste a mí —le digo, en tono descaradamente coqueto.

—Desgraciadamente.

Le suelto un manotazo en el brazo y los dos reímos, pero la herida sigue ahí, detrás de la broma.

—Entonces… ¿no la odias? ¿Ni un poquito? —insisto, porque quiero entender qué tipo de hombre hace lo que él hizo y, aun así, no guarda rencor.

—No. No la odio nada —responde sin titubeos.

—¿Y a tu hermano?

—Tampoco.

Lo miro fijamente, buscando la grieta.

—Pero ya sabes… eso te ha marcado —señalo, bajando un poco la voz—. Aunque digas que no.

Se queda pensativo un segundo.

—Al principio, quizás. Pero lo tengo superado desde hace tiempo.

—Pero no has vuelto —apunto—. No conoces a tu sobrino todavía.

Lukas se reclina contra el respaldo y entrelaza las manos sobre el estómago.

—Eso es porque nació dos semanas antes de que me encomendaran esta misión —explica—. Así que…

—Oh, joder —murmuro—. Creía que… no sé lo que creía, la verdad.

—Pues eso —concluye, con una media sonrisa—. Cuando termine esto, iré a conocerlo.

Lo observo en silencio unos segundos. Hay algo tan triste y tan tierno a la vez en esa imagen suya: el tío que se ausenta por trabajo, pero no por cobardía.

—¿Y no tienes miedo de cómo te sentirás al volver a verla? —pregunto, sin rodeos—. No sé… diría que estás un poco colgado de

ella todavía.

Lukas suelta una risa suave, incrédula, y niega con la cabeza.

—¿Colgado? No. Te lo aseguro.

Y por cómo me mira después de decirlo, por cómo me recorre con los ojos, lenta y descaradamente, sé que no me miente.

—¿No ha habido nadie desde entonces? —le pregunto.

Lukas me mira y sonríe.

—Nada serio, las chicas de Los Ángeles son…

—Mucho cuidadito con lo que vas a decir a continuación —le advierto.

El domingo transcurre tranquilo, entre confesiones y anécdotas que se deslizan sin esfuerzo. Hablamos de todo y de nada, de lo pasado y lo que podría venir después, y, por un rato, se me olvida —de verdad que se me olvida— por qué estoy aquí. Se me olvida Dominic, su obsesión, su sombra.

La urbanización duerme después de la barbacoa, así que salimos a la piscina cuando comprobamos que no hay nadie. El sol cae tibio sobre el agua, y los dos nos tumbamos en las hamacas, demasiado conscientes del otro y, a la vez, en una calma que nunca había sentido con nadie.

—Háblame de tu hogar —le pido, girando la cabeza hacia él—. Cuéntame cosas de Flagstaff.

Lukas sonríe como si alguien hubiera abierto una ventana dentro de él.

—Es… distinto a todo esto —empieza, mirando hacia el cielo, como si allí pudiera ver las montañas—. Flagstaff huele a pino

húmedo por las mañanas. Siempre. Aunque sea verano. Te levantas, abres la puerta y el aire frío te muerde un poco la cara, pero luego entra ese olor que… joder, no sabría describirlo sin quedarme corto.

Lo escucho fascinada, no solo por lo que cuenta, sino por cómo lo cuenta.

—Mis amigos y yo pescábamos los fines de semana —continúa —. Íbamos al lago Mary antes de que amaneciera. Nos llevábamos termos con café asqueroso, de ese que sabe a gasolina, pero cuando estás allí, rodeado de silencio, te juro que parece el mejor café del mundo.

Su voz baja un poco. Se vuelve más suave. Más íntima.

—Allí la vida es… más lenta —dice—. Conoces a todo el mundo. Vas por la calle y siempre hay alguien que te saluda, alguien que te pregunta por tus padres, por el partido del viernes, por tu perro, por lo que sea. Y sí, a veces eso agobia, pero… cuando te vas, lo echas de menos.

Yo no parpadeo mientras habla. Me maravilla la pasión que pone en cada palabra, en cada recuerdo. Parece que Flagstaff no sea un lugar, sino una persona de la que está enamorado.

—¿Y lo echas mucho de menos? —pregunto en voz baja.

Él traga saliva. No mira el agua. Me mira a mí.

—Echo de menos las montañas, el silencio, el frío que te despierta mejor que cualquier alarma. Echo de menos sentir que pertenezco a algún sitio.

No esperaba que fuera tan vulnerable, pero al mismo tiempo me hace sentir que está cómodo compartiendo todas esas cosas conmigo, como si, por fin, alguien lo escuchara de verdad.

La calma en la piscina se rompe cuando, desde nuestra esquina de las tumbonas, veo una figura cruzar rápido por uno de los

laterales de la zona común. Entre los setos y la valla baja, distingo a Melissa. No viene hacia la piscina; avanza pegada al borde del camino que lleva a su casa, como queriendo pasar desapercibida y que nadie pueda verla.

Pero la vemos.

Lukas se incorpora primero, frunce el ceño y, cuando ella gira ligeramente la cara, se me cae el alma al suelo. Lleva una mano apretada contra la boca, pero la sangre se escapa igual, bajando en un hilo torpe que mancha su ropa.

Él se levanta como un resorte, se pone la camiseta al vuelo y caminamos deprisa hacia ella. Cuando estamos lo bastante cerca, Melissa intenta recomponerse, estira la espalda, fuerza una sonrisa imposible y cambia la mano por un pañuelo para taparse la herida del labio, como si eso borrara lo evidente.

No lo hace.

Por mucho que balbucee excusas, que diga que ha sido un golpe tonto, una caída o cualquier historia improvisada, es imposible no ver las marcas recientes en sus brazos: dedos que han apretado con fuerza, huellas rojizas rodeando la piel, como si alguien la hubiera zarandeado sin cuidado.

No hace falta que lo diga.

Sabemos perfectamente lo que ha pasado.

No decimos nada mientras Melissa se disculpa una y otra vez, mientras insiste en que *no ha pasado nada*, que *ha sido un malentendido*, que *no quiere preocupar a nadie*. Pero sus ojos hablan más alto que su boca, y Lukas lo escucha todo. Lo ve todo. Y sé exactamente lo que está pensando, porque la mandíbula se le tensa, los hombros se le endurecen y su respiración cambia. Está a un solo paso de desbordarse.

Y ese paso me asusta.

No porque no entienda su impulso, sino porque sé lo que puede provocar.

Cuando por fin conseguimos que Melissa entre en su casa y cierre la puerta, Lukas se queda quieto un segundo, clavado al suelo, con una furia fría que le recorre la espalda. No hace falta conocerlo demasiado para entender que está calculando cuántos segundos tardaría en llegar al salón de los Coleman y partirle la cara al marido.

Le rozo apenas el brazo, lo justo para traerlo de vuelta. Él parpadea, regresando de un lugar oscuro al que iba directo sin pensarlo, y sin necesidad de palabras entiende que debemos movernos.

Caminamos hacia nuestra casa en silencio, bordeando la piscina sin hacer ruido, temiendo que hasta el agua de la piscina nos delate. Lukas abre la puerta con una suavidad impropia de su tamaño, impropia de la rabia que todavía le palpita en las sienes. Entro detrás de él y cierro con cuidado, dejando la luz del jardín fuera, dejando también a Melissa y su dolor en el otro lado de la valla.

El aire de la casa es más frío que antes, más denso. Lukas no avanza. Se queda de espaldas a mí, con las manos apoyadas en la encimera de la cocina, respirando hondo, como si contara hasta diez… o hasta cien.

—Tendría que haberle explicado un par de cosas a ese capullo —gruñe Lukas mirando un punto fijo, todavía con la furia latiéndole en el pecho—. Deberías haberme dejado entrar.

—Lo entiendo, Lukas, de verdad que lo entiendo… pero no puedes ayudar a alguien que rechaza tu ayuda. —Cierro la puerta y apoyo la espalda en ella, intentando frenarlo con la voz, no con las manos—. ¿Entiendes?

—Claro que puedo. —Su mirada es un filo—. Ella no rechaza la ayuda, Charlie. Simplemente no se atreve a pedirla. Lo he visto

demasiadas veces.

—Sí, pero si hubieras intervenido… sé que te habrías arrepentido. —Me acerco despacio, intentando apagarle la rabia con cuidado—. Cuando salgamos de aquí, cuando todo se resuelva con Dominic… podrás volver. Y entonces… no sé. Podrás ayudarla como quieras.

—No puedo permitir que le hagan daño. No voy a permitirlo —dice con una convicción que me atraviesa.

Pero lo que escucho detrás de esas palabras no es solo furia por Melissa. Lo conozco ya lo suficiente como para entender que ahí, escondida, late también la impotencia que arrastra por toda la conversación con su capitán esta mañana. La presión. El miedo. Lo que creo que empieza a sentir por mí.

—No lo haremos —le digo, firme—. Pero tenemos que conseguir que lo denuncie. Nadie puede salvarla si ella misma no da ese paso.

Sé que es complicado. A mí no tuvieron que convencerme de nada: yo sabía desde el principio que quería alejarme de Dominic. Pero comprendo el terror de Melissa, ese nudo que te impide moverte aunque estés viendo el precipicio a un metro.

Lukas exhala, tensando y destensando la mandíbula. Sus ojos buscan los míos, como si necesitara una prueba de que lo digo en serio.

—¿Cómo eres tan valiente? —me suelta de pronto, sin aviso.

—¿Qué? No soy… No… —Me atraganto, incómoda, sorprendida, sin saber dónde meter las manos.

—Sí lo eres, Charlie. —Me toma la cara con ambas manos, con una ternura tan inesperada que me deja inmóvil—. Eres fuerte. Y valiente. Y…

La frase se queda suspendida entre nosotros, cargada de todas las palabras que ninguno de los dos sabe —o se atreve— a pronunciar.

Entonces se inclina y me besa. No es un beso que busque apagar un incendio ni encender otro. No es un beso urgente ni hambriento. Es un beso que sostiene, que ancla, que parece expresar todo lo que no ha sido capaz de decir en voz alta. Un beso que sabe a promesa, pero también a miedo y a algo parecido a esperanza.

Cuando se separa, solo unos centímetros, sigo sintiendo su aliento y su nariz roza la mía con ternura.

Y, por un instante, el mundo se queda en silencio.

No existe Melissa.

No existe Dominic.

No existe el peligro acercándose por todas partes.

Solo existimos él y yo, atrapados en esa pausa tan pequeña y tan enorme que nos obliga a admitir lo inevitable: esto ya no es solo una misión ni un encierro forzoso.

Es algo que está empezando a cambiarlo todo.

Y ambos lo sabemos, aunque ninguno pronuncie una sola palabra más.

CAPÍTULO 28

LUKAS

La noche cae sobre nosotros con una atmósfera extraña, y el silencio arrastra la sombra de lo que acabamos de ver. Las heridas de Melissa siguen flotando en la habitación incluso cuando apagamos las luces. Su labio roto. Su mirada esquiva. Sus excusas absurdas. Todo sigue ahí, ocupando un hueco incómodo entre los dos.

No hablamos mientras nos deslizamos bajo las sábanas, pero no hace falta: el silencio tiene exactamente la misma forma que las marcas en los brazos de ella. Duele por dentro. Duele admitir que no podemos arrancarla de ese infierno. Duele porque ambos sabemos que podría haber sido, como de hecho fue, mucho peor para Charlie también.

Ella se acurruca en mi pecho sin pedir permiso, encontrando su lugar natural junto a mí. Le paso un brazo por la cintura, dibujando la línea suave de su espalda con la mano abierta, sellando cada miedo, cada recuerdo, cada golpe que no he podido evitar.

Charlie tarda en relajarse. Lo siento en la tensión de sus hombros, en la manera en que su respiración tropieza al principio. Pero, poco a poco, su cuerpo cede. Su respiración se hace más profunda. Se abandona contra mí con la confianza de quien se deja caer sin miedo a romperse. Su pierna se enreda entre las mías, y su mejilla descansa justo en mi clavícula.

Yo tardo más. Mucho más.

Mi cabeza es un campo minado entre el miedo y la ternura; entre las ganas de volver a la casa de los Coleman y destrozarlo todo… y la certeza amarga de que no puedo proteger a todo el

mundo. Mi mente vuelve a Dominic, al informe de las heridas que le causó a la chica que ahora descansa en mis brazos, y la rabia me sube por la garganta tan rápido que, por un momento, creo que voy a ahogarme en ella.

Y entonces la abrazo más fuerte, con la esperanza de que mi abrazo sea un escudo contra el pasado.

Finalmente, en algún momento de la madrugada, el sueño me encuentra.

Despertamos casi igual que nos dormimos: entrelazados, envueltos el uno en el otro, y ese pequeño espacio entre nuestros cuerpos se vuelve nuestro propio universo.

Los días siguientes, la rutina nos atrapa.

Salimos temprano a pasear y ella me observa mientras toma café y hago mis ejercicios. Apoya los talones en mi espalda mientras subo y bajo en plancha. Se ríe, y hay algo tan de película en esa escena que tengo que pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando, de que esto es real.

Cocinamos juntos, porque ahora parece que Charlie ha descubierto una nueva afición y habla de que quiere convertirla en algo más. Reinventamos platos entre lo que yo sé hacer, lo que aprendí de mi madre y las recetas del libro del *influencer* que el abogado tiene en la cocina y que parecía intacto hasta que llegamos nosotros.

A la piscina vamos solo cuando sabemos que está vacía. Nadamos, nos miramos demasiado y nos besamos demasiado poco. El agua reflejando sus ojos, su piel, su risa… Si no fuera por las circunstancias que nos han traído aquí, juraría que esto es una luna de miel accidental.

Y sí: hacemos el amor.

No podría llamarlo de otra forma. Cada vez que la toco, cada vez que me toca, no es sexo. Es algo que me está cambiando por dentro. Todavía no se lo he dicho —y esa conversación sigue flotando, pendiente—, pero me aterra que no sienta lo mismo.

El miércoles, durante el desayuno, lo suelto.

—Hoy es mi cumpleaños.

Sí, no le digo que estoy enamorado de ella. Eso me lo guardo, me lo reservo para cuando volvamos a la vida real, y no a esta especie de película improvisada del guardaespaldas en la que llevamos semanas atrapados.

—¿Qué? ¿Cómo que es tu cumpleaños? ¿Por qué no me lo has dicho? —protesta.

—Pues verás… un día, mis padres tuvieron sexo, y nueve meses después nací yo, exactamente este día hace treinta años —respondo mientras ella niega con la cabeza ante mi explicación—. Y te lo estoy contando ahora.

—Vamos por partes, agente Lukas. ¿Has dicho treinta?

—Sí. ¿Te parecen muchos o pocos?

—Yo tengo veintitrés, eso quiere decir que cuando tú tenías dieciocho yo era una cría de… —hace una pausa, contando— once años. Lo que te convierte en un asaltacunas.

—¿Qué? Eso habría sido si hubiera estado contigo cuando tenías once, pero hasta donde yo sé, ahora tienes veintitrés y cumples veinticuatro el mes que viene. Exactamente el veinticinco de julio.

—Vaya, agente, ¿te sabes mi ficha de memoria?

—Al dedillo. Me sé hasta el color de tus ojos cuando el sol se refleja en el agua de la piscina.

—Eso no lo pone en ninguna ficha, listo, pero es muy bonito —Se levanta de repente, me toma de la mano y me arrastra hacia la habitación—. Vamos a salir.

—No, espera —me planto en seco sin soltar su mano, y eso hace que se choque conmigo—. No podemos salir, Charlie.

—A la tienda, Lukas —responde con esa paciencia fingida que ya me conozco—. Vamos a comprar algo para celebrar tu cumpleaños esta noche como es debido. Y, eso, agente —me señala con el dedo —, no admite discusión.

Así que salimos a la tienda de la esquina y acabamos llenando el carro con comida suficiente para alimentar a media urbanización. Charlie se empeña en comprar los ingredientes exactos para una tarta imposible de ese libro de cocina del abogado: varias capas, relleno, cobertura… un proyecto de arquitectos más que de reposteros.

A pesar de mis advertencias de que quizá deberíamos empezar por algo más sencillo, no puedo evitar sonreír ante la ilusión con la que recorre los pasillos, comparando envases y leyendo etiquetas como si estuviera tomando una decisión vital.

Pasamos prácticamente toda la tarde en la cocina. Y, sin darnos cuenta, la película del guardaespaldas se convierte en la comedia romántica más ñoña y perfecta del catálogo. Jugamos con la harina, nos besamos mientras probamos la masa, nos manchamos de azúcar y reímos cuando uno de los dos se equivoca con una medida. Todo se transforma en algo que nunca pensé que podría tener: una vida tranquila, doméstica, casi familiar, compartiendo el día a día con la chica más increíble que he conocido.

Y, en algún momento entre capa y capa de tarta, me doy cuenta de que necesito decírselo. Porque las palabras ya no me caben en el pecho.

—Charlie… —empiezo mientras cenamos el pescado que hemos cocinado—. ¿Has pensado qué vas a hacer cuando… ya sabes?

—¿Cuando volvamos a casa? ¿Cuando detengan a Dominic? ¿Te refieres a eso? —pregunta, dejando el tenedor sobre el plato.

En realidad, yo quería abrir la conversación sobre nosotros. Sobre lo que pasará cuando este paréntesis termine y tengamos que vivir fuera de esta burbuja; qué seremos delante de sus padres, de los míos, del mundo. Pero ella lo lleva a otro terreno, y quizá es culpa mía por no haber sido más claro.

La charla deriva hacia la universidad, hacia lo poco que le convence lo que estudia y lo absurdo que le resulta hacerlo sin poder ir a clase.

—¿Qué sentido tiene estudiar en la universidad si no puedo pisarla? —protesta, alzando los brazos—. Solo quiero llevar una vida normal.

Me encanta escucharla. Me quedo embobado mientras habla de todo lo que querría hacer, de cómo la cocina se ha convertido en algo que no esperaba. En un lugar propio. En una posibilidad. La forma en que se le iluminan los ojos al hablar de recetas, de sabores, de ideas. Cuando lo hace, tiene la misma fuerza que cuando se defiende del mundo.

Y yo la escucho en silencio, con el corazón apretado, pensando que, si dependiera de mí, levantaría esa vida normal con mis propias manos.

Terminamos de hablar mientras probamos la tarta todavía tibia; soplamos una vela improvisada y ella me canta un «cumpleaños feliz» que intenta imitar la versión de Marilyn Monroe para Kennedy. Acaba riendo, ruborizada, y yo tengo que esforzarme para no confesarle todo lo que siente mi corazón.

La gran conversación queda aparcada, escondida en algún rincón de mi mente… porque en cuanto Charlie me toma de la mano y me guía hacia el dormitorio, ya no existe nada más.

Coge las esposas de la mesita, esas que ya parecen parte del mobiliario, tan integradas como la lamparita o el reloj, y las hace tintinear entre su cuerpo y el mío. La sonrisa que me dedica es lenta, plena… y peligrosamente irresistible.

—Agente Lukas —susurra, mordiéndose el labio de manera muy *sexy*—. Te toca. Hoy no voy a dejarte escapar.

Como si yo quisiera hacerlo.

Se acerca, me empuja con suavidad hasta sentarme en el borde de la cama y me mira fijamente con una confianza nueva, eléctrica, íntima.

El metal frío roza mi muñeca.

La observo mientras me inmoviliza con precisión y me dedica una sonrisa que me desarma por completo en una mezcla perfecta de ternura, desafío y deseo. Charlie se inclina sobre mí con su cabello rozándome la clavícula y su aliento caliente en mi cuello.

Y justo antes de que su boca encuentre la mía, pienso que nunca habría imaginado que esta dinámica de turnarnos en el juego de esposarnos a la cama pudiera transformarse en algo tan… intensamente erótico. Tan nuestro.

—No te muevas… y disfruta —susurra, rozando mi labio inferior con el suyo y acariciándolo con su lengua—. Voy a darte tu regalo de cumpleaños.

Trago saliva. Obedezco. Y sí… disfruto del espectáculo desde el primer segundo.

Charlie se aparta un paso, lenta, deliberadamente, con la seguridad de quien sabe exactamente el efecto que provoca en mí.

La habitación parece encogerse alrededor de ella cuando lleva las manos al dobladillo de su camiseta y la levanta despacio, revelando centímetros de piel que me dejan sin aire. No hay música, no hay artificio. Solo estamos nosotros. Ella… y mi corazón golpeando al ritmo que marca su cuerpo.

Desliza la prenda por encima de su cabeza, la deja caer al suelo, y me mira con una intensidad que me tiene paralizado y anclado a la cama.

No puedo apartar la vista, no quiero hacerlo.

Me muerdo el labio intentando contener el gemido que amenaza con escaparse cuando sus dedos bajan por la línea de su abdomen, describiendo un camino que conozco de memoria y que, aun así, consigue desarmarme.

—¿Te gusta… agente? —pregunta con una voz más baja, más grave, más peligrosa.

—No tienes… ni idea —respondo, casi incapaz de articular una frase coherente.

Su sonrisa responde por ella.

Lleva los pulgares al borde de sus *shorts* y los baja con una lentitud calculada, milimétrica, como si estuviera desnudando mi cordura con cada gesto. El tejido cae por sus piernas y yo sigo cada movimiento con la mirada, completamente incapaz de pestañear.

Joder. Esta chica es una obra de arte. Es devoción y una puta tortura.

Charlie apoya una rodilla en la cama y avanza hacia mí, con ese vaivén de caderas que parece hecho para destruirme. Su piel roza la mía, y siento cómo mi cuerpo se enciende por completo.

Enciende como sinónimo de que me empalmo en el acto.

—Mírame —ordena con suavidad, aunque no es necesario porque no podría mirar otra cosa ni aunque lo intentara—. Quiero que lo recuerdes. Quiero que no olvides ni un solo segundo de tu treinta cumpleaños.

Mi respiración se descontrola. Mi pulso también.

Ella desliza los dedos por mi abdomen, hacia la goma de mi pantalón, sin tocar donde más lo necesito. Lo hace a propósito, alargando la tortura que presiento que al final merecerá la pena.

Charlie me desnuda despacio, sin quitarme la mirada de encima.

La luz tenue de la lámpara dibuja su silueta, el arco suave de su cintura, el brillo húmedo en sus labios. Cuando deja caer el último trozo de tela, siento cómo las esposas me tensan la muñeca al intentar incorporarme. Porque no puedo tocarla. No puedo acercarla. Y eso me enciende más.

Ella lo sabe.

—Relájate, agente —susurra, colocándose entre mis piernas con una seguridad que me rompe por dentro—. Hoy mando yo, así que relájate y disfruta.

Luego apoya sus manos en mis muslos, se moja los labios sin dejar de mirarme y acerca su boca a mi polla.

Mi cadera se eleva por instinto, pero las esposas me frenan. Ella sonríe sacando la lengua, una sonrisa cargada de intención.

—Tranquilo, Lukas —murmura, cada vez más cerca del lugar donde quiero su lengua—. Haré que merezca la pena.

Su cabello roza mi abdomen. Su respiración, cálida y suave, me calienta todavía más. Apoya las manos a ambos lados de mis caderas, acercándose más, tan despacio que mi cuerpo entero se tensa esperando lo inevitable.

Levanto la cabeza como puedo, y entonces ella se apiada de mí. Primero pasa su lengua despacio por la punta, exploratoria, suave y lentamente.

—Joder, sí —acierto a decir.

Luego se acomoda mejor entre mis piernas, su boca se abre más, chupando la punta mientras mi cuerpo se mueve sin control.

Y entonces… se inclina por completo y toda mi erección desaparece en su boca. Y Dios… es todavía mucho mejor de lo que había soñado. Verla así, tan entregada al deseo, tan segura de su poder sobre mí, es directamente devastador.

Mi mano libre aprieta las sábanas con fuerza. Mi pecho sube y baja buscando aire, mientras ella me mira desde abajo follándome con su boca, y esa mirada… esa mezcla de deseo, ternura y dominio… me mata por completo.

La habitación se llena de mis gemidos, de los sonidos que su boca húmeda y caliente hacen con mi polla. Su cabeza subiendo y bajando, y yo luchando por mantener mis caderas bajo control y no embestir su boca.

Suelto las sábanas y acaricio su pelo. Ella se aparta, y veo sus labios brillantes, hinchados y sus ojos oscuros me sonríen. Se chupa los labios y me mira mientras me masturba.

—Dime, Lukas —me pregunta—, ¿Dónde quiere correrse el chico del cumple?

Y sé que estoy completamente enamorado porque se me olvida completamente mi placer y lo único que quiero es correrme pero con ella.

CAPÍTULO 29

CHARLIE

Se acerca el final de la tercera semana de nuestro encierro, en esta especie de arresto domiciliario, y aunque tenga que admitir que lo estoy pasando bien —mucho mejor de lo que jamás habría imaginado—, empiezo a notar síntomas de algo parecido a la ansiedad.

No es la misma de cuando me atacaron en la universidad, tampoco la que sentí después del balazo. No es esa opresión que Mary Anne, mi psicóloga, me ayudó a manejar durante más de un año. Esto es distinto. Más sutil, más traicionero. Jugar a las casitas con Lukas está bien. De hecho, está demasiado bien. Pero a medida que la tercera semana se acerca a su fin, la calma empieza a resquebrajarse por dentro.

Por un lado, está el silencio. La llamada que no llega. El capitán Myers dijo el domingo que estaban a punto de detener a Dominic, que era cuestión de tiempo, pero los días pasan, las horas se acumulan y ese «a punto» empieza a sonar a broma pesada. No saber nada me enciende los nervios, como un fuego que corre por mis venas sin control.

Y luego está el otro tema. El tema Lukas. Lo nuestro, si es que puede llamarse así. Él no dice nada, yo tampoco, pero en cuanto el final de este encierro se intuye a lo lejos, todo cambia de tono. Cuando estamos en la cama, cuando el sexo nos salva del pensamiento y nos deja sin aire, no hay problema; ahí nos entendemos a la perfección, sin una sola palabra, sin promesas, sin expectativas. El problema aparece en lo cotidiano: mientras cocinamos, recogemos la mesa, doblamos toallas o nos cepillamos los dientes uno al lado del otro.

¿Qué vamos a hacer cuando todo esto termine? ¿Qué seremos cuando volvamos a la vida real, cuando Santa Mónica deje de ser una coartada y vuelva a ser una dirección? ¿Qué será de nosotros? ¿Hay siquiera un «nosotros»? ¿O esto solo es sexo, una manera sofisticada de matar el tiempo mientras esperamos a que alguien abra la puerta y nos declare oficialmente libres?

Las preguntas se quedan ahí, en la punta de la lengua, quemando el paladar. Ninguno se atreve a pronunciarlas porque los dos sabemos que, en cuanto salgan, esta burbuja perfecta que hemos montado podría reventar. El otro día, en su cumpleaños, él intentó sacar el tema. Lo vi venir, lo noté en su mirada y en el tono de su voz. Y, aun así, me escaqueé con una habilidad que casi me dio risa… si no fuera porque en el fondo me dio miedo.

Sé cómo es. El hombre de las reglas, de los códigos, de la moral impecable. Insobornable, recto, correcto hasta la exasperación. ¿En qué universo alguien como él querría estar con alguien como yo?

Yo, que me he criado entre delincuentes de guante blanco y otros con las manos muy poco limpias. Algunos, directamente manchados de sangre. ¿Quién en su sano juicio elegiría compartir su vida con una chica que lleva una diana en la frente desde que nació? Un policía, menos todavía. Y uno como Lukas, con su sentido de la justicia y sus estándares imposibles, muchísimo menos.

Así que jugamos a esquivar curvas. Rodeamos las preguntas, cambiamos de tema, nos escondemos detrás de bromas o de «aún queda tiempo». Yo sonrío porque él me hace sonreír casi sin intentarlo y, cuando se esfuerza, cuando de verdad pone interés, mi felicidad sube a niveles que nunca pensé que pudiera alcanzar.

Porque, aunque suene absurdo dado el contexto, la pregunta me golpea con fuerza: ¿soy feliz?

Cómo demonios puedo ser feliz si me han traído aquí engañada, prácticamente contra mi voluntad, para esconderme de mi exnovio; el mismo que me mandó al hospital, el que ha prometido matarme si

me encuentra. Vigilada veinticuatro horas al día por un policía que se supone que debía ser solo eso: un trabajo, un tipo con placa y esposas… y nada más.

Y, sin embargo, aquí estoy. Encerrada. A salvo. Y peligrosamente cerca de enamorarme.

Las tardes en la piscina, cuando ningún vecino suele asomarse, se han convertido en nuestro refugio. Yo saco un libro, él finge tomar el sol, pero lo siento ahí, presente, vigilante y guardándose demasiadas cosas entre los dientes.

Esa calma perfecta se rompe un día, cuando aparece Sebastian.

Por un instante, se queda paralizado; es evidente que no esperaba encontrar a nadie. Me mira apenas unas décimas de segundo antes de apartar la vista como si hubiese visto un fantasma. Sus ojos recorren la zona sin saber dónde posar la mirada, atrapado en una especie de pánico silencioso, como una presa que tropieza con la trampa de un cazador que ya conoce demasiado bien.

Gira sobre sí mismo, duda, retrocede… y finalmente desaparece por donde ha venido, sin saludarnos, sin pronunciar una sola palabra y sin volver a mirarnos.

En esos escasos segundos, noto a Lukas incorporarse ligeramente en la tumbona. Detrás de sus gafas oscuras, estudia cada movimiento del chico con una ceja alzada, paciente y peligrosamente tranquilo.

Cuando Sebastian desaparece del todo, me siento, cierro el libro sobre mis rodillas y me giro hacia él.

—En serio —empiezo, señalando hacia la salida de la piscina—, ¿puedes decirme qué le dijiste al pobre chaval para que… haga *eso*? Parecía como si de golpe se le hubiera vaciado el cuerpo de sangre.

Intento fingir indignación, pero la curiosidad me puede. Y, siendo sincera, después de conocer a Lukas estos días, después de ver lo recto, protector y silenciosamente intimidante que puede llegar a ser… no me cuesta imaginarme la escena.

—Ya te lo conté —responde con calma—. Le pillé hablando de ti con sus amigos. De la manera más vulgar y obscena que te imaginas.

—Sí, eso ya lo sé —replico, acercándome un poco más—. Lo que quiero saber es qué le dijiste tú para que ahora parezca que ha visto al mismísimo demonio y todavía esté intentando recordar cómo se respira.

—Ya sabes… cosas.

Lukas ni se inmuta. Se ajusta las gafas, vuelve a tumbarse fingiendo que el sol es lo único que le importa, pero la ligera curva de su boca lo delata: está satisfecho. Muy satisfecho.

Y a mí, en el fondo, me encanta. Esa forma tan suya de proteger mi honor —incluso cuando aún no formaba parte de su trabajo— dice más de él que cualquier historia heroica. Aun así, sigo fingiendo esa indignación ligera que sé que lo incomoda solo lo justo… y que casi siempre funciona.

—Puedes ser más preciso con *qué clase* de cosas.

—No tiene importancia.

—Oh, sí que la tiene —le advierto mientras me incorporo lentamente en la tumbona—. Porque si no me lo dices ahora mismo puede que deje de hacerte… *esas cosas* que tanto te gustan. Ya sabes, las que te dejan mirando al techo como si vieras luces de colores.

Lukas gira la cabeza hacia mí, levantando las gafas con un gesto lento que me derrite viva. Me mira por debajo de la montura,

sopesando mi amenaza, analizando hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

—¿En serio harías eso?

—Por supuesto que sí —confirmo sin pestañear—. Así que habla. Y no te dejes ni un solo detalle.

Él se incorpora al fin, apoya los antebrazos sobre las rodillas y se frota la nuca, resignado. Niega un par de veces, mira al suelo, respira hondo… y por fin levanta los ojos hacia mí.

—Está bien. Puede que… —empieza con cautela—. Puede que lo amenazara. Sutilmente.

—Eso ya me lo imagino. ¿Con qué exactamente?

Traga saliva, como si estuviera a punto de confesar un crimen.

—Puede que le dijera que, si volvía a mirarte, le arrancaría los ojos y se los daría a los perros de los Morgan; que, si volvía a hablarte, le arrancaría la lengua con mis propias manos; y que, si se atrevía a tocarte, tendría que buscar sus manos en el fondo de la piscina.

Lo dice todo del tirón, como quien arranca una tirita, con una mezcla perfecta de vergüenza y convicción. Y estoy completamente segura de que, aunque se arrepienta un poco… lo volvería a hacer sin dudarlo.

—Eres un matón, ¿eh? —le provoco, entrecerrando los ojos con una sonrisa que no puedo contener.

—No, no lo soy —responde Lukas, muy serio, mientras recoge la toalla—. Pero no pienso permitir que nadie te trate así. ¿Me oyes? Nadie.

Lo dice tan en serio, tan desde lo más profundo de su pecho, que algo en mí se derrite y otro algo se tensa. Es imposible no sentirlo. Es imposible no querer… más.

Se acerca a mi oído, despacio, como si la tarde fuese exclusivamente nuestra.

—Y ahora… ¿por qué no volvemos dentro y me haces… esas cosas? —susurra—. Y, para que conste… esas luces de colores que dices que veo no son luces. Me haces ver estrellas, preciosa.

Estoy a punto de responderle cuando la sombra de dos figuras nos envuelve sin que las hayamos oído acercarse. Lorraine y Debbie, con sus gafas enormes, sus pareos de flores y ese don natural para aparecer justo en el peor, o mejor, momento posible.

Lorraine nos observa levantando una ceja. Debbie no dice nada, pero su mirada parece diseccionarlo todo: la cercanía entre nuestros cuerpos, la forma en la que Lukas inclina el torso hacia mí, mi mano todavía a medio camino de su brazo, nuestra respiración alterada… y esa química que, por mucho que queramos disimular, no sabe ser discreta.

—Oh, qué pena que os vayáis ya —dice Lorraine, teatral, fingiendo habernos pillado en mitad de una escapada prohibida—. Lukas, cariño, antes de que os marchéis… ¿podrías ayudarme con la tumbona? Se ha atascado y no hay manera de moverla. Ya sabes, estas cosas modernas que se suponen que son automáticas pero requieren músculo igualmente.

Debbie asiente con entusiasmo exagerado, otorgando a la tumbona rango de asunto de Estado.

Lukas carraspea. Claramente intenta recomponerse.

—Claro, Lorraine. Ahora mismo.

Me lanza una mirada rápida que solo yo podría descifrar: *estamos jodidos*.

Y yo le devuelvo otra que significa exactamente lo mismo: *muy jodidos*.

Lukas arregla la tumbona en cuestión de segundos, demasiado rápido para lo que necesitaría cualquier humano normal, lo suficientemente rápido para no darles tiempo a seguir interrogando con los ojos. Pero ya es tarde. Ellas lo han visto todo, o lo suficiente.

Por fin nos alejamos, camino de la casa, con la toalla al hombro y las mejillas todavía ardiendo. Lukas me sigue a un paso de distancia, intentando actuar como si nada hubiera pasado.

—Tenemos un problema —murmuro sin voltear la cabeza.

—Lo sé —responde él, casi en un susurro.

—Tenemos que ser más cuidadosos. Mucho más. Lorraine y Debbie no son tontas.

—No, no lo son —admite.

—De todas formas… ¿Sabes algo del capitán Myers? —pregunto finalmente, sin rodeos, señalando con la mirada la casa en la que residimos desde hace tres semanas—. ¿Sabes si esto va a durar mucho más?

Él me observa un segundo. No habla. Solo me mira, seleccionando cada palabra para no herirme, traduciendo sus pensamientos a un idioma que yo pueda soportar.

—No sé nada, Charlie —responde al fin, con esa resignación que me aprieta el pecho—. El domingo, si no recibo ninguna llamada antes, volveré a contactar con el capitán.

Asiento, aunque la incertidumbre no me abandona. A él tampoco. Lo noto en los hombros tensos, en la forma en que se pasa una mano por la nuca, en ese silencio que pesa demasiado entre nosotros.

Nos quedamos así un instante, quietos, solo mirándonos.

—Ven —susurra Lukas al final, con una voz suave que no intenta mandarme a ningún sitio, solo invitarme—. Vamos a descansar.

Subimos las escaleras en silencio. No es incómodo, pero sí denso, lleno de lo que ninguno de los dos se atreve a preguntar.

Y mientras caminamos juntos por el pasillo, uno al lado del otro pero sin tocarnos, lo sé con una claridad casi dolorosa: esta calma no puede durar.

Y la pregunta que llevo días esquivando, la que me recorre la piel como un escalofrío, vuelve a instalarse en mi pecho:

Cuando todo esto termine… ¿nos quedará algo?

CAPÍTULO 30

LUKAS

Charlie empieza a desesperarse y, con ello, empiezo a entender y a aceptar lo que llevo días temiendo. Lo que no me ha dejado dormir desde que cruzamos la puerta de esta casa.

Esto no puede durar. Y, si dura, no debería. Tiene que terminar antes de que volvamos a nuestras vidas reales.

Solo de pensarlo, se me encoge algo por dentro. La pena me atenaza los músculos, me agarra el corazón con una mano fría y, por un segundo, tengo la absurda sensación de que me falta el aire. ¿En qué momento llegué a creer que una chica como ella podría querer estar con alguien como yo? ¿Qué tengo que ofrecerle a alguien que lo ha tenido todo desde que nació?

Yo soy un policía de tráfico que viene de Flagstaff, un «paleto» con uniforme, como ella misma me ha llamado más de una vez. Ella es un Ferrari, un Aston Martin, vestidos de diseñador, galas benéficas y fiestas en casas donde todo brilla. Yo soy calles atascadas, partes de accidente y turnos de noche; ella es un desfile de alta costura caminando descalza por la cocina y yo soy el ruido del extractor viejo, el cajón que nunca cierra bien y las migas sobre la encimera.

Y lo peor no es la diferencia. Lo peor es que, en apenas dos semanas, ha conseguido que me enamore como un crío.

Porque una cosa es la atracción, el deseo —y de eso con Charlie voy más que servido—, pero esto es otra cosa. Ella es espectacular sin proponérselo, hermosa sin quererlo e impresionante sin saberlo. Ese es quizá el detalle que más me desarma: no tiene ni idea del

efecto que tiene en mí. Y yo, como un idiota, he caído de cabeza en algo que no sé si puede existir fuera de estas paredes.

Necesito tener los pies en el suelo.

En cuanto salgamos de este encierro, ella volverá a su mundo de coches de lujo, alfombras rojas y apellidos que abren puertas; mientras que yo… con suerte ascenderé a detective y me encargaré de los peores casos hasta demostrar lo que valgo. Esa era la meta antes de todo esto. Ahora ya no estoy seguro de nada.

Lo único claro es que han cambiado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Tendré que volver a Flagstaff, conocer por fin a mi sobrino, enfrentarme a Margaret y a mi hermano, mirar de frente esa vida de la que salí huyendo. Y lo irónico es que, gracias a Charlie, sé que ya no duele. Que aquello está cerrado, que ese capítulo se ha terminado.

De lo que ahora querré escapar no es de mi pasado.

Es de ella.

Cuando entro en la cocina, está allí. Sonriendo, con el pelo recogido de cualquier manera, preparando el desayuno que se ha convertido en nuestro pequeño ritual.

Es irónico y un poco cruel. Las tortitas fueron lo primero que hicimos juntos, la primera tregua en medio de toda esta locura. Pensar en cómo hemos evolucionado desde aquel primer desayuno solo hace que esto sea todavía más difícil.

—Charlie, ¿podemos hablar? —pregunto al fin.

Ella gira la cabeza como un resorte y la sonrisa se le borra de la cara al instante.

—Claro… —responde, tensa—. ¿Es por Dominic? ¿Has hablado con el capitán?

—No, todavía no. No se trata de eso.

Cojo aire y señalo el sofá con un gesto. Ella se limpia las manos en el paño, se acerca y se deja caer a mi lado, pero mantiene una distancia mínima entre nosotros que ya dice demasiado.

—Quiero hablar de… lo que haremos cuando volvamos a Los Ángeles —empiezo, notando cómo me sudan las palmas—. De esto. —Hago un gesto entre ella y yo—. De nuestra situación. Puede ser… complicada.

Charlie ladea la cabeza, me sostiene la mirada un segundo… y entonces se pone en pie de golpe, alzando la mano con la palma abierta entre nosotros.

—Espera un momento. —Su voz suena afilada—. ¿Estás cortando conmigo? Porque voy a darte una noticia, Lukas: no estamos saliendo. Así que ahórrate el discurso melodramático.

El golpe es más certero de lo que esperaba. Ya sabía que no «estábamos saliendo», pero escucharlo así, tan desnudo, no sienta precisamente bien.

—Ya sé que no estamos saliendo —respondo, intentando mantener la calma—. Solo digo que… esto se nos ha ido un poco de las manos y…

—¿«Esto»? —me corta, dando un paso hacia mí—. ¿Te refieres a que te hayas follado a la víctima a la que tenías que proteger? ¿A que te hayas tomado demasiado en serio lo de «vigilarme de cerca»? ¿A ese «esto» te refieres?

Trago saliva porque sabía que esta conversación no sería fácil pero no me esperaba que lo fuera tanto.

—Charlie, no debería haber pasado en primer lugar, lo sé. Pero también sé que las circunstancias… —las palabras se me atascan; tendría que haber preparado este discurso mejor—. Que todo aquí es… distinto.

—¿De qué cojones hablas? —La rabia le tensa la mirada—. ¿A qué circunstancias te refieres? ¿A que me esposaras cada noche a la cama para que no escapara? Te recuerdo que fui yo quien te esposó a ti la primera vez que lo hicimos. Así que no te preocupes, agente: tu querido ascenso a detective no corre peligro.

—¿Qué? —protesto, sintiendo cómo se me enciende la sangre—. No es por eso, y no lo estoy diciendo por el ascenso. ¿Por qué crees que…?

—No soy idiota, Lukas —escupe—. Sé perfectamente que te han prometido ese puesto por aceptar esta misión. Igual que sé que te está pagando un extra. No me he caído de un puto árbol.

Su tono se endurece aún más, su cuerpo entero se cierra. Veo, casi físicamente, cómo el muro que habíamos derribado entre los dos vuelve a levantarse, ladrillo a ladrillo, delante de mis narices.

Sé que la estoy cagando. A lo grande. Y, lo peor de todo, es que no tengo ni idea de cómo arreglarlo.

Ella se da media vuelta y se aleja por el pasillo. La sigo casi por instinto.

—Charlie, para, por favor —la detengo, sujetándole la mano.

No la aparta. Se queda quieta, con la espalda hacia mí. Puedo sentir la tensión en sus dedos, en sus hombros, en cada centímetro de distancia que hay entre los dos.

—Entiendo lo que quieres decirme —dice al fin, con una calma que me atraviesa—. No te preocupes. Será mejor que mantengamos las distancias el resto del tiempo que tengamos que estar aquí.

—Eso no es necesario, yo… —empiezo, buscando palabras que no encuentro.

—Yo creo que sí, Lukas —me corta, sin volverse—. Las vecinas ya se han dado cuenta de que entre nosotros ha pasado algo. Será

mejor guardar las apariencias hasta que tu capitán diga que han detenido a Dominic y podamos volver, de una puta vez, a casa.

Su seguridad me rompe algo por dentro. Su tono tranquilo duele más que cualquier grito. Yo solo quiero decirle que eso no es lo que quería transmitirle, que lo único que deseo es saber si, fuera de esta casa, existiría un «nosotros».

Pero me callo.

No consigo articular las palabras y se me quedan ahí, atrapadas en el mismo lugar donde viven los miedos que arrastro desde Flagstaff. Las cicatrices invisibles pesan más que todas las demás. Me convierten en el cobarde que no se atreve a luchar por lo que más desea.

Por eso no abro la boca. Por eso no le digo que estoy enamorado de ella, aunque corra el riesgo de que se ría en mi cara o me mande al infierno.

—¿Puedo ir a dar un paseo? —pregunta entonces, aún de espaldas—. Necesito…

—Podemos ir si quieres… —me ofrezco, aferrándome a cualquier cosa.

—No. Podemos no. Te he preguntado si puedo ir yo. Necesito salir de aquí, despejarme. Pensar. Te prometo que no voy a ningún sitio. No… no me voy a escapar, ¿vale?

Asiento, aunque ella no me vea.

—Por supuesto —respondo al final.

La dejo ir.

La puerta se cierra con un sonido suave que, para mí, retumba como un portazo.

Las dos horas siguientes, sin ella en la casa y sin saber si volverá, son una auténtica agonía. Las paso dando vueltas por el salón, entrando y saliendo de la cocina, ordenando lo que ya está ordenado, cambiando cosas de sitio solo para volver a dejarlas donde estaban, como si recolocar objetos pudiera ayudarme a poner también en su sitio lo que siento.

Quizás lo de Margaret y mi hermano me dejó mucho más jodido de lo que estaba dispuesto a admitir. Quizás el hecho de que ella eligiera a alguien como él por encima de mí me enseñó, a base de golpes, que no basta con hacer las cosas bien para que te elijan.

A Charlie le he contado que Margaret me dejó por mi hermano, pero he maquillado los detalles más sangrantes. No le he dicho que, mientras yo estudiaba, me metía a policía y creía en eso de proteger a la gente, mi hermano se dedicaba a lo contrario: a coquetear con las drogas, a meterse en negocios turbios, a mover mercancía robada, a entrar y salir de la cárcel como quien entra y sale del supermercado.

No le he contado que una de las razones por las que me hice policía fue precisamente esa: querer ser todo lo que él no era, tomar el camino opuesto, demostrar a los demás y a mí mismo, que el uniforme podía significar algo más que autoridad; podía ser una forma de no convertirme en otro tipo peligroso del que la gente acaba huyendo.

En eso, Charlie y yo nos parecemos más de lo que a veces quiero ver. Ella lleva toda la vida intentando alejarse de lo que significa su familia; yo he estado toda la mía intentando separarme del rastro que deja mi hermano. Él fue mi faro durante años, mi ejemplo equivocado y, a pesar de todo, Margaret lo prefirió a él. Y se quedó embarazada.

Da igual cuántas veces diga que ha enderezado su vida, que ahora solo piensa en el niño que hace casi un mes que nació y al que yo todavía no me he atrevido a conocer. En lo más profundo de

mí sigo convencido de que acabará cayendo otra vez, porque el dinero fácil y las normas rotas siempre han sido su terreno, y esa vida, la de saltarse las reglas, es adictiva para quien no sabe vivir sin el riesgo.

Y luego está Charlie. Charlie, que también eligió a alguien como Dominic. Charlie, que se crio en un mundo donde la adrenalina de los tratos sucios y las decisiones al límite siempre han estado más cerca que la rectitud de un uniforme planchado.

En el fondo, lo que me paraliza no es solo el miedo a perderla hoy, sino el temor a repetir la historia: que un día, cuando todo esto acabe, descubra que sigo siendo el mismo policía paleto que un día la multó por exceso de velocidad, el tipo correcto, previsible, que respeta las normas, mientras que al otro lado del tablero aparecen otra vez hombres como Dominic, como mi hermano, con la sonrisa fácil y las manos sucias, y ella vuelva a elegir el relámpago antes que el faro, el vértigo antes que la seguridad.

Eso es lo que más me cuesta admitir: que estoy enamorado de ella como un idiota y que, al mismo tiempo, me aterra que, llegado el momento, su mundo y el mío vuelvan a estar en bandos opuestos. Que ella mire la delincuencia envuelta en trajes caros y le resulte más fascinante que un simple chico de uniforme.

Sigo caminando de un lado a otro, con el corazón hecho un nudo, atrapado entre la culpa por haber sido un cobarde con ella, el miedo a que no regrese y la certeza de que, si está dolida, es porque de alguna manera también le importo. Y esa posibilidad, por mínima que sea, es lo único que me mantiene respirando mientras el reloj avanza y ella sigue sin volver.

CAPÍTULO 31

El sedán aparece en Calabasas a media tarde, deslizándose por la avenida principal con la clase de discreción que solo tienen algunos coches: pensados para no llamar la atención y, aun así, acapararla. Negro, impecable, cristales tintados, el motor tan silencioso que parece un murmullo grave sobre el asfalto.

Cuando se detiene junto a la acera, se abren las puertas y descienden tres hombres. Visten pantalones oscuros y camisetas ajustadas, todo en la misma gama apagada que el vehículo. Los brazos, las manos y parte del cuello están cubiertos de tatuajes que, en un lugar como este, llaman inevitablemente la atención, aunque ellos parezcan perfectamente acostumbrados a esa clase de miradas.

Al poco, Daniel y Philip cruzan la calle con sus dos golden retriever, distraídos al principio en la charla y en las correas que se enredan entre sus piernas. Cuando reparan en en los tres hombres, bajan ligeramente la voz y desvían la mirada con una naturalidad que llevan años ensayando; lo justo para no parecer groseros, lo suficiente para no buscar problemas.

Unos metros más allá, Evelyn avanza cargada con una bolsa de la compra. Los ve acercarse y, fiel a su costumbre, les dedica una sonrisa educada y un saludo amable con la mano. Ninguno de los tres corresponde al gesto. Caminan rectos, con la vista al frente, como si la mujer y su saludo fueran parte del mobiliario urbano.

Se dirigen al bar de la esquina. Los pocos clientes presentes en el local levantan la cabeza casi al unísono, sorprendidos por la aparición de caras nuevas a esas horas de la tarde. Los recién llegados ocupan una mesa sin decir palabra. El camarero se seca las manos en el paño, contiene un suspiro y se acerca con prisa. Quiere servirles rápido y que se vayan antes de que algo se tuerza.

No han hecho nada. Todavía. Ni una voz alzada, ni un gesto brusco. No obstante, el dueño del local los observa mientras camina hacia su mesa teniendo la certeza incómoda de que alguien así no trae nada bueno a un vecindario como este.

Piden café. Solo, corto y amargo. Pagan con un billete de cincuenta y se levantan casi al mismo tiempo, abandonando el bar con la misma calma con la que entraron, pero dejando tras de sí una estela de miradas inquietas. Mientras se encaminan de nuevo a la calle, sus ojos recorren el lugar, tomando nota de las salidas, de las casas cercanas, de las rutinas ajenas.

Uno de ellos destaca sobre el resto. No por su altura ni por su corpulencia —los otros parecen incluso más imponentes—, sino por la forma en que ocupa el espacio. Camina en el centro, un paso por delante, y los otros lo escoltan sin que nadie tenga que recordárselo. No hace falta oírle hablar para entender quién manda ahí.

Entran en la tienda, la única en varios kilómetros a la redonda. Es ese tipo de establecimiento que hace de todo a la vez: supermercado pequeño, ferretería improvisada y bazar donde puedes encontrar desde leche hasta tornillos sueltos. El sensor de la puerta emite un pitido breve al abrirse.

Recorren los pasillos en silencio, sin prisas, cada uno cogiendo algo distinto de las estanterías: unas botellas de agua, una bolsa de patatas, bridas, pilas. Nada llama demasiado la atención por separado, pero juntos forman un conjunto extraño. No hablan entre ellos; solo se miran de vez en cuando y no les hace falta decir nada.

Delante, en la cola, están los Davenport con su hijo. Sebastian sostiene las bolsas que su madre le va pasando mientras el padre discute en voz baja con el cajero por el precio de una oferta. El chico, distraído, se gira un segundo y sus ojos se cruzan con los del hombre que encabeza el grupo de recién llegados. Aguanta la mirada solo un instante antes de bajar la vista, incómodo, sin saber muy bien por qué.

A unos metros, Melissa espera su turno con unas pocas cosas en la mano. Lleva gafas de sol oscuras, demasiado grandes, a pesar de que el día se apaga y ya casi no entra luz por el ventanal.

Helen Davenport intenta entablar conversación con ella, pero Melissa agacha la cabeza, se ajusta las gafas, paga y sale de la tienda sin entretenerse más de la cuenta. solo lo necesario. El matrimonio Davenport se mira entre sí. No dicen nada, pero Helen niega despacio, confirmando algo que ya temía.

Los tres hombres pagan en efectivo.

Cuando salen de la tienda, la luz empieza a caer sobre Calabasas con ese brillo dorado que aplana las sombras y alarga los contornos. La urbanización parece demasiado tranquila; por un instante, la vida cotidiana —niños jugando, aspersores encendidos, coches entrando y saliendo— queda en pausa, un instante que solo ellos tres perciben.

Caminan en formación natural, sin causar alboroto, sin prisa. Ninguno necesita mirar un mapa. Giran por la acera principal, rodean el pequeño jardín comunitario cerrado por una valla baja y siguen avanzando entre las calles interiores, donde las casas de colores se alzan perfectamente simétricas, todas cuidadas, todas aparentemente seguras.

No aprietan el paso. No hablan. No dudan.

Uno consulta el móvil, solo un segundo. Otro hace un gesto mínimo, imperceptible para cualquiera que no esté atento. El que va en el centro mantiene las manos en los bolsillos, la espalda recta, la mirada fija al frente como si cada detalle —cada buzón, cada farola, cada número grabado en las paredes— encajara en un mapa mental preciso y calculado.

Doblan la última esquina.

La calle se estrecha ligeramente y, al fondo, aparece la casa naranja. Destaca entre las demás como un golpe de color. Como un objetivo marcado. Los tres se detienen un instante, lo justo para intercambiar una mirada que no necesita palabras.

Entonces reanudan la marcha.

Directos hacia la puerta. Directos hacia el timbre. Directos hacia lo que han venido a buscar.

CAPÍTULO 32

LUKAS

Lo primero que siento cuando escucho el timbre y voy a abrir la puerta es alivio. Alivio puro, directo, casi infantil. Alivio de pensar que ha vuelto, que va a estar otra vez aquí dentro conmigo, aunque solo sea unos días más. Cruzo el salón casi corriendo, hecho un idiota, dispuesto a disculparme, a abrirle el corazón, a decirle todo lo que siento y arriesgarme de una vez. Si luego me rechaza, si decide que todo esto no ha sido más que una forma de sobrellevar el encierro, un entretenimiento, algo que dejar atrás, ya lidiaré con eso; lo que no puedo permitirme es quedarme con la duda de qué habría pasado si ni siquiera lo intento.

Lo segundo que siento es el impacto seco de la culata de una Beretta 92FS estampándose contra mi mandíbula.

El mundo explota en mi cráneo y pierdo el sentido de todo lo que me rodea. El corazón me late en los dientes, el ojo me arde y caigo hacia atrás como un saco mal colocado, sin tiempo siquiera de alzar los brazos.

Lo tercero que registro es el dolor agudo en las muñecas, atadas a la espalda y ardiendo contra alguna clase de brida; las piernas inmovilizadas, el cuerpo pesado y un trapo encajado en mi boca que me corta el aire hasta rozar el pánico. Trago saliva como puedo, fuerzo a mis pulmones a obedecer y me obligo a respirar despacio, a contar mentalmente mientras el oxígeno entra en tragos cortos, medidos, casi racionados.

Solo entonces, cuando consigo enfocar, los veo.

Sobre todo a él.

Al rostro que llevo semanas intentando expulsar de mi cabeza, al que me despierta de madrugada con el corazón desbocado, al que vuelve siempre que cierro los ojos. Dominic.

Está acompañado por dos de los suyos. También los reconozco. He estudiado esos rostros, esos tatuajes que asoman por el cuello y los nudillos, esas manos que saben exactamente dónde golpear sin dejar demasiadas marcas. Sé qué número de pie calzan, la forma en la que reparten su peso antes de atacar, incluso la manera en que respiran cuando están a punto de estallar. Y, aun así, verlos aquí, dentro de esta casa, convierte todo mi entrenamiento en un peso muerto dentro del pecho.

Me muevo por inercia, intentando aflojar las bridas que me inmovilizan, pero basta un tirón para entender que es inútil. Es un agarre profesional, ejecutado por alguien que ha reducido a muchos hombres antes que a mí. El plástico muerde mis muñecas hasta el punto de que siento cómo empieza a arderme la piel, un zumbido punzante que anuncia que en cualquier momento dejaré de notar las manos.

Pero nada de eso es lo que realmente me atraviesa.

Lo que me paraliza más que el golpe y mucho más que el miedo… es la incertidumbre.

No sé cuánto tiempo he estado inconsciente. Podrían haber pasado apenas unos minutos o una hora entera.

No sé si Charlie ya ha vuelto del paseo.

No sé si está a punto de entrar por la puerta directamente hacia su muerte.

No sé si está en esta misma casa, reducida como yo, en otra habitación.

Y tampoco sé si… si ha decidido no volver.

Esa última idea me golpea de un modo enfermizo. Una parte de mí, la más rota, la más marcada por todo lo que me arrancaron una vez, piensa que quizá me mintió, que quizá esta era su oportunidad perfecta para escapar de mí, de esta situación, de todo lo que le he pedido que soporte.

Y lo más jodido es que otra parte de mí sentiría alivio si fuese así.

Porque sería la prueba de que, al menos por esta vez, eligió salvarse. Y porque —aunque me destruya admitirlo— preferiría pensar que huyó para vivir antes que imaginarla bajo las manos de estos tres cabrones.

—Hola, gilipollas. ¿Ya has despertado? Cada vez sois más flojos los policías —dice Dominic, y acompaña el saludo con un par de bofetadas que me duelen más que el golpe de la culata en la cabeza.

Lo único que acierto a hacer es farfullar contra el trapo, con los ojos inyectados en sangre. Ellos se ríen, y mis amenazas de matarlos con mis propias manos se quedan atrapadas detrás de la tela, reducidas a murmullos y gruñidos sin sentido.

—Cállate, capullo. Ahora te voy a quitar esto de la boca para que se te entienda, y me vas a decir dónde está Charlie, ¿de acuerdo? Solo quiero escuchar eso. Si dices algo diferente… bueno, todavía no he pensado qué voy a hacer contigo, pero te aseguro que no te va a gustar.

Siento cómo tira del trapo, cómo el aire entra de golpe, áspero y lleno de polvo y sangre. Apenas tengo un par de segundos para pensar qué decirles, pero mi corazón enamorado los dedica a otra cosa: a respirar aliviado porque todavía no la han encontrado. Quizá los vio aparecer cuando volvía de su paseo y se ha escondido.

Solo me da tiempo a esbozar una media sonrisa antes de que el puño de acero impacte de nuevo contra mi cara.

—Perdón, no te había avisado. Si no hablas, tampoco te va a gustar —me dice Dominic.

Respiro hondo, escupo la sangre que me llena la boca y levanto la vista hacia él.

Puedo soportar todos los golpes, pero el miedo me recorre la columna; si, como decía Myers, está tan descontrolado y fuera de sí, puede que no salga de esta. Sin embargo, ese miedo cambia de forma cuando suena el timbre de la puerta.

Dominic sonríe sin decir nada, como si hubiera estado esperando justo ese sonido. No hace falta que abra la boca: mi cabeza completa por él lo que ninguno pronuncia. *Podría ser Charlie.* Joder. Ojalá no sea ella, ojalá siga lejos, ojalá no crucen esa puerta con su cuerpo a rastras.

Dominic deja escapar una risa por lo bajo, convencida, y esa seguridad me perfora el estómago.

Sus hombres van hacia la entrada y, a los pocos segundos, regresan con ella agarrada por los brazos, una mano tapándole la boca mientras patalea intentando escapar.

Los ojos de Charlie, siempre dulces, tiernos y excitantes, arrebatadores, tienen ahora una expresión distinta, una que no conozco, que nunca le había visto. Es terror puro, y siento que algo muere dentro de mí.

Vuelvo a luchar por desatarme.

—Charlie… —susurro.

No me sale decir *soltadla*, *dejadla en paz*. ¿De qué serviría? Estoy completamente a su merced, y Charlie… Charlie me mira como nunca habría querido verla en mi vida. Está asustada, y yo, que debería haberla protegido de esto precisamente, he fallado.

—Lukas —solloza en cuanto le liberan la boca.

Ella también lucha por zafarse del agarre de los dos hombres de Dominic.

—¡Soltadme, hijos de puta!

A un gesto de su jefe, la sueltan, y ella va directamente hacia mí, pero antes de alcanzarme, Dominic la detiene por los hombros.

—Hola, cariño —le dice con sorna—, ¿me has echado de menos?

Verla así, sujeta por el tipo que la mandó al hospital, el que ha amenazado con matarla, me destroza. La impotencia es tan brutal que solo tengo ganas de llorar, como un crío.

—Dom, por favor, suéltalo.

Entre la niebla que tengo en los ojos, la sangre que me cae de la frente y mi propio aturdimiento, solo acierto a verlo alzar una ceja, volverse hacia mí y luego hacia ella de nuevo.

—¿Te lo has follado, Charlie? Porque eso le va a dar un matiz muy interesante a esto.

No espera respuesta. La empuja hacia sus hombres con rabia y ellos la agarran de los hombros. Dominic se planta frente a mí y desata toda su furia en mi cuerpo. Me golpea con el puño de metal en las costillas y noto cómo se quiebra más de una; el dolor es tan afilado que, por un segundo, me deja sin aire. Intento respirar, pero el pecho se me cierra. Siento un pinchazo profundo cada vez que inspiro, como si una de esas costillas se hubiera clavado donde no debe. Estoy casi seguro de que tengo varias rotas y que el pulmón derecho no está funcionando bien; el aire entra a trompicones y no termina de llegar al cerebro.

Detrás de él, lejana, escucho a Charlie gritar que me deje, que no me haga más daño. Me gustaría decir que su voz me consuela, que alivia algo el dolor, pero escucharla llorar me rompe todavía más por dentro.

Dominic resopla por el esfuerzo; el sudor le cae por la frente y, por primera vez, oigo a sus hombres pedirle que pare.

—Déjalo ya, jefe, está inconsciente.

No lo estoy, pero me falta muy poco. El mundo se estrecha en un túnel oscuro, el zumbido en los oídos lo tapa casi todo y apenas siento ya el dolor, solo un peso enorme en el pecho. Dominic me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Por el rabillo del ojo veo a Charlie, sujeta por esos dos gorilas, llorando y chillando mi nombre. Él arma de nuevo el puño y, cuando cae, noto cómo la nariz se parte en mil pedazos.

Luego, oscuridad y silencio.

Me despierta el agua golpeándome la cara. No sé cuánto tiempo ha pasado.

—Por fin, joder. No soportas mucho el dolor, ¿eh? Te desmayas a la mínima de cambio.

Vuelvo a escupir, esta vez agua mezclada con mi propia sangre. La nariz me late al ritmo del corazón, hinchada, empapada por dentro. Charlie está sentada en el sofá, las manos recogidas en su regazo, rígida como una figura a punto de romperse. Dominic se ha colocado a su lado; le pasa el brazo por la espalda con una familiaridad que me revuelve, y con la otra mano sostiene la pistola, apoyada con calma sobre su muslo. Sus hombres entran y salen de la cocina, y cuando regresan traen un plato con un trozo de tarta: los restos de la que Charlie me preparó el miércoles por mi cumpleaños.

Siento un golpe directo en el corazón. Hay cosas que duelen más que los puños.

—¿Sabes? —Dominic recuesta la cabeza con una sonrisa tranquila, la pistola apoyada en su muslo—. En cuanto te he visto he

pensado en matarte… pero cuando la he visto llorar por ti, se me ha ocurrido algo mejor.

Levanta la pistola apenas unos centímetros, señalándola a ella para a continuación apuntarme a mí.

—Tu final va a ser poético —continúa, disfrutando del poder que tiene—. Morirás por Charlie. Será ella quien dispare. Ese honor es suyo.

Un silencio tenso ocupa el salón, tan denso que cuesta respirar.

—No pienso hacer eso, Dominic —responde Charlie con la voz firme, pero los nudillos apretados en su regazo.

Él gira la cabeza en su dirección. No frunce el ceño, no se altera; solo la mira, midiendo cuánto puede romper antes de que grite.

—Claro que lo harás.

—Estás loco si piensas eso.

Dominic deja escapar una risa breve, afilada, sin humor.

—No eres original, cariño. Eso me lo repiten cada día.

—Pues si tantos te lo dicen —responde ella, conteniendo el temblor—, quizá sea verdad.

Dominic ladea la cabeza y estira un dedo para rozarle la mejilla. No hay ternura, solo posesión.

—Auch… eso me ha dolido, nena.

Verlos discutir así, con esa familiaridad que parece ensayada, íntima, casi rutinaria, me destroza más que todos los golpes que llevo encima. Nadie me ha pateado el orgullo tan fuerte. Nadie me ha roto el alma hasta ahora.

Los hombres de Dominic se pasean por la casa como si fuera suya, comiendo tarta, abriendo puertas, tocándolo todo. Yo intento

arrastrar aire por la nariz destrozada, sentir algo más que el sabor metálico en la boca y la certeza de que mi dignidad está tirada en el suelo como una servilleta sucia.

—¿Cómo me has encontrado? —la escucho preguntar de pronto.

Dominic chasquea la lengua y mira hacia uno de sus hombres.

—Tony, creo que esto te interesa. ¿Se lo contamos?

El aludido se encoge de hombros con la boca llena; el otro se ríe desde el sofá, como si estuvieran contando anécdotas en una barbacoa.

—Verás, cariño —dice Dominic sin apartar los ojos de ella, saboreando cada palabra. Cada vez que usa ese apelativo con ella me hierve la sangre—, ya conoces la fama de Tony con las chicas. No se le resiste ninguna.

Los escucho mencionar a una tal María. Por lo poco que alcanzo a oír entre los zumbidos de mis oídos y mis costillas ardiendo, deduzco que es una de las pasantes del despacho del abogado de Katherine Rossetti.

—Teníamos cubiertos todos los frentes. Tony consiguió la lista de propiedades de Malcolm. Le pagáis una fortuna a ese tipo, ¿eh? —Se ríe, saboreando la victoria—. Esta es solo una entre las más de veinte que el viejo tiene en California. Pasó años cerrada, sin uso. Hasta que hace unas semanas, los contadores de consumo empezaron a subir. Tengo contactos en la compañía eléctrica, y la gente es muy barata. El dinero hace milagros, cariño, igual que con tus guardaespaldas. Todo el mundo se vende al precio adecuado.

Yo no puedo hablar, apenas respiro, pero hay algo que veo y que me rompe más que los golpes: Charlie está demasiado quieta a su lado, demasiado cerca, con una familiaridad que no debería existir.

Y entonces lo entiendo. No es la muerte lo que me aterra, sino la posibilidad de que ella le elija a él; que el miedo la empuje a volver con alguien que confunde control con amor. Si eso ocurre, yo dejaré de existir incluso aunque siga respirando.

CAPÍTULO 33

CHARLIE

Ver a Lukas en ese estado me revuelve el estómago.

Está atado a la silla, la espalda caída, la cabeza inclinada hacia un lado por el peso del dolor. La nariz desviada y morada le sangra todavía, la piel hinchada bajo el ojo derecho y el labio abierto en dos líneas rojas. El pecho sube y baja con esfuerzo, respiraciones cortas que parecen romperlo por dentro, y sé que esas costillas no están bien. Cada movimiento le duele. Cada segundo que lo veo así me duele a mí también.

Aun así, levanta la mirada hacia mí. Esa mirada es lo único que lo mantiene en pie, aunque esté sentado y sujeto por bridas.

—De acuerdo, Dom. Dime qué quieres —le digo sin apartar la vista de Lukas—, pero no vuelvas a pedirme que lo mate. No soy una estúpida.

Dominic sonríe con satisfacción, como quien ya tiene la respuesta escrita antes de formular la pregunta.

—Claro que lo harás. No pienso dejarlo vivo, y mucho menos sabiendo que te lo has follado.

—No lo he hecho —miento, sin pestañear—. No sé qué te has creído. ¿Por quién me tomas?

Él inclina la cabeza, disfrutando cada segundo de este interrogatorio enfermo.

—Tony, Carlo —dice sin quitar sus ojos de los míos—. ¿Vosotros qué pensáis? ¿Se lo ha follado o no?

Carlo traga saliva, inseguro, pero responde:

—Creo que sí, jefe. Lo siento.

Tony, con la boca llena de tarta, solo asiente. Ni siquiera muestra interés en disimular.

—¿Lo ves? Hasta ellos se han dado cuenta —murmura Dominic, saboreando la herida que intenta abrir en mí.

Se levanta del sofá con la pistola aún en la mano. Camina hacia él sin prisa, y en el ritmo de sus pasos se siente la amenaza. Lukas apenas consigue mantener la cabeza recta; la tiene ladeada, sangrando, la respiración entrecortada y dolorosa. Dominic lo agarra del pelo con fuerza y lo obliga a levantarla. Luego apoya el cañón bajo su mandíbula, muy pegado a la piel.

Yo me tenso. Todo mi cuerpo quiere saltar sobre él, arrancarle el arma, romperle la cara. Pero si me muevo, Lukas es el que paga las consecuencias.

Y Dominic lo sabe.

—Dime la verdad y te aseguro que seré rápido y no le haré más daño. ¿Te lo has follado o no?

—¿Piensas matar a un policía de Los Ángeles? —respondo sin apartar la vista de Lukas.

Dominic deja escapar un soplido divertido, casi un suspiro.

—No, ya te lo he dicho. Lo vas a hacer tú —insiste, girando la pistola un poco, para que yo vea bien quién tiene el poder.

Siento el pulso retumbarme en los oídos, pero mi voz sale firme.

—Entiendo que esas drogas que tomas te han nublado la mente, pero no tanto como para creer que voy a hacer eso. Suéltanos y empieza a correr.

Dominic me mira un segundo, incrédulo, y suelta una carcajada corta, seca y burlona.

—¿Me estás amenazando… tú? —dice, con los ojos brillando de una diversión cruel.

No me espero su siguiente movimiento; lo siento antes de que ocurra. Viene hacia mí, me agarra del pelo y me arrastra hacia Lukas. Él se revuelve, intenta incorporarse como puede, instinto puro de protegerme, aunque apenas tenga fuerzas para mantenerse consciente.

Y Dominic disfruta cada segundo.

—Carlo, dame tu pistola —ordena con los ojos completamente idos.

Carlo se la entrega al instante. Dominic me apunta primero a la cabeza, luego se coloca detrás de mí y presiona el arma de Carlo contra mi mano, obligándome a sujetarla. Tony y Carlo se tensan al momento, un paso más cerca, como si incluso ellos temieran lo que está por pasar.

—Dispárale —me ordena, frío, directo—. Hazlo, o primero te mataré a ti y luego lo cortaré en pedazos. O mejor —respira cerca de mi oído—, lo haré al revés. Lo cortaré en pedacitos delante de ti… y después acabaré contigo.

A estas alturas no queda espacio para retroceder, solo una dirección posible.

Me echo a reír. La risa me sale casi sola, dura, rota. Podría parecer comedia, una escena absurda, si no fuera porque lo que estamos viviendo es una puta tragedia.

Una tragedia que deja a Lukas con las manos atadas a la espalda, sentado en una silla, sangrando por la nariz y la boca, los ojos hinchados, un corte abierto en la frente y cada respiración convertida en un esfuerzo sobrehumano. La sangre le oscurece los

labios y desciende por su pecho en hilos gruesos. Yo sostengo la pistola de Carlo, el pulso firme hacia fuera, aunque por dentro estoy a un paso de romperme.

Los dos matones de Dominic comienzan a titubear: Carlo con expresión tensa y Tony dejando la tarta a un lado y llevando la mano a su arma, que escondía en la parte trasera del pantalón.

La tensión en el salón se vuelve tan espesa que dudo hasta de que pueda cortarse con un simple cuchillo.

—¿De qué coño te ríes, Charlie? No estoy bromeando. No sabes de lo que soy capaz —escupe Dominic.

Lo dice convencido. Él cree cada palabra.

Pero yo sé algo que parece que él no recuerda: lo conozco. Sé dónde es fuerte y dónde se quiebra. Lo sé desde que éramos niños.

—Ni tú sabes de lo que eres capaz —respondo sin bajar la mirada—. Has perdido por completo el concepto de realidad. Te has metido tanto en este mundo de mierda que ya no eres consciente ni de lo que dices.

Me acerco un paso. La pistola me pesa, pero mi voz no duda aunque por dentro tiemble.

—¿De verdad vas a dispararme? ¿A mí? ¿A una Rossetti? Te lo recuerdo porque veo que vives al margen de la ley pero también de la realidad: si matas a un policía no vas a poder volver a vivir en este estado. Quizá sí puedas huir a Sudamérica o a cualquier país sin extradición con Estados Unidos. Pero si te quedas aquí, vas a llevar una diana en la frente toda tu puta vida. Y vosotros también —añado mirando a Tony y Carlo, uno por uno, despacio.

Ellos tragan saliva casi al mismo tiempo.

Dominic, en cambio, se crece: levanta la barbilla con un brillo enfermo en la mirada mientras sigue apuntándome. Carlo aprovecha

para quitarme la pistola que aún sujeto, y noto el hueco frío que deja el metal al desaparecer de mi mano.

—Pero ese iba a ser uno de tus menores problemas —continúo, dejando la frase flotar, expandirse, clavarse—. ¿Sabes por qué?

Pausa.

Silencio.

Los miro a los tres.

—Si me vuelves a hacer daño, no solo te repudiará tu propia familia. Te cerrarán la puerta el resto de clanes. Se te caerán los contactos uno a uno, porque mi padre —ese *simple contable*, como siempre lo llamas— es quien lleva las cuentas de la mayoría. Y el dinero es mucho más poderoso que cualquier código que tus hombres puedan seguir. Tú mismo lo has dicho: todo se compra y se vende y tú… no vas a encontrar agujero lo bastante profundo donde esconderte. Ni tú… ni ellos. —Señalo a Tony y a Carlo con un dedo firme, seco—. Así que venga. Tócale un solo pelo y al que cortarán en pedazos será a ti. Y a vosotros también, hijos de puta.

Me tiemblan las piernas, el estómago se me revuelve, el vómito amenaza con salir. Pero mi dedo no flaquea. Ni la voz. Ni el mentón cuando avanzo un paso más hacia la boca del arma.

Toda mi vida he estado rodeado de gente que apuesta con la cara fría y la voz firme. Crecí viendo faroles que valían más que casas enteras, y aprendí a sostener los míos sin vacilar.

Este es el más caro, y no pienso desaprovecharlo.

Tiene algo de verdad, y es que sí, mi padre lleva las cuentas de la mitad de la mafia en California, Nevada y Arizona, pero el resto es aire y riesgo. Antes veía a otros jugar millones. Hoy me juego mi propia vida.

La mía, porque la de Lukas… Ya apenas respira y veo cómo se le agota el tiempo.

—¿Te crees muy lista, verdad? —escupe Dominic.

—No es que me crea lista. Es que lo soy, Dom —respondo sin pestañear—. Y tú lo sabes porque me conoces desde siempre —La voz se me afloja un poco, por el significado que conlleva—. Deja de jugar a gánster, de creerte el puto amo de la mafia. No te pega nada… *Domenico*.

A veces desearía medir dos metros, tener los bíceps de Lukas y cero autocontrol.

En este preciso instante le plantaría un empujón a Dominic y me liaría a puñetazos con los tres sin pensarlo. Pero mido uno sesenta, y no tengo precisamente cuerpo de chica de gimnasio, así que no me queda otra que sostenerle la mirada y confiar en que mis palabras golpeen más fuerte de lo que mis manos podrían hacerlo.

—Jefe, ¿qué hacemos? —pregunta Carlo, guardando su pistola en la parte de atrás del pantalón—. ¿De verdad merece la pena?

La respiración de Dominic cambia.

Ya no se le ve tan relajado, tan cómodo. Ahora hay duda en su cara, hay tensión.

Casi puedo escuchar cómo aprieta los dientes.

Tiene una mano sobre mi brazo, las uñas clavándose mientras intenta controlarse. En la otra, la pistola tiembla apenas —un milímetro, lo justo para recordarme el riesgo—. Cuanto más vacilan los tres, más firme me siento por dentro.

—Escucha a tus chicos, Dom —le digo despacio, sin apartarme ni un dedo—. ¿De verdad te merece la pena?

Está claro que la herencia de mi abuela actriz también tiene su peso. No solo estoy asustada por la decisión que vaya a tomar

Dominic; lo estoy por Lukas, por mí, por todo lo que podría venir después. Intento no perder la compostura, pero mis ojos se desvían una y otra vez hacia él. La cabeza se le descuelga hacia delante, el pecho apenas se mueve. Ha debido perder de nuevo el conocimiento o, peor aún… ha dejado de respirar.

Sé que no le queda mucho tiempo y, si esto sigue así, si Dominic y sus dos hombres no nos dejan salir de aquí, no sé cuánto más va a aguantar.

—Jefe, ninguna chica merece tanto riesgo —murmura uno de ellos, incómodo.

Sus hombres intentan convencerlo, pero Dominic está fuera de sí y su dedo juguetea demasiado con el gatillo. Puedo oír cómo respira, cómo se le acelera el pulso; noto la tensión en la mano con la que aún me apunta a la cabeza. En cualquier momento puede decidir apretar. O bajar el arma. O disparar a Lukas.

Y yo sigo aquí, con la espalda erguida y la boca seca, sosteniendo el farol más caro de mi vida.

Tony baja la vista. Carlo evita mirarme. Ninguno quiere ser el primero en decirlo en voz alta, pero los dos saben lo mismo que yo: si su jefe cruza esta línea, no habrá vuelta atrás para nadie.

Dominic inspira hondo. Entorna los ojos.

La pistola se mueve un poco. Demasiado despacio como para adivinar si va a subir o a bajar.

Yo no me atrevo ni a parpadear.

Y, en ese instante suspendido, miro a Lukas por última vez.

Su cabeza cae del todo. No hay movimiento. No sé si respira. Y no sé si podrá escapar de esto… ni si yo quiero hacerlo sin él.

CAPÍTULO 34

LUKAS

Algo me arrastra fuera del vacío. No sé si es el roce en la piel, el ruido del agua o el temblor de unas manos que reconocería en cualquier parte.

Charlie corta las bridas con algo que no llego a ver y, cuando quedan sueltas, me sujeta por los hombros y me ayuda a pasar del borde de la silla al sofá. El cuerpo protesta entero: cada músculo, cada hueso, cada respiración. Me acerca un vaso, humedece mis labios y luego pasa un trapo por la sangre pegada alrededor de los ojos; la tela raspa, pero también me ancla a este momento, a ella.

—Lukas, voy a llamar al capitán para que nos manden una ambulancia, ¿de acuerdo?

Asiento muy despacio.

Formar una sola palabra sería demasiado. Respirar ya es bastante batalla.

La nariz rota, las costillas que arden bajo la piel, el golpe en la cabeza que marca un ritmo propio… Todo se mezcla. Intento tomar aire y se queda retenido a mitad de camino, áspero, escaso. Me aferro a la conciencia con una terquedad que no sabía que tenía.

—No te duermas, Lukas, ¿vale? Háblame, por favor.

Querría hacerlo.

Querría hablarle hasta quedarme sin nada.

En unas horas ha confirmado lo que llevo sintiendo desde que apareció en mi vida: no es solo una chica preciosa e inteligente, no

es solo la heredera de una familia complicada. Es fuerte. Es leal. Plantada delante de un arma, delante de un hombre que podría haberla destrozado otra vez, ha demostrado más coraje del que he visto en muchos policías con placa y pistola.

Es la persona más fuerte que he conocido y, en esa lista, entran compañeros de Los Ángeles, agentes de Flagstaff, gente que presume de no doblarse nunca.

Me gustaría decírselo ahora.

Lo gritaría si pudiera; lo escribiría en cualquier superficie que tuviera delante. Pero los párpados pesan, el aire no termina de llegar y el mundo se reduce a su rostro inclinado sobre mí.

Logro sacar su nombre.

—Charlie…

La voz sale baja, gastada, pero es mía. Y es para ella.

Vuelvo a intentarlo, porque no quiero que lo último que se lleve de mí sea el silencio.

—Charlie…

Lo siguiente que reconozco es el techo. Blanco. Impecable. Demasiado brillante para unos ojos que no recuerdan haber estado abiertos en días. La luz es dura, clínica, y me obliga a parpadear varias veces antes de entender que estoy despierto de verdad. Cada parpadeo duele. Me escuecen los ojos, la cabeza late con un ritmo propio, insistente y ajeno, y tardo unos segundos en recordar quién soy o qué hago aquí.

Intento moverme con torpeza, sin pensarlo, y el error llega enseguida. Un dolor profundo me atraviesa el costado: una línea caliente que nace bajo las costillas y se dispara hacia la espalda. Me

quedo quieto, respiro por la boca e intento que el aire entre sin pelearse con el cuerpo, pero todo parece funcionar a medias.

Bajo la mirada con lentitud. Veo cables, electrodos pegados al pecho, vendajes firmes que sujetan zonas que no consigo identificar del todo. Mi piel es un mosaico de morados y amarillos, recuerdo del puño americano con el que Dominic me golpeaba. La imagen cruza mi cabeza sin avisar: el metal, el impacto seco, la sensación de perder el aire. No sé si es un recuerdo real o una pesadilla que se resiste a soltarme. Solo sé que el cuerpo lo recuerda todo. Me siento extraño dentro de mí mismo, con la sensación de que alguien me hubiera reconstruido con piezas que no encajan.

Y entonces lo noto.

Ese tirón suave. Constante. Íntimo.

No.

No, no, no.

Joder.

Estoy sondado.

El asco me llega antes que el miedo. Hay un tubo entrando en mi cuerpo, un recordatorio de que estuve demasiado tiempo fuera, desconectado del mundo. Trago saliva y me quema la garganta. Intento mover una pierna, apenas unos centímetros, y el tirón de la sonda me confirma lo que no quiero aceptar: ahora mismo no puedo ir a ninguna parte.

Respiro hondo, o lo intento.

Las costillas protestan, tensas, frágiles.

El techo vuelve a girar, mezclando el blanco con sombras negras que aparecen y desaparecen; la realidad todavía no termina de asentarse.

No sé cuántas horas —o días— he estado así.

No sé qué pasó después.

Solo sé que todavía duele.

Y que sigo aquí.

Cuando intento incorporarme, una voz que reconozco antes de ubicarla me frena en seco.

—Hola, cariño. No trates de moverte.

Parpadeo y tardo solo un segundo en unir la voz con la cara.

Mi madre. Sentada a mi lado, agotada, intentando sostener una calma que no consigue ocultar del todo su preocupación. Verla así, pendiente de cada uno de mis gestos, me duele casi tanto como el cuerpo.

—¿Mamá? ¿Qué… qué haces aquí? ¿Qué día es hoy? ¿Y…?

—Tranquilo, Lukas. No te esfuerces.

No llega a terminar la frase. La puerta se abre y la habitación se llena de batas, manos rápidas y pasos firmes. Enfermeros, médicos, auxiliares toman el mando al instante. El cambio de energía es inmediato, como si el simple hecho de abrir los ojos hubiera activado una alarma.

Elevan un poco la cama para ayudarme a respirar. La mascarilla nasal se ajusta mejor a mi cara y el aire entra con un ritmo que no termino de seguir. Manos distintas aparecen y desaparecen: toman la presión, buscan el pulso, vigilan cifras que no alcanzo a comprender.

Alguien palpa las costillas vendadas con un cuidado que no evita el dolor. El pecho se hunde al inspirar y noto cómo evalúan ese gesto mínimo, atentos a lo que mi cuerpo hace sin pedirme permiso. Una

luz suave se cuela en mis ojos; parpadeo, tarde, intentando obedecer.

Unos dedos recorren el pómulo, la mandíbula, el hematoma que arde hasta la cabeza entera. Retiran el vendaje, limpian la herida con suero, vuelven a cubrirla. No veo las caras, solo fragmentos: manos, voces bajas, movimientos precisos.

La enfermera comprueba la vía, el drenaje, la bolsa de suero. El analgésico cae lento por el catéter y agradezco ese goteo constante. Frente a mí, el monitor marca un ritmo irregular que no termina de asentarse.

Todo ocurre deprisa, pero a mí me llega amortiguado, difuso, con una distancia extraña. Nariz rota. Costillas tocadas. Contusión cerebral. La posibilidad de un derrame flota en el aire, mezclada con el pitido del monitor, y no sé si lo escucho en voz alta o nace dentro de mi cabeza.

Mi madre me mira con los ojos húmedos, sin llorar, sin parpadear, esperando que yo regrese del todo. Yo solo respiro —si se puede llamar así a este esfuerzo torpe y limitado— mientras el equipo trabaja alrededor de mi cuerpo, tratándolo con la cautela de algo frágil que aún no saben si va a responder.

El sonido del monitor dicta el ritmo.

Mi pecho obedece, lento, tenso.

Mi conciencia también.

La realidad vuelve a mí a trozos, pero vuelve.

El equipo médico me pregunta, casi por rutina, cómo me encuentro. Intentan sonar amables, confiando en que una respuesta sencilla pueda resumir todo esto. ¿Cómo se supone que debo sentirme? Acabo de despertar rodeado de cables, vendas, luces

blancas y un zumbido constante que todavía no sé si pertenece a la habitación o a mi cabeza. Estoy desorientado, confundido, con el cuerpo hecho añicos y la memoria en pedazos. Si alguien tiene preguntas aquí, soy yo.

—Mamá. ¿Dónde está Charlie? ¿Está bien?

Mi madre me sonríe con dulzura. Me pasa la mano por el cabello, en la única zona donde no tengo vendajes, y su tacto me aterriza.

—Está bien —dice—. Esa chica es estupenda, Lukas. Una joven increíble.

Tardo un segundo en procesarlo.

—Está en la cafetería con tu padre. Llevaba más de cuarenta y ocho horas sin moverse de tu lado y él ha insistido en que bajara a comer algo. Le acabo de enviar un mensaje.

Charlie con mi padre.

Comiendo.

Después de dos días sin despegarse de la cama donde yo estaba inconsciente.

No sé si lo estoy procesando bien. No sé si esto es real.

—¿Qué? ¿Charlie con… papá? —logro decir, todavía sin creérmelo.

Mi madre me explica lo que han sido estas últimas setenta y dos horas: los procedimientos médicos, los ingresos, el parte clínico. Tres costillas rotas. Nariz fracturada. Contusión severa. Hemorragia intracraneal controlada. Coma inducido para que mi cerebro pudiera desinflamarse. Tres días sostenido por máquinas, respiraciones medidas, pronóstico incierto.

Mientras ella habla, la puerta se abre.

Charlie aparece.

Se queda quieta en el marco, sin atreverse a avanzar. Tiene las mejillas coloradas, los ojos brillantes por el llanto contenido y una mano cubriéndose la boca. Un gesto que no logra frenar el sollozo que se le escapa. Las lágrimas caen en silencio y, aun así, lo llenan todo.

—Charlie… —susurro, apenas en un hilo—. ¿Cómo estás?

Mi madre se hace a un lado.

Entonces Charlie cruza el espacio que falta hasta la cama y me toma la mano. Lo hace con cuidado, con una delicadeza que me hace olvidar, por un momento, todo el dolor que siento. Apoya la frente en el borde del colchón, cierra los ojos y rompe a llorar sin intentar disimularlo.

Solo eso.

No dice nada.

Solo se queda.

Intento sonreír, o algo parecido.

—¿Tan mal estoy? —murmuro, medio en broma, medio buscando aire.

Mi madre sale de la habitación después de dedicarme una última mirada tranquila. Al irse, veo por el hueco de la puerta a mi padre, apoyado en el marco, con esa expresión que mezcla cariño, preocupación y algo que no esperaba ver en él: alivio. Nos cruzamos la mirada apenas un segundo antes de que él también cierre la puerta tras ella.

Charlie y yo nos quedamos solos.

Ella se incorpora despacio y luego se inclina hacia mí. La luz le marca los ojos hinchados por el llanto, la piel todavía sonrojada por la angustia de antes. Su mano encuentra mi cabello con una suavidad que no recordaba haber sentido en semanas.

—Hola —susurra—. ¿Te duele mucho?

Ojalá pudiera responderle con la misma calma con la que me toca. Su preocupación, su forma de mirarme —atenta, abierta, sin reservas— me inyecta una energía extraña, frágil, pero real.

Trago saliva antes de hablar. El pecho protesta. Sin embargo, la observo con cuidado, despacio, como si mirarla fuera parte del esfuerzo por seguir respirando.

—Tu pelo… —digo al fin, con la voz gastada—. Vuelve a ser moreno. Me gusta más así.

Esbozo algo parecido a una sonrisa y Charlie se ríe entre lágrimas.

—Sí —responde en voz baja—. Necesitaba volver a sentirme yo misma.

Asiento despacio. Lo entiendo más de lo que sería capaz de explicarle ahora.

Quiero incorporarme. Quiero rodearla con los brazos o, al menos, rozarle la mejilla con los dedos para demostrarle que sigo aquí, que no la he perdido, que sobreviví también por ella. Pero todo lo que tengo son cables que tiran de mi piel, vías que me atraviesan los brazos, monitores que marcan mis límites antes de que lo haga el dolor.

A pesar de todo, estoy aquí.

Estoy vivo.

CAPÍTULO 35

CHARLIE

Sé que debería mantenerme fuerte y evitar llorar, al menos delante de él. Lo intento. De verdad que lo hago. Pero cada vez que miro su cara, el corazón se me encoge, con la sensación brutal de que alguien lo aprieta entre los dedos desde dentro. Los médicos repiten que es normal, que los hematomas bajarán, que la inflamación irá desapareciendo, que la nariz podrá recolocarse con tiempo, revisiones y paciencia. Solo han pasado tres días desde aquella noche y, aunque ahora su rostro resulte difícil de mirar sin temblar, la piel empieza a cambiar de color, a desinflamarse, a ceder poco a poco, milímetro a milímetro, como si el cuerpo recordara el camino de vuelta.

Lo grave no es lo que se ve, no es solo la cara.

Son las costillas. Las fracturas estuvieron cerca de perforar el pulmón y eso habría sido irreversible, habría cambiado todo para siempre. Dicen que tendrá que estar en reposo absoluto, que la recuperación será larga, que el dolor aún no ha dicho su última palabra y que habrá noches en las que respirar le parezca una batalla contra el oxígeno. Los padres de Lukas escuchan cada indicación con una seriedad que me sobrepasa, con ese silencio adulto que no deja espacio para el pánico. Asienten, preguntan, toman nota mental de todo y, antes de que yo consiga procesarlo, ya hablan de trasladarlo a Flagstaff para cuidarlo allí, rodeado de la familia, lejos de este hospital, lejos de Los Ángeles, lejos de lo que pasó… lejos de mí.

Lo entiendo.

Sería lo lógico, lo razonable, lo que haría cualquiera porque aquí, solo, no podría recuperarse. Necesita toda la ayuda posible.

Pero mientras ellos planean horarios, medicación, fisioterapia y fechas para el traslado, yo solo pienso en otra cosa, en una sola frase que se repite sin descanso: Lukas se irá a Arizona. Y yo no sé qué voy a hacer con ese vacío, con esa ausencia instalándose antes incluso de que ocurra, con la idea de dormir sin él.

Los días siguientes se convierten en una rutina que podría recitar dormida, una liturgia de pasillos, ascensores y luz blanca. Voy al hospital por la mañana, vuelvo a casa a ducharme, a cambiarme de ropa, a mirarme al espejo sin reconocerme del todo, y regreso por la tarde. A veces también por la noche, cuando el cansancio pesa más que el sentido común y, aun así, no me detiene. Pero quien permanece con él cuando cae el silencio es su madre, siempre firme al lado de la cama, sin apartar la atención ni un minuto.

Lukas mejora despacio, pero mejora, y yo me aferro a esa idea con todo lo que me queda.

El quinto día, la hinchazón de sus ojos ha bajado lo suficiente para que pueda reconocer su mirada, aunque todavía lleve el morado instalado bajo los párpados, una sombra que no termina de irse. Una semana después, el fisioterapeuta lo ayuda a ponerse de pie por primera vez —con apoyo, con dolor, con un arnés estabilizador, con respiraciones contenidas y la mandíbula apretada —. Lo logra, y la emoción me sube al pecho antes de que pueda detenerla.

Caminar es más difícil; apenas unos pasos, lentos, con el pecho vendado y un enfermero sujetándolo por si se desploma. No obstante, verlo moverse es el mayor milagro de mi vida reciente, el único que me importa y me devuelve el aire que creía perdido.

Cuando no estoy con él, la culpa viene a buscarme por la noche. Me acuesto, cierro los ojos, y el recuerdo aparece sin permiso: Dominic golpeándolo, Lukas sangrando, mi cuerpo paralizado entre

el miedo y la rabia, mis manos inútiles durante un segundo que pudo ser eterno. Lloré entonces y lloro ahora, con esa forma infantil y desesperada de llorar que no arregla nada, hasta que el agotamiento me vence y consigo dormir, a ratos, mal, con el cuerpo en guardia.

Mi madre cree que es estrés postraumático después del ataque, y yo la dejo creerlo, porque es una explicación que suena limpia, que se puede decir sin que duela más. Ojalá fuera solo eso. La verdad es más incómoda: no duermo porque no dejo de pensar en cómo habría podido acabar todo, en lo cerca que estuvo, en lo que habría significado perderlo, en el silencio que se habría quedado en su lugar.

Dominic ha desaparecido del mapa. Después de todo, mi farol funcionó, y eso no me consuela; solo me deja el regusto amargo de haber ganado por un margen demasiado estrecho. Se marcharon los tres —él y sus dos sombras— y, ahora, una semana después, nadie sabe dónde está. Nadie salvo nosotros, y esa certeza me pesa en el estómago cada vez que la repaso.

Vittorio y Raffaella Capieri le pagaron una suma generosa para que desapareciera definitivamente. Creemos que está en algún punto perdido entre Argentina y Uruguay, con otro nombre, otras credenciales y un único acuerdo: no volver jamás a Los Ángeles, no volver a tocar mi vida ni volver a cruzarse con la de Lukas.

Ellos lo ayudaron, y me parece lógico. Es su hijo, por mucho que la locura lo haya devorado, por mucho que ya no quede nada reconocible en él, por mucho que lo que hizo no tenga perdón.

En casa todo parece… estable. Ni perfecto ni resuelto, solo estable. Y, eso, dadas las circunstancias, ya es un triunfo. El plan para protegerme no salió como debía y, a pesar de eso, mis padres siguen de pie, con la cabeza alta, asumiendo las consecuencias. Papá movió hilos, habló con gente que nadie debería nombrar en voz alta, cerró puertas y abrió otras, según cuenta mamá. Discutió

con personas peligrosas para que yo estuviera a salvo, incluso cuando ya era demasiado tarde para evitar lo peor.

Malcolm despidió a su pasante, aunque sigo pensando que esa pobre chica no era culpable de nada más que de estar en el lugar equivocado. Fue una víctima más de Dominic y de sus hombres, otra pieza prescindible en un juego que nunca entendió del todo.

Y entonces llega la conversación.

Esa conversación.

La que llevo evitando, rumiando y temiendo desde hace días.

Mi madre se sienta frente a mí. Yo ya sé lo que viene. Y también sé que estoy decidida. Preparada.

—Quiero dejar la carrera —le digo, sin rodeos, sentándome frente a ella con las manos entrelazadas para evitar que se note el temblor—. No termina de convencerme. No sé si es porque he estado desconectada de ese mundo al no haber asistido a las clases, pero no quiero seguir estudiando algo que no me apasiona. Creo que es perder el tiempo.

Mi madre deja el móvil sobre la mesa con cuidado, con un gesto lento y medido, en ese silencio frágil que se ha instalado entre nosotras.

—De acuerdo, cariño —responde despacio—. Es tu decisión y la respeto. Solo dime qué quieres hacer.

Trago aire. Una parte de mí espera que la voz me falle, pero no lo hace.

—Te va a sonar raro, pero… quiero estudiar cocina.

Su ceja se arquea en una forma que conozco bien. No interviene. Yo continúo.

—Quiero ser chef —aclaro—. Empezar desde abajo, aprender de verdad. Algún día abrir mi propio restaurante y hacer algo… diferente.

Las palabras salen de un tirón; llevaban tiempo formadas y solo necesitaban una grieta para escapar. Mi madre me mira en silencio, con ese gesto suave que a veces confundo con condescendencia. Sé que podría interpretarlo como otro capricho pasajero, una ocurrencia más. He tenido algunos. Pero este no es el caso.

Respiro hondo y sigo.

—Sé que parece impulsivo, pero no lo es. Me siento bien cuando cocino. Me calma. Me enfoca. Tengo ideas, proyectos, incluso nombres que me gustaría probar. Solo… quiero aprender. —Mi voz baja un poco, no por duda sino por honestidad—. Empezar desde cocina base, desde lo más humilde. Y cuando llegue el momento… me gustaría que me ayudaseis a montar algo mío. Donde sea. Cuando esté lista.

Mi madre me observa larga y lentamente. Y, a diferencia de las ocasiones anteriores, siento que no está evaluando un capricho, sino a mí.

Repasa cada una de mis palabras en silencio. La seguridad con la que le hablo, la firmeza con la que explico todo no dejan lugar a dudas. No voy de farol y ella lo entiende enseguida. Creo que, por primera vez, me ve de verdad. No como la hija rebelde, no como la niña rica con ocurrencias, sino como alguien con un objetivo claro y la determinación necesaria para hacerlo realidad. Y sé que lo haré con su ayuda; no es solo algo que deseo, es algo que siento que, en cierto modo, me deben.

Me quedo esperando su respuesta, preparada para lo de siempre: otra negativa, otro *Lo siento, Charlotte*, *lo primero es tu seguridad*, o cualquier frase similar que suene a control. Ella me mira, parece medir al milímetro lo que va a decir y, tras unos segundos que se hacen eternos, por fin habla.

—Me parece muy buena idea, Charlie. Buscaremos la mejor escuela de cocina. Solo dime con quién quieres estudiar o dónde, para que lo preparemos.

De todas las respuestas posibles, esa era una opción lejana, casi teórica. Y, aun así, es la que elige. Me sorprende lo rápido que la acepta, y me sorprende también el alivio que me deja en el pecho.

Mi respuesta llega sin dudar, tan rápida como el latido que me empuja a decirla. Llevo días pensando en esto. Mis horas en el hospital me han dado demasiado tiempo para sentirlo y ahora necesito dejarlo claro, por mí y por ella.

—Hay una escuela de cocina en Prescott —respondo con calma —. El chef ofrece clases en grupos en su propio restaurante y, después de unos meses, prácticas remuneradas.

—Prescott… ¿Arizona? —repite mi madre, entrecerrando los ojos con esa sutileza afilada que siempre me desarma—. ¿Y esa elección tiene algo que ver con cierto policía al que le darán el alta dentro de unos días? Uno que, casualmente, volverá a su ciudad natal en Flagstaff, Arizona.

Su ironía es suave, certera. Clara, directa, pero no me hace retroceder.

—Es un sitio como cualquier otro —respondo con una media sonrisa—. Tranquilo, donde nadie me conoce, donde podré ser simplemente Charlie, una estudiante de cocina. Y sí, está cerca de Flagstaff, pero también está bien comunicado con Los Ángeles, y eso importa.

Ella no contesta. Solo espera, dándome espacio para terminar de decir todo lo que llevo dentro, sin interrumpirme, sin rescatarme.

Así que continúo.

—La escuela tiene muy buenas referencias, mamá. El chef Antoine Visé lleva años enseñando cocina clásica y contemporánea;

ofrece prácticas en su restaurante y empezaría desde abajo, fregando platos si hace falta. No me importa. Quiero aprender bien, desde cero, sin atajos.

La observo con atención, porque en su mirada vuelve a asomar la duda, fina, inevitable, como si todavía pensara que esto no es más que una excusa para seguir a Lukas, que lo de la cocina es solo un decorado bonito. Pero esta vez no pienso dejar que esa idea me frene. Quiero rehacer mi vida, buscar mi camino… por mí misma.

—Mamá —añado, con la voz más firme que he tenido nunca—, sé lo que estás pensando, así que te lo digo sin rodeos: sí, esta escuela no es la más prestigiosa, y sí, Antoine no es el chef más famoso del país. Y sí, queda a una hora de Flagstaff, donde Lukas estará recuperándose.

Respiro. Y, por primera vez en mucho tiempo, no siento miedo, ni siquiera cuando digo lo que de verdad importa.

—Pero no es un capricho. Busqué esta escuela porque quiero aprender allí y porque necesito un lugar tranquilo donde nadie me conozca. Un lugar donde pueda ser una estudiante más. No la hija de Salvatore Rossetti. No la hija de «esa» familia y la chica del balazo y el ataque en la universidad. No me avergüenzo de nuestro apellido, pero hasta hoy nunca me ha traído ventajas. Lo sabes, tú lo has visto. Necesito algo de libertad. —Suspiro—. Creo que me lo he ganado.

Mi madre sonríe. No es una sonrisa falsa ni irónica; es sincera, cansada y, de alguna forma, orgullosa, una de esas sonrisas que no se regalan si no se sienten. Enseguida me pide que le pase los datos de la escuela de Prescott, abre el portátil, busca el nombre de Antoine Visé y lo teclea como si esta decisión fuera la cosa más natural del mundo. Miramos juntas opciones: pisos pequeños, residencias de estudiantes, habitaciones en alquiler cerca del restaurante, cosas simples que de pronto parecen posibles.

Parece real. La posibilidad de ser libre. De hacer algo que me gusta.

Y, sí, el aliciente de Lukas también está ahí, brillando en el fondo de todo esto, sin disculpas, sin esconderse.

Si lo que empezamos en Calabasas puede sobrevivir fuera de aquella casa, en la vida real, es algo que tendremos que averiguar. Pero esta vez no pienso callarme ni fingir que no importa.

Prescott está lo bastante cerca para intentarlo sin forzar nada… y lo bastante lejos para poder seguir adelante si no funciona, y esa distancia me da una calma que no esperaba.

No tengo claro qué pasará con él. No sé si querrá que me quede, o si preferirá hacer su vida lejos de la mía, o si el tiempo le pedirá cosas que ahora no puede prometer.

Pero, por primera vez, el futuro no me asusta tanto como antes. Y ese simple hecho ya se siente como un comienzo.

CAPÍTULO 36

LUKAS

Podría decir que la rehabilitación es mucho peor que las heridas, que este encierro se me hace eterno, pesado, como un lobo enjaulado con hambre de justicia, con ganas de buscar a Dominic y ponerle las esposas yo mismo… pero nada más lejos de lo que siento en realidad.

Han venido a verme un par de veces, tanto el capitán Myers como mi sargento, Méndez. Son los únicos con los que he tenido contacto desde que estoy aquí, al resto no me dio tiempo de conocerlos. Ellos me han repetido punto por punto lo que salió mal. La filtración pequeña pero suficiente, las grietas por donde se colaron, la lista de propiedades que nunca debió estar al alcance de nadie. Lo sé. Lo escuché mientras Dominic presumía de sus contactos y mientras Charlie se enfrentaba a él y yo apenas podía mantener los ojos abiertos. Lo oí hablar, presumir, explicar cómo nos rastrearon, cómo nos encontraron. Pero mi cabeza no estaba en condiciones de retener nada. Todo me llegaba a trompicones, entre dolor y adrenalina, y lo único en lo que podía pensar era en ella. En si sufriría, en si la tocarían, en si llegaba con vida al amanecer.

Eso es lo que realmente importa ahora.

Eso es lo que me movió entonces y lo que me mueve todavía.

El capitán, igual que los médicos, ha sido claro con mis tiempos: no volveré al servicio activo pronto. Semanas, quizá meses. Las heridas externas cerrarán antes, pero las costillas tardarán en soldar, y la contusión necesita reposo y paciencia. Ahora mismo no podría enfrentarme ni a un chaval que robe chocolatinas en una gasolinera.

Y luego está ella.

Charlie.

Viene todos los días —mañana, tarde— sin falta. La escucho discutir a escondidas con mi madre para quedarse alguna noche, con esa mezcla suya de dulzura testaruda a la que nadie le gana. Si en Calabasas jugábamos a las casitas, aquí casi bromeamos con que jugamos a médicos… pero no funciona. Cada vez que sonrío me duele y, aun así, consigue arrancarme otra más. Y otra.

No sé cómo lo hace.

Pero cuando ella está, todo lo demás importa menos.

Mi médico le ha reñido un par de veces y Charlie abre los ojos como una niña arrepentida, promete que no volverá a hacerlo y, al final, el que protesta soy yo. ¿Qué más da un pequeño dolor en las costillas cuando es ella quien me provoca la sonrisa?

Por las mañanas se pone su cara más profesional, se coloca al lado de mis padres y escucha el diagnóstico con atención: tiempos de recuperación, medicación, reposo, revisiones, todo ese plan que parece tan ordenado sobre el papel y tan caótico cuando lo aplican a tu vida.

Cuando mi madre le dice al médico que esa recuperación se hará en Arizona, mi mirada va directa a Charlie. No sé si es cosa mía o si todavía veo borroso, pero noto cómo su respiración cambia, cómo esconde las manos detrás de la espalda, y juraría que hay un brillo nuevo en sus ojos…como si estuviera a punto de llorar.

Quiero protestar. Quiero decir que me quedo en Los Ángeles, que ya me apañaré.

Pero es evidente que no puedo recuperarme solo en mi apartamento minúsculo de Koreatown, ni puedo pagar asistencia a domicilio. No podré conducir, apenas puedo caminar, y cada paso me recuerda que no soy invencible, ni de lejos.

Entonces lo entiendo de golpe: lo peor del ataque no son las heridas ni el dolor, sino la certeza de que todo esto me va a alejar de ella, y no tengo ni idea de durante cuánto tiempo.

Hay una conversación pendiente. Han pasado casi siete días, en dos me darán el alta y tendré que volver a casa, a mi hogar en las montañas, mientras Charlie sigue acampada al lado de mi cama de hospital. Esta vez ni siquiera mi madre consigue convencerla de que baje a la cafetería.

Pasamos juntos hasta el último minuto y, en uno de esos momentos en los que Charlie sale al baño, le pido a mi madre que nos deje solos.

Cuando vuelve, se acerca a la cama con ese gesto que ya me conozco de memoria.

—¿Cómo te encuentras? —Es la pregunta que me hace cada vez que pasan más de cinco minutos sin verme. Esa, o: *¿Necesitas algo? ¿Quieres que llame a alguien? ¿Te duele?*

La manera en la que se preocupa por mí es… nueva y me confirma algo que ya no puedo seguir ignorando.

—No, tranquila, estoy bien —respondo.

Esta semana en el hospital hemos hablado de todo: de cine, de música, de restaurantes, de sus antojos absurdos y mis manías. Hemos visto series en su portátil, jugado a las cartas, compartido anécdotas de la infancia —las mías mucho menos peligrosas que las suyas, desde luego—. Hemos hablado de sueños, de fantasías y hasta de pesadillas. No nos hemos callado casi en ningún momento.

Hasta ahora.

El silencio se instala entre nosotros y ninguno parece dispuesto a romperlo. Lo evidente pesa en el aire: mañana me marcho a más de seiscientos kilómetros de ella.

Todo ha ido demasiado deprisa; mi madre se ha pasado los últimos días hablando de mi casa en Flagstaff, de mi sobrino Alexander, de mis amigos del club de pesca, de lo mucho que dicen que me echan de menos. Y, cada vez que lo menciona, noto cómo Charlie se tensa un poco.

Es ahora. No puedo seguir escondiéndome, no después de verla plantarse delante de Dominic para salvarme la vida.

—Mañana me voy —digo al fin.

—Lo sé —responde, mientras coloca bien la sábana sobre mi cuerpo, entreteniendo las manos en algo que no sea mirarme directamente.

—Podríamos hablar por videollamada. O por mensajes. No me gustaría perder el contacto.

Charlie se detiene.

Levanta la vista hacia mí con los ojos entrecerrados. Conozco esa mirada; es la misma que me lanzaba antes de que todo se complicara.

—¿Te gustaría mantener… el contacto? —pregunta.

A veces, los deseos que no se dicen en voz alta se pudren dentro y vuelven convertidos en arrepentimiento. No quiero que eso me pase con ella. Noto un nudo en el estómago solo de imaginarme marchándome sin haber dicho lo que siento y, al mismo tiempo, me duele el pecho solo de pensar que pueda rechazarme.

—Si tú quieres… ya sabes que… sí —contesto—. A mí me gustaría.

—Sí, bueno… —murmura—, en realidad voy a estar un poco más ocupada ahora.

La frase me cae encima con el peso de algo que llevaba tiempo temiendo, aunque no quisiera admitirlo. Pienso, por un segundo, que

ahora que me voy, ella va a soltar la cuerda.

—¿Sí? —pregunto, sin poder evitar la desconfianza.

—Sí. Voy a dejar la universidad. Total, no estaba yendo, y estudiar online no es lo mío. Voy a ir a una escuela de cocina. Quiero ser chef.

Me llevo instintivamente una mano al costado, porque algo en el pecho se expande de golpe y las costillas protestan. Sin embargo, sonrío. Y cuando la veo sonreír aún más, el dolor se vuelve casi soportable.

—He descubierto que me encanta y quiero empezar desde cero, aprender y abrir mi propio restaurante algún día —dice con una seguridad que me desarma.

—Eso es maravilloso.

—Sí, y es gracias a ti. A tu pasta con salsa de parmesano y limón, a tus tortitas del desayuno, a la tarta de tu madre… —dice, con una sonrisa suave al repasar cada detalle.

—Mis tortitas eran muy básicas, no tiene mérito…

—Por supuesto que lo tiene —replica de inmediato, seria, casi ofendida—. Mucho más del que crees. Pero bueno, la cuestión es que el programa es intensivo: clases por la mañana, prácticas en el restaurante… y quiero avanzar lo más rápido posible. Así que he cogido un programa individual con un chef.

—Eso es genial —respondo, y lo es. Me siento orgulloso. Ridículamente orgulloso.

Pero bajo esa alegría nace algo más lento, más amargo: voy a echarla de menos.

Voy a echarla de menos sin saber cuánto.

—Seguro que serás una chef increíble —añado—. Ya apuntabas maneras.

Charlie sonríe, pero hay algo distinto en sus ojos, un temblor pequeño, casi invisible. Todo en mí se prepara para oír que esto se acaba. Seguramente este sea el momento. El que ninguno quiere nombrar.

El instante en el que aceptamos que nuestras rutas se separan: ella con una vida nueva delante, un propósito claro entre fogones, y yo volviendo al inicio: a Flagstaff, a mi hogar, a la montaña que nunca pensé que me recibiría roto.

No voy a ser uno de esos hombres que intentan retenerla. No voy a pedirle que cambie su camino por el mío ni usar mis heridas como excusa para que se quede.

Aunque una parte de mí quisiera hacerlo.

Aunque me duela horrores.

—Bueno, esa es la idea —continúa—. Prepararme bien, estudiar las técnicas, las corrientes, los nuevos estilos. Este chef es francés, ¿sabes? Es muy bueno y creo que es justo lo que necesito. Alguien que me enseñe desde cero.

Escucharla hablar así, con tanta pasión, me emociona más de lo que esperaba, aunque en el fondo sienta una punzada en lo más profundo del pecho.

Ella es rica, pienso. ¿Qué estaba imaginando?

Un chef francés, una formación de primera… es fácil verla abriendo un restaurante de diseño en Beverly Hills, codeándose con estrellas de Hollywood mientras yo me convierto en un recuerdo más. Ni siquiera uno exótico: solo el policía paleto, tozudo y algo rudo con el que compartió unas semanas en su juventud.

—Seguro que lo conseguirás y serás la mejor —le digo.

—No aspiro a ser la mejor, Lukas —responde, sin apartar los ojos de los míos—. Solo quiero tener un objetivo en mi vida, algo que sea mi faro, dejar de esconderme y… vivir. Trabajar en algo que me guste. No quiero ser una *nepo baby* que se dedica a las redes sociales y a gastar el dinero de sus padres sin hacer nada. ¿Me entiendes?

—Perfectamente —contesto, sorprendido por la vehemencia con la que habla.

—Pues eso —suspira—. Y he encontrado la escuela perfecta y al chef del que creo que voy a poder aprender mucho.

—Sí, seguro.

—Pues eso —repite, cruzando los brazos.

Por un momento tengo la sensación de que me está echando una bronca sin palabras, justificando lo que va a hacer, sus motivos, sus planes, como si yo necesitara esa defensa. Y no la necesito. Solo quiero que sea feliz.

—El caso es que me voy la semana que viene a Prescott —suelta al fin, alzando un poco la barbilla.

Prescott.

La palabra da un par de vueltas en mi cabeza.

Prescott… ¿Prescott *qué*?

Porque, que yo recuerde, hay más de uno. Mi amigo Leighton, el del club de pesca, el que se emborrachaba conmigo cuando Margaret me dejó, mi compañero desde la infancia, nació en un Prescott y siempre presumía de saberse de memoria todos los que había repartidos por Estados Unidos. Que yo recuerde, hay un Prescott en Wisconsin, otro en Arkansas, en Michigan y hasta en Washington. Pero solo me importa uno.

—¿Prescott? —pregunto, para salir de dudas—. ¿Prescott, Arizona?

Ella se retuerce el bajo de la camiseta. La firmeza de antes se diluye un poco y evita mirarme de frente.

—Sí. Está muy bien comunicado con Los Ángeles, tiene buena fama, es un lugar tranquilo pero no demasiado pequeño…

Empieza a recitar las virtudes de la ciudad, una detrás de otra, pero yo casi dejo de escuchar. Hay una sola idea golpeando dentro de mi cabeza, intentando abrirse paso entre el dolor y la niebla de los analgésicos.

—Eso está a una hora en coche de Flagstaff —digo al fin.

—Sí —responde, tragando saliva—. Más o menos.

Se hace un silencio.

Ella se queda ahí, de pie junto a mi cama, con los dedos enredados en la tela de la camiseta; yo la miro como si la estuviera viendo por primera vez.

Y entonces lo entiendo. No se va solo a estudiar cocina. No huye de mí.

Está eligiendo un lugar desde el que pueda construir su vida… y, al mismo tiempo, dejar una puerta abierta hacia la mía.

Me entra la risa, una risa suave que se me escapa antes de que pueda controlarla. El tirón en las costillas llega un segundo después, agudo, pero ni siquiera me importa.

—¿Qué pasa? —pregunta, frunciendo el ceño.

Niego despacio, todavía sonriendo. Porque, por primera vez desde el ataque, todos esos miedos que me taladraban —perderla, convertirme en un recuerdo borroso, verla desaparecer en un mundo al que yo no pertenezco— empiezan a aflojar.

Puede que nos espere distancia, carreteras y horas de viaje. Puede que nada esté garantizado. Pero Prescott está a una hora de mi casa. Eso, para alguien que ha estado tan cerca de perderlo todo, suena a segunda oportunidad.

Y a mí, de pronto, ya no me asusta en absoluto.

CAPÍTULO 37

CHARLIE

Mi rutina ahora mismo es abrumadora y la exigencia en el restaurante de Antoine roza lo inhumano. Empezar desde cero es mucho más duro de lo que imaginaba, y eso ocupa casi todo mi tiempo y toda mi energía.

Cuando llego rendida a mi apartamento, solo tengo fuerzas para dejarme caer en la cama, cerrar los ojos y tratar de olvidar platos, salsas y el enésimo intento de sacar un suflé perfecto.

Los primeros días en Prescott fueron solo para ubicarme: adaptarme al trabajo, a la escuela, a mis nuevos compañeros. De la ciudad, en realidad, aún conozco muy poco. Mi mundo se reduce a las calles que separan mi edificio del restaurante y de la pequeña cafetería francesa —que también es propiedad de Antoine— donde a veces vamos a desayunar antes de comenzar. Los famosos *croisants* de nuestro profesor ayudan bastante a sobrellevar las jornadas maratonianas de clases y prácticas.

Lukas lleva ya algo más de una semana instalado en casa de sus padres. Hablamos casi a diario: llamadas rápidas, mensajes entre turno y turno, videollamadas cuando consigo terminar antes de la noche.

Él me cuenta que tiene la sensación de haber retrocedido quince años en el tiempo, con su habitación llena de recuerdos de instituto, trofeos viejos y fotos de su adolescencia. Fotos que estoy deseando ver, por otra parte.

Al principio no doy para más. Termino exhausta y el cansancio empieza a agriarme el humor. Pero cuando llevo una semana allí, la rutina empieza a asentarse y todo se vuelve un poco más

manejable. Después de las clases y del servicio de comidas, cuando terminamos las prácticas, cojo el coche y me voy a Flagstaff a verlo.

Sus avances son evidentes. Ya camina solo, casi sin ayuda, y damos paseos tranquilos por el barrio. Me enseña el lugar donde nació y pasó toda su vida hasta que se mudó a Los Ángeles: las montañas al fondo, el lago, las calles donde creció. Me río con él, con cariño, porque a ratos parecemos una pareja mayor: él apoyado en mí para no caer y yo adaptando el paso al ritmo lento de su recuperación.

Me cuenta las novedades del día, sus pequeños logros y los temas más importantes, como que su hermano le llevó al bebé, su sobrino Alexander, para que lo conociera. También me dice con pena que todavía no ha podido cogerlo bien en brazos porque le sigue costando respirar; sostener a un recién nacido en ese estado es más complicado de lo que parece.

Su cara ha recuperado el color y el pelo empieza a cubrir la cicatriz de la cabeza. Apenas le quedan marcas en la cara y lo único que todavía no me convence es cómo ha quedado su nariz: está ligeramente desviada.

Y, aun así, me sigue pareciendo el hombre más *sexy* e increíblemente atractivo que he visto nunca.

—Eso tiene arreglo —le digo, observándolo de cerca y girándole la cara para verlo desde todos los ángulos posibles—. Y lo arreglaremos.

—¿La ves tan mal? Porque me estoy empezando a acostumbrar…

—No vas a acostumbrarte a tener la nariz desviada, Lukas —lo corto con decisión—. A la larga puede darte problemas para respirar y… ¿Acaso quieres ser de ese tipo de hombres que se pasan la noche roncando? Así que sí: cuando te recuperes, vendrás conmigo

a Los Ángeles y te la arreglarán. Conozco una clínica estupenda y a un cirujano perfecto.

—Cirujano, ¿eh? ¿A qué te refieres con perfecto? Además, será joven y guapo, ¿no?

—¿Estás celoso, Lukas Ravenshart?

Bromeamos entre risas mientras las montañas quedan a nuestra espalda, hasta que, de pronto, la sonrisa se le apaga. Sigo la dirección de su mirada y, en voz baja, me susurra:

—Es Margaret.

Margaret, su ex. La que lo dejó por su hermano cuando tenían planes para casarse, luego se quedó embarazada de él y ahora se ha convertido en su cuñada y madre de su sobrino. La misma por la que él decidió dejar un trabajo de detective en la ciudad que adora para dirigir el tráfico en una ciudad que detesta.

Esa Margaret.

Nos detenemos frente a ella, con el carrito del bebé entre medias haciendo de escudo improvisado. Es pelirroja, de un tono que brilla con el sol, con la cara cubierta de pecas y los ojos azul cielo. Me sorprende porque nunca la había imaginado así. En realidad es completamente opuesta físicamente a mí. Se aclara la garganta, se detiene y me mira de arriba abajo, sin disimulo, evaluándome antes incluso de dirigirle la palabra a Lukas.

Él se inclina hacia el carrito para ver al bebé, y yo intento mantener una expresión neutral cuando por dentro estoy incómoda a rabiar. Es ese tipo de incomodidad que se siente en el estómago, como una cuerda tensándose.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —le dice al niño con una ternura que no conocía en su voz. Luego levanta la mirada hacia ella… y después hacia mí—. Margaret, te presento a Charlie. Ella es… mi novia.

La palabra parece quedarse ahí, flotando entre los tres; al menos resuena en mi cabeza como un eco en las montañas.

Novia, novia…

Le sale casi sin dudar, parece que la tenía en la punta de la lengua durante días, esperando una excusa para presentarme así. Y, no sé por qué, pero siento que no lo ha dicho por quedar bien, ni por marcar territorio, ni por impresionar a su ex. Lo dice con una naturalidad que me deja sin aire.

La duda, en cambio, nace en otro lugar porque nosotros jamás hemos hablado de esto.

No hemos tenido una cita «normal». No hemos compartido un restaurante bonito ni una noche tranquila en un cine. Nuestra historia empezó con una detención, siguió con unas esposas, continuó con sangre, violencia y aprendizajes que ninguno pidió. Hemos hablado de casi todo estas tres semanas, menos de esto. De lo que somos.

Pero parece que él no tiene dudas al respecto. Me ha llamado su novia.

Su palabra me golpea y me enciende por dentro, despertando algo en mí, algo que creía dormido. Siento las piernas aflojarse y una pieza interna encajar donde siempre había faltado algo. No intento disimularlo: el calor que me sube es claro, directo. Y ahí, sin más, siento que me enamoro un poco más de él.

—Encantada —dice la pelirroja, tendiéndome la mano con una seguridad que me sorprende—. Me preguntaba cuándo iba a conocerte.

—El placer es mío —respondo, sin saber muy bien qué más decir y enfocándome en el niño.

—En realidad, Margaret —interviene Lukas—, estaba a punto de comentarle a Charlie lo del bautizo.

¿Ha dicho bautizo? El de Alexander, su sobrino.

Un evento familiar, con fotos, vídeos, recuerdos que acaban guardados durante años. Algo que deja huella, que te incluye o te aparta, que define quién forma parte de la familia y quién no. Es mucho más que llamarme su novia delante de su ex, muchísimo más. Y creo que mi desconcierto es evidente, porque Lukas se revuelve nervioso y Margaret también parece un poco incómoda. Justo como estaba yo hace un momento al verla aparecer.

—Verás… —empieza Lukas, hablando demasiado deprisa, tropezando con sus propias palabras—. Iba a decírtelo ahora. El bautizo es dentro de tres meses, en la Parroquia San Francisco de Asís, esa iglesia grande de piedra clara, la que se ve desde casi toda los ángulos y siempre tiene gente entrando y saliendo, ya sabes. Luego habrá un convite en un restaurante, algo pequeño, solo familia cercana y… bueno…

Asiento, pero en realidad mi atención se aleja de los detalles: la fecha, la iglesia, el restaurante. Todo eso queda en un segundo plano.

Lo que importa es lo que hay detrás de esa invitación.

Lukas quiere que esté allí. Que vaya con él.

Que aparezca de su mano en un evento familiar, no como una amiga o una visita agradable, sino como alguien que tiene un lugar en su vida y lo que es más importante: un futuro.

Y mientras él sigue explicándose, intentando rellenar el silencio por puro nerviosismo, yo siento cómo se me calienta el pecho y cómo algo dentro de mí encuentra por fin un lugar donde estar, uno que llevaba tiempo esperando ocupar.

No es solo un bautizo.

Es su forma de decirme que quiere que me quede cerca.

Cuando llegamos a su casa, casi no hablamos. Llevamos encima el peso de todo lo que ha pasado en un paseo tan corto: cruzarnos con Margaret, escuchar cómo me presentaba como su novia, que me invitara al bautizo de su sobrino delante de ella... Hay demasiadas cosas flotando entre nosotros y, aun así, ninguna acaba de decirse en voz alta.

Mi manera de hacerle entender que yo quiero quedarme muy, muy cerca es besarle.

Al principio son los besos de siempre: suaves, lentos, llenos de ese cuidado que no hemos dejado de tener desde el ataque que lo dejó así. Pero esta vez hay algo distinto, un impulso que avanza, una intención nueva que late bajo cada roce.

Sé que no estamos solos, que sus padres están al otro lado de la puerta, que su cuerpo aún no puede soportar mucho más. Lo sé.

Pero lo beso con un poco más de intención.

Es una pequeña tortura tenerlo tan cerca, haber probado todo lo que vivimos en Calabasas y saber que ahora apenas puedo tocarle sin que el dolor se le marque en la cara. También sé que no puedo tirarle de la mano hacia la habitación ni provocarlo como entonces, porque sus costillas se encargan de recordarnos a los dos todo lo que todavía no puede hacer.

Nos despedimos como cada noche en el portal de su casa. Lo beso con cuidado, intentando no presionarle el pecho, pero sus palabras, esas en las que me ha llamado su novia, siguen resonando en mi cabeza y en algún punto de mi cuerpo que no quiere calmarse.

Mis manos se van un poco más de la cuenta. Lo sé. Me acerco más, lo rozo más, lo busco. Necesito tocarlo y necesito que me toque, así que guío sus manos por debajo de mi camiseta, despacio, invitándolo a seguir. Su piel caliente en mi vientre me eriza la piel

desde dentro, como si cada centímetro de su tacto fuera un recordatorio de todo lo que queremos y todavía estamos esperando.

El problema de besarlo así, justo antes de irme, es que no quiero soltarlo. Y sé que no puedo quedarme. Sé que no puede subir las escaleras deprisa, ni puede levantarme en brazos, ni acorralarme contra la puerta como hacía en Calabasas. Sé que cada respiración profunda le duele. Sé que tengo que ser cuidadosa.

Pero también sé que lo deseo.

Que lo deseo con una intensidad que no esperaba sentir nunca por nadie.

Su mano bajo mi camiseta apenas se mueve, como si tuviera miedo de romperme o de romperse él mismo. Sin embargo, ese contacto torpe y tan medido me incendia la piel.

Lo acerco un poco más, lo beso con más hambre de la que debería, dejando que mi pecho se apoye en el suyo con suavidad, sentida pero sin peso. Lukas suelta un sonido bajo, casi un gemido, y de inmediato me separo lo justo para no hacerlo sufrir.

—Perdona… —susurro.

—No pares —responde él, con la voz entrecortada, buscándome para respirar.

Y me derrito otra vez, porque sé que lo dice en serio y sé que no podemos. Así que vuelvo a besarlo despacio, dándole todo lo que puedo sin llevarlo a un punto donde duela más de la cuenta.

Cuando por fin me aparto, lo hago temblando un poco. Él apoya la frente en la mía, respirando con cuidado, decidido a quedarse con cada detalle de este instante.

—Charlie… —murmura, y ese solo sonido me basta para perder el equilibrio interno.

Quiero quedarme; quiero llevarlo a su cama y perderme en él durante horas, despojarnos del tiempo y de todo lo que nos ha ido frenando. Quiero sentirlo sin reservas, sin ese miedo constante a hacerle daño.

Pero no puedo. Y él tampoco.

Lo abrazo. Es un gesto mínimo pero lleno de todo lo que aún no me atrevo a poner en palabras. Luego doy un paso atrás, lo justo para no perderme en su calor, pero no tanto como para romper ese hilo nuevo que parece haberse formado entre nosotros en el instante en que dijo «mi novia».

—Mañana nos vemos —le prometo.

Y mientras camino hacia el coche, todavía siento sus manos temblando en mi cintura, y pienso que si esto sigue así… no habrá distancia que pueda separarnos.

CAPÍTULO 38

LUKAS

Mi recuperación va bien. O eso dicen los médicos.

Después de cuatro semanas de paseos y poco más, empiezo a notar que el cuerpo responde: las revisiones son buenas, las pruebas también, y todos repiten la misma palabra: paciencia. Las costillas necesitan tiempo; nada de prisas, nada de forzar. Lo entiendo. Lo juro que lo entiendo.

Pero, aun así, la desesperación empieza a hacer mella en mi ánimo, en mi cabeza. El cuerpo quiere ir más rápido que el sentido común.

Los paseos con Charlie son lo mejor de mi día. La espero al caer la tarde; ella llega en cuanto termina las prácticas en el restaurante y, durante un par de horas, todo se vuelve más llevadero. A veces, bajo la supervisión constante de mi madre —y esa forma tan suya de querer controlar el mundo—, se queda a prepararnos la cena.

Es una rutina sencilla, pero me toca más de lo que admitiría en voz alta. Charlie aparece con un par de bolsas de la compra, entra en nuestra cocina como si siempre hubiera formado parte de ella y empieza a moverse entre los fogones con una naturalidad que me llena de orgullo. Cada noche prepara algo distinto: platos que ha aprendido en sus clases con el chef Visé, adaptados a lo que podemos permitirnos y a lo que mi cuerpo soporta.

Mi madre la mira con un cariño que ya no intenta disimular. Y yo… yo me derrito un poco antes incluso de probar el primer bocado.

Mi padre, en cambio, es mucho más duro. A él lo sacan de las costillas con puré de patatas y, como mucho, de la pasta con carne y tomate de mi madre y todo lo demás le parece «comida de señoritos». Pero luego se sirve dos veces, limpia el plato con pan y termina admitiendo que «no está tan mal», lo que, viniendo de él es casi una declaración de amor.

Es… jodidamente genial. Casi perfecto.

Después, si la temperatura de Flagstaff nos lo permite, salimos a pasear al anochecer. Si hace demasiado frío o estoy más cansado, nos quedamos en casa jugando a algo, viendo una serie o simplemente hablando, esas conversaciones tranquilas que no imaginaba que podrían atraparme tanto, y que ahora se han vuelto uno de mis lugares favoritos, justo aquí, a su lado.

En uno de nuestros paseos es cuando vemos a Margaret con Alexander. Aunque ya me la he cruzado un par de veces desde que volví a casa de mis padres, es la primera vez que la tengo delante con Charlie a mi lado. Y, en el momento en que sucede, algo se mueve dentro de mí.

La conversación sobre el bautizo se precipita; mis palabras también. Y no es porque Margaret esté delante, ni porque necesite demostrar nada. Con ella ya no siento ese impulso. Esa etapa está más que cerrada, y lo noto con una claridad que me sorprende cuando la veo frente a frente.

El nerviosismo viene de otro sitio.

Viene de Charlie y de lo que siento por ella.

Y este sentimiento que me aprieta el corazón me ha hecho soltarlo. La he presentado como mi novia sin pensarlo. Lo he hecho de manera impulsiva pero de ningún modo ha sido para salvar las apariencias. Es una verdad que llevaba días empujando desde dentro, esperando una rendija para salir. Y, cuando la he dicho, algo en mi pecho ha encajado por fin.

Pero lo del bautizo… eso es incluso más significativo.

No es un evento cualquiera. Es un acto familiar íntimo, con toda mi gente allí: mis padres, mis tíos, mis primos, la familia de Margaret al completo. Personas que me conocen desde niño, que han visto mis caídas y mis regresos. Que saben la historia de mi familia, mi relación con mi hermano y con Margaret, que ahora es su pareja y madre de su hijo.

Invitarla a acompañarme a ese bautizo, a sentarse a mi lado en esa mesa, a formar parte de un momento tan importante… me parecía un paso gigantesco. Y, sin embargo, ahí estaba ella, mirándome con una atención tan pura que me dejaba sin palabras, como si pudiera sentir cada una de mis dudas, cada miedo que no me atrevía a nombrar.

Y lo más sorprendente —lo que me deja sin aliento— es que le estaba pidiendo todo eso sin que ni siquiera hayamos tenido una cita de verdad, y aun así, quería que estuviera conmigo.

La tarde se alarga en un silencio cómodo mientras volvemos a casa. Ninguno de los dos menciona lo ocurrido, ni el bautizo, ni la palabra *novia*, pero el aire entre nosotros sigue cargado de algo que todavía no conseguimos definir. Caminamos despacio, casi sincronizados, con la sensación de que necesitamos digerirlo todo antes de atrevernos a pronunciarlo en voz alta.

Cuando por fin llegamos a la puerta de entrada, la tensión acumulada encuentra su alivio más instintivo.

Nos despedimos allí mismo, besándonos con la torpeza y la urgencia de dos adolescentes escondidos en las sombras. La toco por encima de la ropa, y ella guía mi mano con suavidad hacia otros lugares. Acaricio su piel, ella me toca la nuca con una ternura que me hace perder el aliento. Sus besos me devuelven la cordura que empieza a desvanecerse por la espera… y, al mismo tiempo, me llevan directo a la locura más absoluta.

El recuerdo de su cuerpo, de su calor, de todo lo que no hemos compartido desde Calabasas, me golpea con fuerza.

El sexo.

Esa gran espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas.

El sexo que no tenemos desde entonces.

El sexo que me despierta en mitad de la noche, duro y desesperado, solo por recordar cómo me miraba cuando la esposé a la cama. El sexo en la ducha. El sexo con mis muñecas atrapadas entre sus manos. El sexo, sexo, sexo…

Llevamos más de cuatro semanas sin tocarnos de verdad y empiezo a perder la paciencia. Y algo más.

Charlie me besa con cuidado, suave, tiernamente. Yo respondo en igual medida, aunque mis manos tiemblan por la necesidad acumulada. Nos besamos despacio, con caricias tímidas en los labios y un roce ligero de nuestras lenguas, casi platónico.

Casi.

Porque cuando su lengua roza la mía, pierdo algo de control. Muy poco… pero suficiente. Ella responde igual, dejándose llevar, y ese poco que pierde ella y el poco que pierdo yo se va acumulando, creciendo, hasta que se convierte en un impulso frenético que nos arrastra sin remedio.

Me atrae más cerca. La sujeto por la cintura. Me muerde el labio, leve, y yo gimo sin poder evitarlo. Ella sonríe contra mi boca, me da otro mordisco más decidido y terminamos contra la pared, con mis manos buscando toda la piel que puedo sin ofrecer un espectáculo a los vecinos que a veces se asoman a mirar.

Y luego, inevitablemente, llega el dolor.

Dios. Nunca pensé que besar a Charlie podría provocarme dolor físico real.

Pero así es.

En el momento en que mi respiración se acelera y los músculos del pecho se tensan, el pinchazo agudo atraviesa mis costillas y tengo que separarme. Otra vez.

Así ha sido toda esta semana y ¡joder! Ya no es solo desesperación, es la frustración la que me consume.

Porque cuando empiezo a sentirme mejor, me confío, me lanzo… y mi cuerpo me recuerda que todavía no estoy listo para ese tipo de actividades.

Y es una tortura. Una deliciosa pero desesperante tortura.

—¿Cuánto tiempo más te ha dicho el doctor que te seguirá pasando esto? —pregunta, con la respiración entrecortada y la misma frustración que siento yo.

—Los tiempos pueden variar, pero… al menos un par de semanas más —respondo, separando mis labios de los suyos mientras mi pecho se agita y el dolor no me deja otra opción.

—¿Dos semanas? —repite horrorizada—. Si tuviera a Dominic delante ahora mismo… le daría en…

—Charlie —la corto, negando con la cabeza—. Yo también, créeme. Pero, ¿qué te parece si dejamos de nombrarlo? Y más aún cuando nos estamos besando.

—Ya no nos estábamos besando —responde, con cara de inocente y haciendo que parezca completamente obvio.

—¿Entonces quieres que hablemos de tu exnovio, el que casi me mata, y el responsable directo de que no podamos hacer el amor? —le suelto todo de una vez, sin dejarle tiempo a responder.

Ella frunce los labios en esa arruguita que ya reconozco mejor que mis propios latidos. Una mueca que pretende expresar malestar, pero que no engaña a nadie. En estas cuatro semanas he aprendido su lenguaje sin que ni siquiera lo note: los gestos auténticos, los que improvisa y los que usa para esconder lo que siente de verdad.

—De acuerdo, está bien —cede al fin, y su puchero se vuelve adorable mientras me toma de las solapas—. Pero… echo mucho de menos tu cuerpo.

—¿Sí? —pregunto, aun sabiendo que esa confesión me prende fuego por dentro.

Ella se acerca y me da un beso suave, casi delicado, temiendo romperme más de lo que ya estoy.

—Mucho —susurra—. Y que sepas que estoy haciendo una colección de esposas para cuando vengas a Prescott.

—¿Qué? —parpadeo, incrédulo.

—Lo que oyes. Las tengo de todos los colores y…

La puerta se abre de golpe y mi madre aparece en el porche, como si fuera un agente haciendo la patrulla nocturna y arruinando la fantasía por completo.

Me regala un *déjà vu* dolorosamente nítido: treinta años, policía, dos costillas rotas y aun así viviendo la versión adulta de esconderme de mis padres en la adolescencia.

Definitivamente estoy desesperado, frustrado. Y conteniendo la risa más de lo que debería.

—Lukas —dice mi madre, cruzándose de brazos—, no la entretengas más. Ya es de noche y esa carretera es peligrosa a estas horas.

Charlie se separa un poco, aún con mis solapas entre los dedos, y sonríe con esa mezcla de inocencia y picardía que me destroza la

poca cordura que me queda.

—Tu madre tiene razón, Lukas —susurra cerca de mi boca—. Será mejor que me vaya.

Luego llega el fin de semana. El restaurante de Antoine tiene un evento importante: una cena por todo lo alto en Sedona, una ciudad famosa por sus formaciones rocosas y su luz casi mágica, un lugar que me habría encantado enseñarle a Charlie. Según me cuenta por teléfono, van a hacer un *catering* enorme, lleno de gente con dinero y expectativas, y Antoine quiere darles la experiencia completa, por eso se los lleva: para que «vean lo que les espera si quieren dedicarse de verdad a esto»: horas de pie, prisas, órdenes, estrés.

Yo le digo a Charlie que lo que quiere, básicamente, es mano de obra gratis. Ella se ríe, pero la realidad es que, por culpa de ese evento, llevamos tres días sin vernos.

Tres. Días. Enteros.

Y si mi paciencia ya iba justa antes, ahora está a punto de romperse del todo.

El lunes tengo revisión con el doctor y decido plantearle mi pequeño problema… que se hace enorme —literalmente— cada vez que pienso en Charlie.

—Lukas, estás en la quinta semana —me recuerda mientras revisa las radiografías—. A estas alturas ya deberías poder empezar a tener relaciones, aunque no podrás… hacer demasiados esfuerzos.

—Defina esfuerzos —le digo muy serio.

El doctor Williams no se lo toma tan trágicamente como yo. De hecho, se echa a reír. Me conoce desde la adolescencia, ha tratado todas mis torceduras, golpes tontos y alguna que otra imprudencia de juventud. Y, aunque me da vergüenza sacar el tema, la desesperación pesa más.

—A ver, chico, ya me entiendes —dice al final, dejando la carpeta a un lado—. Nada de maratones. Intenta que sea algo tranquilo, calmado.

—Llevo más de un mes sin… —resoplo, pasando la mano por mi cara—. Joder, doctor, mi chica es… estábamos al principio de la relación, ¿entiende? No hay nada calmado en esta etapa y yo empiezo a perder los nervios.

—De acuerdo, Lukas —responde, más comprensivo esta vez—. Te entiendo, de verdad. Así que tendrás que…

—¿Qué? —lo apremio—. Dígame qué puedo y qué no puedo hacer.

El doctor se remueve un poco en la silla, incómodo, pero supongo que ver mi cara le da cierta pena.

—No puedes hacer esfuerzos bruscos —aclara—. Ni levantar peso, ni tensar demasiado el torso. Tendrás que dejar que sea ella quien lleve más el control, y escuchar a tu cuerpo. En cuanto notes que las costillas protestan, paras.

—Eso no es problema, doctor —sonrío, recordando a Charlie sentada sobre mí la primera noche—. El problema es que cuando… ya sabe —ahora el incómodo soy yo—, Cuando me excito, el corazón se acelera y me duele el pecho, justo aquí.

Me señalo el costado, donde la respiración todavía se engancha.

Williams asiente despacio.

—Es normal que notes más el dolor con la excitación —explica —. Aumenta la frecuencia cardiaca, respiras más rápido, las costillas se expanden más y las zonas fracturadas se quejan. Lo que puedo hacer es ajustarte el analgésico unos días. —Anota algo en la historia—. Una dosis un poco más fuerte por la noche, pero solo cuando lo necesites. Nada de tomarlas como caramelos. Si el dolor

se dispara, paras. Si necesitas más pastillas para aguantar que para disfrutar, es que todavía no toca.

Asiento, medio aliviado, medio frustrado.

Vale. Puedo hacerlo. Puedo intentarlo… con cuidado.

Solo falta que Charlie vuelva de una vez de ese maldito *catering*.

CAPÍTULO 39

CHARLIE

Después de nuestro trabajo en el *catering*, Antoine decide darnos unos días libres. Un respiro inesperado en mitad de este caos delicioso. No hay clases, no hay prácticas, no hay servicio de comidas ni cenas. Por primera vez en semanas, no tengo que pensar en reducciones, fondos, puntos de cocción o en si un suflé va a subir o va a humillarme delante de todo el mundo.

Por mucho que me queje algunos días, empiezo a darme cuenta de que este mundo es el mío.

Nunca imaginé que algo tan cotidiano, algo que siempre di por hecho porque en mi casa había cocineros y servicio, pudiera transformarse en algo mucho más grande que una afición cómoda. La cocina no es solo una necesidad: es estudio, memoria, técnica y entrega. Es repetir el mismo movimiento una y otra vez hasta que las manos lo hacen solas, es equivocarse, corregir y volver a empezar. Es una forma de cuidar y, a la vez, una manera de decir quién eres sin pronunciar una palabra.

Mis compañeros aprovechan el parón para volver a sus ciudades, a recargar pilas antes de lo que se nos viene encima. Se acerca Acción de Gracias, luego llegarán las fiestas de Navidad y, mientras los demás celebran, nosotros estaremos entre fogones. No somos estudiantes normales: cuando el resto descansa, nosotros trabajamos el doble. Es la filosofía del chef, y nadie está aquí para discutirla.

Yo, en lugar de hacer maletas para Los Ángeles, llamo a casa.

Mi madre, como cada día, quiere un informe completo: las clases, el ambiente en el restaurante, si Antoine está satisfecho

conmigo… y, por supuesto, Lukas. Siempre Lukas.

Le cuento a grandes rasgos cómo avanza su recuperación, que ya camina mejor, que el color le ha vuelto a la cara, que sus ojos ya no tienen ese brillo apagado que vi en el hospital. Le hablo de mis progresos con Antoine, de los platos que me deja sacar, de las correcciones que me hace. Pongo énfasis en todo lo que la tranquiliza y recorto lo que podría preocuparla.

Cuando me pregunta cuándo pienso ir a Los Ángeles, le miento. Sin rodeos.

Soy una mala hija, lo sé, pero también sé exactamente lo que quiero.

Tengo tres días enteros. Tres días libres sin turnos, sin horarios y sin otra obligación que la que yo decida. Y lo único que deseo es pasarlos con Lukas.

Lo primero es convencer a su madre de que me deje llevármelo a Prescott. Ella insiste en que me quede en Flagstaff, que su casa es muy grande, que tienen habitaciones libres, que allí estará mejor atendido. Entiendo su preocupación; ha visto a su hijo hecho polvo en una cama de hospital, con costillas rotas y la cara llena de moratones. Es normal que le cueste aflojar el control.

Pero Lukas tiene treinta años. Y yo también tengo muy claro lo que quiero.

Va a tener que empezar a soltar cuerda.

Porque este policía de Arizona va a ser mío durante tres días completos: sin vigilancia, sin supervisión… y sin posibilidad de escapar.

Me planto en Flagstaff un poco antes de la hora acordada. Apenas son las diez de la mañana y, cuando toco al timbre, su madre sale a abrirme todavía en pijama.

—Llegas pronto, Charlie —saluda, dejándome pasar—. Lukas se está vistiendo todavía. Ya sabes que le cuesta un poco.

No sé si lo dice con segundas, pero en su voz hay una especie de advertencia. Un *«lleva cuidado a ver lo que hacéis»* de madre hiperprotectora.

Pongo mi mejor cara de niña buena y respondo:

—No se preocupe, señora Ravenshart. Cuidaré muy bien de Lukas.

Aunque intenta disimularlo, levanta una ceja. Creo que sospecha que mi manera de cuidarlo no va a convencerla demasiado.

Lukas aparece al cabo de un momento, con la camiseta aún algo mal colocada, el pelo despeinado y demasiada prisa en los pasos para la tranquilidad de su madre, a la que veo negar con la cabeza sin molestarse en ocultarlo.

—Hola, cariño —dice.

El apelativo le sale casi en un suspiro, acompañado de una sonrisa relajada, aliviada. Me da un beso suave en los labios y, mientras su padre coloca la maleta en el portaequipajes, él se sienta en el coche con la ilusión de un niño al que llevan a su primera excursión del colegio.

Conduzco hacia Prescott por la carretera que se abre paso entre árboles y curvas suaves. El paisaje va cambiando poco a poco: las montañas al fondo, los pinos a los lados, algún coche aislado en dirección contraria. El cielo está despejado y el aire tiene ese punto frío que obliga a subir un poco la calefacción. Lukas se pasa medio trayecto riéndose de mi manera de conducir, diciéndome que reduzco de más, que freno demasiado pronto, que así no hay quien llegue nunca.

Mi apartamento está muy cerca del restaurante, así que, en cuanto dejamos la maleta y le hago un pequeño *tour* —la habitación,

la cocina diminuta, la mesa donde estudio recetas—, salimos de nuevo y le enseño el mundo que estoy construyendo aquí: el restaurante de Antoine, la cafetería, la pequeña tienda donde compro siempre antes de ir a su casa…

Y él me escucha en silencio, atento, cogiéndome de la mano todo el tiempo, sin querer perderse ni una sola palabra, ni un solo detalle.

Cuando terminamos de realizar esa visita guiada, le aprieto la mano con suavidad.

—¿Tienes hambre?

Él asiente, y en ese gesto hay algo que me derrite un poco por dentro. No es solo hambre; es ganas de estar conmigo. De seguir el día. De ver qué más he preparado.

Cojo la cesta del picnic del aparador de la entrada. La tengo preparada desde anoche, cuando no podía dormir pensando en esta cita, y nos dirigimos al coche.

Le abro el asiento del copiloto, le ayudo a acomodarse, cierro la puerta y voy al volante.

Salimos de la zona residencial y tomamos la carretera que bordea el bosque. Prescott cambia rápido cuando te alejas unas calles del centro: las casas desaparecen, el asfalto se estrecha y los árboles empiezan a rodearlo todo. Pinos altos, troncos irregulares, luz filtrándose entre las ramas.

Watson Lake aparece de pronto al final de una curva, como si el paisaje se abriera para mostrarlo.

Desde el aparcamiento ya se ve el destello del agua entre las rocas.

Las Granite Dells son enormes bloques de granito, redondeados y agrietados, que emergen del lago como islas irregulares. No es un

paisaje suave ni dulce: es áspero, sólido, precioso a su manera. El azul oscuro del agua contrasta con el tono rojizo de las piedras, y el cielo despejado hace que todo parezca más grande.

Caminamos despacio por un sendero corto que baja hasta la orilla. Lukas se apoya en mí lo justo y lo guío con cuidado.

La orilla está casi vacía.

Un par de kayaks avanzan en silencio por el centro del lago. Más lejos, dos senderistas pasan por un camino de tierra. Y ya está. Quietud, aire limpio y ese murmullo suave del viento moviendo las agujas de los pinos.

Elijo un lugar un poco apartado, donde una formación de rocas crea una especie de semicírculo natural y la hierba es suave.

Dejo la cesta en el suelo y extiendo la manta. El granito a nuestra espalda está tibio por el sol, y el agua frente a nosotros tiene un brillo que parece respirar calma.

Lukas se sienta con cuidado, controlando cada gesto, pero sin perder el humor.

Yo me sitúo a su lado, lo bastante cerca para sentir el calor de su cuerpo, lo bastante lejos para no aplastarle las costillas por entusiasmo involuntario.

Puede parecer extraño, pero comemos en silencio.

No es un silencio incómodo, sino uno lleno de electricidad suave, de esa que se instala entre dos personas que ya no necesitan palabras para entenderse. Él observa el agua; yo lo observo a él. Los dos miramos el paisaje y, cada tanto, nuestras miradas se encuentran en un punto medio donde se dicen demasiadas cosas.

Promesas sin pronunciar. Preguntas que ninguno se ha atrevido a hacer. Expectativas que flotan entre nosotros como si el lago las sostuviera.

Cuando no queda nada en la cesta, Lukas se pasa una mano por el mentón, respira hondo y dice:

—Charlie… gracias por todo esto. En serio. Es increíble.

—¿Esto? —me río, bajando la vista a la manta—. Solo son unos sándwiches, un poco de vino y unas vistas bonitas.

—No me refiero a la comida —responde, con esa voz que reconoce la verdad y se atreve a nombrarla—. Me refiero a la cita. Tendría que haber sido yo quien planeara algo así. Tú eres de Los Ángeles y…

—¿Y qué? —lo interrumpo, arqueando una ceja—. ¿Crees que en la ciudad no sabemos ser románticos? ¿O lo dices porque…?

—Lo digo porque me habría gustado estar en condiciones de hacerlo yo —admite, sin esconderse—. Lo digo porque una parte de mí se siente inútil, pero la otra… la otra se siente el hombre más afortunado del mundo. Y estas dos cosas juntas… —cierra los ojos un segundo— me tienen completamente desorientado.

Su vulnerabilidad me llega tan hondo que casi duele.

—¿Pero te ha gustado? —pregunto con suavidad.

Él ríe, incrédulo. Una risa que no es alegría solamente, sino alivio. Confirmación. Rendición.

—¿Gustarme? Charlie… Me encanta. Todo. El paseo, ver tus sitios, la comida, este lago… Pero nada de eso importa. —Me mira con una intensidad que me derrite—. Llevo tiempo queriendo preguntarte algo. Queriendo tener esta conversación. Y siento que nos hemos saltado un montón de pasos importantes.

Extiendo la mano y le acaricio la mejilla. Él inclina el rostro para recibir la caricia como si llevase semanas esperando ese contacto exacto, ese ángulo exacto.

Y entonces me mira. No como si fuera la chica que está con él ahora, sino como a la mujer con la que quiere compartir su vida.

—El otro día —dice— te presenté ante Margaret como… mi novia.

—Lo sé —respondo con una sonrisa leve—. Estaba ahí.

Él pone los ojos en blanco, avergonzado y feliz al mismo tiempo.

—Quiero saber qué opinas de eso. No lo hablamos y… —traga saliva— también lo del bautizo. Que vengas conmigo como… ya sabes. Como…

—¿Tu pareja? —completo, sin dejarlo sufrir.

—Sí —susurra—. Mi pareja. ¿Qué… qué te parece?

Yo podría haber dicho mil cosas. Podría haber bromeado. Podría haberle restado importancia. Podría haber seguido el juego.

Pero este es el momento. Este.

El que nos costó sangre, golpes, miedo, rescates, noches enteras en hospitales… y sobre todo: el que nos costó admitir que ya no sabemos vivir sin el otro.

Respiro hondo.

—Lukas… teniendo en cuenta que me mudé a otro estado para estar cerca de ti; que conduzco de noche, agotada, solo para pasear a tu lado; que cocino para ti y para tus padres después de prácticas infernales; que te pienso más veces al día de las que he contado nunca… —sonrío, señalándolo con el dedo— diría que sí. Eso es lo que haría una novia.

Él se queda quieto. Tan quieto que el lago detrás parece moverse por él.

—Y no una novia cualquiera —añado, bajando un poco la voz—. Una de las que no se van cuando las cosas se ponen difíciles. Una que te elige, a ti. Creo que es evidente pero te lo confirmo por si tenías dudas. Te estoy eligiendo a ti, sin reservas y sin miedo.

Lukas sonríe, pero no es la típica sonrisa fácil que conozco. Es más pequeña, más íntima… casi tímida.

Le tiembla un poco la boca, pero es en los ojos donde realmente ocurre: tiene un brillo suave, vulnerable, el signo de algo que por fin se afloja después de años de sostenerse demasiado fuerte.

Esos ojos… joder, esos ojos nunca saben mentir, y ahora mismo están al borde de decir más de lo que él se atreve.

—¿Me eliges a mí? —pregunta al fin, con una duda que no debería existir pero que, de algún modo, todavía lo persigue.

Lo miro sin apartarme un milímetro. Lo veo respirar hondo, contener el aire, como si temiera que mi respuesta pudiera romperlo de nuevo. Y entonces entiendo que no basta con decírselo así. Necesita oírlo de una forma que no deje espacio para la duda, que pueda creerlo sin reservas ni miedos.

—Lukas… mírame.

Lo digo despacio, con firmeza, y él levanta la mirada al instante, como si mi voz fuera un ancla.

—Sé que soy más joven. Sé que hemos tenido vidas completamente distintas, que venimos de mundos que no deberían cruzarse. Sé que, sobre el papel, nada de esto encaja —susurro, rozándole la mejilla con los dedos—. Pero escúchame, porque quiero que lo entiendas de verdad: te elijo a ti.

Él abre ligeramente los labios, sorprendido, como si no estuviera preparado para escucharlo.

—Y no te elijo por impulso, ni por agradecimiento, ni por la adrenalina de lo que hemos vivido. Te elijo porque, por primera vez en mi vida… algo se siente exactamente como debería.

—No lo digo por eso, Charlie, yo…

—Déjame terminar. Por favor.

Él baja la cabeza. Lo veo suspirar y luego volver a mirarme.

—Entiendo tus dudas —continúo—. Entiendo lo que te rompió Margaret. Entiendo lo que te destrozó tu hermano. Y entiendo que mi pasado con Dominic te encienda mil alarmas. Lo comprendo todo. Por eso quiero dejarlo claro: no voy a huir. No voy a jugar. No voy a desaparecer cuando las cosas se compliquen.

El aire alrededor parece detenerse. Incluso el agua del lago guarda silencio.

—No quiero volver a Los Ángeles —digo, sin apartar mi mano de la suya—. No quiero fiestas, ni exceso, ni ruido, ni esa fama heredada que me ha vestido siempre por fuera y me ha dejado vacía por dentro. No quiero una vida construida por otros, con decisiones ya tomadas y sonrisas ensayadas. Quiero montañas. Quiero aire limpio. Quiero frío en la cara y tierra bajo los pies. Quiero empezar desde cero en un lugar donde nadie me conozca más que por lo que yo elija ser.

Hago una pausa para ver cómo se emociona y añado:

—Y lo quiero contigo.

Él parpadea, desbordado, como si necesitara un segundo para aprender a sostener algo tan grande.

—Charlie… —susurra.

Yo continúo, porque ahora sí tengo que decirlo todo.

—He sido más feliz en estas semanas que en toda mi vida. Cocinando. Aprendiendo. Viéndote recuperarte. Paseando contigo. Riéndome contigo. Naciendo contigo. Y sí… me he mudado a otro estado para estar cerca, pero no porque no pueda vivir sin ti, sino porque contigo aprendí cómo quiero vivir. Independiente. Fuerte. Sin miedo y libre. Y cuando estoy contigo, Lukas… todo eso es más fácil.

Él traga saliva, lentamente, con la emoción a punto de desbordarse de sus ojos.

—Así que sí —remato, deslizando mis dedos por su mandíbula, suave, firme—. Quiero ser tu novia. Quiero estar en ese bautizo contigo. Y quiero que algún día, cuando todo esto sea un recuerdo más de nuestra historia, Alexander pueda llamarme tía.

CAPÍTULO 40

LUKAS

No sé qué tiene Charlie, pero cuando entra en una habitación todo encaja. Incluso yo.

La luz del apartamento es baja, cálida y, cuando cierra la puerta detrás de nosotros, el aire cambia de alguna manera. No hace falta decir nada. Está en la forma en que se acerca, en cómo me toma la cara con ambas manos y me sostiene la mirada, muy cerca, respirando conmigo.

No me besa todavía.

Me observa con atención, midiendo algo que solo ella sabe.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Asiento despacio. El cuerpo sigue sensible, pero hay una certeza clara bajo todo eso: no quiero detenerla.

Charlie se sube a la cama conmigo con cuidado. Sus manos rodean mi mandíbula; los dedos bajan por el cuello, por el pecho, y la respiración se me acelera sin que pueda controlarlo. Ella lo percibe al instante.

—Vamos despacio —dice, rozando mis labios.

El beso llega lento, profundo, cargado. No hay prisa, hay hambre contenida. Me apoyo mejor en las almohadas mientras ella se coloca sobre mí, segura, consciente de cada centímetro que nos acerca. Su cuerpo marca el ritmo desde el primer momento.

Sus caderas encuentran las mías y el contacto es directo, inequívoco. Vuelve a besarme, más hondo, y el calor sube sin freno.

Mis manos recorren sus costados, la piel firme bajo los dedos, pero no intento llevarla a ningún sitio. La sigo. Ella decide cuánto, cómo, cuándo.

Cuando su boca baja hacia mi cuello, el cuerpo responde entero.

Se detiene.

—¿Te duele?

—No —respondo, sin dudar—. Sigue… por favor.

La voz me sale baja, cargada de cinco semanas de espera. Cinco semanas deseándola sin poder tocarla como necesitaba.

Hasta ahora.

Charlie vuelve a moverse sobre mí, despacio y con intención. Me rodea con las piernas, afirma las caderas, y el roce constante enciende cada nervio de mi cuerpo. Su cabello cae sobre mi rostro, su olor me llena, y todo en ella dice que no va a parar.

Esta vez no hay freno porque esta vez el cuerpo sabe exactamente dónde vamos.

Cuando por fin nos unimos, lo hace tan despacio que cierro los ojos. No por dolor, sino por todo lo contrario. Por la intensidad. Por cómo mi cuerpo responde a ella, a su calor, a la forma en que avanza sin prisa, encontrando un ritmo suave que puedo seguir sin que las costillas protesten.

Me aprieta la mano y apoya su frente contra la mía.

Su respiración tiembla.

La mía también.

El movimiento es lento, profundo, íntimo. Nada que ver con aquella primera vez en Calabasas, urgente y desbordada. Esto es

distinto. Esto somos nosotros sin miedo, sin prisas, sin ruido alrededor. Solo piel, solo deseo, solo yo dentro de ella.

Charlie se mueve con una delicadeza que roza lo insoportable. Y, aun así, es perfecto.

Cada vez que acelera un poco, me mira. Cada vez que nota mi respiración cambiar, baja el ritmo. Me cuida y me enciende al mismo tiempo.

Es una mezcla imposible de ternura y deseo.

—Lukas… —dice mi nombre en un susurro que recorre todo mi cuerpo.

La acerco más, la beso con lo que me queda de fuerzas, y cuando siento cómo su cuerpo responde contra el mío, algo dentro de mí cede al fin. Llega despacio, sin urgencia, y yo la acompaño de la misma forma, sin necesitar nada más que estar ahí, sentirla, sostenerla.

Terminamos abrazados. Su rostro queda escondido en mi cuello; mi pecho sube y baja con un ritmo que, por primera vez en semanas, no duele. Arde, sí, pero de la mejor manera posible.

Charlie pasa una mano por mi pelo, acomodándolo con un gesto lento, atento, como si quisiera aprenderme de memoria.

—Por fin —murmura, y siento su sonrisa contra mi piel.

La rodeo sin apretar, dejándome caer un poco más en el colchón, y pienso que nunca había entendido tan bien la palabra rendición.

Porque si rendirme es esto…

Si rendirme es ella…

Puede que ya no quiera curarme del todo.

Durante los tres días que pasamos en su apartamento de Prescott, volvemos a hacerlo varias veces. No puedo decir que recuperemos el tiempo perdido; harían falta muchas más noches para compensar esas cinco semanas sin poder tocarla como necesitaba. Tampoco es siempre con la intensidad que mi cuerpo pediría. A veces hay risas, a veces alguna molestia, y siempre cuidado. Cumplo las advertencias del médico, incluso cuando la tentación de ignorarlas se asoma con fuerza.

Sin embargo, nunca me he sentido más vivo.

Es una especie de luna de miel improvisada. Un paréntesis. Un descanso que se parece demasiado a aquellos días en Calabasas, justo después de la primera vez. La misma calma suspendida. El mismo sentir que el mundo puede esperar.

Y eso me lleva al objetivo que llevo rumiando desde hace días.

Ya no está ese miedo constante a que pueda rechazarme. Charlie me ha dejado claro que me elige. De muchas formas. Con palabras, con gestos, con presencia. Aunque a mí me haya costado más de lo razonable creerlo.

Ahora me toca a mí.

Dejarle claro que estoy enamorado de ella de una manera que a veces me resulta casi física, tan intensa que creo que el pecho me duele porque ella lo ensancha, porque no me cabe el corazón dentro cuando la miro.

El último día cocinamos en su piso. Las tornas han cambiado. Esta vez no soy yo el que observa desde la puerta: ahora es ella la que manda. Me enseña sin libros, sin medidas exactas, sin recetas copiadas de nadie. Cocina de memoria, con una precisión tranquila que me deja claro que esto ya no es un juego.

Yo la miro y me quedo.

Abrimos una botella de vino mientras probamos su experimento, que está delicioso, y me arranca más de un gemido sincero, de esos que no se fingen. Se ríe. Yo también. Todo es fácil.

Entonces me toca. Es mi turno de demostrarle que yo también la elegí. Y no ahora sino hace semanas. Incluso antes del ataque de Dominic.

—En los próximos días, ¿vas a estar muy ocupada? —pregunto, procurando que suene casual.

—Supongo —responde—. Antoine nos ha dado tres días de tregua, pero ya nos ha avisado de que después vendrá lo duro.

—Sí. Eso pensaba —asiento—. Te lo pregunto porque yo también voy a estarlo.

Ella levanta la vista hacia mí y se pone en alerta al instante.

—¿Ah, sí? Todavía estás de baja. No irás a hacer ninguna tontería, ¿verdad? Porque…

—No —la interrumpo—. Tranquila. Además, tendré ayuda. Leighton y los chicos me echarán una mano.

—¿Una mano? —pregunta frunciendo el ceño curiosa— ¿Para qué?

Yo me encojo de hombros intentando aparentar calma, aunque me maten los nervios por dentro.

—He estado mirando muebles —digo—. Para redecorar mi espacio. Ya no soy un adolescente y no puedo seguir viviendo entre trofeos de fútbol y *posters* de películas.

La miro mientras hablo, estudiando su reacción.

—Lógico. ¿Y qué piensas…?

—Espera —la corto con suavidad, pero sin dudar—. Déjame terminar, ¿vale? Lo que quiero es darte esto.

Voy a la maleta y saco la caja que llevo escondida desde que llegué. Es rectangular, de tamaño mediano, envuelta en papel kraft grueso y atada con una cinta verde oscuro. No es ostentosa pero está preparada con cuidado y cariño.

—Ábrela, por favor.

—¿Me has hecho un regalo? —dice, sorprendida—. Yo no tengo nada para ti…

Levanta la tapa y se queda quieta.

—¿Cuchillos? —pregunta sorprendida—. Lukas… estos son de los buenos. Pero… ya tengo un juego aquí.

—Lo sé.

Los observa con atención. Pasa los dedos por el acero, despacio, intentando entender.

—Bueno… siempre vienen bien. Por si alguno pierde el filo o…

—Abre la otra caja —vuelvo a interrumpirla.

Señalo la más pequeña, escondida dentro del estuche. Charlie levanta la vista hacia mí, intrigada, y la abre con cuidado. Cuando ve el interior, se queda inmóvil.

—Es… una llave. ¿Qué abre? —dice, girándola entre los dedos—. ¿Tu corazón? Porque esa me da la sensación de que ya la tengo.

Se inclina, me da un beso suave y se queda esperando mi respuesta.

Yo sonrío, pero no bromeo. No es el momento.

—Mi corazón es tuyo desde hace tiempo —le digo—. Pero esta llave abre algo más importante.

Respiro hondo antes de continuar.

—Es de mi piso —digo al fin—. He alquilado un apartamento en Flagstaff. Es pequeño, sencillo… pero mío. Y quería darte una llave.

El silencio se instala entre nosotros.

—Voy a estar ocupado estos días —continúo—. Los chicos me ayudarán a llevar muebles, a dejarlo habitable. Y quería que lo supieras desde el principio. No es algo provisional. No es un paso a medias.

Ella sigue mirando la llave. Luego los cuchillos.

—Estos son para que tengas tu espacio allí —añado—. No para que vengas de visita. Para que entres cuando quieras, para que cocines si te apetece. Para que ese sitio también tenga algo tuyo desde el primer día.

Charlie levanta la vista hacia mí. Sus ojos brillan de una forma que me deja sin aire.

—No es una metáfora —digo, ya sin rodeos—. Es una elección. Te elegí antes de que todo se rompiera. Y te sigo eligiendo ahora, con calma, sin dudas y sin miedo.

No me da tiempo a decir nada más.

El abrazo llega de golpe. Me rodea con los brazos y se pega a mí con una fuerza que hace que las costillas protesten, dándome un pequeño aviso. Pero puedo soportarlo. Siempre que sea Charlie quien me abrace así.

La sostengo con cuidado, apoyando la barbilla en su cabeza, respirando su olor, aceptando el dolor leve como parte del momento.

Y entonces lo entiendo.

Esto era lo que quería decirle desde el principio: que no solo la elijo, sino que quiero ser el lugar donde se quede, el lugar del que

no quiera escapar.

EPÍLOGO

Dos meses después

Charlie se despierta cada mañana antes del amanecer, con el olor a café francés flotando en su pequeño apartamento de Prescott y los libros de cocina abiertos en la mesa, como si fueran diarios íntimos. La escuela con el chef Visé no es un curso: es una prueba constante. Un entrenamiento exhaustivo que no le permite bajar el ritmo ni un solo día.

Y, a pesar de todo, ella avanza.

Ella crece y quiere más.

Cuando termina el turno de prácticas, con el cuerpo cansado y la cabeza todavía llena de tiempos y movimientos, conduce hasta Flagstaff… o espera a que Lukas llegue a Prescott, según quién pueda moverse ese día. La distancia entre ambas ciudades, esa cinta de carretera que las separa y las une, se ha convertido en el eje de su rutina.

Lukas, por su parte, camina mejor. Respira mejor.

Después de semanas de rehabilitación, vuelve a la comisaría.

Y lo hace con un ascenso: detective.

No en Los Ángeles, no del caos del que huyó, sino en Flagstaff, donde su familia vive y donde ahora tiene algo y a alguien que proteger sin sentir que se pierde a sí mismo.

Sus días tienen una calma nueva, hecha a medida de la recuperación.

Lukas vuelve al trabajo a través de casos que le permiten recuperar el pulso sin ponerlo a prueba.

Charlie aprende técnicas francesas, afila cuchillos, memoriza temperaturas, limpia superficies hasta ver su reflejo, escucha al chef hablar de tradición y riesgo como quien revela una filosofía de vida.

Por las noches, cuando por fin se encuentran, van armando algo que ya se parece mucho a un hogar. A veces en Prescott. Otras, en el piso de Lukas, al que Charlie entra con su propia llave, sin pedir permiso. Allí tiene su espacio: un cajón en la cocina, su cepillo de dientes en el baño, ropa doblada en un estante que nadie discute. Cocina con los cuchillos que él le regaló, como si siempre hubieran estado ahí. Lukas prueba cada plato sin prisas. Ríen cuando algo no sale bien y, cuando todo encaja, se miran en silencio, sabiendo que no hace falta decir nada.

Charlie ya conoce a Leighton y a los chicos. Ha estado con ellos en cenas improvisadas, en tardes que se alargan sin plan, incluso en el bautizo al que fueron juntos, sentados entre familia y amigos. Nadie la presenta ni pregunta quién es. Es la chica de Lukas, y todo el mundo la trata así, con la naturalidad de lo que ya no necesita explicación.

Y, en medio de esa cotidianeidad, empiezan a colarse planes todavía a medio formar.

Volver a Calabasas es uno de ellos. Una elección pensada y compartida. Primero entre ellos, que es lo verdaderamente importante. Después con Malcolm, que les deja la casa sin reservas ni preguntas, con la naturalidad de quien entiende que hay decisiones que no necesitan explicación.

Regresar a Calabasas es volver al lugar donde todo comenzó de una manera inesperada. Donde se encontraron, donde se eligieron… y donde estuvieron a punto de perderse. Es volver al origen de algo que nació entre grietas y terminó encontrando su forma.

La casa los recibe en silencio. Está limpia, arreglada, en orden. El escenario es el mismo, pero ellos ya no lo son.

Lukas recorre cada estancia con una calma distinta, más consciente. Observa los espacios, la luz, los detalles que antes pasaron desapercibidos. Hasta que se detiene. Justo en el punto exacto donde fue atado por los hombres de Dominic y golpeado sin tregua. El lugar donde el cuerpo aún recuerda lo que la mente ha aprendido a dejar atrás.

No dice nada.

Charlie se acerca despacio y se queda a su lado. No hace falta que pregunte. El simple hecho de que estén allí juntos transforma el recuerdo, lo recoloca, le quita poder.

Ese lugar ya no es solo el escenario de la violencia.
También es el sitio al que han vuelto para cerrar el círculo.

Charlie le toma la mano. Sin decir nada. Entiende que Lukas necesita unos segundos. Ella también. Se quedan quietos, mirando ese punto concreto de la casa donde el recuerdo todavía pesa. Hasta que Charlie, fiel a su manera de cortar el aire cuando se vuelve demasiado denso, lo interrumpe.

—Vamos a la piscina —dice—. Es sábado… toca barbacoa.

Lukas suelta una exhalación que se parece a una risa breve y rueda los ojos. Aquellas barbacoas semanales estaban llenas de ruido, de sonrisas fáciles… y de tensión soterrada, de miradas que se decían más de lo que nadie admitía en voz alta. Todo eso sigue allí, pero ahora él lo mira desde otro lugar.

En la zona común se cruzan primero con Evelyn y Harold, cargados con bolsas camino de las parrillas. Se alegran de verlos, se acercan, les dan un abrazo, hacen preguntas rápidas, sinceras, de las que no buscan morbo.

Un poco más allá están los Davenport, acomodados en las tumbonas junto a su hijo, Sebastian. Charlan con Lorraine y Debbie, las dos amigas inseparables, ambas con esa energía de mujeres que lo han visto todo y aún se permiten opinar de todo. En cuanto ven a Lukas y Charlie, se levantan con entusiasmo. Los abrazos llegan enseguida, quizá un poco más efusivos con Lukas, con esa familiaridad que siempre han tenido con él.

Sebastian, en cambio, reacciona de manera distinta: alza la vista, se le borra el color de la cara y se queda inmóvil un instante. Después baja los ojos con rapidez y ya no vuelve a levantar la mirada del suelo.

Las preguntas se encadenan sin pausa. ¿Cómo estáis? ¿Dónde vivís ahora? ¿Cuánto tiempo os quedáis? Lukas y Charlie responden lo justo, lo suficiente para sostener la conversación sin abrir la puerta a lo que no quieren contar. La tapadera de los «hermanos» se cae en cuestión de segundos, sin drama, sin explicaciones largas: basta con mirarlos para entender que no, que nunca fue eso.

Debbie entrecierra los ojos, mira al uno y a la otra con detenimiento, y su sonrisa se llena de triunfo.

—Lo sabía —suelta, con una convicción divertida—. Sabía que no podíais ser hermanos. ¿Verdad que te lo dije desde el principio, Lor?

Lorraine se ríe y le da un codazo, encantada con el comentario.

En ese momento aparecen Philip y Daniel con las neveras de las bebidas. Sonríen, saludan, reparten abrazos y palmadas. Philip le dedica a Lukas una mirada larga, de esas que antes habrían provocado un comentario en voz baja; Daniel la acompaña con una sonrisa cómplice, más divertida que celosa. Lukas entrelaza los dedos con los de Charlie sin pensarlo, un gesto sencillo y visible. No hay necesidad de fingir nada. Están allí tal y como son.

Lukas observa alrededor un segundo más y su expresión cambia, apenas un matiz.

—¿Y los Coleman? ¿Y Melissa? —pregunta.

—Hola.

La voz llega desde detrás.

Melissa se acerca acompañada de su marido. Al verla con él a su lado, Lukas cambia de cara. El cuerpo se le tensa en un gesto mínimo, automático. Charlie aprieta su mano con firmeza.

Y, de pronto, entre el ruido de la barbacoa y las risas, algo se vuelve serio.

Lukas da un paso al frente. No alza la voz, no busca atención, pero el simple gesto basta para que el pequeño círculo se calle.

—Supongo que a estas alturas ya sabéis que soy policía —dice con tranquilidad—. Antes estaba destinado en Los Ángeles. Ahora vivimos en Arizona.

Mira a Charlie un segundo, compartiendo el peso de lo que viene.

—Queríamos pasar por aquí para decíroslo —añade—. ¿Verdad, Charlie?

Ella asiente, consciente de que es su turno.

—Así es —dice—. Como ha quedado claro, no somos hermanos. Estábamos… —busca las palabras, sin dramatizar— escondidos. Era una situación complicada.

—Una misión de protección —retoma Lukas—. Y terminó bien, por suerte.

El ambiente sigue siendo cordial, pero algo ha cambiado. Lukas continúa, con el mismo tono sereno.

—La cuestión es que, aunque ahora estemos en Arizona, sigo teniendo muchos contactos aquí, en Los Ángeles. Queríamos venir a daros las gracias por aquellas semanas… y dejar algo claro.

Saca varias tarjetas y las reparte. Cuando llega a Melissa, su mirada se suaviza apenas un instante. Al pasar la tarjeta a su marido, en cambio, la expresión se vuelve firme.

—Este es mi número personal —dice—. Si alguna vez necesitáis ayuda, bastará una llamada. En cuestión de minutos, un agente del LAPD puede personarse aquí.

Nadie dice nada. Las tarjetas pesan más de lo que parecen.

—Espero sinceramente que nunca tengáis que usarla —añade Lukas, sin apartar la mirada del marido de Melissa.

El mensaje queda suspendido en el aire, claro para quien quiera entenderlo.

Charlie le toca el brazo con suavidad.

—Nos alegra haberos visto —dice—. De verdad.

No hay más que decir.

Poco después, Lukas y Charlie se despiden y se alejan de la zona de la barbacoa. Las risas vuelven poco a poco, pero no con la misma ligereza.

Melissa se queda con la tarjeta en la mano.
Y su marido sabe que ya no está solo con ella.

Ese martes por la mañana, Charlotte «Charlie» Rossetti entra en la consulta con paso decidido, firme y seguro. Lleva el pelo suelto,

un vaquero gastado y una chaqueta de cuero, tan desafiante como siempre, pero es un año mayor y parece que durante solo estos doce meses, haya acumulado años de experiencia. Se deja caer en la silla frente a Ethan y Lydia, que revisan su historial médico, y apenas tarda unos segundos en fijarse en el objeto que brilla en uno de los dedos de Lydia.

—Ehhhh, ¡pero por Dios! —exclama, llevándose la mano a la frente de manera teatral—. ¡Que alguien tape eso o me voy a quedar ciega!

Lydia se sonroja al instante y baja la mano, aunque no puede contener la risa. Ethan alza una ceja, divertido e intentando disimular su felicidad.

Ha aprendido mucho pero dejar que los demás lo vean de verdad, todavía le cuesta.

Charlie, por supuesto, no se detiene ahí y sigue apretando un poquito más.

—Doctor Calloway… —dice, apuntándole con un dedo acusador, medio en broma, medio en serio—. Espero que sea usted quien le ha regalado semejante pedrusco a esta chica. Si no, le juro que voy a sentirme terriblemente decepcionada.

Ethan deja escapar una carcajada breve y Lydia, todavía ruborizada, asiente con una sonrisa que lo dice todo.

—Sí, Charlie —le responde, mostrándole de nuevo el anillo—. Fue él.

La joven suelta un silbido, chasquea la lengua y se reclina en la silla con los brazos cruzados.

—Lo sabía. Estaba claro que no te iba a dejar escapar.

Charlie sonríe, satisfecha, pero no dice nada más. En lugar de responder, se gira ligeramente en la silla y dirige la mirada a su

derecha, hacia alguien que ha permanecido en silencio hasta ahora. Es un gesto pequeño, casi distraído, pero cargado de intención.

Lukas está allí, a su lado. Tranquilo y en silencio. Escucha sin intervenir el intercambio entre el cirujano, la enfermera y Charlie, su novia.

—Bueno… —dice Ethan Calloway, carraspeando ligeramente mientras revisa el historial—. Hablemos de lo que te ha traído aquí. Veo que has decidido eliminar la cicatriz del costado.

Charlie asiente sin titubear.

—Sí.

Entonces se gira, con un gesto natural, y apoya la mano en el antebrazo de Lukas.

—Y él es Lukas. Perdonadme, soy una maleducada. No os lo había presentado —añade—. Es mi novio.

Tanto el doctor como la enfermera asienten y sonríen con cortesía profesional, muy distinto al intercambio de bromas de hace un momento.

—¿Ve su nariz? —pregunta Charlie, señalando a Lukas con una media sonrisa—. ¿Tiene arreglo?

Ethan alza una ceja, divertido, y lo observa con atención.

—Es lo primero en lo que me he fijado —responde con honestidad—. Deformación profesional. Y sí, por supuesto que tiene arreglo.

—Perfecto —añade Lydia, mirando primero a Lukas y luego a Charlie—. Hacemos unas fotos para el expediente y lo comentamos con calma. Opciones, tiempos… y lo que queráis conseguir.

Ethan inclina la cabeza, confirmando sus palabras.

Charlie respira hondo, con una serenidad que no tenía meses atrás, la última vez que estuvo en esa misma consulta con su madre para la cirugía del hombro.

—Queremos borrar algunas cosas —dice entonces, tranquila—. No para olvidar, sino para seguir adelante. Durante un tiempo pensé que necesitaba conservarla, que esa marca me mantendría atada a la memoria: de dónde vengo y hacia dónde no quiero volver. Pero ya no —continúa—. He encontrado mi lugar. Mi camino. Y no necesito una herida vieja para recordarme quién no quiero ser.

—Me parece muy maduro por tu parte, Charlie.

—No sé si es madurez, pero quiero empezar de nuevo —añade —. Y esta vez hacerlo sin cargar con nada que ya no me pertenece.

Ethan asiente despacio, comprendiendo más de lo que necesita ser dicho.

—Eso también se aprende —responde—. A veces, la verdadera recuperación no es conservar las marcas, sino saber cuándo ya no las necesitas.

Lydia sonríe cómplice mientras le pasa el historial de Charlie.

—Entonces —concluye Ethan— hablaremos de tiempos, de procedimientos… y de lo que viene después.

Charlie se recuesta en la silla, tranquila. Lukas le toma la mano. Sus dedos encajan con naturalidad, sin urgencia, sin miedo.

—Hablando de lo que viene después —dice—. Nos gustaría hacer un viaje… juntos. ¿Podremos volar?

Ethan la observa un segundo antes de responder, ya en tono estrictamente profesional.

—La cirugía tiene que asentarse —explica—. Hay inflamación, adaptación de tejidos, riesgos que conviene no provocar antes de tiempo. Nada grave, pero hay que respetar los plazos.

—Oh, vaya —dice mirando a Lukas con cara de pena—. Entonces…

—Entonces lo siento mucho, Charlie pero… durante las cuatro próximas semanas… No vas a volar.

FIN

PRÓXIMAMENTE

VAS A VOLAR

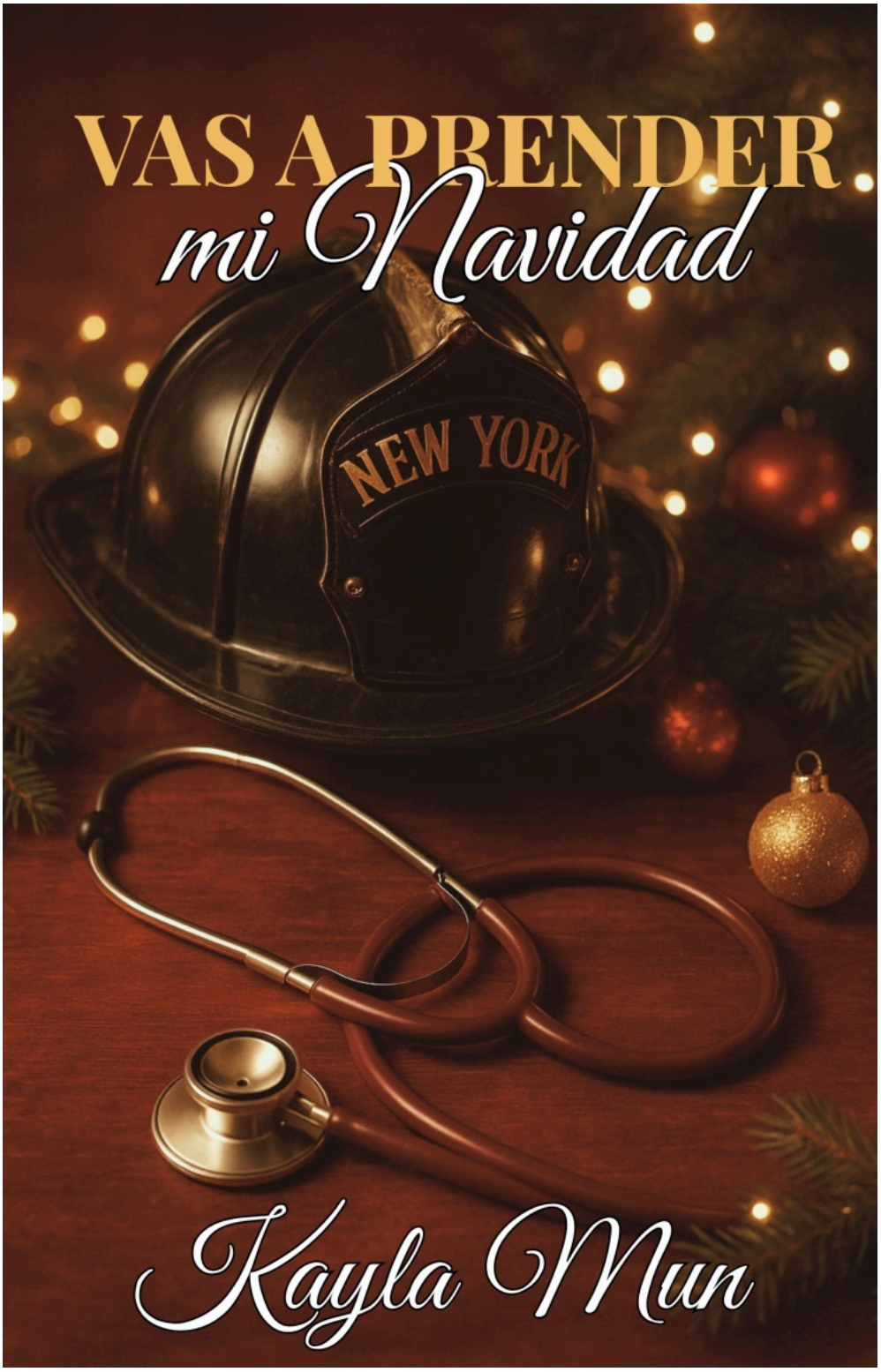
KAYLA MUN LIBROS



ENLACE A AMAZON



ENLACE A AMAZON



ENLACE A AMAZON

Agradecimientos

Escribir una novela es un viaje solitario. Publicarla, en cambio, es un acto de fe. Y tener lectoras como tú... eso ya es un milagro.

Gracias.
Gracias por estar aquí. Por dejarme entrar en tu piel con cada palabra, por sentir como si todo lo que ocurre en estas páginas también te perteneciera un poco. Gracias por abrir este libro —aunque no supieras lo que te ibas a encontrar— y decidir quedarte hasta el final.

Vas a arder fue la primera chispa.

Vas a aprender es la llama que sigue encendida.

Y aún quedan más incendios por vivir.

¿Vas a escapar? Espero que no porque en la próxima novela seguro que *Vas a volar*.

Gracias por leerme, por recomendarme, por hablar de estas historias como si fueran tuyas.

Lo son. Porque sin ti, nada de esto tendría sentido.

Con cariño,

Kayla Mun